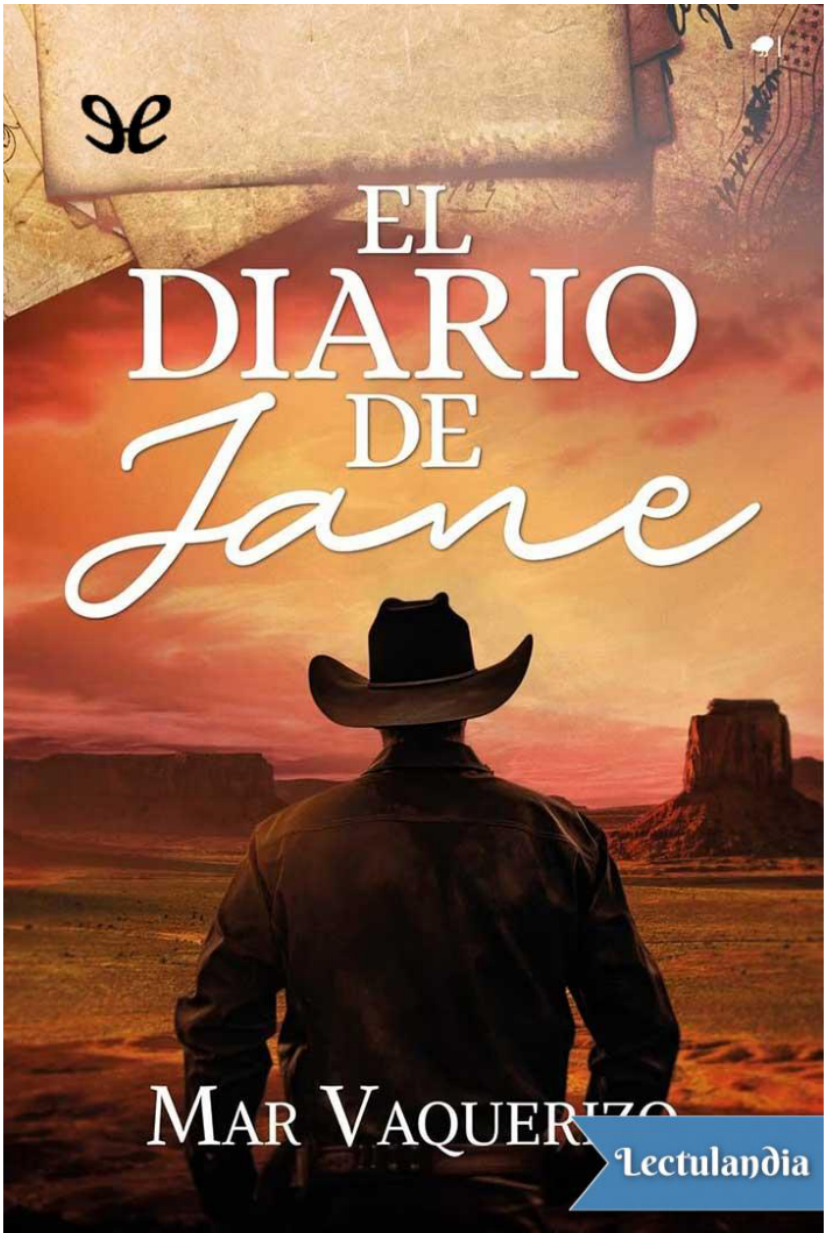
EL
DIARIO
DE
Jane
MAR VAQUERIZO
Lectulandia

Amelia ha heredado el rancho de su madre de forma repentina.

Siempre pensó que tendría más tiempo para hacer otras cosas en su vida, antes de tener que asumir esa responsabilidad, pero su prematura muerte le ha obligado a ocuparse de Liberty, la propiedad por la que han luchado todas las mujeres McQueen durante generaciones.

Volver al rancho, también significa ver a Eric de nuevo, y es muy consciente de que no está preparada para ello.

Todavía no…

Junto al resto de bienes de su madre, hereda el diario de su tatarabuela Jane. Un libro que contiene mucha información, y secretos, de sus antepasados que desconocía.

En 1895, Jane solo puede aspirar a cuidar de su padre enfermo, mientras sobrevive a un invierno más en Lake City.

Hasta que sus esperanzas renacen con el regreso de Tom al pueblo, para hacerse cargo del rancho de sus padres, y, quizás, pueda haber algún cambio en la vida de Jane.

Quizás…

A su edad, si no consigue pronto algún pretendiente, su padre lo arreglará con quien él piense que estará segura, cuando le fallen las fuerzas.

Un «arreglo» con la cabeza, olvidándose del corazón de Jane.

Dos tiempos, dos mujeres y un rancho familiar que ha vivido más historias de las que aquí puedo contar.

Mar Vaquerizo

El diario de Jane

ePub r1.0
Titivillus 14.06.2024

Título original: *El diario de Jane*
Mar Vaquerizo, 2024
Diseño de cubierta: Borja Puig

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El diario de Jane

Dedicatoria

Cita

Playlist «El diario de Jane»

Nota del editor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Epílogo

Epílogo II

Agradecimientos

Sobre la autora

Para mi hijo Daniel. Mi vaquero sonriente.
Para mi sobrina Amelia. La guerrera más bonita del mundo.
Los dos sois almas salvajes, divertidas y resplandecientes como el sol.
Os quiero infinito.

Deja que tus sueños corran salvajes,
y sé valiente para seguirlos.

Dicho indio

Seremos recordados para siempre por las huellas que dejamos.

Tribu siux

Playlist «El diario de Jane»

- *Up at night*, Kehlani y Justin Bieber
- *I'm not alone*, Calvin Harris
- *You & Me*, Disclosure y Eliza Doolittle
- *Need U (100%)*, Duke Dumont (feat A*M*E)
- *Wish you were mine*, Philip George
- *Lovers in a past life*, Calvin Harris y Rag'n'Bone Man
- *Un-thinkable (I'm ready)*, Alicia Keys
- *Made for me*, Muni Long

Nota del editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Prólogo

Liberty, junio de 1899

Presentí que alguien se acercaba al rancho. No era la primera vez que intentaban arrebatármelo y no sería la última. Aprendí hace mucho a estar alerta.

Cuando divisé al forastero a lo lejos del camino, cogí uno de los rifles que siempre estaban a mano por la casa, lo cargué y me dirigí a la puerta. La abrí, clavando la mirada en aquel intruso que avanzaba hacia mí al paso lento de su caballo.

Aquella figura desdibujada por la distancia era tan familiar…

No aparté la mirada de él y su alrededor, atenta a cualquier arma o a otros hombres que pudieran acompañarlo.

Dejé de respirar mientras una corriente eléctrica indescriptible me recorría el cuerpo.

Estaba nerviosa, con una mezcla de alegría desbordada y miedo —mucho miedo— que no sabía describir.

—Tom… —susurré con un hilo de voz, solo para mí. Con la sensación de que el corazón se salía por la boca al reconocerlo.

Estaba muy delgado, demacrado, con barba de muchos días.

Observé su semblante. Algo había cambiado en él.

Sus ojos verdes chispeaban como recordaba que lo hacían siempre que me miraba, pero ahora tenían un trazo de tristeza.

Me giré para observar qué había en la dirección hacia la que desviaba la mirada.

Luke salía de las cuadras con el pelo lleno de restos de heno, quitándose la camiseta para refrescarse del calor. Me miró con una sonrisa en los labios, que rápido se tensó al ver el rifle entre mis manos.

Lo vio acercarse sin dejar de vigilarme.

Sabía que estaba calculando la distancia entre él y yo, entre él y aquel forastero, mientras pensaba dónde tenía sus armas.

Mantuvieron un duelo de miradas que me cortó de nuevo la respiración, incapaz de hablarles o moverme.

A un lado, acercándose a caballo de regreso a casa, estaba el hombre con el que me había casado años atrás. Trabajador, cariñoso, sensato, fuerte, muy tradicional y el amor de mi vida.

Al otro, el que me había salvado de una muerte segura, quien había peleado por el rancho sin pertenecerle. Valiente, sincero, apasionado. Mirando cómo aparecía el dueño de todo por lo que había luchado tanto.

Capítulo 1

Primeros de marzo de 2023

Amelia detuvo el coche junto a la valla de acceso a la propiedad. Siempre pensó que algún día volvería para quedarse por tiempo indefinido, pero nunca que sería tan pronto.

Fijó la vista en los verdes prados con el mismo color que sus ojos, igual que los de su madre y su abuela, herencia del tatarabuelo Tom.

No creía que el aspecto de aquellas tierras hubiese cambiado mucho desde sus tiempos, más de ciento cincuenta años atrás, al menos no en lo básico, aunque tenía la esperanza de que hubiese evolucionado más desde que dejó de vivir allí con dieciocho años.

—Rancho Liberty. Propiedad McQueen —leyó en un susurro el nombre de su herencia familiar. El texto estaba en el arco de hierro que seguía dando la bienvenida a la entrada de la valla, como los padres del tatarabuelo Tom lo colocaron. Sus trastatarabuelos.

El vello se le erizó al pensar lo que significaba para su vida estar allí.

Intentó ignorar los *flashes* de recuerdos de todo tipo que le cruzaron la mente, pero eran difíciles de controlar.

Cerró los ojos unos segundos y respiró hondo.

Los abrió, apretando los labios.

Miró la caja que reposaba en el asiento del copiloto. Estiró el brazo y, con un movimiento de la mano, la abrió sin soltar la otra del volante.

Observó aquel libro envuelto en un pañuelo de algodón descolorido y muy viejo, dentro de una bolsa transparente y sellada.

Aún no lo había abierto, estaba tal cual se lo entregó el notario

tras leer el testamento, pero sabía que era importante para todas las mujeres de la familia. Sobre todo para quien escribió la mayoría, su tatarabuela Jane.

Solo lo había visto una vez en su vida, cuando era muy pequeña. Lo llevaba su abuela Jane, pero lo escondió donde no lo pudiese encontrar ni jugar con él.

«Cuando llegue el momento, será tuyo», le dijo su madre cuando preguntó por qué no podía verlo.

Por desgracia, ese momento había llegado antes de lo esperado. Amelia tenía sesenta y ocho años y, según la genética familiar, podría haber vivido mucho más. Incluso hasta los cien años, como su abuela, pero un accidente de tráfico se había cruzado en su destino.

Cerró la caja, cogiendo aire profundamente.

Arrancó el coche y entró al rancho.

Condujo a poca velocidad durante unos minutos hasta la gran casa. La habían restaurado, pero no habían cambiado nada de su construcción original desde, al menos, la época de sus bisabuelos.

Sabía que la estructura fue restaurada antes de 1900 y que luego se hicieron algunas mejoras necesarias por el paso de los años y la llegada de elementos más modernos y confortables para vivir.

Para acondicionar las necesidades del rancho, habían ido construyendo edificaciones replicando el aspecto de aquella época, para que no se notaran en exceso las ampliaciones que iban añadiendo.

Aguardó unos segundos, antes de bajarse del coche, contemplando su alrededor. Su casa.

Salió del vehículo, se puso el abrigo largo de paño negro hasta el tobillo, cerró la puerta, subió los peldaños hasta el porche principal y se giró sobre sí misma para echar un vistazo a cuanto podía divisar.

Todo era suyo.

—Eres una McQueen. No lo olvides nunca —susurró imitando la voz de su abuela, recordando la frase que le dijo la última vez que se vieron antes de fallecer.

Sonrió al recordar su fortaleza. Esperaba tenerla también.

—¿Señorita, Amelia Jane? —preguntó una mujer a su espalda.

La chica se giró sin borrar la sonrisa de la boca. Reconocería esa

voz en cualquier parte.

—Hola, Emily —contestó a la mujer que había ayudado a su familia en casa desde que tenía memoria.

—¡Qué alegría que esté aquí, señorita Amelia! —contestó emocionada de verla, lanzándose a darle un cariñoso abrazo que ella le devolvió de igual forma. Ya no le quedaban muchas personas a las que abrazar.

—Sigues estupenda —susurró devolviendo el achuchón.

—Siento tanto lo de tu madre, hija. Lo siento muchísimo —le dijo con dulzura por enésima vez desde el accidente, antes de apartarse de ella. Reteniéndola un poco más.

Amelia cerró los ojos y tragó saliva. Estaba siendo duro, pero no podía caer en la pena. No se lo podía permitir o se derrumbaría.

—Gracias, Emily. Lo sé. Fue inesperado y es difícil, pero hay que seguir.

La mujer acarició su rostro con cariño.

—Como te dije el día del entierro, siempre puedes contar con nosotros, pequeña. También somos parte de la familia, aunque no seamos McQueen.

—Lo sé —se repitió. Sabía que se refería a todos, no solo a ella. No sabía qué más contestar.

—Ahora vamos a dejar de hablar de tristezas. —Recondujo la situación—. ¿Qué tal el viaje? ¿Tienes hambre? He preparado carne y verduras asadas para cenar. Espero que vengas, cielo. Estarás cansada del viaje y querrás dejar tus cosas en la habitación, pero ven a cenar, por favor.

—La verdad es que pensaba irme a la cama directamente, pero se lo agradezco mucho. —Intentó evitarlo.

—Eso no puede ser, cielo. Tienes que comer. ¿Desde cuándo no comes en condiciones? —No dejó que A. J. contestara. Solo había que ver lo delgada que estaba para saber la verdad—. No acepto un no por respuesta. En media hora en casa. ¿De acuerdo?

No le quedó más remedio que aceptar. Lo hizo con un gesto de cabeza.

—La casa está dispuesta, mi niña, pero quiero que hablemos y me digas cómo quieres las cosas. Ahora eres la dueña de todo esto.

—Gracias, Emily. Ya lo veremos. No tengo ni idea —agradeció con una sonrisa, pero en realidad tenía un nudo en la garganta.

—Vamos, te ayudaré a instalarte. He acondicionado tu cuarto de momento. Pensé que lo preferirías así.

La chica asintió y, sin más, Emily comenzó a subir la escalera que llevaba a la planta superior. A. J. la siguió. El suelo de madera crujía bajo sus botas de cordones de estilo militar.

Aquella casa estaba llena de recuerdos, algunos muy buenos, otros difíciles. Pero si algo sentía siempre que volvía a casa era la fuerza que le daba cada milímetro de ese lugar, aunque no lo quisiera.

—Gracias, Emily. Ya puedo yo. Sigue a lo tuyo —le pidió con sonrisa cómplice.

—Está bien, pero en media hora vienes a cenar.

—Allí estaré —confirmó A. J.

Esperó a escuchar los pasos bajando la escalera antes de entrar más en el cuarto.

Habían pasado ocho años desde que se fue de Liberty definitivamente, aunque volvía de vez en cuando para ver a su abuela y a su madre, a pesar de sus diferencias.

Siempre procuraba quedarse poco tiempo, incluso en Navidad. Se marchaba en cuanto empezaba a escuchar ideas sobre quedarse en el rancho que no le interesaban de momento, aunque sabía que lo tendría que hacer en algún momento de su vida, que esperaba fuese muy lejano.

No había sucedido así.

A su madre y su abuela les gustaba que fuese en verano a la fiesta del ganado. A ella también porque le encantaba montar a caballo para bajar a los animales desde los pastos hasta el rancho, para hacer el recuento y el marcado, hasta que los sentimientos lo volvieron complicado.

Era una heredera ausente, pero no ignorante de lo que significaba tener un rancho y pertenecer a una saga importante de rancheros y adiestradores de caballos.

Echó un vistazo rápido a su alrededor. Todo estaba donde lo había dejado unas semanas atrás, cuando fue al entierro de su madre.

Apenas estuvo unos días, lo justo para arreglar el entierro y las gestiones necesarias para comenzar con el traspaso de todos los bienes a su nombre.

Era mejor no pensar demasiado de momento.

Con decisión, se quitó el abrigo. Salió por la puerta, abrigada con su jersey de invierno, y bajó hasta el coche. Lo movió a la parte trasera de la casa y lo dejó allí, alejado de la vista del paso del camino principal.

Sacó su bolso, el libro antiguo y una maleta pequeña. Lo demás ni lo tocó.

Subió a su cuarto y dejó el libro sobre la cama, la maleta en un rincón, y sacó el móvil del bolso.

No tenía que llamar a nadie para avisar de su llegada. Ya no tenía a nadie que se preocupara por ella hasta ese punto. Ni siquiera Adam, su última pareja, sabía que se había marchado. Era militar con base en San Diego, donde ella vivía, pero no estaban muy bien en los últimos meses. Además, se encontraba en una misión de código negro, por lo que no podían comunicarse.

Le había dejado una nota en la casa que compartían y un mensaje de voz para cuando pudiese usar el móvil personal. Sabía que lo habría metido en una funda de seguridad y no lo sacaría de allí hasta que les dijesen que podían hacerlo.

Observó la pantalla. Ningún mensaje.

La cobertura era mínima, eso no cambiaba.

Lo dejó sobre su escritorio, junto al bolso, y salió al pasillo.

Caminó hasta la habitación de su madre. Estaba tal cual la dejó antes de coger el coche aquella mañana nevada de febrero.

No servía de nada pensar en la cantidad de veces que le había pedido que no condujera con mal tiempo y le pidiera a alguien del rancho que la llevase al pueblo. Ella se sentía bien, capaz, y aparentaba menos edad de la que tenía. Los reflejos no son los mismos con casi setenta años que con cuarenta, pero era cabezona. ¡Qué iba a decir ella! Lo llevaban en la sangre…

Aquella placa de hielo en la carretera la sacó del camino y tardaron en encontrarla. Ya no hubo nada que hacer.

Casi podía verla deambular por el cuarto colocando su ropa o sentada en el sillón de lectura que se instaló años atrás en la habitación de su abuela en la planta baja y luego recolocó allí.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No sabía si por los recuerdos o por el frío de la casa.

A pesar de la calefacción, notaba el frío. Estaba tan vacía que

era difícil sentirla cálida.

Miró el reloj, casi era la hora de ir a cenar.

Iba a cerrar la puerta al salir, como antes cuando vivía allí, pero ahora era absurdo. Ya no había nadie más.

Fue a su cuarto, cogió el abrigo, el móvil, y bajó la escalera deprisa.

Cerró la puerta sin echar la llave, como de costumbre en Liberty, y se encaminó a la casa de los Cassidy.

No sabía qué le inquietaba más, si estar en Lake City indefinidamente o ir a cenar allí.

Esperaba tener una cena tranquila con Eric padre y Emily, nadie más, aunque en realidad deseaba que hubiese alguien más. Pero le costaba reconocerlo.

Para llegar allí debía pasar por delante de los establos. No se pudo resistir y entró.

Diamante relinchó al instante, en cuanto ella se acercó al cubículo donde estaba descansando junto a sus compañeros.

A. J. sonrió al verlo. Era su caballo y una de las cosas que más añoraba de ese lugar.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Te habías olvidado de mí? ¿Me has echado de menos? —preguntó al animal mientras lo acariciaba con una gran sonrisa en el rostro.

Desde luego que se acordaba de ella, solo había que ver cómo se movía acercándose más y con visible felicidad.

Ella rio al verlo tan contento, pero se le cortó la risa en cuanto se dio cuenta de quién la miraba desde el pasillo, un par de cubículos más allá.

—¿A. J.? —preguntó el hombre como si estuviese extrañado de verla allí.

—Hola, Eric —saludó al hijo del capataz y Emily. Eric Cassidy júnior. Respiró profundo, disimulando sus nervios al verle.

—¿Cuándo has llegado? No he oído el coche —siguió indagando mientras se acercaba a ella con aquella forma de andar tan imponente, imposible de ignorar.

Era inevitable que su cuerpo reaccionara a él. Por más que lo intentaba, era imposible ignorar su imán.

—Hace un buen rato. Aparqué atrás.

—Ya… —contestó acercándose más, con esa mirada profunda

que le aceleraba el corazón—. ¿Te quedarás mucho esta vez?

—No lo sé. De momento viviré aquí por tiempo indefinido. Tengo que hacerme cargo de todo esto.

A A. J. le pareció ver cómo su gesto cambiaba de sorpresa a alegría, pero enseguida se tornó serio y con intención de parecer despreocupado por el tema.

—Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarnos. Cualquiera de los chicos te puede ayudar. —Intentó quitarse de la ecuación, aunque en realidad solo quería que lo llamase a él.

—Lo sé. Gracias.

—Diamante te ha echado de menos. Le gustará que lo montes pronto.

—Lo veo muy bien. Gracias por cuidarlo.

—Sí. Lo monto. Quiero decir, lo montamos todos los días los chicos o yo para darle un buen paseo. Así se mantiene en forma. Es mi trabajo.

—Aun así, gracias. ¿Qué tal Sunset? —se interesó por el suyo.

—Tan bien como siempre. Espero que ese caballo siga conmigo muchos años, porque es el mejor —reflexionó en voz alta, aunque no era ninguna novedad para Amelia. Sabía que pensaba así desde que lo tenía.

—Mañana iré a verlo. Ahora tengo que irme. Me ha gustado verte, Eric. Nos vemos pronto —se despidió tras mirar el reloj.

—Nos vemos pronto —contestó igual que ella mientras la veía marcharse.

Capítulo 2

A. J. llamó a la puerta de los Cassidy. A los pocos segundos, Eric padre abrió la puerta con una sonrisa y la abrazó.

—¡Oh, Amelia Jane! ¡Bienvenida a casa! —la recibió eufórico.

—Gracias, señor Cassidy. Le veo muy bien —apreció con una gran sonrisa. Aquel hombre había sido lo más parecido a un padre que había tenido nunca.

—Por favor, llámame Eric, como siempre.

Ambos se abrazaron otra vez unos segundos, antes de que Emily les interrumpiera:

—Cuánto me alegro de que no te hayas echado atrás. Pasa, pasa —la recibió, dándole otro abrazo.

A. J. estaba abrumada con tanto cariño. No estaba acostumbrada desde que se fue de casa.

Lo siguió al salón.

—¡A. J.! ¡Qué alegría que estés por aquí! —gritó Lily, la hija pequeña de la familia. En realidad, se llamaba Emily, como su madre. Pero cuando era pequeña solo sabía decir el final de su nombre y repetía una y otra vez «li, li, li», por lo que se quedó con Lily y así no la confundían con su madre.

—Me alegro de verte. Pensé que estabas en California.

—Y lo estoy, en la universidad, pero son las vacaciones de primavera. ¿Lo recuerdas de tus tiempos por allí? No me creo que lo hayas olvidado tan pronto. No ha pasado tanto.

Amelia asintió después de unos segundos. Había olvidado lo bien que se vivía estudiando.

—¿Y qué haces aquí en lugar de en Florida? —preguntó por el destino favorito de los universitarios para esas vacaciones.

—Bueno, este año he preferido venir a casa —contestó, poco

interesada en dar más explicaciones.

—Tu madre estará muy contenta.

—Sí. La he hecho feliz.

Ambas sonrieron.

El hombre apareció con un refresco para cada una y se marchó de nuevo a la cocina con su mujer.

Estaban las chicas entablando conversación, cuando la puerta de la casa se abrió.

A. J. escuchó la cerradura, los pasos de alguien entrando, cómo la cerraban y ese caminar inconfundible por el suelo de madera hasta el salón.

Se quitó el sombrero en cuanto entró, colocándose el pelo, a medio camino entre corto y largo. Como siempre.

Lo escuchó saludar a sus padres antes de girarse hacia ellas.

Clavó su mirada en A. J. unos segundos. Ella apretó los labios de puro nerviosismo.

—A. J. —dijo su nombre a media voz.

—Hola otra vez, Eric.

—Eric, hijo, he invitado a Amelia a cenar. Acaba de llegar de viaje, está cansada, y no me parece bien que cene sola en su primer día en Liberty.

—Has hecho bien, mamá —contestó mientras dejaba el sombrero en un aplique en la pared, conteniendo la sonrisa tonta que se le había instalado en los labios.

—Venga, todos a la mesa, que la carne se enfría —los apremió la mujer en cuanto vio que el ambiente era tranquilo.

La familia tomó asiento, pero A. J. se quedó la última esperando a ver en qué lugar le tocaba.

Lily se colocó frente a ella y junto a Emily, por lo que el sitio que quedaba libre era junto a Eric júnior, que había tomado asiento al lado de su padre.

—Lily, da las gracias, por favor —pidió el capataz a su hija.

La familia se dio las manos entre ellos. La muchacha le tendió la suya sobre la mesa con una sonrisa para que la cogiera. Lo hizo.

Después miró la mano que tenía con la palma hacia arriba al otro lado de la mesa. Eric la esperaba.

Puso la mano sobre la suya y él la cerró.

—Señor, te damos gracias por los alimentos que vamos a recibir

hoy. Te pido que cuides de nuestra invitada. Sé que no te habla, ni va a verte, pero podrías echarle un vistazo de vez en cuando. Gracias. Amén.

A. J. agradeció las palabras de la muchacha, pero, si las tuviera que reproducir un instante después, no sabría hacerlo.

El contacto con Eric le encendía la piel y le traía recuerdos en los que sus manos la tocaron en muchos más sitios que en la mano.

Cuando volvió a Liberty para asistir al entierro de su abuela en dos mil veinte, hubo algo que les acercó de nuevo, pero no habían sido capaces de regresar a la conexión que siempre habían tenido.

La vida adulta era exigente y absorbente, además de separar sus caminos cada vez más.

Cuando regresó para el entierro de su madre, Eric se portó muy bien con ella. No la dejó sola y algo cambió en su relación.

Este mes sin verse no había aclarado sus decisiones para con él. Los sentimientos los conocía desde que era adolescente y no habían cambiado, más bien se afianzaban a cada encuentro. Esa distancia había servido para darse cuenta de que estaba en una relación que no iba a ningún lugar con Adam y decidió dejarlo.

Lo había hecho a medias. Tenía una conversación pendiente cuando él volviera a la vida civil.

De momento no quería pensar en eso. Ya había dado el primer paso. Dejaría que pasara el tiempo y esperaría a esa conversación.

—¿Estás bien? —preguntó Eric acercándose a ella, al ver que no le soltaba la mano.

Amelia se fijó en sus manos entrelazadas. ¿Cuándo las habían unido tanto? No se había dado cuenta. Se soltó despacio.

—Sí. Perdona —contestó con timidez.

—No pasa nada —susurró, recolocándose en su sitio.

El silencio de la mesa observando la escena no ayudaba. Emily, que sabía lo que habían sufrido los dos todas las veces que habían estado juntos antes, los miró con sonrisa nerviosa.

—¡Qué pinta tiene esto, mamá! —interrumpió Lily aquel momento que parecía incómodo—. ¿Servimos? —Intentó que la velada sucediese con normalidad.

—Pasadme los platos —pidió la mujer, centrándose en la cena —. Primero nuestra invitada —dijo, esperando que su hijo recogiera el plato de A. J.

Eric lo hizo con un movimiento lento y elegante mientras le dedicaba una de esas miradas profundas que a ella la ponían nerviosa.

—Tendrá hambre, mamá. Ha sido un viaje largo. ¿Verdad? —intervino Lily de nuevo para destensar la situación. No tenía muy claro qué estaba pasando, solo que pasaba algo entre su hermano y Amelia otra vez.

—No mucha —contestó por fin la aludida—. Con un poco de verduras asadas y un trozo pequeño de carne es suficiente. Gracias.

—Tienes que comer, mi niña. Ahora hay que reponer fuerzas para el rancho. Hay mucho trabajo —contestó el patriarca, animándola a disfrutar de la comida.

—Gracias —contestó Amelia, incapaz de contradecirles.

Sentada a aquella mesa en familia, siempre se sentía como si volviera a la infancia. Los Cassidy eran una familia como la que le hubiese gustado tener. La suya solo se componía de abuela y madre. Le gustaba la sensación de estar con una familia completa.

Eric le colocó el plato.

Se miraron un instante y volvió a su comida.

Estar a su lado la mantenía nerviosa, pero agradeció a Lily que se pusiera frente a ella. Que él hubiese estado en esa posición en la mesa habría sido menos llevadero.

La cena transcurrió entre charlas familiares, anécdotas del día y conversaciones sobre el trabajo entre los dos hombres, aunque la matriarca las detenía rápido. No le gustaba que hablasen demasiado tiempo de trabajo en la mesa.

A. J. permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Le gustaba ver la dinámica de aquellas cenas, cómo interactuaban entre ellos, reír de los comentarios divertidos y aprender de lo que le interesaba. Pero casi no participaba.

—¿Y qué harás aquí, A. J.? —preguntó Lily sobre su futuro.

—Trabajar en el rancho —contestó sin dudar.

—Ya, pero… ¿qué harás? Esto es muy distinto a tu trabajo en San Diego —insistió. Ella sabía que daba clases en la universidad sobre historia del arte. Nada que ver con un rancho.

No estaba segura de qué quería saber, el problema es que ella tampoco sabía qué contestar.

—Por el momento, iré al banco a ver cómo están las cuentas y

hablaré con el gestor. Tengo que saber en qué situación estamos antes de tomar decisiones.

—¿Tienes algún plan pensado? —se interesó el capataz, con tono inocente, mientras recogía el plato que le ofrecía su mujer con un pedazo de tarta de moras. Pero la realidad es que de su decisión dependía el futuro de todos los que estaban sentados en aquella mesa.

—Prefiero no pensar opciones hasta que no aclare la situación. —A. J. se dio cuenta de cómo se miraban entre ellos—. Seguid con vuestros trabajos como siempre. Nada va a cambiar de momento y, si cambia, seréis los primeros en saberlo.

—Gracias, Amelia Jane. Te agradecemos la sinceridad —confesó el patriarca, aunque se le notaba preocupado.

—Cómo no, señor Cassidy. Habéis cuidado de Liberty desde que tengo memoria. Es lo menos que puedo hacer.

Se sonrieron con ternura.

A. J. cogió su plato con una generosa porción de la tarta típica de Oregón, la tarta de moras Marionberry. Era costumbre congelar las moras durante la corta temporada del fruto y luego usarlas durante el resto del año. Hacía mucho que no disfrutaba de un pedazo.

—Si necesitas ayuda o información de la que no viene en los libros, no dudes en preguntar —se ofreció Eric para evitar que se precipitara en la toma de decisiones.

—Lo haré —confirmó que entendía el mensaje.

Tomó la tarta mientras ellos volvían a sus conversaciones y, tras acabarla, decidió marcharse.

—Emily, muchas gracias por la cena. Todo estaba delicioso y me ha venido bien estar con vosotros este rato. Me voy a dormir. Estoy cansada y lo necesito —explicó en tono cariñoso.

—De nada, mi niña. En esta mesa siempre tendrás una silla para ti.

A. J. sintió un nudo en la garganta al escucharlo. No era nuevo, ya se lo había dicho en otras ocasiones, pero ahora tenía más importancia.

—Gracias —contestó con un hilo de voz, emocionada.

Sin esperar más, se levantó y se dirigió a la puerta.

Eric la miró desde su asiento hasta que desapareció de su vista.

Cogió aire y se levantó también.

—Disculpad, yo también me marcho. Descansad. Mañana nos vemos.

El resto de la mesa dijo un escueto «hasta mañana» y guardó silencio, observando cómo se iba tras ella. Solo intercambiaron miradas cómplices entre ellos.

Lily iba a hablar, pero su madre le puso un dedo sobre los labios.

—No digas nada, Emily Cassidy. Son sus cosas y entre ellos deben quedar —susurró para que no la escuchara la pareja.

La muchacha asintió mientras hacía el gesto de echar la cremallera a los labios, aunque se estaba riendo.

Eric encontró a A. J. poniéndose el abrigo junto a la puerta.

Él se colocaba el sombrero.

La observó unos segundos. Se notaba su influencia urbanita en la forma de vestir. Antes no vestía así, era más clásica y usaba prendas cómodas más enfocadas al trabajo en el campo y los animales.

A él le gustaba verla venir con aquellos vaqueros ajustados como los que llevaba en ese instante, los abrigos y los zapatos modernos, sin olvidar ese corte de pelo por encima de los hombros que tan bien le quedaba.

Se había criado allí, igual que él, pero ella tenía ese estilo especial que había agudizado en California y Europa.

Se miró a sí mismo. Era un tipo de pueblo que se dedicaba al ganado y, sobre todo, a los caballos, sin mucho más que ofrecer que sus conocimientos y él mismo.

Vaqueros, camiseta gris de manga larga, botas y cazadora de pana marrón con borrego por dentro. Lo tenía difícil.

—¿Te vas al Hollys? —preguntó la mujer por el bar al que todos iban en el pueblo.

—No. Me voy a casa. Solo es miércoles —explicó abriéndole la puerta.

—¿Desde cuándo importa el día de la semana? —Se extrañó por su respuesta.

—Desde que soy un tipo responsable —contestó dejando que ella saliera primero. A A. J. le gustó escucharlo.

—¿Sigues viviendo en la vieja cabaña?

—Sí. Me gusta. Tengo lo que necesito, estoy cerca del establo…

Pero, si tienes planes para ella y no puedo seguir viviendo allí, dímelo y me mudaré. —Ofreció la posibilidad mientras caminaban en dirección a la casa principal.

—No digas tonterías. Puedes vivir en la cabaña sin problema, Eric. No va a cambiar nada porque ahora sea la dueña de todo esto y, si lo hace, serás el primero en saberlo.

—Va a cambiar todo, A. J.

Era cierto y ella lo sabía. No era lo mismo ver el negocio desde fuera que tener que luchar por él desde dentro, pero para eso se había preparado toda la vida, aunque nadie lo pensara y creyesen que no prestaba atención.

—No hace falta que me acompañes. Estarás cansado. Gracias —le dijo sin entrar a su comentario, a mitad de camino. Donde cada uno tomaba una dirección para ir a su respectiva casa.

—Sé que no hace falta, pero quiero hacerlo —confesó sin dejar de caminar despacio hacia la mansión. Amelia cogió aire. Estaba nerviosa. Lo siguió.

—Hace frío todavía —apreció, cerrándose el abrigo con las manos para después atarlo con el cinturón. Tras el gesto, metió las manos en los bolsillos.

—Deja que lo haga. Cuando nos queramos dar cuenta, vendrá el calor y la posibilidad de sequía. Deja que haga frío.

A. J. sonrió al escucharle. Era un hombre de rancho y nada lo iba a cambiar. Ni siquiera lo hizo la universidad, aunque su madre lo intentó, enviándole con mucho esfuerzo económico.

Subieron los escasos peldaños hasta la casa y Eric abrió la puerta.

—Cierra con llave, por favor. No quiero sustos —le pidió al comprobar que no había cerrado al marcharse.

—Lo haré para dormir. No te preocupes.

Se miraron unos segundos, pero A. J. rompió la conexión en primer lugar. Sería incapaz de ocultar sus sentimientos si seguía enganchada a su mirada.

—Si necesitas algo, llámame o ven a la cabaña.

—Gracias. Descansa —se despidió, entrando en la casa.

Eric tiró de la puerta hacia sí y la cerró. Ella corrió la cortinilla que tapaba el cristal de esta y echó el cerrojo mientras lo miraba por el hueco que había dejado para ver el exterior.

Se sonrieron.

Ella levantó la mano en señal de despedida. Él se lo devolvió y se marchó.

El corazón de A. J. estaba desbocado en su pecho. Iba a tener que decidir, y pronto, porque no iba a poder mantener las distancias.

Capítulo 3

A. J. se sintió abrumada por la cercanía de la familia Cassidy. Sabía que pasaría, siempre era así, pero ahora las circunstancias de su vida eran distintas.

Estar con Eric tan cerca iba a ser un gran reto y tenía que tomárselo con calma.

Las veces anteriores no había salido del todo bien. Si en esta ocasión se equivocaban, sería un desastre difícil de arreglar. Tenía que tenerlo claro y estar muy segura de cada paso que iba a dar, tanto con él como con el rancho.

Abrió la maleta sobre la cama, sacó el pijama y el neceser. Se cambió y, cuando estuvo lista, se metió en la cama.

Aguardó unos segundos a que su oído se adaptara a la nueva situación.

Estar allí y no en la ciudad hacía que su audición cambiara de forma radical. No había ruidos continuos del tráfico o el ajetreo habitual, tampoco de la tecnología que nos rodea continuamente. Ni siquiera había sacado el ordenador del coche. Ahora notaba la ausencia de esos zumbidos imperceptibles en su otra vida.

Escuchó la hierba moverse, los árboles mecerse al son del viento, algún animal pisar el suelo, el ulular de una lechuza.

Siempre le costaba dormirse la primera noche allí, pero sabía que el cansancio la haría sucumbir.

Miró el libro de su familia descansando sobre el escritorio.

Su abuela y su madre le habían hablado poco de él, solo le habían recalcado la importancia de leerlo.

Empezaría mañana.

Los ojos se le cerraron recordando a las dos mujeres de su vida.

Al final, el sueño ganó.

A. J. se desveló en mitad de la madrugada. Un ruido la despertó, pero no supo identificar qué fue. Tampoco podía descartar haberlo soñado. No estaba segura.

Permaneció en la cama, acurrucada con el edredón de plumas. Cerró los ojos de nuevo y esperó.

No podía dormir. Tenía los ojos cerrados y la actitud correcta, pero sintió frío y no era capaz de entrar en calor.

Se echó la manta que tenía a sus pies por encima, pero ni así lo aplacaba.

Escuchó pasos sobre la hierba, pero no sabía identificar con seguridad de qué eran.

Unos arañazos en la madera.

Pensó que podía ser un lobo o un perro salvaje.

Se levantó con cuidado, se puso el abrigo sobre el pijama abotonado que llevaba, se puso unos calcetines y bajó con cuidado a la planta baja.

Escuchó de nuevo los arañazos en la madera. Parecía que venían de la puerta.

Corrió las cortinas un poco, buscando de dónde venía el ruido.

Vio al lobo rojo ante ella.

Estaba intentando entrar por la gatera de la puerta, solo que esta estaba sellada desde hacía muchos años porque no se usaba. A su madre no le gustaba.

Sabía que no tenía peligro donde estaba, el animal no iba a entrar, pero sí le daba miedo que se colara en los establos o al recinto del ganado.

Metió la mano en el bolsillo que le pesaba y sacó el móvil.

—Mierda de cobertura —susurró mirando la pantalla.

Volvió a mirar al exterior y vio cómo Eric venía en su dirección. Con los pantalones vaqueros, su cazadora de borrego desabrochada —sin nada más— y descalzo mientras sostenía un rifle en la mano.

A. J. sabía que no dispararía al lobo, pero, aun así, encendió el móvil para que él se diese cuenta por el resplandor de la pantalla de que estaba tras la puerta.

En cuanto la vio, levantó el rifle al cielo. No tenía el dedo en el

gatillo, nunca lo ponía en el disparador hasta que fuese seguro que iba a usar el arma, pero apartó la puerta de su mirilla.

El lobo se giró para averiguar de dónde provenían las pisadas que lo acechaban.

Ambos —hombre y lobo— se quedaron quietos donde estaban, mirándose, midiéndose, sin decidir el siguiente paso aún.

Eric se irguió con su uno noventa y tres de altura para marcar su posición. El animal caminó unos pasos por el porche, lo miró unos segundos y se marchó.

A. J. se inclinó, pegando la frente en el cristal para comprobar si ya se había ido.

Eric vino rápido hasta la casa, le abrió la puerta.

—¿Se ha ido? —preguntó la mujer, retrocediendo unos pasos para que él pudiese entrar.

—Sí. ¿Estás bien? —indagó, preocupado sobre la situación.

—Estoy bien. No ha entrado en casa —explicó A. J., levantando la vista para mirarle a los ojos.

—¿Has cerrado todas las puertas y ventanas?

—Sí. Todo está cerrado.

—¿Seguro?

—¡Pues claro! Hay dos grados ahí fuera. Estaría loca si dejase algo abierto en este congelador gigante —apreció, cruzando los brazos por debajo del pecho. Se estaba congelando. Seguro que él también.

No supo qué decir durante unos segundos.

—Sí. Aquí hace mucho frío. Mi madre no me ha dicho nada. Lo siento. Mañana revisaré la calefacción y veré qué puedo hacer. Mientras tanto… —Dudó si seguir. A Amelia le dio un vuelco el corazón—. Puedo quedarme si quieres o puedes venir a la cabaña. El fuego siempre está encendido.

Eric apretó los labios un instante tras la última frase. Podría aplicarla a él mismo cuando la tenía cerca.

—Gracias. No sé qué decir —contestó la chica con timidez.

—No te preocupes, ha sido una estupidez. No me hagas caso. Me marcharé, pero deja que te encienda las chimeneas y que compruebe que todo está en orden.

A. J. no quería hacerle trabajar. Era tarde y en pocas horas tendría que levantarse para atender a los animales. Los ranchos no

paran ni un solo día del año y no podía entretenerle encendiendo chimeneas.

—¿Los caballos y el ganado estarán bien?

—Los establos están cerrados. El lobo no puede entrar.

—Bien. Entonces vamos a dormir. Es muy tarde —le pidió mientras abría la puerta, dispuesta a ir a su cabaña.

Eric la siguió sin una palabra más.

No iba a ser él quien pusiera peros a su plan.

Cerró la puerta tras él y ambos caminaron hasta su cabaña; él descalzo, ella con sus calcetines.

En cuanto abrió la puerta de la vieja cabaña, el calor del hogar los abrazó.

—Acércate al fuego para entrar en calor —propuso Eric—. ¿Quieres tomar algo caliente?

—No. Solo quiero dormir.

Él asintió, comprendiendo.

—Duerme en mi cama. Yo dormiré en el sofá —indicó quitándose la cazadora.

—Ni hablar. Me vuelvo a mi casa si lo haces. La cama tiene espacio suficiente para los dos.

Eric sonrió. No había cambiado nada en ella, y eso le gustó.

A. J. se quitó el abrigo. Allí no lo necesitaba, y también los calcetines, manchados por la caminata desde su casa.

Desapareció un momento al baño, que Eric aprovechó para quitarse los vaqueros y ponerse un pantalón de pijama oscuro. Solía dormir desnudo y ella lo sabía, pero quería mantener las formas.

A. J. tardó unos segundos más de la cuenta en salir del baño. Estaba nerviosa. Iba a dormir con él una vez más. Era imposible no estar inquieta.

Respiró hondo unas cuantas veces y salió a la habitación.

Lo vio acuclillado junto a la chimenea, avivando el fuego.

Se quedó quieta observándole, preguntándose si esta vez sería valiente para tomar decisiones firmes sobre ellos.

La miró unos segundos, antes de incorporarse.

—Creo que así será suficiente para pasar lo que queda de noche. Si tienes frío, me despiertas, por favor —pidió pasándose la mano por el pelo. No lo hacía a menudo, solo cuando estaba nervioso.

—Aquí nunca paso frío. Tranquilo.

Eric sonrió con timidez por esas palabras mientras ella caminaba hacia la cama. Sabía que no lo decía solo por el calor de la casa.

La miró mientras se metía en el lado donde la ropa de cama aún permanecía intacta, pero ella sabría hacerlo aunque estuviese recién hecha. Él la siguió y se tumbó en su lado habitual.

A. J. se tapó con el edredón y se acurrucó temblando.

Eric se colocó de lado, mirándola.

—¿Estás bien? —susurró, observando cómo arrugaba el edredón apretando las manos con la tela entre ellas. Como si de esa forma la sellara para que no se le escapara el calor.

—Enseguida se me pasa. Es la sensación.

El chico sonrió con ternura ante la explicación.

—Si tú lo dices…

Lo miró entrecerrando los ojos.

—No tengo secretos para ti, ¿eh? —preguntó, menos molesta de lo que quería aparentar.

—La verdad es que no, pero yo para ti tampoco. Esa es nuestra realidad, aunque nos empeñemos en negarla.

—A veces lo odio —dijo en voz alta lo que pensaba. Pero a la vez le gustaba que él supiera todo de ella, lo hacía fácil para lo bueno y para lo malo.

—Ódialo mañana —propuso divertido—. Ahora ven a aquí antes de que te congeles y tenga que llamar a emergencias.

Era absurdo echarse atrás ahora. Había sido ella quien había ido allí por su propia voluntad.

Se deslizó un poco por la cama hacia Eric. Él también hacia ella. La dejó que se colocara pegada a él, abrazándolo con timidez. Después la tapó con el edredón y la envolvió con sus brazos.

Al principio temblaba, aunque no estaba segura de si era por el frío o por estar con él. Después, los temblores pararon.

No podía relajarse, estaba nerviosa y el contacto con él la mantenía alerta. Pero estaba a gusto a su lado, tanto que un suspiro se escapó de entre sus labios.

Eric respiró hondo al escucharla mientras cogía su cintura y la acercaba más a él.

—¿Estás mejor? —preguntó, contento de tenerla allí, mientras pasaba la mano por la espalda de A. J. Sentía su corazón como un caballo desbocado. El suyo iba a velocidad parecida.

—Sí —susurró intentando calmar los nervios.

—Duerme tranquila. Estoy aquí.

Amelia cerró los ojos y apretó los labios. Estaba agotada, pero no estaba segura de poder dormir.

—Lo intentaré.

Su corazón seguía latiendo muy rápido y Eric no sabía qué hacer para no equivocarse en el siguiente paso.

Cuando regresó para el entierro de la abuela Jane, ella vivió con él en aquella cabaña más de la mitad del tiempo que estuvo allí. Discutió con su madre sobre Liberty y se fue con Eric. Pasaron muchas cosas entre ellos en esas cuatro paredes y su mente no paraba de recordárselo.

Cuando regresó para el entierro de su madre, vivió con él en la cabaña el poco tiempo que estuvo en el rancho.

Cada noche se metían en esa misma cama, la abrazaba y ella lloraba su pena, pero también su soledad.

Se llevaba mal con su madre, pero sentirse sola en el mundo, sin nadie con quien al menos discutir, debía ser el peor sentimiento para un ser humano. Él no quería ni imaginarlo. En el fondo ellas se querían y su única disputa era la responsabilidad de Liberty. Amelia quería que su hija se hiciese cargo del rancho. A. J. quería disfrutar de la vida fuera de aquellas tierras porque sabía que, una vez que asumiera las riendas, nunca más las soltaría. A pesar de saber que él no la seguiría fuera de aquella vida. Durante esos pocos días, la abrazó intentando que no la destruyera la pena por la pérdida de su madre, pero también de su libertad.

No sabía detalles de lo que había pasado en este mes en el que no se habían visto, tampoco qué pasaba las otras veces que se iba para no volver en meses. Prefería no saberlo.

Si ella volvía a él cada vez que regresaba a Liberty era porque le daba algo que nadie más podía darle, pero esa situación no podía alargarse eternamente. Necesitaba estabilidad para su paz física y mental. Tenían una conversación pendiente al respecto.

Ahora solo tenían que dormir, el alba se acercaba sin demora y debían descansar. Tenían que resolver esa tensión y salir del bucle.

—A. J., respira. No va a pasar nada que no quieras que pase.

Aquella frase la puso más nerviosa si cabe.

—No me ayudas —contestó, levantando el rostro para mirarle.

Eric se movió y se incorporó, apoyando el codo para verla mejor.

—¿Qué quieres que pase? —preguntó directo—. ¿Quieres dormir, quieres hablar, quieres que te bese, quieres que te haga el amor? Dime qué quieres que haga y lo haré. Si no me lo dices, me iré con los caballos, porque me va a explotar el corazón de sentir el tuyo.

Aquella declaración la dejó aún más indecisa.

—Mi vida es un desastre, Eric. No sé lo que quiero, no sé lo que tengo que hacer ni cómo.

—Tranquila. No estás sola, aunque te empeñes en creerlo y actuar como si así fuera.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo hagas —susurró, colocándole un mechón de pelo tras la oreja para verle mejor el rostro.

—Siento que si nos equivocamos no lo podremos arreglar, y no quiero perderte también. No sé qué va a pasar a partir de ahora. Veo mi futuro como un bosque con una niebla muy espesa que no me deja aclararme ni avanzar.

Eric cogió aire. No podía imaginarse por lo que estaba pasando. No llegaba a los treinta años y estaba sola en el mundo. La gente no está preparada para eso.

—No puedo ponerme en tu lugar, Amelia, pero puedo estar contigo.

La chica acarició el tatuaje del caballo a dos patas que Eric tenía en el costado. Se lo hizo con veinte años y ella estaba presente en cada puntada de la aguja.

Él sintió la caricia en la piel y se le aceleró la respiración.

Sus miradas se encontraron.

No podía esperar más. Eric acercó su boca a los labios de A. J. y la besó.

La chica tembló incluso antes de sentir el contacto, pero no de frío, ya no.

Eric cogió su rostro con una mano para profundizar el beso. A. J. sentía cómo su cuerpo temblaba. Su piel se erizaba por sus besos, su olor, sus caricias.

El hombre se apartó un poco de ella para coger aire y dejar que pensara qué quería.

—Tenemos que dormir —susurró A. J. lo que debían hacer, con la respiración entrecortada por la excitación.

—Tú mandas —contestó, pero su deseo hablaba claro.

—Tengo un conflicto de intereses en este momento —contestó, divertida, al sentir su excitación.

Eric sonrió.

—Me alegra saber que no soy el único —respondió. Después se mordió el labio inferior. A. J. le devolvió la sonrisa.

Comenzó a desabotonarse su pijama masculino. Él esperó a que terminara para seguir quitándole el resto de ropa. Después se la quitó él.

—¿Estás segura? —preguntó de rodillas en la cama. Ella lo esperaba tumbada.

—Es de lo poco que estoy segura en mi vida.

Sin perder un instante, se colocó sobre ella para besarla, deseando escuchar sus gemidos ante sus caricias y besos. Hasta que estuvo lista y la penetró despacio, como sabía que le gustaba. La había echado mucho de menos, como siempre que no estaba en Liberty.

Una vez más estaban juntos. Se deseaban y se querían a su manera. Solo esperaban que los cambios tan drásticos que habían acontecido en las últimas semanas no hicieran estragos en su relación.

Capítulo 4

Emily entró a la casa de A. J. a primera hora de la mañana por la puerta de atrás, la que daba a la cocina, como era costumbre cuando había algún McQueen.

Se afanó en preparar el desayuno para que estuviera listo a las nueve, pero ya pasaban unos minutos de la hora y Amelia no bajaba.

La mujer pensó que igual era demasiado pronto para ella y quizá debía haber esperado un poco más.

Convencida de que así era, se marchó a sus demás quehaceres.

Pasaba junto a la cabaña de su hijo, cuando se percató de que las contraventanas estaban muy cerradas y el humo de la chimenea era escaso. No era normal en él, que se despertaba al alba para ir a ver a los caballos, desayunaba pronto y dejaba el fuego encendido para mantener la casa caliente.

Extrañada, se dirigió a los establos.

—Cariño… —llamó a su marido—. ¿Has visto a Eric? —preguntó con una sonrisa.

—No. Aún no ha venido. Les he dicho a los hombres que estaba indispuesto y vendría más tarde, pero la verdad es que no sé dónde se ha metido.

La mujer, que ya sospechaba lo que podía estar sucediendo, enseguida ató cabos.

—Está en su casa y me apuesto lo que quieras a que A. J. está con él.

La pareja sonrió, mirándose.

—¿Crees que se habrán arreglado? —susurró el hombre, esperanzado.

—Creo que no tienen nada que arreglar, solo se tienen que

aclarar y decidir qué van a hacer con sus vidas. Eric no soportará mucho más esta situación. Lo pasa muy mal cuando ella se marcha. Ahora que estará en el rancho sin remedio, ojalá se decidan de una vez.

—Ese muchacho la quiere y la esperará el tiempo que haga falta.

—O no. Todo tiene un límite y me da en la nariz que él ya lleva tiempo pensando que está perdiendo el tiempo. La última vez que se fue, antes de que muriese su familia, perdió siete kilos del disgusto. Eso no puede volver a pasar.

—Estoy de acuerdo. Habrá que esperar acontecimientos.

—Habrá que esperar —concluyó la mujer la conversación, marchándose por donde había venido.

Mientras tanto, en la cabaña de Eric, la pareja dormía tranquila, sin pensar en el resto del mundo ni en el trabajo pendiente.

Fue A. J. la primera que se despertó.

Sonrió al ver a Eric durmiendo a su lado. Se giró para observarle.

Dormía bocabajo, con una expresión relajada en el rostro. Un pequeño mechón de pelo castaño, más largo que de costumbre, le caía sobre el rostro. Ella se lo colocó despejándole la cara.

Apretó los labios, conteniendo una nueva sonrisa.

Era él. No había nadie más que la hiciese sentir tan bien, aunque se empeñase en seguir buscando. Pero ella no estaba segura de estar preparada para quedarse en Liberty, y él… desde luego que no estaba preparado para irse con ella a San Diego.

A. J. se fijó en que las contraventanas tenían huecos por los que entraba demasiada luz.

Se incorporó un poco, buscando un reloj en la penumbra.

Lo encontró sobre la chimenea.

—Mierda —susurró al comprobar que ya eran casi las diez de la mañana.

Rio nerviosa.

Deberían estar trabajando desde hacía dos horas como poco, pero seguían en la cama.

Lo miró unos segundos más, disfrutando de la vista, pero tenía que despertarle.

—Eric… —susurró acercándose a él, acariciando su pelo—. Tenemos que levantarnos.

El hombre gimió con un tono de queja que la hizo sonreír.

No recordaba haberlo visto levantarse tan tarde nunca, mucho menos hacerse el remolón.

Se deslizó por su cuerpo, pegándose bien a él.

En el momento en que se percató de la cercanía de su cuerpo, se giró un poco sobre sí mismo, lo suficiente para atraparla entre sus brazos y hacer que enredase las piernas con las suyas.

A. J. se abrazó a él, acercando la boca a la suya.

Lo besó despacio, sin esperar que él se lo devolviera. Pero, en cuanto la sintió en su boca, le devolvió el beso mientras deslizaba su mano por la espalda hasta la cadera y la apretaba contra la suya.

Ella gimió al sentir su excitación.

—Eric… —susurró sin respiración, con el deseo al límite de nuevo—. Tenemos que levantarnos. Es tarde.

—Lo sé. Luego —contestó escueto, dejando que sus cuerpos hablaran por ellos.

A. J. se dejó llevar. Era imposible resistirse a él. Tampoco quería.

—Podría quedarme a vivir en esta cama una temporada —dijo él después de hacer el amor otra vez.

—Yo también —confesó recuperando el aliento—, pero no podemos.

—Lo sé —respondió, hundiendo su rostro en el hueco entre el cuello y el mentón de A. J.

La mujer lo abrazó mientras él se deslizaba ligeramente a un lado para no cargar su peso sobre ella.

—Tengo que ir a Lake. Debo hablar con el señor Madison. Hay que averiguar cómo están las cosas por aquí antes de tomar decisiones.

Eric sabía que llegaría ese momento. Lo temía y anhelaba a partes iguales.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó precavido. Lo haría sin preguntar, pero eran asuntos importantes sobre un bien que no era suyo y no quería tener más información de la que ella quisiera darle.

—No te preocupes, solo quiero que me dé toda la información sobre Liberty y me ponga al día. No sé cómo están las cosas en realidad. Nunca he querido meterme en los asuntos de mamá. Esto no era mío y la verdad es que no quería saber nada de todo esto —confesó, aunque luego se arrepintió porque *todo esto* parecía que le incluía a él. Y él era lo único que le importaba de aquel rancho, junto con Diamante—. Seguro que más adelante necesitaré ayuda. Ahora ocúpate de lo importante. Los caballos te echarán de menos. —Intentó cerrar el tema.

A Eric le dolió escuchar que no le importaba el rancho antes de que falleciera su madre, no podía evitarlo, aunque lo sabía desde que se fue a la universidad. Ella era un alma libre que quería vivir otras experiencias fuera de aquel territorio rural y lo había conseguido, pero había tenido que enfrentarse a su herencia y realidad familiar antes de lo que esperaba.

Él estaba feliz de tenerla allí, pero no de sus circunstancias. Era complicado de conciliar.

—Lo dudo. Tienen a mi padre y a otros ocho vaqueros para atenderlos —contestó evitando cualquier comentario.

—Sí, pero ninguno los entiende como tú.

—¿Me lo estás ordenando? —preguntó, divertido, intentando destensar la conversación.

—Aún no, pero dame tiempo a que coja confianza —contestó siguiéndole la broma.

Ambos rieron, enredándose el uno con el otro. Con mucho esfuerzo, A. J. consiguió salir de la cama de Eric entre risas y besos.

Se fue vistiendo con las partes del pijama que él le había quitado y encima se puso su abrigo negro.

—¿No tomas un café conmigo? —preguntó meloso.

—Si me quedo un segundo más, no me iré jamás y tengo una cita a la que ya llego tarde. Luego nos vemos —se despidió sin perder el tiempo, porque era verdad que lo sentía.

Eric se levantó de la cama, se puso el pantalón del pijama y salió a la puerta a observarla.

Le encantaba verla caminar.

A. J. se dio la vuelta y lo vio allí de pie, sonriendo, como siempre que se marchaba de la cabaña desde que la visitaba.

Sonrió mientras caminaba a su casa, muy ilusionada pero

nerviosa por la observación. Esperaba no tropezar.

En cuanto entró supo que Emily había estado allí.

Olía a café y pan tostado.

Se acercó a la cocina. Tocó la cafetera con cuidado. Estaba helado.

Se sintió mal por haberla hecho trabajar para nada. Debía plantearse qué quería de Emily a partir de ahora. Era una mujer mayor con muchos quehaceres que ya no eran tan necesarios. Tenía que pensar en optimizar sus servicios para que estuviera más tranquila y desahogada.

Se sirvió una taza de café y la calentó en el microondas mientras untaba la tostada fría.

Tenía hambre y casi nunca lo tenía por la mañana cuando estaba en San Diego.

Pensó en el motivo y una sonrisa se escapó de su boca.

Solo se sentía así de bien con él. Lo había comprobado muchas veces ya en su vida y era el momento de reconocerlo.

Desayunó con la mirada perdida, recordando la noche y la mañana que había pasado.

Cuando terminó, subió a su habitación. Se vistió con vaqueros, una camiseta interior negra de tirantes, otro jersey más fino que el del día anterior en color rosa empolvado y corto a la cintura, chaqueta negra y su abrigo negro y largo encima. No renunció a sus botas de estilo militar. Al fin y al cabo, solo iba a ver a su gestor.

Bajó a su coche, decidida a marcharse, cuando se dio cuenta de que casi todo el equipaje seguía dentro.

Lo vació, dejándolo amontonado en la entrada trasera de la cocina, se montó y salió de Liberty en dirección al pueblo.

En cuanto se montó en el coche, se conectó la música.

Up at night de Kehlani y Justin Bieber inundó el vehículo. Sonrió al escucharla. Lo que contaba era más o menos lo que le pasaba con Eric.

Bajó todo el camino cantando, concentrada en la canción. Y le vino bien, así no pensó demasiado en el lugar donde su madre tuvo el accidente.

No es que lo hubiera olvidado, no podría, solo que la canción la animó y evitó pensar demasiado en ello al pasar.

Atravesó Lake fijándose en cada tienda. Nada había cambiado.

Allí seguía el colmado de la familia Cooper, la consulta del nuevo doctor de la familiar Moore y los demás negocios de siempre en Lake City.

Aparcó delante del despacho del gestor y abogado familiar, algo nerviosa.

En cuanto se bajó del coche, sintió las miradas de los lugareños en ella. No le importó. Continuó su camino hasta el interior de la oficina.

—Señorita McQueen, el señor Madison la está esperando. Lamento mucho el fallecimiento de su madre. Le acompaño en el sentimiento —dijo la secretaria, que recibió a A. J. en cuanto entró.

—Gracias, Becky.

La mujer la acompañó hasta el despacho de su marido. Allí todos los negocios, o casi todos, eran familiares.

—Amelia, pasa por favor. Bienvenida. Siento mucho lo de tu madre. Ha sido una gran pérdida para Lake City y muy inesperada. ¿Estás bien? Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedirlo, cielo —dijo el hombre acercándose hasta ella, tendiéndole la mano para estrechársela.

—Gracias, señor Madison. Y gracias por recibirme con tan poco tiempo —agradeció dándole la mano.

Le había llamado antes de salir de San Diego y el hombre había aceptado sin quejas.

—Es lo menos que puedo hacer. He preparado una documentación para ponerte al día de todo.

El hombre le ofreció asiento frente a su mesa y él se colocó al otro lado.

Enseguida le tendió una carpeta de color cartón. Ella la cogió.

En cuanto la abrió, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Había mucho texto marcado en rojo.

—Lo primero que quiero preguntarte es si sabes en qué situación estaba el rancho antes de la muerte de tu madre.

—No. Ella llevaba sus negocios y no compartía la información —explicó sin más detalle. A nadie le importaba lo que hablaba o no con su madre.

El hombre asintió, comprendiendo, y se recolocó en el asiento.

—Bueno, entonces será mejor que te ponga al día porque hay muchas cosas que pensar.

—Vale —aceptó la chica, sospechando que no le iba a dar buenas noticias.

—Tu madre pidió un crédito de quinientos mil dólares un mes antes de morir. Según me dijo, el rancho estaba en una situación precaria que venía arrastrando desde la pandemia y necesitaba dinero para poder mantener el ganado, a los caballos, pagar a los trabajadores… En definitiva, que Liberty siguiera funcionando, con la esperanza de reponerse tras la venta de ganado en otoño. Eso hace que el rancho tenga una deuda con el banco bastante importante.

—¿Pero mi madre tenía la solvencia suficiente para que le diesen ese crédito? —preguntó, asombrada por aquella situación. Que ella tuviese conocimiento, nadie había pedido un crédito antes.

—Bueno, puso el rancho como aval. Solo tu propiedad está valorada en más de tres millones de dólares, sin contar con los animales y las construcciones. Solo el terreno, A. J., era más que suficiente para que le dieran el crédito.

Amelia guardó silencio, empapándose de tanta información.

Sabía que Liberty era un rancho con mucho valor, pero nunca le habían dicho cuánto.

—¿Cuánto tiempo tenemos para solventar esa deuda?

—Hasta la venta de otoño. Tu madre quiso que fuera un crédito rápido. Yo no se lo aconsejé, pero no me hizo caso. No sé qué le pasaba últimamente, tomaba decisiones impulsivas. ¿A ti no te contó si había algún problema en el rancho?

—Lo siento, señor Madison. No sé qué podía pasar, pero lo averiguaré.

—Sí, eso sería de gran ayuda. Te voy a enviar por *e-mail* la documentación completa, pero llévate esos documentos, así podrás ver la situación actual de tu propiedad.

—Se lo agradezco.

—No te preocupes, A. J., podrás saldar la deuda sin problemas. Liberty generará más dinero que el del crédito después de la venta de otoño. Tranquila.

—Gracias, señor Madison. Si tengo alguna pregunta sobre esto… —dijo señalando la documentación—, le llamaré.

—Por favor, hágalo.

—Gracias. No le robo más tiempo.

A. J. se levantó del sofá con aquella carpeta entre las manos, sin comprender por qué su madre había pedido un crédito hipotecando Liberty, si aparentemente todo iba bien.

Tenía que hablar con los Cassidy. Si alguien podía saber sobre esa situación eran ellos.

Capítulo 5

Cuando Eric vio llegar a A. J., supo que algo no iba bien. Su rostro preocupado no alentaba a pensar lo contrario.

Terminó de colocar la silla a Diamante y, junto a Sunset, se acercó a la casa principal, donde la había visto entrar.

Fue caminando con las riendas de los caballos en las manos, los ató a la madera de la entrada que colocaron los antepasados McQueen y seguía allí. Entró a la casa tras llamar a la puerta con los nudillos.

Agudizó el oído, intentando averiguar dónde estaba.

No se oía nada.

Caminó hasta la cocina y la vio sentada a la mesa de madera con un montón de papeles esparcidos sobre ella.

Estaba sacándolos de una carpeta y apilándolos con un orden que solo ella sabía a su alrededor.

Aquello no pintaba bien y, si había algún problema en Liberty, no solo le afectaba a ella: afectaba a todos. A su familia más que a nadie.

Se percató de que, al fondo, casi tapando la puerta trasera de la casa, había un montón de bártulos y maletas.

Era alentador saber que había traído tantas cosas. Quizá era cierto que iba a quedarse allí, con él. Sintió una punzada de esperanza que no había sentido antes. Cogió aire. No era el momento de alegrías.

—Hola. Ya has vuelto. ¿Ha ido todo bien? —preguntó, quitándose el sombrero, mientras caminaba hasta la mesa.

Echó un vistazo rápido a los papeles.

No hacía falta que le dijese lo que pasaba. Era un estudio de crédito lo que tenía delante de ella, y eso no era bueno.

—No sé cómo ha ido, Eric. No entiendo qué narices ha hecho mi madre y tengo que averiguarlo.

El hombre arrugó el ceño.

—¿Puedo ayudarte?

—No lo sé. ¿Tienes quinientos mil dólares en efectivo? —preguntó, mirándole con el pánico en los ojos.

—Guau —murmuró el hombre mientras se acercaba a ella.

—Sí, guau. ¿En qué coño estaba pensando? ¿Quería que perdiera el rancho o directamente perderlo ella?

—Espera, no te precipites, ¿vale? Habrá una explicación coherente para algo así y la encontraremos. Ahora cálmate. No lo vamos a averiguar actuando sin pensar.

A. J. cogió aire profundo mientras cerraba los ojos. Eric se acercó a ella, dejó el sombrero en un lado de la mesa vacío y la cogió de la cintura. La atrajo hacia sí, envolviéndola en un abrazo que esperaba que la calmara.

Ella se lo devolvió, apretándose fuerte contra él.

—No lo entiendo, Eric. Nunca nos hemos llevado bien, ¿pero esto?

—Tranquila. Ahora estás enfadada y no piensas con claridad. Deja que se te pase y buscaremos en esos papeles. Te ayudaré.

—Tenemos que hablar con tus padres y con los hombres, igual saben algo que nosotros desconocemos.

—Sí, hablaremos con todo el mundo, pero ahora tienes que tranquilizarte.

De nuevo A. J. respiró profundo, puso su cara contra la ropa de Eric y respiró su perfume. Era una mezcla de jabón, desodorante, perfume y campo. Se había duchado tras estar con los animales para esperarla. Apretó más su abrazo al darse cuenta.

Siempre era detallista con ella. Siempre.

—Tengo miedo —confesó sus pensamientos en voz alta—. No sé si voy a ser capaz de sacar esto adelante. Siempre he pensado que sí, pero igual mi madre tenía razón y debía estar aquí aprendiendo más y no enseñando el arte del Renacimiento en la universidad.

—No digas eso. Puedes hacer las dos cosas. Eres una McQueen, ¿recuerdas? Tu abuela estaba muy orgullosa de ti. Cree en ti como ella lo hacía.

A. J. suspiró, abrazada a él.

No quería estar en Liberty, pero sí quería estar con él. Siempre quería estar con él.

—Tengo que estudiar todo esto y pensar.

—Me parece bien, pero antes vamos a dar un paseo. He traído a Diamante y a Sunset. ¿Vienes un rato con nosotros? Te echamos de menos.

A. J. sonrió al escucharle.

A veces se olvidaba de lo bueno de Liberty. Eric estaba para recordárselo.

Asintió sonriéndole.

Él aprovechó que veía su cara por fin para dejar un beso en sus labios.

La pareja salió de la mano a buscar a los caballos mientras Emily los veía desde su casa.

Sonrió al verlos juntos. Eran la pareja más bonita que había visto sin contarse a ella misma y su marido, pero la punzada de miedo la sacudió sin remedio. No quería que hiciese daño a su hijo; era un buen chico que la amaba, y lo destrozaba cuando se marchaba. Ella no veía esa parte y él nunca se lo contaba. Pero, como madre, dolía en el corazón.

Esperaba no volver a verlo enfadado y triste nunca más.

Observó con disimulo cómo él le colocaba unos protectores en las pantorrillas, enganchándolos con una goma bajo la suela de las botas militares para que no se manchara la prenda con el roce con la piel del animal. Era la única zona donde pasaría, porque le había preparado la silla con una tela sobre el lomo para evitarlo.

Ella se había puesto un antiguo abrigo McQueen de piel y con borrego en su interior que le tapaba hasta la cadera en color marrón oscuro, aunque en otros tiempos fue mucho más claro.

Vio cómo se colocaban los guantes y salían por el camino de los prados.

Amelia iba delante, Eric detrás.

Se giró hacia su madre, levantó una mano en señal de saludo. Ella sonrió. No había nada que se le escapara a su hijo en aquel rancho. Se lo devolvió y lo vio galopar tras A. J.

—¿Ya están juntos otra vez? —Escuchó la voz de su hija tras ella.

—Nunca han estado separados, Lily. Eso es lo que tenemos que

entender. A su manera, ellos siempre están juntos.

—No sé si sería capaz de aguantar una relación así, la verdad —confesó la chica a su madre.

—Hasta que no encuentras a la persona de tu vida, no sabes lo que eres capaz de hacer o aguantar. Su tatarabuela sí que tuvo una vida difícil y llena de decisiones a vida o muerte. Espero que ella sepa tomar las suyas sin hacer daño a nadie.

—Hablas como si estuvieses un poco enfadada con A. J., mamá.

—El hombre que está junto a ella es mi hijo. Un tipo encantador, trabajador, honrado, guapo que podría tener lo que quisiera, pero que no puede porque la ama. Y su amor por ella está por encima de su bienestar. Sí, en parte estoy un poco enfadada porque no quiero que le haga daño y quiero que lo ame como él lo hace. Quiero que no lo abandone más y le dé su lugar. Tu hermano ha sacado adelante este sitio con mucho trabajo y el corazón roto a veces. Me gustaría que su felicidad no se vea interrumpida nunca más.

—A. J. lo quiere mucho, mamá, pero tiene que decidir por ella misma. Y, ahora que no tiene a nadie presionando, lo hará. Ya lo verás.

—Eso espero —contestó Emily, perdiéndoles de vista en el horizonte.

Capítulo 6

A. J. llevaba días dándoles vueltas a los papeles que el señor Madison le había dado, así como a toda la documentación que había recibido por
e-mail
.

Había hecho de la mesa de la cocina su despacho, mientras que comía con los Cassidy y dormía con Eric en su cabaña.

Había llegado a un acuerdo con Emily. Comería con ellos para que no tuviera que ir a cocinar exclusivamente para ella. Tenía trabajo entre su familia y los vaqueros que los ayudaban con los animales. No quería ser una carga más.

Al anochecer, se iba a la cabaña de Eric y pasaba la noche con él.

Uno de esos días en que decidió subir alguna de sus pertenencias a la planta de arriba para quitar cosas de en medio, vio el libro familiar sobre el escritorio y sin abrir.

También su móvil junto a él. Que se había quedado sin batería, ya que ni se acordaba de llevarlo encima. Tenía todo lo que quería en aquellas tierras y no echaba de menos el aparato.

Lo puso a cargar y abrió la bolsa sellada, dispuesta a sacar el libro.

Lo colocó sobre el escritorio.

No era grande, pero le daba miedo que se desmoronara entre sus manos.

No sucedió, el libro era fuerte y sus páginas estaban bien conservadas.

Lo abrió con cuidado.

Lake City, Oregón, rancho Liberty, año 1900

> Soy Jane McQueen Hogan y escribo este diario porque quiero que la historia de mi familia quede para las generaciones futuras antes de que olvide los detalles. Quiero que mis futuros parientes conozcan nuestra historia y cómo creamos este rancho.
>
> Esta es la historia de Tom McQueen, su sueño llamado Liberty y su familia.

—Vaya —murmuró A. J. al leer la letra tan clara de su tatarabuela Jane. No era habitual que una mujer supiera escribir tan bien entonces.

Aquel testimonio, con esa calidad, ya la tenía enganchada. Estudiaba Historia del Arte, lo enseñaba, y aquel documento era digno de cualquier museo.

Se sentó en la silla y se acomodó.

Allí estaba la historia de su familia y quería conocerla.

Capítulo 7

Lake City, Oregón
Finales del verano de 1895

Cuando conocí a Tom, no pensé que llegaría a ser mi esposo. Tenía dinero y tierras, cosas que en mi familia eran impensables, puesto que siempre habían escaseado.

Un caballo compartido y la casa donde vivíamos eran las propiedades más valiosas que teníamos mi padre y yo allá por 1895, aparte del uno al otro.

Gracias a la señora Cooper podía llevar algo de dinero a casa, trabajando algunas horas en su colmado. El campo nos daba gran parte de lo básico que necesitábamos para subsistir, pero el empeoramiento físico de papá hacía que muchas de nuestras cosechas y reservas se echaran a perder.

Con solo veinte años, tenía pocas oportunidades de salir de allí o mejorar mi vida. Pero, si papá moría, no tendría ninguna.

En los tiempos que corrían, una mujer sola no estaba segura.

—Jane… —me llamó la señora Cooper mientras sacaba brillo por enésima vez al mostrador—, puedes irte ya. Ve a atender a tu padre.

—Pero… —intenté replicar.

—Sé que aún te queda una hora, pero no hay mucho trabajo. Él lo agradecerá.

Sonreí, agradecida, a aquella mujer que tanto me cuidaba y ayudaba a falta de mi madre.

—Gracias, señora Cooper. Es muy amable conmigo.

—Eres un ángel, Jane, y muy trabajadora. Es lo mínimo que puedo hacer por ti, cielo. Anda, ve —me animó.

Sin borrar la sonrisa de mi boca, dejé el trapo bien doblado en su sitio, pasé a la trastienda a por mis cosas y me marché.

Salí de la tienda colocándome el chal sobre los hombros. La brisa fresca me acarició el rostro.

Parecía que el otoño se aproximaba irremediablemente, lo que mermaba las posibilidades de supervivencia de papá a pasos de gigante.

Cogí aire, intentando apartar esos pensamientos de mi cabeza, y comencé a caminar.

No me entretuve por la calle, apenas aflojaba un poco el paso para saludar a los vecinos que me encontraba en el camino a casa del doctor. Quería preguntarle si podía darme algo más de ungüento para ayudar a papá a respirar mejor. Era de las pocas cosas que le hacían algún efecto y mejoraba su calidad de vida.

Llamé al timbre mientras dibujaba mi sonrisa más amable.

Me abrió, diligente, en cuanto me reconoció. Entramos a su consulta.

—Jane, sabes que no es barato fabricarlo —replicó el médico por enésima vez desde que papá comenzó a empeorar.

—Lo sé, le pagaré. Puedo venir a limpiar la consulta o ayudarle de alguna forma con los enfermos.

Trabajar era lo única vía que tenía para pagar. El poco dinero que ganaba en la tienda lo empleábamos en alimentos de primera necesidad y en las pocas medicinas que podían aliviar a mi padre, pero ya no daba ni para eso. La sequía había encarecido los alimentos, y en invierno iba a ser mucho peor.

El médico sabía que podría ayudarle; ya lo había hecho en otras ocasiones cuando había necesitado unas manos extras, y tenía la experiencia de cuidar a mis padres en sus enfermedades.

—Está bien —accedió el doctor con tristeza—, llévatelo y te haré llamar si necesito ayuda.

—Gracias, doctor Moore. No sabe cuánto se lo agradezco.

—Vete, anda. Tu padre te estará esperando. No te preocupes, no le diré nada. Queda entre tú y yo. Como siempre, pequeña.

—Gracias —contesté con los ojos llorosos, pero aguanté la impotencia ante él.

Mi padre no conocía toda la verdad. Pensaba que estábamos mejor económicamente, y prefería que lo siguiera creyendo.

Cuando regresé a la calle, estaba lloviendo.

Me pareció increíble después de muchas semanas sin llover.

Agradecida por el agua, que tanta falta nos hacía, apreté el paso para no mojarme demasiado, pero cada vez caía más fuerte.

Giré por la calle principal en dirección a casa, cuando un caballo pasó tan cerca de mí que perdí el equilibrio.

No iba demasiado rápido, pero el suelo encharcado me hizo resbalar.

En cuanto fui consciente de lo que había sucedido, revisé el bolso, enganchado a mi muñeca, para comprobar que el ungüento que había guardado en él no había sufrido ningún daño.

—Gracias a Dios —susurré, agradecida, mirando el cielo. Mientras, me calaba hasta los huesos, sentada en el barro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó un hombre acercándose—. Lo siento, no la he visto.

—Sí, sí, solo he resbalado. No se preocupe —expliqué intentando levantarme. Sabiendo que la medicina de papá estaba intacta, lo demás no tenía importancia.

—Por favor, permítame ayudarla —se ofreció muy galante.

No me podía negar, la falda del vestido me dificultaba levantarme como una señorita. Además, aquel hombre parecía sentirse bastante culpable.

Pasó sus brazos por debajo de los míos y, como si tuviera el mismo peso que una pluma, me incorporó en un segundo.

—Gracias —contesté intentando sacudir el barro que se había pegado al vestido, sin mirarle.

—Soy Tom McQueen —se presentó quitándose el sombrero, aunque no paraba de llover.

El corazón se paró en mi pecho cuando escuché su nombre.

Era obvio que no me había reconocido. Casi seguro que ni se acordaría de mí.

—Jane —contesté, levantando la vista para presentarme.

Me sorprendí al encontrarme con sus ojos verdes. Seguían siendo como dos valles en primavera, con un color tan intenso que hipnotizaba.

El pelo ya se le había empapado, pero sabía que tenía un tono castaño claro precioso.

Ahora era alto y parecía muy fuerte, por lo que apreció los pocos

segundos que nuestros cuerpos estuvieron cerca.

Aunque no podía verle las manos, ocultas bajo sus guantes, sabía que eran firmes y seguras.

Su rostro —bien afeitado— estaba curtido por el sol, con el dibujo de una sonrisa en los labios que dejaba ver unos dientes blancos y perfectos, poco usuales.

—Hola, Jane —contestó, con una sonrisa y lo que me parecieron chispas en sus ojos, mientras hacía una reverencia.

No estaba segura de que me recordara y no me molesté en mencionarlo. Podía confundirme con cualquier otra Jane.

—Gracias por todo, señor McQueen. —Intenté ser lo más cortés posible, a pesar del nerviosismo que me había provocado.

—Llueve mucho. ¿Me permite acompañarla? —se ofreció, después de silbar llamando a su caballo.

—Se lo agradezco, pero no es necesario. Ya casi estoy en casa.

Le noté contrariado por mi negativa, pero no le di importancia. Tenía que llegar a casa junto a papá para comprobar qué tal estaba y atenderle antes de hacer la comida.

—De acuerdo, señorita. Espero volver a verla pronto. —Lanzó su deseo con un deje de desilusión por la negativa de acompañarme, pero con esperanza de vernos, puesto que no le corregí en su apreciación sobre mi estado civil.

No contesté, solo esbocé una tímida sonrisa. Él besó mi mano, empapada y llena de barro.

Me giré en dirección a casa, abrumada por lo que había sucedido, sin saber muy bien qué pensar al respecto.

No pensé que lo vería de nuevo, creí que nunca volvería a Lake City. Que no me reconociera ya era suficiente pista para no hacerme ilusiones, aunque era inevitable pensar en ellas.

Cerré los ojos en la puerta de casa recordándole, recordándonos.

Solo fueron unos segundos, pero suficientes para despertar los viejos sentimientos que tanto me había costado guardar en lo más profundo de mí.

Cogí aire y entré en casa, divagando entre mis pensamientos. Intentándome obligar a olvidar otra vez.

Me centré en papá. Estaba sentado junto a la chimenea, con un libro entre las manos y tapado con la manta más vieja que teníamos, pero la más calentita.

Le di un suave beso en la mejilla, que él me devolvió con mucho cariño, y enseguida me dispuse a lavarme bien las manos y ponerle el ungüento. Eso era lo primero.

—¡Jane! —exclamó al percatarse del aspecto que tenía—. ¿Qué te ha pasado, cielo?

Bajé la vista al vestido y la verdad es que mi estado era bastante preocupante. Parecía como si me hubiera revolcado por el barro en una pelea.

Levanté la mirada rápidamente para explicarme. A papá no le convenía alterarse.

—Tranquilo, papá. Solo me caí en el barro de camino a casa. Estoy bien —conté mientras me enjuagaba las manos en una palancana de agua. Las sequé y le abrí la camisa para aplicarle un poco del remedio del doctor Moore, para que respirase mejor.

—¿Caerte? ¿Cómo es posible? —preguntó con el ceño fruncido.

No era la primera vez que me veía así, pero normalmente era por caer del caballo, que era mucho más peligroso.

—Venía andando bajo la lluvia y no vi a un jinete. De la impresión resbalé y caí al suelo.

—Jane, tienes que tener más cuidado, cielo. No puedes ir por ahí sin fijarte en las cosas —me regañó como de costumbre—. Un día te pasará algo malo de verdad.

—No te preocupes, papá. Sé cuidarme —contesté con la misma frase de siempre.

Noté cómo el remedio que le estaba aplicando le aliviaba, en el mismo momento en que comencé con el masaje en el pecho y el cuello. Respiró tranquilo y a mí me hizo sonreír verle así. Solo ocurría durante un escaso tiempo después de aplicarle el remedio, que cada día era menos.

—Listo —anuncié, levantándome para besarle de nuevo y dirigirme a terminar de preparar las judías para comer.

—¿Quién era el jinete? —preguntó curioso—. ¿Ha parado a socorrerte?

—Sí, papá, ha parado y me ha ayudado a levantarme. Se llama Tom McQueen.

Dejé la frase en el aire mientras caminaba hacia la cocina para organizar el fuego y poder cambiarme de ropa lo antes posible, pero sabía que las preguntas no acabarían ahí por mucho que me

escondiera.

—¿Tom McQueen? —preguntó sorprendido.

—Eso ha dicho. —No quería seguir con el tema. No me había reconocido y ahí se acababa todo. Esperaba que papá también lo hubiese olvidado, pero era demasiado pedir.

—Debe ser el hijo de los McQueen del rancho Liberty. No hay otros por aquí.

—Puede ser, no he hablado casi con él. Tenía prisa. —Puse los ojos en blanco porque el tema daría para un rato largo, lo veía venir. No pasaban muchas cosas por allí como para obviarlo.

—Debe tener tres o cuatro años más que tú. Se fue porque quería estudiar con unos dieciocho años. ¡Estudiar! No sé qué hace falta estudiar si tienes un rancho para vivir. —Chasqueó la lengua para dejar clara su disconformidad. Yo agradecí que el tema sobre él fuese ese y no otro—. Ahora que sus padres han muerto y su hermano ha enfermado, no creo que le sirvan de mucho esos estudios. Tendrá que hacerse cargo del rancho si quiere tener algo de futuro.

Escuchaba el sermón intentando no prestar atención, pero tenía curiosidad por saber más, aunque intenté parecer desinteresada con el tema.

Recordé cuando murieron sus padres, con muy poco tiempo de diferencia entre ellos. Ella, por una enfermedad que el doctor no supo curar; él, de pena. Pero no fui a sus entierros, ni siquiera me acerqué al rancho. Él tampoco me buscó. Supongo que ambos teníamos situaciones que nos desbordaban en nuestras vidas, y el interés del uno por el otro se desvaneció con la vida.

Su hermano mayor había heredado todo, pero, por lo que papá decía, no debía estar bien.

—Tienes que acordarte de él; quiso invitarte al baile de primavera cuando tenías quince años, y no te dejé ir. —Sacó el tema que yo me esforzaba en olvidar.

Claro que recordaba ese baile y también a aquel muchacho que tanto me sorprendió con su invitación. Había muchas chicas de su edad a las que les hubiese encantado ir con él, pero me eligió a mí. Pobre, sin vestidos bonitos que ponerse y demasiado ocupada para ser una joven como ellas.

Aquel chico no se parecía en nada al que había visto hoy.

Yo tampoco era aquella Jane.

—¿Me estás escuchando? —preguntó, molesto porque no contestaba.

—Sí, te estoy escuchando. Y no creo que fuese ese chico. Me he presentado también y no recordaba ni mi nombre. —Salí del paso con una mentira piadosa.

—Bueno, le puede pasar como a ti, que tienes memoria a corto plazo.

Me carcajeé por la frase. Tenía razón; a veces tenía memoria selectiva, pero nunca me pasaría con Tom McQueen. Pero no lo dije en voz alta.

—No sé de qué te ríes. Es verdad. —Intentó hablar con normalidad, pero el efecto del ungüento comenzaba a bajar.

—Anda, papá, no hables más. Ya es suficiente por ahora. Descansa un rato mientras voy a cambiarme.

—Sí, mi cielo, sí, pero tengo razón.

Lo dejé en el salón y caminé a la habitación, dejando huellas de barro por el pequeño pasillo, sin dejar de pensar en Tom y aquel baile de primavera.

Capítulo 8

Finales del otoño de 1895

Había olvidado o, mejor dicho, no quería recordar mucho el encuentro con Tom McQueen. No había vuelto a verle desde entonces, y ya había pasado casi un mes.

La gente en el pueblo hablaba sobre su regreso, diciendo una y otra vez las mismas palabras que mi padre. Me enteraba en el colmado, que era el centro de todos los cotilleos y más.

Yo sabía que tenían razón; unos cuantos libros no tenían sentido si al final tenía que cuidar de un montón de acres de terreno llenos de vacas. Pero, por otro lado, me atraía que hubiese tomado esa determinación tan joven. Me hubiera gustado poder elegir y seguramente también habría estudiado más en lugar de aprender a coser, cocinar y llevar una casa, como se empeñaba todo el mundo en que fuera el futuro de una buena señorita. Pero, como no había tenido ninguna posibilidad al morir mi madre con diecisiete años, ya no tenía sentido ni pensarlo. Lo único que podía esperar de la vida era una boda con un buen hombre que se ocupara de mí y de mi padre. Si le sumábamos que no fuera un matrimonio de conveniencia, ya sería lo máximo.

—¿Cómo sigue tu padre? —preguntó la señora Cooper mientras organizábamos unas telas nuevas para vestidos que me hacían entristecer más.

—Ha empeorado un poco —murmuré porque estaba muy preocupada por él—. Cada vez tiene más tos y pocas medicinas que le sirvan.

—Si algún día necesitas quedarte con él, venir más tarde o cualquier otra cosa, solo tienes que decírmelo.

—Gracias, señora Cooper, espero que no sea necesario.

Antes de alejarse, tras el sonido de la campanilla de la entrada, que avisaba de la llegada de un cliente, me dio una palmadita en el hombro. Siempre tenía muestras de cariño hacia mí, y estaba muy agradecida por ello. Subí a dejar la última tela.

Comencé a bajar la escalerita de cuatro peldaños donde me había subido para colocarlas mejor, dispuesta a ir a ordenar los estantes más cercanos a la puerta, cuando escuché mi nombre.

Paré en seco el descenso, helada al pensar que venían a buscarme porque mi padre se encontrara peor, cuando escuché cómo la señora Cooper me llamaba con normalidad.

Llegué al suelo bastante nerviosa y me giré tras el mostrador para mirar hacia la puerta, cuando me encontré con Tom McQueen y la misma sonrisa del día que tuvimos el incidente.

—Aquí está —anunció la señora Cooper, muy sonriente.

Esbocé una sonrisa de alegría al comprender que no tenía nada que ver con mi padre, y quizás no la apropiada para las circunstancias.

—Señorita Hogan… —saludó muy galante—, estaba buscándola para saber cómo se encuentra.

—Muy bien, muchas gracias por su interés —contesté sin mirarle a los ojos, observando que me llamaba por mi apellido.

—Me preguntaba si… —Miró de soslayo a la señora Cooper—. Si podría venir cuando termine su jornada y acompañarla a casa.

No me esperaba algo así, después de un mes de aquello.

Le miré a los ojos y solo conseguí ponerme más nerviosa.

—Tengo que regresar a casa cuando salga. Mi padre está enfermo y no puedo dejarle solo más de lo necesario. —Decliné la invitación lo mejor que pude. No era ninguna mentira.

—Bueno, igualmente… —titubeó un poco.

—Jane, puedes marcharte —intervino la señora Cooper, muy sonriente.

—Pero no he terminado. —Intenté evitarlo.

—Mañana seguiremos, no te preocupes. Creo que necesitas que te dé un poco el aire.

Asentí y me fui a la trastienda. Entré al almacén a recoger mis cosas, pensando que la invitación era una sorpresa inesperada.

Cuando salimos a la calle, delante de la puerta del colmado,

tendió su brazo para que me sostuviera en él. Dudosa sobre qué hacer, sostuve el bolso con ambas manos, apartando la mirada del hombre.

—Solo quiero evitar que vuelvas a resbalar —comentó, con más confianza de la que tuvo dentro de la tienda delante de la señora Cooper y una atractiva sonrisa—. No quiero que estropees otro vestido por mi culpa.

Suspiré al recordar lo que me había costado desprender el barro de aquel día y, sin más, me aferré al brazo que aún tenía preparado para mí.

—Gracias —decidí contestar con timidez. No era tímida, pero él me hacía serlo.

—¿Qué le sucede a tu padre? —Intentó conocerme un poco más mientras caminábamos en dirección a casa.

—Enfermó hará dos años de los pulmones. La enfermedad se agrava y las medicinas no sirven…

—Lo siento, Jane —intervino con voz seria.

—Es ley de vida, ¿no? —continué, intentando no llorar—. Solo espero que no sufra mucho cuando llegue el momento. Eso me aterra.

—¿Qué dice el doctor? —preguntó para esquivar un poco la gravedad, bastante interesado.

—Bueno… Las medicinas solo hacen que se encuentre mejor, la enfermedad ha llegado a un punto en que solo cabe la esperanza de que no avance más.

—Pero… —me interrumpió de nuevo—. ¿Sabe de qué se trata?

—El doctor Moore cree que es algún tipo de infección pulmonar, pero no sabe qué exactamente.

Él asintió, comprendiendo.

—Esas medicinas deben ser caras —apreció.

—Intento que no le falten. —Evadí el tema del dinero como pude.

—Creo que esto te incomoda… —murmuró intentando encontrar mis ojos, pero yo solo miraba el suelo para no mostrar la preocupación que día tras día me llevaba a la tristeza de quedarme sola—. La señora Cooper es una mujer muy agradable, ¿verdad? —cambió de tema.

—Sí —contesté, elevando un poco la cabeza para mirar la calle

—. Se porta muy bien conmigo.

Durante unos minutos dejamos de hablar.

Pensativos, caminamos sin saber qué más decir. En realidad, no nos conocíamos y era complicado encontrar algo de qué hablar. Nuestras vidas, por lo poco que sabía, no tenían mucho en común.

Para suerte mía, el pueblo estaba bastante vacío. Comenzaba el frío en Lake City y la gente no salía tanto.

Finalmente cogimos el camino que se dirigía a casa. El tiempo se acababa y, aunque el silencio no era incómodo, me sentía cohibida por él.

—La casa del final del camino es la mía —anuncié para cortar el silencio.

—Sé dónde vives, Jane Hogan.

Esa confesión hizo que me diera un vuelco el corazón, pero no dije ni una palabra.

Lo miré seria, pensando qué decir.

—¿Por qué no me has dicho que me recordabas?

—Tampoco parecía que lo hicieras tú.

Ambos nos miramos unos segundos para después apartar la mirada.

—Ha pasado mucho tiempo y muchas cosas —susurré sin saber qué decir.

—Sí. Demasiadas y casi ninguna buena. Verte ha sido lo mejor de mi vuelta a Lake City y a Liberty —confesó al parar sus pasos frente a la entrada de la casa—. Buenas noches, Jane, y da recuerdos a tu padre —se despidió en la puerta, sin apartar sus ojos de los míos, levantando ligeramente su sombrero mientras besaba mi mano en señal de despedida.

—Buenas noches, Tom —contesté, casi sin voz.

Me quedé en la puerta, observando su caminar seguro de vuelta a la calle principal del pueblo. Su ancha espalda no se parecía en nada a la del chico que quiso que le acompañara al baile más importante de la ciudad. Sus ojos, esos que emitían un brillo especial y chispeante cuando me dedicaban un segundo, eran lo único que continuaba igual en él.

—¿Jane? —Escuché a papá llamarme antes de un acceso de tos.

—Sí, papá —contesté entrando veloz, antes de que Tom se girase a mirar, si es que lo había escuchado.

Seguía en el mismo sitio de siempre, junto a la chimenea y con su manta arropándole.

—Llegas pronto —observó con los ojos entrecerrados.

—Sí, la señora Cooper ya no me necesitaba más por hoy —expliqué mientras me deshacía del sombrero, los guantes, el chal y el bolso.

—¿Te han acompañado a casa? —Era muy suspicaz. Aunque sus pulmones no estuvieran en su mejor momento, el oído lo conservaba a la perfección. No podía engañarle.

—Sí, Tom McQueen. —Intenté escabullirme nada más pronunciar su nombre, pero sabía que no era una buena idea.

—¿El pequeño McQueen otra vez?

Mi padre no salía mucho, pero recibía visitas. Que las calles y el camino estuvieran casi desiertos durante nuestro paseo no quería decir que nadie nos hubiese visto. Era mejor no mentir.

—Sí, pasó por el colmado para preguntar qué tal estaba después del golpe que me di hace tiempo.

—¿Y? —preguntó para que continuara explicándole.

—Se ha ofrecido a acompañarme cuando saliera.

No preguntó nada más, solo mantuvo su mirada de ceño fruncido y ojos entrecerrados que quería decir «suéltalo todo». Además, era probable que hubiese escuchado parte de nuestra conversación.

—Vale. Tenías razón. Es Tom McQueen, el mismo que me invitó al baile de primavera hace medio siglo. —Suspiré, acercándome a él para tomarle la temperatura—. Me ha dado recuerdos para ti.

Su expresión cambió de pensativo y expectante a tranquilo y sonriente. Deslicé mis labios suavemente en su frente para comprobar que no tenía fiebre. Cerré los ojos de puro alivio, dejando un beso cariñoso de regalo.

—Te lo dije, te dije que era él.

—Lo sé, lo sé —intenté que no continuara por ahí, con un aspaviento de los brazos, mientras me giraba en dirección al fuego para avivarlo.

—¿Algo más? —insistió.

No sabía a qué se refería. ¿Qué más podía haber? Solo había sido un paseo de cortesía.

—Nada más, papá. No creo que vuelva a verle —contesté sin

poder creer que me doliera tanto lo que acababa de decir.

—Yo creo que sí.

Suspiré sin querer entrar en más detalles sobre el asunto. No estaba segura de qué sentía cuando estaba junto a Tom. Recordaba que años atrás me gustaba mucho, pero eso era cuando tenía quince años, en plena adolescencia y sin nada mejor en lo que pensar.

Ahora todo había cambiado. Papá era mi prioridad y no tenía tiempo de analizar sentimientos sobre Tom McQueen ni sobre nadie, aunque el aumento de ritmo en mi corazón cuando le vi al otro lado del mostrador del colmado no era muy tranquilizador.

Las noches en Lake City eran silenciosas y tranquilas, solo la tos de papá de vez en cuando las rompía. Podía escuchar su costosa y pesada respiración como si estuviese junto a mí.

Intentaba conciliar el sueño, pero las últimas noches estaba más atenta a él que nunca. No sabía por qué, pero no podía evitarlo.

Intenté pensar en otras cosas mientras vigilaba sus sonidos e, inevitablemente, el rostro sonriente de Tom apareció de la nada.

Suspiré sin saber por qué pensaba en él. Arrugué las mantas cogidas con la mano, un poco molesta.

De repente mi menté me llevó de regreso a aquel día de primavera en el que todos los jóvenes del pueblo nos bañábamos en el lago dando la bienvenida al buen tiempo y Tom se acercó a mí, con su pelo castaño alborotado cayendo sobre los ojos chispeantes y media sonrisa en su boca, para invitarme al baile que se produciría una semana después.

Recordé cada palabra de esa petición que durante años había caído en el olvido, reviviendo lo que sentí exactamente al escucharlas. «Mariposa, ¿quieres venir al baile conmigo?», retumbaron de nuevo en mi mente como si me las estuviese susurrando al oído, igual que aquel día sentado junto a mí sobre una roca, sin camiseta y con los pies colgando rozando el agua.

—Mariposa —susurré sin querer.

Ese apodo me hacía sonreír siempre. Fue él quien me lo puso cuando éramos pequeños. Decía que no podía parar quieta en

ningún sitio, haciendo todo lo que se supone que una chica no puede hacer, pero con la delicadeza de una mariposa.

Pensé si lo recordaría igual que lo había hecho yo, qué habría pasado si le hubiese podido acompañar a ese baile. Quizás no se hubiese ido de Lake, quizás ahora estaríamos casados. O quizás lo estuviese con Maddy Parker, otra que bebía los vientos por él.

La mente vagaba de un lugar a otro, de un momento a otro, devolviéndome sentimientos olvidados.

Me giré en la cama para poder mirar por la ventana, la luna era llena y reflejaba su luz en mi pequeña habitación.

Otro *flashback* se apoderó de mí, esta vez en la parte trasera de esta misma casa, contemplando la luna como en este momento, escuchando el baile en la plaza sin poder asistir.

Estaba tirando piedras contra la oscuridad de pura frustración, con mi mejor vestido en color azul y el pelo castaño claro recogido con un nudo en la nuca y adornado de flores, que caían por la furia de mis movimientos.

Sonreí al visualizar la expresión de Tom cuando le di con una de las piedras. Estaba escondido entre los árboles, observando…

Recuerdo el sonido de mis pasos entre las ramas y la maleza alejándome en su dirección, nerviosa, con el corazón desbocado al escucharle llamarme «mariposa».

Sentí sus manos en mi cintura como aquella noche, intentando esconderme detrás de un tronco grueso para que papá no nos viera.

Las palabras de nuevo acudieron sin esforzar mucho mi mente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, nerviosa, sin dejar de girar mi rostro hacia la casa.

—Tenía que ver a mi cita —contestó, haciéndome retroceder hasta toparme con el árbol.

—No soy tu cita —le increpé, furiosa con papá, aunque en ese momento pareciera que me había negado a acompañarle.

—Pues no tengo otra —confesó con una sonrisa, iluminada por la luna llena, que paraba la respiración. Mientras, me encerraba con sus brazos, apoyados en el árbol a la altura de mis hombros.

—Papá me matará —susurré, atemorizada por las consecuencias.

—No vamos a ir al baile, tranquila. —Bajó también su tono de voz, con los labios muy cerca de mi rostro—. No quiero que te azote por mi culpa.

—Tom… ¿Por qué has venido? —pregunté de nuevo, sosteniendo sus ojos verdes en los míos, marrón chocolate.

—Estás preciosa, mariposa —dio por respuesta, con uno de mis mechones medio rizados entre sus dedos.

—Gracias —balbuceé con el corazón desbocado.

—No, gracias a ti por aceptar ir conmigo al baile, aunque no haya podido ser…

Cerré los ojos para sentir, oler y recordarlo todo. ¿Cómo había podido meter en un cajón con llave el momento más romántico de mi vida?

Recordé cómo me temblaban las manos, aferradas al tronco de aquel árbol tras la espalda, con los ojos de Tom fijados en los míos.

—Mariposa… —me llamó, acercándose más a mí—, ¿bailas conmigo?

Sin esperar la respuesta, bajó un brazo hasta mi cintura, sujetándola con firmeza pero con suavidad. Con el otro buscó mi mano, escondida tras el vestido, y con seguridad la cogió, comenzando a seguir el ritmo de la música que llegaba hasta esa parte del bosque.

Temblorosa, pasé la mano por su cuello, decidida a no desperdiciar el momento, y bailamos sin apartar las miradas hasta que la voz enfadada de mi padre nos sobresaltó.

—Espera —susurró Tom, sin soltarme, cuando intentaba salir corriendo.

Me giré para mirarle, sin contestar a papá, ansiosa por escuchar lo que me tuviera que decir. Pero no habló más, solo me cogió por la cintura, me acercó a su cuerpo y me besó con pasión, dejándome sin aliento.

Recuerdo cómo sonrió antes de desaparecer en la oscuridad. No podría olvidarlo.

Esa fue la última vez que vi a Tom antes de que se marchara al día siguiente.

Capítulo 9

Finales del otoño de 1895

Los días siguientes a aquel paseo con Tom hasta casa fueron caóticos. No era capaz de concentrarme en nada; la señora Cooper estaba empezando a desesperarse con razón y mi padre ya no sabía qué hacer conmigo.

Intentaba distraerme haciendo todo lo que se me ocurría para no tener ni un segundo libre, pero nada servía, solo era capaz de pensar en Tom McQueen.

Decidí dar una vuelta a caballo para despejarme. Papá parecía estar bastante bien y podía dejarle un rato a solas.

Había nevado un poco y el bosque estaba cubierto de un manto blanco que crujía bajo las patas de Rainbow, el caballo que bauticé cuando tenía apenas siete años y que había sido mi compañero desde entonces, aunque compartido con papá.

Cabalgué tranquila disfrutando del paisaje, camino del lago. Quería ver las montañas desde allí, todas vestidas de novia sobre el agua, como decía mi madre.

El cielo tenía el color del estaño y probablemente descargara nieve otra vez, pero no sentía el frío, solo paz y tranquilidad.

Desmonté junto a la orilla, cerca de la piedra que había recordado noches atrás, hundiéndome en la nieve hasta el tobillo de mis botas de cuero y mojando la falda del vestido, que arrastraba sobre ella.

Rainbow se mantuvo cerca, pendiente de mí, pero aprovechando esta libertad inesperada después de tantos días atado en el establo.

Tomé asiento en la roca, a sabiendas de que me empaparía calándome hasta los huesos.

Cerré los ojos para respirar el aire puro, que taladraba mis pulmones, deseando que papá fuera capaz de volver a hacerlo alguna vez, aunque la realidad era otra.

¿Cómo había podido olvidar a Tom McQueen? Me lo preguntaba una y otra vez desde que los recuerdos me abrumaban. Sentí el clic en la cabeza ahora que estaba apartada y tranquila: fue una autodefensa para no sufrir. Mamá cayó enferma y solo existía ella para mí. Recordé lo triste que se sintió cuando papá no me dejó asistir al baile y lo contenta que se puso cuando, al regresar a casa, le conté a escondidas el encuentro furtivo en el bosque sin que papá se enterase.

Al día siguiente todo cambió, mamá empeoró con fiebres y una debilidad que la devastó durante dos años. Era fuerte, eso la ayudó a resistir más de lo esperado. Al final su cuerpo se agotó y dejó de luchar.

—¿Por qué lloras, mariposa? —Escuché en mi oído, con los ojos aún cerrados.

Esbocé una sonrisa al oír mi nombre para Tom.

Los recuerdos pueden ser muy reales algunas veces, pensé, pero rápidamente abrí los ojos. Tom nunca me había visto llorar.

Allí estaba, con su chaqueta de cuero de vaquero, oscurecido por el uso y forrado de lana de oveja, que le tapaba hasta la mitad del muslo; el sombrero, con copos de nieve incrustados en él; y su caballo, que obedientemente le esperaba a unos pasos.

Arrastré mis manos enguantadas por las mejillas para limpiar las lágrimas que no había sentido antes y ahora eran hielo en mi piel, visiblemente nerviosa por su cercanía, totalmente incapacitada para emitir sonido alguno.

—Hace frío, mariposa. Debemos volver —susurró, pasando su mano helada por mi mejilla para terminar de limpiarla.

Mantuve la mirada en su rostro, analizando cada ángulo de sus huesos y su piel. La tenía curtida por el sol del verano, manteniendo un color tostado que lo hacía más atractivo aún. Perfectamente afeitado, con la nariz tintada de rojo por el frío y dos valles verdes en su mirada. Sus labios, rellenos en su justa medida, estaban ligeramente cuarteados por el frío y con un tono violáceo.

—No lo he recordado en todos estos años —susurré sintiendo frío por primera vez desde que salí de casa, con un nudo en la

garganta.

—No importa, Jane, fue hace mucho tiempo —intentó animarme, con un ojo puesto en el plomizo cielo.

—Sí importa. Aquella noche…

—Shhhhh, tranquila, mariposa, veo que ya lo recuerdas. —Esbozó una sonrisa alentadora.

—Te fuiste —continué, levantando la mirada al lago.

—Lo siento —se disculpó con tono serio—. Debí contártelo.

Guardé silencio, intentando ordenar mis sentimientos.

Ya no era capaz de separar los antiguos de los nuevos. Quizás no eran divisibles, quizás eran los mismos.

—Jane, no te he olvidado —susurró, limpiando otra lágrima rebelde que se deslizaba por mi rostro—. Aquel beso que te robé ha sido el mejor que he dado jamás.

—Mamá enfermó —contesté, incapaz de asimilar lo que acababa de escuchar—. Se puso muy enferma y papá no me dejó ir al baile. Por eso te olvidé… No tenía tiempo de recordarte.

—Lo siento mucho, Jane. Siento no haber estado para ti.

—Tus padres también murieron, Tom. Me enteré en el colmado, pero no viniste.

—Jane, es una historia muy larga de la que ahora no quiero hablar. Quiero decirte que he vuelto para quedarme. Mi hermano está muy enfermo y me haré cargo del rancho.

—Espero que se recupere pronto.

—No se va a recuperar, Jane. Por desgracia morirá pronto, y por eso quería decirte que me quedo aquí. Me gustaría…

Giré el rostro para mirarle de nuevo. Se le notaba muy nervioso, la voz segura y firme de momentos antes empezaba a flojear en la última parte. Apartó la mirada un momento para contemplar el lago, dando la sensación de buscar las palabras adecuadas.

—Jane, me gustaría salir contigo, que tuviésemos citas… Por supuesto hablaría con tu padre antes para no crear ninguna situación incómoda, pero no sé si tienes… si tienes algún pretendiente…

Comencé con una ligera sonrisa, pero según iba escuchando sus palabras acabé riendo.

Paró de hablar, frunciendo el ceño por mi comportamiento.

La verdad es que parecía como si me hubiera vuelto loca de

repente, pero lo que sentía en realidad era alegría de que por fin mi vida tuviera algo interesante que contar aparte de ese beso robado.

—Entiendo que no quieras, pero podrías comportarte al menos. —Estaba muy disgustado por mi reacción. Me serené todo lo que pude para explicárselo, rezando para que me perdonara.

—No es eso, perdona —comencé atropelladamente. Su rostro continuaba impertérrito, tendría que hacerlo mejor—. Tom, no puedo evitar reírme porque no sé qué pretendiente puedo tener ocupándome de trabajar y cuidar a mi padre sin descanso. —Lo miré con una gran sonrisa—. Me halagaría mucho tener citas contigo.

Su rostro cambió como el paisaje del valle cuando llega la primavera.

Relajó las arrugas que se formaban en la frente al estar enfadado, esbozando una sonrisa que hizo que saliera el sol, aunque solo fuese en nuestro mundo particular.

Sin previo aviso, recorrió la poca distancia que nos separaba para besarme, como el beso de mis recuerdos, pero sin prisa, sin nadie cerca para gritar que volviera a casa.

El frío pasó tan repentinamente que pensé que tenía fiebre por unos segundos. Pero no, no era fiebre; era el calor de sus labios, su mano rozando mi cintura y su aliento en mi boca.

Comenzó a nevar, dejando que los copos resbalaran por nuestros rostros por un momento.

—Mariposa… —susurró Tom con sus labios pegados a los míos —. Debemos regresar, se avecina tormenta.

Solo conseguí asentir ligeramente, sin despegar mis ojos de los suyos. Sin poder creer que, de nuevo, después de tanto tiempo, regresara a mi lado tan inesperadamente.

Tendió la mano para ayudarme a bajar de la roca y con un silbido llamó a su caballo. Estaba helada, tenía la falda empapada y me castañeteaban los dientes. Se abrió el abrigo y me atrapó dentro de él, acercándome a su cuerpo para darme calor mientras los caballos se acercaban. Rainbow había acudido por simple curiosidad.

Me hundí en el hueco de su pecho tiritando entre sus brazos, respirando su esencia: una mezcla de madera, jabón, primavera y sol.

—Me encantaría quedarme así contigo, preciosa, pero mañana nos encontrarán como parte del paisaje.

Sonreí sin apartarme de él, pasando las manos alrededor de su cuerpo. Notando los músculos a través de la ropa y escuchando cómo se aceleraba su corazón con el tacto.

Apretó mi cuerpo contra el suyo, suspirando mientras besaba mi pelo, suelto y cubierto de nieve. Tenía tantas ganas de salir que no había cogido ningún sombrero.

Venció su cuerpo hacia atrás lo justo para mirarme el rostro. Levanté la vista tímidamente. No había estado así con ningún hombre jamás, exceptuando con él cuando tenía quince años, pero no tenía nada que ver.

Me ruboricé. Podía sentirlo y sabía que él también, aunque no dijera nada.

—Vamos, tenemos que volver antes de que llegue la ventisca.

Observé cómo ataba a Rainbow a su caballo negro, desataba una manta que llevaba en su grupa y montaba seguro sobre él.

Tendió su mano para ayudarme a subir delante, dejando la manta sobre mis hombros delicadamente para que me abrigara con ella. El viejo abrigo largo de vaquero de papá, que me ponía para montar, ya no abrigaba lo suficiente.

—¿Estás bien? —preguntó, rozando sus labios en mi piel.

—Sí —contesté, girándome para mirarlo antes de emprender la marcha—. Mejor que nunca —confesé muy feliz.

No contestó, solo apretó mi cintura para pegar mi cuerpo contra el suyo sin soltarme, manteniendo las riendas firmes con la otra.

Con un ligero toque, el caballo comprendió la orden y, sin más, comenzó a caminar entre la nieve.

El silencio dejaba paso a los sonidos del bosque, que separaba el lago del pueblo: el crujir de ramas, algún animal acechando para conseguir algo de comida y los pasos de los caballos hundiéndose en la nieve.

Acomodé la cabeza contra su pecho, dejándome arropar por su abrazo, sintiéndome yo misma por primera vez en mucho tiempo y libre. Libre y dueña de mi vida.

Capítulo 10

Marzo de 2023

A. J. dejó el libro sobre la mesa, al percatarse de que se le iba la luz al día. Estaba tan metida en la lectura que no se había dado cuenta de que se hacía de noche.

Miró el reloj para ver la hora.

—Mierda —susurró al comprobar que llegaba tarde a la cena.

Se levantó como un resorte, cogió el abrigo y salió corriendo escaleras abajo.

Abrió la puerta de casa y allí estaba él.

Lo miró sonriendo.

Quitando los ojos verdes, porque ese color lo tenían los de ella y los de él eran del color del café, Eric Cassidy era su Tom McQueen. No tenía ninguna duda.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? Me he preocupado al ver que no estabas en casa para la cena.

No le contestó. Se acercó a él y lo besó.

Eric no retrocedió ni un milímetro. Lo recibió con gusto y se lo devolvió feliz.

Cuando A. J. se apartó un poco y pudo ver su rostro, se sorprendió. Su semblante era diferente al de los últimos días.

—¿Ha pasado algo? —preguntó curioso.

—Nada. No hay novedades. Estoy leyendo el diario de mi tatarabuela Jane y su historia con mi tatarabuelo Tom.

—¿En serio? ¿Tu tatarabuela escribió un diario? —indagó asombrado.

—Sí. ¿Te parece tan increíble como a mí?

—Desde luego. En aquella época la mayoría de las mujeres no

sabían leer ni escribir o hacer operaciones para llevar las cuentas, eran algo excepcional. Que haya llegado algo así de tu familia hasta el siglo XXI me parece un tesoro increíble.

—Su caballo se llamaba Rainbow —contó ese detalle.

—Tenía buen gusto para los nombres.

—Sí —contestó, emocionada por la historia.

—Podemos leerlo juntos si quieres. Me encantaría saber la historia de tu familia. Tengo curiosidad por descubrir cómo llegaron a construir todo esto. Tu abuela decía que siempre lo han llevado mujeres. Es interesante.

A. J. sonrió.

—Sabía que mi familia era especial, pero no sé hasta qué punto, Eric.

—Con ese libro vas a descubrirlo.

La chica sonrió, asintiendo.

Él le tendió la mano para que se la diera, y así cogidos caminaron hasta la casa de los Cassidy.

La cena fue distendida y A. J. era un miembro más a la mesa.

Cuando acabaron, Eric la acompañó a su casa.

—Deja que coja unas cosas y nos vamos —le pidió, entrando a su habitación.

El hombre miró a su alrededor. No había cambiado nada desde que trepaba por el desagüe para colarse en su habitación.

Ella lo observó al verlo tan quieto y callado.

—Sé en qué estás pensando, Eric Cassidy.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En ese desagüe —declaró señalando el gran ventanal que hacía esquina. Él sonrió divertido.

—Dime que tú no piensas nunca en lo que pasaba cuando subía por ese desagüe —pidió, acercándose a ella con intención de jugar.

—Es difícil no pensarlo. Eres el único chico que ha trepado por ahí.

Eric la miró un instante, recordando lo que siempre le decía en aquella época: «Me siento como una mariposa enjaulada en este dichoso rancho. Dicen que es peor si tienes padre, pero te aseguro que también lo es teniendo abuela y madre».

Casi nunca la dejaban llevar a nadie a casa, tenía escasos amigos y le costaba un triunfo que la dejasen ir a los bailes del instituto o

fiestas de amigos. No recordaba que hubiese hecho una fiesta en su casa que no fueran las que hacía su familia para celebrar el ganado y poco más.

Por suerte le tenía a él, que la sacaba a escondidas y se la llevaba a disfrutar de todo lo que podía. Hasta que se fue a la universidad, obligado por sus padres, y se distanciaron.

—Bueno, por suerte ya no tenemos que usarlo. Y es una ventaja, porque creo que me partiría el cuello si ahora tuviese que entrar por ahí a verte —comentó divertido.

A. J. rio al escucharlo.

—Sí. Fue una suerte que cumpliera la mayoría de edad y le dijese a mi familia que me iba a lejos a estudiar para vivir mi vida sin dos policías detrás.

—Sí —contestó, escueto, porque a él esa parte no le gustó.

Entendió su decisión. Lo más probable es que hubiese hecho lo mismo en su posición, pero le dolió que lo hiciera sin pensar en él.

Quizá era egoísta por su parte porque también se había marchado a la universidad, pero no lo había decidido él. Había sido idea de su madre y gracias a sus buenas notas.

A pesar de su separación y lo que conllevó, Eric creía que ella decidió marcharse sin pensar en las consecuencias. Solo en su bienestar, y fue lo correcto. Era lo que tenía que hacer. Nadie quiere estar en una cárcel.

Entendía que aquella casa no le gustase mucho y evitara estar en ella más de lo necesario, pero ahora era suya. Las cosas habían cambiado. Podía hacer con ella lo que quisiera, no tenía que aferrarse al pasado.

—¿Lo tienes todo? —preguntó para centrarse en lo que había ido a hacer allí.

—Sí. Ya está —contestó, cerrando la bolsa de tela grande que había llenado con sus pertenencias y el libro de su tatarabuela Jane.

Regresaron a la cabaña de Eric. Estaba caliente y confortable. Olía a limpio y a él. Eso le encantaba.

Su casa olía a madera vieja y soledad.

Como si lo tuvieran ensayado, ella dejó sus cosas encima del colchón para colocarlas en una estantería con algunos cajones que había cerca de la cama. Él fue a avivar el fuego, quitarse la ropa y prepararse para descansar.

—Voy a ducharme —le dijo ella, cogiendo la bolsa con algunas cosas que había dejado dentro—. Te dejo el libro. Lee hasta que salen del lago entre la nieve. Me he quedado ahí.

—¿Al lago, nevando?

—Sí. Jane ha escrito escenas de su vida con todo detalle. Vas a alucinar.

La miró levantando las cejas por la sorpresa.

—¿La ha novelado?

—Algo así, solo que todo es su vida.

La mujer desapareció en el baño mientras él se quedaba leyendo el principio de la historia de Jane.

A. J. se duchó tranquila, dejándole tiempo para que pudiese leer lo mismo que ella.

Cuando salió, lo vio enfrascado en la lectura. No se había movido del sitio.

—Espero que no hayas hecho trampas y hayas leído más de lo que te he dicho.

—Calla. Estoy acabando. Deja que acabe.

A. J. sonrió al verle enganchado a la historia igual que lo estaba ella.

Se subió a la cama junto a él y esperó a que terminase.

La miró cuando llegó al final del pasaje que le había indicado.

—Parece que nadie en tu familia ha tenido una vida fácil.

—Creo que debían ser así, o peores, las de la mayoría de las familias de la época.

—Desde luego. Esta tierra no era fácil para nadie.

La observó unos segundos.

—¿Qué? —preguntó curiosa.

—¿Has averiguado ya por qué tu madre pidió un crédito para el rancho?

—No —contestó triste—. En esos papeles que me ha dado el señor Madison no hay nada que me lleve a pensar que los necesitara, aunque decía que sí, y en la documentación que me ha enviado por

e-mail

tampoco. Mañana iré al despacho de mamá y empezaré a buscar allí en sus archivos.

—Es buena idea.

—¿Quieres leer un poco más o dormimos? —preguntó deseando que le dijese que sí a la lectura.

—Leemos. Quiero saber más sobre el viejo Tom. Me cae bien.

A. J. rio al escucharle hablar así de su tatarabuelo.

La verdad es que siempre le había parecido un buen tipo por lo que contaba su abuela, pero no era lo mismo que leer su vida de primera mano.

Amelia cogió el libro y lo abrió por el punto en el que lo habían dejado. Eric acomodó las almohadas para tumbarse juntos a leer. Ella se acurrucó junto a él y comenzó.

Capítulo 11

Lake City, otoño de 1895

La ventisca fue más fuerte de lo esperado. Gracias a Dios, Tom tenía un sexto sentido para la meteorología y le dio tiempo a dejarme en casa, preparar una buena reserva de leña para nosotros y partir a Liberty.

Lo peor fueron los tres días incomunicados sin poder salir y la imposibilidad de saber de él. Desde casa al rancho había casi tres kilómetros, y la duda de si había llegado a tiempo para resguardarse me mataba.

Papá solo me miraba con cara de circunstancias, aunque en realidad no tenía ni idea de lo que había entre Tom y yo.

Para ser sinceros, ni siquiera lo sabía yo. Había muchas conversaciones pendientes.

También me preocupaba mucho el estado de papá. El frío tan intenso de los últimos días estaba haciendo mella en él y la casa no estaba acondicionada para su situación.

Me tiraba horas tapando grietas con trapos en paredes y ventanas, y avivando el fuego para que diera el mayor calor posible. Pero, aun así, las corrientes se abrían camino por cualquier mínimo resquicio de la vieja estructura.

Estaba preparando alubias para que papá tomara un plato de comida bien caliente, parecía que comenzaba a tener fiebre y a empeorar un poco, cuando escuché un caballo acercarse. El cuchillo con el que trabajaba resbaló de mi temblorosa mano y, sin pararme a pensar, salí corriendo a la puerta obviando el intenso frío exterior.

Allí estaba, con la nieve hasta media pierna, intentando descargar algo del caballo. Salí corriendo hacia él tras cerrar la

puerta, sin abrigo y empapando el vestido.

—Mariposa… —Suspiró al encerrarme entre sus brazos, asustado por mi impulsividad—. ¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

No podía hablar. Quería explicarle lo mal que lo había pasado, lo preocupada que estaba, el miedo que había pasado por no saber si estaba bien y el que tenía por papá a que no consiguiera recuperarse esta vez de las fiebres, pero no podía.

Atrapada entre sus brazos, respirando su esencia, me sentí segura. Quería quedarme allí para siempre, pero eso era demasiado tiempo. Con un ratito me conformaría.

Abrió su abrigo, igual que días atrás, y de nuevo me envolvió con él para que no enfermera, sosteniéndome, respetando mi silencio mientras me besaba el pelo. Acercando su cuerpo al mío, reaccionando a mis manos, que le atraían hacia mí.

—Jane, me estás asustando —susurró con los labios en mi pelo y un tono de voz pausado y tranquilo, pero no lo suficiente. Sabía que estaba inquieto al verme así.

—Estás aquí. Ahora estoy bien —contesté sin apartarme. No quería separarme de él. En cuanto entráramos, aquella paz desaparecería y no podría abrazarle así.

—Si llego a saber que me esperaba este recibimiento, vengo en mitad de la tormenta —comentó con su humor característico.

Sonreí ante el comentario, apretándole más contra mí.

—Si llegas a aparecer en ese momento, te mato.

Comenzó a reírse porque sabía que era capaz de hacerlo, aprovechando para apartarse un poco y mirarme.

No lo pude evitar, acerqué mi rostro al suyo y le besé. Ese cosquilleo que no recordaba comenzó a recorrerme el cuerpo mientras sus músculos se tensaban con un ligero temblor, devolviéndome el beso, gustoso.

—¿Qué pasa, mariposa? —preguntó, más tranquilo pero con urgencia en sus ojos.

—No sabía si habías llegado bien a casa. La tormenta ha sido muy fuerte y temía por ti.

—Ya ves que estoy bien. Tranquila —dijo acariciándome el rostro con la mano enguantada—. ¿Qué más hay? —indagó.

—Papá. Ha empeorado… Hace mucho frío y tiene fiebre.

Tom asintió, comprendiendo.

—Entremos o también la tendrás tú.

Le hice caso, porque tenía razón; era la segunda vez que me adentraba en la nieve en menos de una semana sin pensar en las consecuencias.

Cogió el paquete que tenía en el caballo y, sosteniéndome por la cintura para arroparme con el abrigo, entramos en casa.

—¡Jane! ¡Jane! —Escuché a papá alzando la voz todo lo que le dejaban sus pulmones.

—Estoy aquí, papá. Todo va bien —contesté desde la puerta, tiritando.

Iba a dirigirme a verle, pero Tom me agarró de la mano, tirando hacia él con suavidad para que no me alejara.

—Espera —susurró, arrastrando sus manos por mis brazos para darme calor—. He traído algunas cosas para él.

Con un movimiento de cabeza, señaló el paquete que había dejado sobre la cocina.

—¿Qué es? —pregunté curiosa.

—Medicinas —contestó con media sonrisa.

—¿Medicinas? No puede ser —exclamé entre dientes para que no nos escuchara—. Son muy caras, Tom. No puedes…

—Shhh, sé lo que te cuesta conseguirlas y ese dinero no me hacía falta. Cógelas, por favor.

Sabía que no viviría lo suficiente para agradecérselo. Este gesto podría significar un poco más de tiempo para papá y, con suerte, no solo mantenerlo vivo: podría ser una mejoría.

Lo abrí antes de ir al salón.

Había más de lo que había conseguido hasta ahora del doctor Moore. Ungüento, jarabe, miel y una tisana especial para la fiebre que preparaba para quien lo pudiera pagar.

—Tom…, es demasiado —balbuceé, incapaz de creer que todo aquello estuviese en mi cocina.

—Cuando se te acaben, quiero que me lo digas o vayas tú misma a pedir al doctor lo que falte. He hablado con él y no habrá problema. Preparará todo lo que Bill necesite, ¿de acuerdo? —Asentí con los ojos llorosos, era la mejor noticia que podían darme. Tom me limpió las lágrimas antes de contarme la última parte de la sorpresa. Bajó el tono de voz a uno más bajo y profundo—: Jane, ya no tienes que ir a ayudar al doctor, el ungüento que te dio a cambio

de tu trabajo también está pagado.

No podía hablar, el nudo de la garganta no me dejaba.

Solo fui capaz de agachar la cabeza y abrazarle fuerte. Muy fuerte.

—Cuidaré de ti como siempre había planeado. Cuidaré de ti, preciosa, y también de él.

—Gracias —conseguí pronunciar a duras penas—, pero te lo pagaré. No sé cuándo ni cómo, pero lo pagaré.

—Lo sé, mariposa —susurró en mi oído, sonriendo—. No pararás hasta encontrar alguna forma de hacerlo, pero no quiero. Es un regalo, pero me gustaría hacerte otros más bonitos y personales.

Me reí más alto de lo que pretendía con la ilusión del momento. No recibía ningún regalo desde que era pequeña.

Cómo no, papá, que ya estaba algo alterado por mis nervios de los últimos días encerrados entre aquellas cuatro paredes, sospechó que tramaba algo.

—¡Jane! —gritó todo lo alto que pudo.

—Voy, papá —contesté, levantando el rostro para dejar que Tom me besara rápidamente antes de ir a verle.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó, inquieto, cuando entré al salón. Me acerqué a la chimenea.

—Tenemos visita —anuncié, más calmada, tomando su temperatura con los labios.

—¿Visita? ¿Con este frío? —Sospechó enseguida.

—Papá… —susurré agachándome ante él—, es importante. Pórtate bien, ¿quieres?

—Tom McQueen —susurró, muy suspicaz, con una sonrisa en los labios como hacía tiempo que no le veía.

No contesté, solo esbocé otra, palmeándole la mano que me acariciaba el rostro.

Me incorporé para ir a buscarlo, pero ya estaba en el umbral, sin sombrero, con su chaquetón de cuero plegado sobre el brazo y muy tranquilo.

—Señor Hogan… —saludó con extrema cortesía—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Muy bien, muchacho. Yo siempre estoy muy bien —contestó papá como era habitual.

Puse los ojos en blanco al escucharle. Parecía no ser capaz de

darse cuenta de la gravedad de su situación, aunque, pensándolo un poco, casi era mejor así.

Tom me miró de soslayo, intentando no sonreír demasiado. Con un gesto le invité a sentarse en la butaca frente a papá que yo solía utilizar.

—Voy a traeros un poco de café caliente. Enseguida vuelvo.

Sonreí a Tom y después me giré para lanzar a papá una mirada, rogando que no se lo pusiera demasiado difícil, antes de irme.

En la cocina intenté preparar el café lo más rápido que pude, pero los nervios lo impedían. Organicé lo que quedaba de la comida para que estuviera preparada a tiempo y salí con la bandeja de madera que papá fabricó para mamá.

Parecían tranquilos, hablando de la ventisca, el rancho de Tom y las cosas que últimamente habían acontecido en Lake City, que la verdad no eran muchas.

Serví café para los tres y acerqué una silla para sentarme entre ellos.

Tom se levantó de inmediato para cederme la butaca, pero decliné la oferta. Prefería permanecer en medio por si el agua llegaba al río, como hacía años cuando se negó a dejarme ir con él a ese dichoso baile de primavera.

—Señor Hogan… —comenzó Tom, haciendo que me tensara al instante y que la taza chocara contra el plato.

—Bill, puedes llamarme Bill.

Aquello me hizo temblar aún más. Le estaba dando confianza, pero no las tenía todas conmigo, pues podía arrepentirse en cualquier momento.

—Bill entonces —continuó Tom con media sonrisa amistosa—. Verá, señor, quería pedirle permiso para ver a su hija.

—Que yo sepa no hay ningún baile próximamente, ¿verdad? —El tono era bastante burlón. Apreté los labios y recé, esperando la respuesta.

—No, señor —contestó Tom divertido—, pero no es esa mi intención. Quiero algo más que un baile de primavera.

Mi padre tenía la mirada fija en aquel muchacho que ya no lo era y al que tanta rabia le había tenido en el pasado, sin yo saber por qué.

Tom no cambió el semblante, continuaba sereno y muy seguro

de sí mismo, plantando cara a mi padre con más aguante del que esperaba.

Contuve la respiración con el corazón latiendo desbocado, esperando la respuesta.

—Ya veo —murmuró mi padre, tomando un sorbo del café y haciendo que esos segundos parecieran minutos—. Si no me equivoco, ya os habéis visto, ¿verdad?

—Sí, un par de veces. La primera, accidental; y la segunda, de cortesía. Fui a buscar a Jane al colmado para ver cómo se encontraba después de la caída.

—Espero que tus intenciones sean buenas, muchacho, porque aún me queda algo de aliento para meterte un tiro si es necesario.

Ya estaba.

¡Había aceptado!

No eran las palabras que esperaba escuchar, pero servían igual. Papá lo hacía lo mejor que podía y, debido a la falta de práctica, no se lo tendría demasiado en cuenta.

—No se preocupe, señor Hogan, me portaré bien.

Me miró sonriente, tomando por fin un trago de su café. Haciendo que mi cuerpo se relajara, notando un cansancio repentino causado por los nervios.

El resto del tiempo transcurrió con tranquilidad, hablando de todo un poco, sin tensiones y bastante distendido.

De vez en cuando me levantaba a vigilar la comida y, cómo no, la temperatura de papá.

Una de las veces que me acerqué a la cocina, Tom me acompañó para ayudar con las tazas. No era habitual que un hombre ayudase en las labores de casa, pero él había vivido fuera y, aunque sorprendida, pensé que igual en otros lugares las cosas eran diferentes.

—Jane, ¿estás bien? —susurró, detrás de mí, mientras removía el caldero de alubias en la cocina de leña.

—Sí —contesté sincera, girándome para mirarle—, estoy bien. Gracias.

—Sé que no será fácil, tienes que cuidar de tu padre, pero… ¿te gustaría venir al rancho? No tiene que ser ahora —comentó rápidamente para que no me sintiera presionada—, pero me gustaría que lo vieras.

Sonreí, agradecida, conteniendo la emoción de ir a Liberty. Siempre había querido entrar en aquel enorme rancho.

—Claro que sí. En cuanto se le pase la fiebre, si no te importa.

—Por supuesto que no, sé cuáles son tus prioridades.

—Espero que no te canses. La mayoría de hombres que han querido cortejarme, o bien querían que me fuese con ellos lejos de Lake, o no aguantaban ni dos semanas mis obligaciones para con papá.

No quería decir eso en alto y que él lo supiera, pero ya no había vuelta atrás.

Era cierto que había tenido algún que otro pretendiente después de morir mamá, pero no duraban. Papá necesitaba toda mi atención y no lo entendían, así que desaparecían las propuestas para verme y yo lo aceptaba sin más.

Al principio dolía, pero después ya no sentía nada. Era como si estuviera convencida de que pasaría tarde o temprano. Quizás la culpa fuese mía, ya estaba acostumbrada y solo esperaba que llegara ese momento sin dar mucho de mí, pero con Tom me dolería más que nunca. Sabía que me partiría el corazón.

—Jane, te conozco. Sé quién eres y tus obligaciones, las he aceptado y pensado antes de proponértelo. No soy como los demás.

—Eso es seguro; si no, no estarías aquí.

Esbozó una sonrisa mientras acercaba la mano a mi rostro para acariciarlo. Cerré los ojos en cuanto lo sentí, dejando que su tacto fuera lo único a mi alrededor. Después noté sus labios en los míos, muy dulces y tranquilos, dejando ese cosquilleo que me hacía sentir viva.

—Será mejor que volvamos con él. No quiero que me eche el primer día —susurró con sus labios rozando los míos al hablar.

Dio un paso atrás sin apartar su cálida mano aún, observándome unos segundos, para después retirarla lentamente y desaparecer por la puerta.

Mis piernas temblaban con una sensación desconocida en el resto del cuerpo, deseando que no se hubiera ido tan pronto y me hubiese besado otra vez.

Me recompuse como pude, retrasando el regreso al pequeño salón todo lo que pude para asimilar sus palabras, rezando para que fuera cierto.

Asomé la cabeza un poco para ver cómo estaba la situación. Me gustó lo que vi; los dos hablaban animadamente de ganado, caballos y el tiempo. No pude evitar sonreír.

—¿Te quedas a comer? —pregunté a Tom regresando a mi lugar.

—Muy agradecido por la invitación, pero tengo que regresar. Una yegua está inquieta y creo que pronto dará a luz.

—De acuerdo —accedí a regañadientes. No quería que se fuera tan pronto.

—¿Por qué no salís a dar una vuelta? A Rainbow le gustará ejercitar un poco sus patas, estoy seguro —intervino mi padre, muy sonriente.

—Hace frío, papá, y tienes fiebre —expuse deseando ese paseo, intentando que no se notara mucho.

—¡Estoy perfectamente! Y un rato a solas no me hará daño. Yo vigilaré el puchero, sal un rato.

—Pensándolo bien, me gustaría ver a la señora Cooper para ver si me necesita —busqué como excusa.

—¡Ves! Lo que yo decía. Vete, vete —me alentó moviendo sus brazos hacia la puerta.

Con una sonrisa en los labios, aceptó mi abrazo, y sin demorarme me abrigué con el chaquetón de cuero de mamá, el sombrero y los guantes. Tom ya estaba listo cuando me reuní con él. Despidiéndose cortésmente de papá, desaparecimos por la puerta, camino de la pequeña cuadra.

Rainbow estaba tranquilo, pero en cuanto comencé a prepararle se irguió, contento de que lo sacara un rato.

—Buen caballo —evaluó Tom observando al animal.

—Es de papá, pero lo compartimos… Será la única posesión valiosa que tengamos —comenté acariciando el lomo del caballo.

—No, vuestro tesoro es el amor, mariposa. Eso es lo más importante.

Mis ojos revolotearon hasta su rostro, donde descubrí algo que pensé que se aproximaba a la añoranza. Quise preguntar, pero decidí no hacerlo, tan solo le besé para que sintiera un poco de él.

—Será mejor que lo saques de una vez —comentó, divertido, alejándose de mi lado.

Cabalgamos juntos hasta el colmado. La calle estaba bastante despejada. Todo el mundo se afanaba en retirar la nieve de las

puertas, haciendo caminos para los viandantes.

Lake volvía a la vida poco a poco después de la primera tormenta de la temporada, aunque aún no había llegado el frío de verdad. Era pronto para nevadas tan fuertes, pero algunos años se adelantaba un poco.

Desmonté junto a Tom para entrar al colmado. La señora Cooper estaba muy tranquila y bastante desocupada por la falta de clientes.

—¡Jane! ¿Qué tal, cariño? ¿Cómo está tu padre? —preguntó, nada más vernos entrar.

—Solo regular —contesté, acercándome hasta ella para responder al abrazo que me esperaba.

—¡Oh! Espero que se recupere ahora que la tormenta ha pasado.

—Yo también —susurré, poco convencida, pero enseguida pensé en las medicinas que Tom había conseguido y me animé un poco.

—Veo que vienes muy bien acompañada —observó bajando el tono de voz.

—Hola, señora Cooper —saludó Tom, muy galante.

—Buenos días, señor McQueen —contestó la mujer con sonrisa cómplice—. ¿Qué os trae por aquí, muchachos? —preguntó cariñosa.

—Venía a ver qué tal estaba después de la tormenta y, por supuesto, a preguntarle si me necesita en la tienda.

—Hija, no te preocupes. Con la nieve pocos salen de casa y podré arreglarme sin ti. Cuida de tu padre tranquila. Si me haces falta, te haré llamar.

—Gracias, señora Cooper. Se lo agradezco mucho. —Las lágrimas últimamente estaban a flor de piel y una rebelde cayó inesperadamente.

—No te preocupes —dijo, apresurándose a abrazarme como si fuese una de sus hijas—. La familia es lo primero.

—Gracias otra vez, señora Cooper. No sabe lo agradecida que me siento.

—Susan, llámame Susan de una vez, ¿de acuerdo? —suplicó, separándose lo justo para levantar mi barbilla con la mano.

Sonreí ante el gesto y la confianza que me brindaba. Esa mujer me hacía la vida mucho más fácil de lo que cabía esperar.

—Además, si el galante y apuesto señor McQueen está tan cerca de ti como creo, todo irá bien, pequeña —susurró, pero no lo

suficiente para que Tom no lo escuchara.

Mis mejillas se encendieron irremediablemente por el comentario.

No es que sintiera vergüenza; era solo que no estaba acostumbrada a moverme por el pueblo con un hombre que no fuera mi padre, y menos con uno por el que sintiera verdadero interés para que permaneciera en mi vida.

Miré a Tom de soslayo. Tenía una sonrisa divertida en el rostro, pero no dijo nada para no ruborizarme más.

—¿Ha recibido las nuevas telas? —comenté para evadir la situación.

—¡Oh, sí! Son preciosas, Jane —se emocionó, dirigiéndose inmediatamente al mostrador de tejidos para enseñármelas.

—Pero… ¿cómo se ha subido allí arriba? —dije señalando las piezas en la parte más alta de los muebles, que casi llegaban al techo.

Colgábamos los rollos en que venían bastante alto, dejando un muestrario con el que poder mostrarlas de forma que cayeran hacia el suelo para poder apreciarlas con detalle.

—No te preocupes, Johnny me ayudó. ¡No había nada mejor que hacer! —comentó sonriente, refiriéndose a su hijo mayor.

—Son maravillosas, seño… Susan —me corregí por la falta de costumbre.

—Esta tela de paño es perfecta para un abrigo largo, ¿no crees? —propuso animada.

—Desde luego —murmuré, apreciando la tela de abrigo más maravillosa que había visto en toda mi vida y que nunca podría comprar.

La señora Cooper observó mi gesto, evaluando lo mucho que me gustaba esa tela inalcanzable. La rozó con los dedos y, girándose de nuevo hacia mí, esbozó una sonrisa.

—Si al final de temporada no vendo toda y queda suficiente, podrás quedártelo para hacerte uno.

—Gracias, Susan, es muy amable —contesté agradecida. Podría quedárselo para ella o algún familiar, pero, si decía que era mío, así sería.

Después de hablar un poco más sobre la tienda, nos despedimos cariñosamente para dar una vuelta a caballo por la montaña

nevada.

Todo estaba cubierto de blanco. Los árboles que aún mantenían sus hojas las habían perdido por el peso de la nieve. Estaba perfecto, como más me gustaba, aunque los últimos años no lo disfrutara lo suficiente.

Permanecimos en silencio, escuchando los sonidos del bosque, con los caballos al paso para no asustar a la fauna invernal y, desde luego, no atraer a ningún depredador además de por nuestro rastro.

Podía sentir los ojos de Tom clavados en mí, observándome, haciendo que mi corazón se acelerara cuando pensaba en ello. De vez en cuando le observaba discretamente cuando creía que no me miraba, pero nuestros ojos siempre se encontraban, ante lo que respondíamos con una sonrisa.

Palmeé a Rainbow en el cuello, acariciándolo para que sintiera que también le prestaba atención. Era un caballo muy celoso cuando se trataba de mí, cosa que siempre me había sorprendido. Incluso, una vez cuando Paul, el hijo del herrero, vino a casa para verme y fuimos a visitarlo a las cuadras, me defendió. Paul intentó sobrepasarse y Rainbow, que le tenía a tiro, le dio una patada que casi le parte una pierna.

Era precioso, de color canela, con crines marrón chocolate y manchas en las patas a modo de calcetines, también en marrón oscuro.

El de Tom llamaba la atención. Se llamaba Furia, pero no entendía muy bien el motivo de aquel nombre. Era bastante tranquilo y muy obediente. Negro como la noche, con un brillo sobrenatural en su pelaje. Llamaría la atención, aunque estuviera entre cientos.

Disfrutando del paisaje y el paseo, llegamos al lago, solo que esta vez juntos. Dirigí a Rainbow a la orilla para que disfrutara de un trago de agua fresca, le gustaba mucho beber allí.

—Te encanta este sitio, ¿verdad? —Se había colocado a mi lado, dejando que Furia bebiera también.

—Sí, me encanta el lago. Siempre me ha gustado y parece que los pocos momentos especiales de mi vida me traen aquí.

Esbozó una sonrisa al escucharme, levantando la mirada al cielo como si fuera inevitable mirar allí.

Con un gesto rápido desmontó, tendiendo sus manos hacia mí

para que le acompañara.

Solté las riendas sonriendo, sin apartar nuestras miradas.

Deje que me ayudara, cogiendo mi cintura con firmeza hasta colocar los pies en el suelo.

No me soltó, envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo y me atrajo hasta sus labios.

Fue un beso largo, dulce. Que comenzó muy calmado, pero culminó con pasión, como si necesitáramos recuperar el tiempo perdido.

Hacía mucho frío. El cielo seguía plomizo y la nieve comenzaba a helarse, pero no lo percibía. Solo sentía sus manos por dentro de mi chaquetón, quemándome a través de la tela del vestido de invierno.

Delicadamente me separé un poco para poder respirar y, sobre todo, mantener la cordura.

Nunca me habían besado así antes, nunca había sentido esa sensación de vértigo inconsciente.

—Estás temblando —susurró, acercando su cuerpo para darme calor.

—No tengo frío —confesé aferrando mis manos a su cuello, pasando los dedos por los sutiles rizos del cabello de la nuca, escuchando su sonrisa en el silencio del bosque.

Rainbow relinchó, haciendo que nos girásemos en su dirección.

Furia le estaba rozando el cuello como si le estuviera hablando. Al principio nos hizo gracia la situación entre los dos, pero enseguida Tom se dio cuenta de qué pasaba y se puso alerta.

—¡Monta! ¡Ya! —gritó, cogiéndome del brazo por el codo para que llegara a la yegua lo antes posible.

—¿Qué pasa, Tom? —Estaba asustada. No veía peligro a nuestro alrededor, pero estaba claro que había algo.

—Lobos. Una manada —susurró intentando no hacer más ruido.

—¿Qué? —pregunté incrédula, casi sin voz. El miedo ya se había apoderado de mí. No llevaba ningún arma cuando paseaba por los alrededores de Lake, aunque papá insistiera en que debía hacerlo.

—Están cerca. Furia los detecta a suficiente distancia para mí, pero contigo…

Monté veloz en Rainbow, vigilando los alrededores con apremio. Tom aún estaba en el suelo y era un blanco fácil.

En apenas dos segundos ya había montado en Furia, sacando el rifle de su funda en la grupa, atento a los movimientos de nuestro alrededor.

—¡Corre, Jane! ¡Corre! —ordenó dando una palmada a Rainbow, haciendo que saliera veloz en dirección al pueblo.

Galopamos lo más rápido que daban sus patas, esquivando ramas, arbustos, troncos caídos. Luchando contra la nieve, que nos hacía ir lentos.

Tom me seguía de cerca, con el rifle apoyado en la cadera, pendiente única y exclusivamente de lo que yo me podía encontrar.

A unos pocos metros del pueblo, tiré de las riendas para ralentizar la marcha. Nunca se habían adentrado hasta el pueblo y tampoco era normal que rondaran el lago, no había mucho alimento por allí.

Tom llegó enseguida a mi lado, girándose para vigilar la retaguardia, pero ya no nos seguían.

Había pánico en sus ojos cuando me miró. Yo también estaba asustada, pero lo habíamos conseguido. Paré la marcha.

—¿Estás bien? —preguntó, guardando el arma antes de abrazarme.

—Sí —contesté sin aliento por el miedo.

—Prométeme que no volverás al lago sin mí. —Estaba muy preocupado.

—Lo prometo —balbuceé, asimilando lo que podría haber sucedido.

Con apremio cogió mi rostro y me besó como si no fuera a darme ninguno más.

—Tom… —Intenté decirle que estaba bien, que iba a mantener la promesa.

—Todo está bien, preciosa, todo está bien —murmuró acariciándome la mejilla.

Capítulo 12

Lake City, otoño de 1895

Después del episodio de los lobos, se acabaron los paseos por el lago. Hubo varios ataques cercanos al pueblo en los días posteriores, así que me quedé sin mi lugar favorito hasta que cazaran a la manada o se terminara el invierno.

Según el *sheriff*, la temprana nevada había provocado que se quedaran sin caza más rápido de lo normal y por eso se acercaban tanto a las zonas pobladas.

Tom tuvo que esforzarse más en el rancho. El ganado corría peligro, pero, aun así, todos los días encontraba un momento para ir a visitarnos.

Estábamos en diciembre, se acercaba la Navidad y, como papá había mejorado mucho gracias a las medicinas y no había vuelto a nevar, decidí que era el momento de visitar Liberty.

Tom estaba emocionado por la próxima visita, pero yo lo estaba más.

Desde que había surgido el problema de los lobos, no teníamos ningún lugar en el que estar a solas. De vez en cuando me ayudaba con Rainbow en sus visitas, aprovechando para robarnos un par de besos, pero la proximidad de aquel día en el lago no había vuelto a nuestras vidas. Lo echaba mucho de menos y esperaba que él también.

Era domingo, día de descanso, aunque no por eso sin obligaciones. Todo el pueblo acudía a la iglesia por la mañana, aprovechando para reunir a la familia y disfrutar de una comida juntos.

Invitamos a Tom a comer a casa y, después de estar un rato con

papá, partimos al rancho.

No recordaba que la casa fuese tan grande. Totalmente diferente a todas las que había en el pueblo, era colosal. Construida en dos alturas, con un porche que la recorría alrededor, en algunas partes abierto y en otras acristalado para disfrutar de la terraza en invierno. La precedía una hilera de robles para darle sombra en los calurosos meses de verano.

Toda la zona de trabajo con el ganado y las cuadras estaban apartadas de la vivienda para no dejar entrar olores desagradables, aunque se veían desde la puerta principal, con una envergadura tal que cabrían veinte caballos al menos, dispuestas con todo lo que los animales pudiesen necesitar.

Sabía que Tom era la persona con más dinero en el pueblo en esos momentos. La muerte de sus padres y el accidente de su hermano, que le mantenía vivo pero inerte en un hospital en el condado de Lane, le habían dejado como único heredero.

Aun así, lo veía siempre fuera de aquel rancho y no lo asociaba con un lugar así, ni recordaba que pudiera pertenecer a un lugar como ese.

No me quitaba ojo de encima, pendiente a mis expresiones, pero no hablaba ni cambiaba el gesto. Parecía expectante a lo que yo pudiera decir o hacer.

Desmontamos, atando los caballos en la barandilla frente al porche de madera que daba la bienvenida al hogar.

—¿Qué te parece? —preguntó, curioso, ante la falta de palabras por mi parte.

—Tienes una casa preciosa, Tom. —No quería decirle que me parecía espectacular, sabía que eso le haría sentir incómodo. Nunca alardeaba de sus pertenencias, ni antes ni ahora.

Suspiró complacido al escucharlo y, muy galante, me ofreció su brazo para agarrarme a él.

Estaba guapísimo con su traje de los domingos y botas relucientes, pero a mí cuando más me gustaba y más *sexy* me parecía era cuando llevaba su chaquetón de cuero. No sabía

explicarlo, pero verle con la presencia que le daba aquella simple prenda, subido a su caballo, era un espectáculo para mis sentidos.

La entrada era amplia, con una mesa de madera oscura en el centro y un gran jarrón de flores frescas sobre ella.

De frente se erguía una gran escalera de madera en el mismo color que la mesa, que debía dirigir a las habitaciones de la planta superior.

Sin dejar de observar todo lo que veía, me dejé llevar al salón.

Tenía una chimenea gigante en uno de los laterales, con grandes sillones a su alrededor. En el otro extremo, una mesa para ocho comensales decorada con otro gran jarrón. Las vistas daban al terreno colindante de un costado de la casa, que quería imitar un jardín.

Un piano de pared terminaba con la decoración justo enfrente.

Observé todo con calma, asumiendo dónde estaba, y una oleada de miedo me golpeó repentinamente. Nunca había estado en un lugar así.

—¿Quieres ver a Brisa? —preguntó intentando que me sintiera cómoda.

—¿Brisa? —No sabía a qué se refería.

—La yegua que está a punto de parir. ¿Quieres verla? Tengo que ir a comprobar como está. Creo que de esta noche no pasa.

—¿En serio? —Pensaba que ya habría dado a luz o le quedaría más tiempo.

—Sí. ¿Quieres acompañarme? —propuso, sonriente por la ilusión que veía en mí.

Acepté encantada. Estaba deseando verlo, nunca había tenido oportunidad. Todo el mundo decía que era cosa de hombres y me apartaban siempre.

Nos dirigimos a las cuadras cogidos de la mano, paseando, pero deseando llegar.

La yegua era blanca como la nieve que amenazaba de nuevo en caer sin tregua en poco tiempo. Estaba inquieta, relinchando sin parar.

—Ya viene, mariposa. Tiene contracciones.

—¿Cómo lo sabes? Pensé que te habías ido para estudiar… —Tom sonrió, nervioso, y no supe si era por Brisa o por la pregunta.

—Aquí han nacido muchos caballos, Jane. Toda mi vida los he

visto nacer.

Me sorprendí por la calma con la que pronunció esas palabras.

Sabía lo que tenía que hacer, cómo y cuándo, con la misma seguridad con la que caminaba, hablaba con mi padre o me besaba.

—Tengo que avisar a Jimmy, espera aquí un momento.

Salió con rapidez al exterior. Mientras tanto, yo no podía apartar la mirada del animal pensando si era consciente de lo que iba a suceder, como lo éramos nosotros, o solo sentía dolor.

Tom regresó muy rápido, acompañado de otro hombre de unos diez años más que él, arremangándose las camisas y sonrientes.

—Jimmy, ella es Jane Hogan —me presentó a aquel hombre fornido, un poco más grande que Tom y de mirada pensativa.

—Encantado, señorita Hogan.

Solo nos dio tiempo a tender nuestras manos para saludar, la yegua emitió un relincho que parecía más un grito que otra cosa.

Los dos hombres se dirigieron sin dilación hacia ella, dejando que observara todo sin sentirse incómodos o molestos con mi presencia.

Trabajaban juntos, complementándose sin palabras, conscientes del lugar que tenía cada uno y lo que debían hacer.

El tiempo pasaba, pero casi no era consciente de ello. Estaba absorta en el acontecimiento.

Tom me dirigía sonrisas y miradas de vez en cuando, tanteando a la yegua, intentando mantenerla tranquila.

Por fin llegó el momento. Todos nos apartamos para dejarle espacio, pero atentos a cualquier anomalía.

Estaba nerviosa, sufría con cada contracción del animal como si fuera mía, y estaba tan ansiosa o más que ella porque se acabara y ver al potrillo.

Como por arte de magia, una pezuña asomó del cuerpo de Brisa, dejando paso a la siguiente y muy seguido el hocico. Mis ojos se abrieron como platos, asombrada de lo que veía, de la magia de la vida.

Tom sonreía con sus ojos chispeantes puestos en mí en lugar de en el animal, observando cómo cambiaba mi rostro a cada nuevo descubrimiento.

Viendo que todo iba perfectamente, me hizo un gesto para que nos apartáramos más, consiguiendo ponerme a su lado por fin.

Agarró mi mano, apretándola encerrada en la suya, con una gran sonrisa en los labios.

—Esto es lo más sorprendente —susurró cuando el potrillo salió del todo y consiguió romper las membranas que lo envolvían—. Mira.

El bebé se puso de pie como si fuera lo más natural, intentando sostenerse en las débiles e inexpertas patitas por sí solo.

No lo consiguió a la primera, trastabilló un poco mientras su madre se erguía tranquila, observándole.

Lo intentó de nuevo y, aunque sus patitas temblaban, consiguió mantenerse en pie, dando algunos pasos inseguros al principio. Pero, con el uso de sus miembros, más afianzados en poco tiempo.

—Es un milagro —susurré, más alegre de lo que nunca había estado.

—El milagro de la vida —dijo con la vista fija en mi rostro y no en el animal. Había estado observándome en lugar de a él.

—¡Es maravilloso! ¿Cómo es posible que ellos puedan salir andando cuando a nosotros nos cuesta un año de nuestra vida como poco?

—Supervivencia.

Permanecimos unos minutos en silencio, observando cómo la madre lo acurrucaba entre sus patas dándole la bienvenida.

—¿Cómo quieres llamarle? —preguntó sorprendiéndome.

—¿Yo? —No esperaba que me dejaran bautizarle.

—Sí, tú.

—No puedo aceptar, es tu caballo —decliné la invitación, lo mejor que pude.

—De acuerdo, pero el próximo será tuyo.

Acepté. Pensé que por fin había posibilidades de tener un futuro y esa propuesta lo confirmaba.

—¿Cómo le llamarás? —Ahora tenía curiosidad.

—Es fácil —contestó sonriente—. Mariposa.

Lo miré sorprendida con la decisión, convencida de que no había escuchado bien.

—No me tomes el pelo —contesté pensando que no hablaba en serio—. Venga, dime cómo le vas a llamar.

—Mariposa —confirmó ampliando la sonrisa mucho más, iluminando toda la cuadra—. Ese es el nombre que quiero que lleve.

Es perfecto.

Guardé silencio, incapaz de protestar o decir algo coherente.

Me encantaba que aquel potrillo al que había visto nacer llevara mi apodo.

Mis mejillas se encendieron ruborizadas, a lo que no ayudó el beso que Tom dejó muy cariñoso en mis labios.

—Jimmy, ¿te encargas del resto? Voy a llevar a Jane a casa. Aquí hace demasiado frío. —Había tocado mi nariz helada con ese beso.

—No te preocupes, Tom. Ellos están bien.

Arrastró su mano por mi espalda para guiarme al exterior. La temperatura había bajado y algunas nubes violáceas cubrían el cielo.

Me acurrucó contra su cuerpo hasta que llegamos al calor de la chimenea del salón. Agradecí la tibieza que desprendía el fuego, provocando un escalofrío inesperado.

Por primera vez en toda la tarde, me di cuenta de lo agotador que era asistir un parto, aun sin participar activamente.

—Jane… —dijo Tom, rodeando mi cuerpo con sus brazos para que entrara en calor—, se avecina una nueva tormenta de nieve y… Bueno, no sé cómo explicarme, pero…

—Empieza por el principio —le animé, suspirando en su pecho.

—Sí. Es buena idea. —Recogió mi consejo—. Me preocupa tu padre. —No esperaba algo así y me quedé paralizada—. Tranquila, ahora parece que está bastante bien, pero una nueva tormenta no sé qué efecto pueda tener.

—No hago más que pensar en eso —confesé apretándome contra él, con una punzada de miedo en el estómago.

—Quiero que os mudéis aquí. No hay corrientes, tengo muchas chimeneas y es confortable.

Lo decía convencido de que era una buena solución y no le faltaba razón, pero papá no aceptaría. No dejaría su casa así como así, y menos para ir al cobijo de mi pretendiente sin estar casados aún.

Cerré los ojos, pensando en esa posibilidad: disfrutar de Tom cada día, desde el amanecer hasta que el sueño me invadiera, con papá en la mejor casa que se pueda imaginar. Demasiado bonito para ser verdad.

—Gracias —contesté apartándome de él, girando para mirar el fuego y evitar que viera la tristeza en mis ojos—, pero no es posible.

—Jane, ¡claro que es posible! No pretendo obligarle a venir a vivir aquí para siempre, solo quiero que paséis el invierno. Eso es todo.

—Es una gran oferta, Tom. Muy generosa por tu parte, pero… —De nuevo le miré a los ojos para que viera que no me negaba, que no era cosa mía—. Papá no dejará su hogar, aunque le cueste la vida, y menos sin…

Interrumpí la explicación, bajando la mirada. No quería decir palabras que ni siquiera él había insinuado, aunque era la verdad.

—¿Sin? —me animó a continuar.

—Es igual, no vendrá. —Di por respuesta, sin más.

—Sin estar casados, ¿es eso lo que ibas a decir?

Que lo averiguara no me hizo mucha gracia, pero la bocazas había sido yo. Suspiré mientras me colocaba de nuevo mirando a la chimenea, sin contestar. Sentí vergüenza.

—Jane… —Pasó las manos por mis brazos muy suavemente, como si quisiera pedir disculpas por haber dicho en alto lo que pensaba—. Quizás tendría que haber empezado esta conversación de otra manera. Yo… —Se notaba el apremio, incómodo por cómo me había podido sentir—. Mírame, por favor.

Tomé aliento para enfrentarme a él. No estaba enfadada, solo era demasiado soñadora con las cosas que deseaba, adelantándome a los acontecimientos.

Sus ojos chispeaban igual que el fuego que nos confortaba, demasiado alegres para la situación a mi entender, pero no dije nada, aguardé para escuchar lo que tuviera que decir antes de marcharme a casa.

—Jane Hogan, ¿quieres casarte conmigo?

La sorpresa me cortó la respiración. Las piernas me temblaban como al potrillo, quedando totalmente inmóvil, pensado que no era a mí a quien se lo estaba proponiendo.

—Sé que hay millones de formas de pedir matrimonio, pero soy bastante práctico, ya lo sabes —continuó hablando para dar tiempo a que me recobrara.

Esbozó media sonrisa en la boca, totalmente innecesaria porque sus ojos lo expresaban todo. Me perdí un momento en ellos,

pensando que era la mejor oferta que me habían hecho en toda mi vida, segura de que nadie sobre la faz de la tierra la podría mejorar. Por mi mente pasaron todos los besos y muestras de cariño que había tenido conmigo, los antiguos y los nuevos, recordando el daño que sentía en el corazón cuando estábamos separados.

El temblor de las piernas pasó a las manos sin aviso. Todo el cuerpo se agitaba sutilmente por la perspectiva que se abría ante mí: un nuevo camino lleno de esperanza, alegría, amor y felicidad.

Había soñado mil veces con obtener un matrimonio por amor, librarme de las conveniencias familiares que había visto una y otra vez desfilar ante mí, haciendo que la vida de esas parejas no fuera plena, mutilando la posibilidad de disfrutarla.

Aun veía matrimonios que se cruzaban con otros en la tienda llenos de añoranza, observando a la persona a la que realmente amaban igual de infeliz que ellos o ellas, arrepentidos de no haberlo evitado.

Con un movimiento sutil, se alejó un paso hasta el poyete que había sobre la chimenea, abriendo una caja que reposaba sobre él como si siempre hubiese pertenecido a ese lugar. Sacó algo y de nuevo regresó junto a mí.

—Pertenecía a mi madre —contó abriendo la mano para enseñarme el objeto—, y me gustaría que fuera tuyo si me aceptas.

Era un anillo precioso de oro con una piedra brillante en un tono entre el rosa y el naranja con un brillo inusual, rodeada de otras más pequeñas transparentes y brillantes. Nunca había visto nada igual. Tragué saliva, incapaz de articular palabra. Todo me abrumaba: los pensamientos, sus palabras, el calor del fuego.

—Tom —balbuceé como pude.

—Soy un poco impaciente, pero si necesitas pensarlo… Jane, esperaré a que tomes una decisión si es lo que quieres.

Estaba nervioso, mi actitud le hacía sentir ansiedad, podía notarlo y era lo último que deseaba para él.

—No… —Su rostro cambió, borrando la sonrisa—. Quiero decir que no necesito pensarlo —me apresuré a explicar—. Yo… —Solo tenía que decir un sí, una palabra sencilla, pero me parecía insuficiente para expresarlo todo—. Tom, nadie ha conseguido nunca hacerme sentir como lo haces tú. Desde que me diste aquel beso detrás de casa, siempre has pertenecido a mi corazón, pero

nunca pensé que llegara este momento… —La voz me tembló por un momento, ante lo que contestó cogiendo mi mano para alentar a que continuara—. Nada en este mundo puede hacerme más feliz que tú y espero estar a la altura.

Su rostro se fue iluminando con cada palabra, hasta explotar en una gran sonrisa al comprender que aceptaba. Muy dulce, deslizó el anillo por el dedo anular de mi mano, fijándose como si fuera su lugar natural. Era perfecto.

—Dios mío, Jane, pensé que me daría un infarto —resopló con gracia mientras pronunciaba las palabras, cerrando los ojos un segundo. Su ansiedad había desaparecido, igual que la mía.

—¿Quieres hacerme un favor? —pregunté aguantando reír.

—Lo que sea —contestó decidido.

—Bésame de una vez.

Sin darme tiempo a tomar aire, dejó que sus labios acariciaran los míos exultantes, llenos de una pasión que no había sentido en él hasta el momento, haciendo que mi cuerpo llegara a la misma temperatura que el fuego que crepitaba a escasos pasos.

Noté la premura de su cuerpo, pegado al mío, lleno de un deseo que también comenzaba a despertar en mí.

Aferré mis manos con fuerza a su cuello, fundiéndome como si me deshiciera en sus brazos. Las manos que me apretaban cariñosas la espalda y cintura se tornaron fuego, dejándome sin fuerzas ni voluntad para apartarme de él como la buena señorita que se suponía que era.

Finalmente, Tom se apartó un poco, lo justo para observar mi rostro y yo el suyo, dejando que la razón regresara a nosotros lo suficiente para detenernos en ese punto.

Nunca había estado con un hombre íntimamente, pero tampoco se había despertado ese deseo con ninguno que no fuese él.

Ahora podía sentir cómo me invadía sin control, nublando los sentidos y la coherencia.

—Será mejor que regrese a casa. —Mi respiración aún era entrecortada, pero si no me iba en ese preciso momento… no sería capaz de hacerlo.

Tom hizo amago de abrazarme de nuevo, arropándome en sus cálidos brazos, pero sentí su impaciencia y, con mucho esfuerzo, me aparté lo más cariñosa que pude de él para no despertar la mía

propia.

—Sí —habló por fin, pasándose las manos por el pelo—, creo que será lo mejor. Te acompañaré.

Sonreí sin apartar los ojos de él, cómplice de que sentíamos lo mismo: que nuestras vidas tomaban el mismo camino y, lo mejor de todo, por nuestra decisión mutua. Un regalo demasiado valioso para los tiempos en los que vivíamos.

Capítulo 13

Lake City, otoño de 1895

Gracias a Dios, papá aceptó la noticia sin poner ningún inconveniente. Tom se había portado muy bien, no solo conmigo, también con él, sin tener ninguna obligación.

Aun así, le notaba un poco triste, como si hubiese algo que no le llegara a gustar del todo.

—Papá, ¿te encuentras bien? —pregunté durante la comida, sin referirme por primera vez en mucho tiempo a su estado de salud.

—Perfectamente —contestó mirando su plato, aún intacto.

—No me engañes —susurré, un poco angustiada, insegura de saber cómo enfrentarme a lo que le pudiera ocurrir.

—No te engaño, cielo. —Levantó la mirada del plato, con ojos vidriosos pero diferentes a cuando tenía fiebre.

—¿Entonces? —le animé, cogiendo su mano sobre la mesa.

—Es solo que soy muy feliz, cariño. Nunca pensé que tuvieras tanta suerte. No es que no la deseara para ti. Dios sabe que cada noche he rezado mucho para que cuando yo falte estés segura, en unas buenas manos —se explicó emocionado—. Y así va a ser, a pesar de que no hemos sido muy afortunados y no he podido darte todo lo que me hubiese gustado.

No entendía qué podía ser lo que le preocupaba tanto si sus palabras eran ciertas, que no dudaba de ellas, pero me sentía mal al verle así.

Guardé silencio, esperando paciente que continuara.

—Jane, tu madre estaría tan orgullosa de esto… —Sus ojos estallaron en lágrimas totalmente involuntarias.

A papá no le gustaba llorar delante de nadie y aguantaba

valientemente siempre.

Contuve la emoción como pude, esperando que terminara.

—Solo siento que te irás pronto…, demasiado. Sabía que esto sucedería algún día y, al verte con Tom, pensé que el momento se acercaba, pero… ¿Solo en un mes?

Habíamos elegido el día de Navidad para la boda. Tom quería que fuese lo antes posible para que papá no pudiera negarse a venir al rancho en lo más crudo del invierno, y yo acepté encantada.

Estaba deseando compartir mi vida con él y, gustándome tanto esta época del año como me gustaba, era perfecta una boda con todo cubierto de nieve.

—Papá, vendrás con nosotros. No estarás solo.

—Lo sé, pequeña, lo sé, pero, aun así, tu vida será diferente y no quiero ser una carga.

—Nunca lo has sido, no cambiará nada. —El nudo de la garganta amenazaba con hacer que mis lágrimas florecieran sin remedio—. Ahora viviremos mejor.

Apreté su mano sobre la mesa mientras me limpiaba las mejillas, que las inundaban por fin.

Nos miramos unos segundos, descubriendo que todo el camino recorrido, todo el esfuerzo, había merecido la pena. Nos esperaba un futuro mejor, en una casa mejor. Y, si Dios quería, por mucho tiempo.

Sonrisas cómplices asomaron a nuestras bocas, abrazándonos como colofón de aquel momento tan especial.

—Pero no iremos hasta que estéis casados y no dejaremos abandonada esta casa, Jane. Prométeme que la conservarás.

—Lo haré, papá —me comprometí sin saber si podría hacerlo como él quería, pero lo intentaría.

Los preparativos no eran muchos. No había casi familia por las dos partes. Solo mi padre nos acompañaría, puesto que Garrett, el hermano de Tom, seguía en coma profundo en el hospital del condado de Lane desde hacía meses sin ningún ápice de mejoría.

Aun así, Tom decidió invitar a todo el pueblo. Casi todas las

familias conocían a sus padres y se apreciaban mutuamente.

La gran casa de Tom dentro del rancho sería el escenario para el gran evento, después de la ceremonia en la iglesia local.

Gracias al servicio que habitualmente atendía sus necesidades, no tendría que preocuparme del almuerzo que se ofrecería después, pero, aun así, había mucho que hacer.

La señora Cooper se ofreció a confeccionar el vestido de novia, en cuanto le hicimos partícipe de la noticia.

Solo quería algo sencillo que después pudiese aprovechar. No estaba acostumbrada a los lujos, pero Tom le dio unas pautas muy claras al respecto contra las que no podía luchar.

—Cielo, solo quiere que hagas tus sueños realidad —dijo mientras me tomaba medidas—. Así que vamos a hacer el vestido que más te guste a ti, siguiendo las órdenes de Tom.

—¿Cuáles han sido, si puede saberse? —pregunté, rendida de luchar.

—En realidad solo hay una —confesó danzando a mi alrededor con el metro en la mano—. Quiere que no pienses en lo que pueda costar, solo que te sientas perfecta con él puesto.

Suspiré pensando que el vestido era lo de menos para sentirme perfecta. Mi vida ya lo era a su lado, aun sin habernos casado.

—Está bien… —acepté a regañadientes—, pero nada de excesos.

—Sin excesos —aceptó la señora Cooper guiñando un ojo.

Entre preparativo y preparativo, Tom y yo sacábamos tiempo para estar juntos. Además de la boda, él tenía muchas obligaciones que atender en el rancho: los caballos, el ganado, la supervisión de las tierras y, cómo no, su turno para cazar la manada de lobos que nos amenazaba sin tregua.

Por suerte, al ser invierno, la mayor parte del tiempo el ganado estaba recogido, pero necesitaba cuidados extras que no eran necesarios durante los meses de calor.

Poco a poco fui conociendo a todas las personas que trabajaban en Liberty. Brad, Jimmy, Josh y Kurt ayudaban a Tom con el ganado y los caballos, mientras que Mary, Grace y Rose se

ocupaban de la casa.

Todos estaban emocionados por el enlace de Tom.

Casi todos le conocían desde que era pequeño, ya fuera por ser del pueblo o por trabajar en la casa cuando sus padres vivían. Eran muy cariñosos conmigo y en ningún momento me hicieron sentir una extraña allí.

Dejé el caballo atado en la entrada de la casa. Había dejado a papá calentito después de comer, echándose su siesta habitual. Y, dado que no tenía nada que hacer ese día, decidí acercarme al rancho para hablar con las mujeres sobre los platos más adecuados para la celebración, así como la decoración y demás necesidades en la casa.

Era muy grande, pero al ser pleno invierno no se podía estar en el exterior, lo que complicaba la situación.

Por suerte, el porche acristalado que la madre de Tom pidió les resolvía parte del problema.

Rose, la más mayor de todas, debía rondar los cincuenta y muchos. Me dio la bienvenida, muy contenta de verme, cogiéndome del brazo con total confianza para dirigirnos a la cocina, donde el resto preparaba lo que se iba a cocinar para la cena.

—Mirad qué nos ha traído el viento —anunció mi llegada.

—¡Jane! Qué alegría verte —saludó Grace besando mi mejilla.

—Hola a todas. —Me alegraba verlas, no tenía muchas mujeres con las que hablar y menos de mi edad. Grace era solo tres años mayor que yo y habíamos cogido confianza.

—Ya era hora de que aparecieras —medio gritó Mary, la más joven de las tres.

—Siento no haber podido venir antes, tenía que atender a papá.

—No te preocupes, cielo —intervino Rose, tan cariñosa como siempre—. Está un poco nerviosa porque no encuentra flores para adornar todo lo que quiere, no le hagas caso.

—¡Oh, Mary! —me apresuré a decir—. Seguro que hagas lo que hagas será perfecto. Muchas gracias.

Las cuatro enseguida comenzamos a retomar detalles sobre la boda, hablando y hablando, haciendo que las horas pasaran rápidas sin darnos cuenta.

Comenzaba a bajar el sol, aunque el cielo estaba encapotado de amenazante lluvia.

Tom estaba en una partida de caza de la manada, pero debería haber vuelto hacía al menos una hora.

—¿Han dicho hacia dónde iban? —pregunté, inquieta, a Rose.

—Al norte, hacia el lago. Tom dijo que los habíais visto por allí.

—Sí, una vez —contesté pensativa—. ¿Con quién iba hoy?

—Todos los muchachos del rancho, el *sheriff* y creo que Johnny, el hijo de la señora Cooper —contestó Grace mientras daba vueltas al guiso del caldero.

—Voy a buscarle —anuncié levantándome de la silla.

—¡Ni hablar! —gritó Rose haciendo que todas diéramos un respingo—. Está a punto de empezar a llover y, además, no sé qué se te ha perdido a ti en una cacería.

—Tom, eso es lo que he perdido. —Estaba empezando a ponerme muy nerviosa, y que alguien dijera lo que tenía que hacer no ayudaba a calmarme.

—Jane, no seas bruta. Llegarán enseguida —medió Grace, un poco más paciente.

—No. —Me negué a quedarme quieta—. Voy a acercarme al lago. Si no les encuentro, volveré y buscaremos ayuda.

Casi estaba en la puerta cuando terminé de decir las palabras, seguida por las tres mujeres, totalmente horrorizadas por lo que pretendía hacer.

No les di opción. Las dejé seguirme, pero monté a Rainbow sin escuchar los gritos y negaciones. Saqué el rifle de su funda y, cerciorándome de que estaba cargado, lo coloqué apoyado en la cadera con el cañón al aire, azuzando al animal con las riendas en la otra.

No había nieve. La tormenta que esperábamos solo había sido agua, agua y más agua, por lo que había deshecho lo que quedaba y el bosque estaba limpio, aunque sabíamos que no por mucho tiempo.

Ralenticé el paso a medida que el bosque se cerraba más, antes de llegar a la orilla donde siempre acababa llegando cuando paseaba. Estaba atenta a cualquier sonido que me brindara el silencio, pero no escuchaba nada, ni cascos de caballos, ni voces… Nada.

Rainbow estaba tranquila, su paso seguro me dejaba vía libre para estar pendiente de lo que había más allá de donde tenía sus

patas.

Coloqué el dedo cerca del gatillo, preparada para disparar si era necesario.

No muchas mujeres sabían manejar un arma, y mucho menos tener puntería.

Yo tenía mucha suerte en eso. Papá me enseñó a utilizarlas desde pequeña. Fue la única cosa a la que no se negó, junto con montar a caballo.

Le gustaba que supiera defenderme.

Poco a poco me fui acercando al lago, sigilosa, recordando que allí fue donde Tom percibió a la manada por primera vez.

Gotas de lluvia comenzaron a caer lentamente, dejando un murmullo continuo al chocar contra las ramas y hojas que cubrían el suelo.

Me ajusté el sombrero un poco más para que no me cayera el agua en la cara. Por lo demás, era inevitable mojarse, aunque la temperatura era tan fría que tenía la sensación de que las gotas se congelaban en la ropa y la piel. Pronto nevaría.

Rainbow caminó junto a la orilla bordeando el agua. Desde esa zona más abierta, podía escrutar el interior del bosque mucho mejor, sabiendo que el peligro solo podría venir de los árboles, nunca del agua.

Habíamos andado más de tres kilómetros, el cielo se oscurecía y el agua ya me tenía totalmente empapada. Comencé a pensar en regresar, aunque algo me decía que si Tom no había aparecido gritando y enfadado era porque no había llegado a casa.

Mi caballo irguió el cuello, levantando las orejas como si algo se estuviera acercando. Preparé el arma, apuntando a la arboleda en todas direcciones, cerciorándome de que no hubiera ningún lobo cerca.

Sin ninguna orden por mi parte, Rainbow comenzó a internarse entre los árboles, muy segura de la dirección que tomaba, animando el paso sin ningún miedo a lo que nos pudiéramos encontrar.

Entorné los ojos sin entender qué le sucedía al animal, tirando de las riendas para que frenara el paso. Pero no me obedecía, cabeceaba con firmeza para que le dejara en paz.

A pocos pasos divisé un borrón negro que movía la cabeza a los lados. Enseguida pensé que era un lobo y apunté con el arma

rápidamente, pero Rainbow no frenaba, se dirigía al borrón acercándonos más y más. Resbalé el dedo hasta el gatillo, sujeta solo con mis rodillas al animal, apuntando con el pulso firme.

—¡Dios mío! —exclamé, levantando el arma justo un segundo antes de disparar a Furia.

Salté del caballo sin dejar que parara del todo, corriendo hacia la chaqueta de cuero tendida en el suelo.

—¡Tom! ¡Tom!

Estaba tumbado en la tierra, con el rifle junto a él. Muy aturdido, pero con los ojos abiertos. Furia intentaba levantarlo cogiendo la manga de la chaqueta con los dientes y tirando hacia atrás.

—¿Jane? —preguntó, aún no muy lúcido.

—¡Tom! ¿Qué ha…? ¿Cómo…?

No sabía muy bien qué preguntar ni qué hacer, aunque debía saber dónde se había golpeado para evaluar los daños.

—Tranquila, mariposa, solo me he caído del caballo. —Intentaba tranquilizarme, pero no lo estaba consiguiendo.

—¿Solo? Tom McQueen solo se ha caído del caballo… ¿Desde cuándo se cae Tom McQueen del caballo? —medio grité, provocando una sonrisa en sus labios.

—Desde hoy —contestó riendo, totalmente empapado y bastante despierto por fin.

—Bonito día has elegido. —Intentaba buscar si tenía alguna herida en los brazos, las piernas o el pecho, pero parecía que lo único importante había sido un golpe en la cabeza, nada menos.

—Ven aquí, mi ángel.

Pasó las manos por mi cuello, haciendo que cayera encima de él al acercarme. Quería besarme.

Estaba muy enfadada por el susto, sin contar que casi disparo a Furia pensando que era uno de nuestros enemigos lobunos.

Intenté apartarme para dejar claro que no era momento para hacer tonterías, pero insistió cogiendo mi cintura con fuerza, imparable hasta que consiguió el beso que quería.

Sabía que iba a pasar, que en cuanto me besara se me pasaría el enfado.

—Gracias por venir a rescatarme. —Estaba acariciando mi rostro empapado, intentando apartar un mechón mojado de la mejilla.

Había perdido el sombrero al caer sobre él.

—Debemos irnos, enfermarás —contesté cerrando los ojos, intentando no regresar el enfado.

—Ya no. —Esas fueron sus palabras antes de levantarse para llegar hasta mis labios de nuevo.

El agua bañaba nuestras caras, resbalando sutilmente por el cuello y escurriendo por el pelo empapado. Sentía cómo entraba dentro del vestido mojándome la piel del pecho, pero no la percibía fría, más bien como si se evaporara allí donde las manos de Tom llegaban.

—El golpe ha sido más fuerte de lo que pensaba —dije como pude, apartándome de él.

Estaba muy *sexy* tumbado y mojado, con esos ojos chispeantes que brillaban como dos luceros verdes, con la expresión divertida de quien intenta aprovechar las malas situaciones.

En cuanto sintió mi escalofrío, borró el gesto y me levantó con fuerza, como si no le hubiese pasado nada.

—Tus alas se estropearán, mariposa, será mejor que volvamos.

—¿Estás seguro de que no tienes nada? —Aún no estaba convencida, aunque se comportaba como siempre.

—No, ya no tengo nada, cariño. Quedé aturdido tras caer, al golpearme contra el suelo, pero ya estoy bien. Es Furia quien me preocupa. Debió hacerse daño en una pata y caí.

Acaricié su rostro, comprendiendo lo que había sucedido. De repente, pensé que había salido con más hombres y no había rastro de ninguno por los alrededores.

—No están —dijo sin necesidad de que le preguntara—, nos separamos.

Asentí comprendiendo y, sin esperar más, silbé a Rainbow para que se acercara hasta nosotros.

Montamos juntos, igual que el día que me encontró en el lago llorando. Solo que esta vez la manta que llevaba siempre estaba igual de empapada que nosotros.

Me abrazó con su abrigo abierto, intentando que pasara el menor frío posible, pero ya nos había traspasado hasta los huesos. Podía sentir el peso de la ropa sobre mí, haciendo que fuese mucho más intenso.

A cada minuto que pasaba llovía más, pero intentaba no pensar

en eso. Solo en que Furia, que iba junto a nosotros, aguantara el camino y no enfermáramos como papá ninguno de los dos.

—¿Por qué has venido? —preguntó con sus labios rozándome el cuello y sus brazos alrededor de mi cuerpo, muy apretados.

—Estaba en tu casa, hablando con las chicas sobre los preparativos de la boda, y al ver que no volvías…

—No quiero que vuelvas a hacerlo —interrumpió, muy dulce, al oído—. No quiero que corras ningún peligro.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté entre escalofríos.

—Ni siquiera por mí. Pase lo que pase, tú eres quien tienes que estar a salvo. Tú.

Solo de pensar que pudiera sucederle algo, ahora que estaba más cerca que nunca de ser feliz, me entraba una ansiedad que no podía soportar.

Debió notar algo porque se acercó más a mí, besándome el cuello con un suspiro.

—Sé disparar con diferentes armas, montar a caballo mejor que muchos hombres y no me asustan tantas cosas como a las demás. Si tengo que ir a buscarte de nuevo, lo haré, Tom. Tú también eres importante. Lo más importante para mí.

No contestó, solo escuché un nuevo suspiro y sentí cómo apretaba las manos contra mi costado.

No hacía falta verle la cara para saber que no le gustaba esa idea, pero también era consciente de que no podría evitarlo.

Capítulo 14

Liberty, otoño de 1895

Llegamos a Liberty con la noche acechándonos. Estaba preocupada por papá, pero, estando tan empapada como estaba y muerta de frío, me congelaría si pretendiera llegar a casa en semejante estado.

Los hombres de la finca no se habían retirado a sus casas al caer el sol, como era costumbre si habían terminado su trabajo. Habían encendido antorchas y se divisaban bordeando la finca en busca de alguna señal de Tom.

Las mujeres tampoco se habían marchado. En cuanto escucharon los caballos acercarse, salieron corriendo para ver qué había sucedido.

Tom desmontó más hábil de lo que me esperaba para tener los miembros entumecidos por el frío.

Me cogió en brazos sin dejar que pusiera un pie en el suelo. Sentí alivio al entrar en el refugio de su cuerpo, como si ya estuviera en casa sin necesidad de nada más, ni siquiera de la chimenea que tanto había añorado todo el camino de regreso.

Suspiré entre sus brazos, cerrando los ojos un instante para concentrarme en olvidar el frío y los espasmos.

Así me llevó hasta el salón, pendiente de cada respiración, cada suspiro y cada gesto que pudiera hacer, sin que la preocupación abandonara su rostro.

Ordenó acercar uno de los sofás a la chimenea para que entrara en calor. Los hombres obedecieron sin dudar.

Rose salió corriendo escaleras arriba, desapareciendo como una exhalación.

—Grace, necesito que alguien vaya al pueblo inmediatamente a

casa de Jane y le diga a Bill que está bien. —Se notaba el disgusto en su rostro al expresarlo. No sabíamos cómo se lo tomaría papá.

—No se preocupe, señor McQueen, iré a decírselo yo misma y me quedaré con él hasta que Jane regrese. Tranquila, cielo —dijo dirigiéndose a mí—. No tengas prisa, tu padre estará perfectamente. Cuidaré de él.

Asentí sin fuerzas para contestar con palabras. El frío no me dejaba casi ni respirar, me dolía todo el cuerpo por la tensión de los escalofríos, y solo quería coger temperatura para poder descansar.

—Tranquila, cariño, enseguida entrarás en calor —repetía Tom, una y otra vez. Mientras, intentaba quitarme la chaqueta de mamá, totalmente empapada.

—Quítate eso —susurré al ver que continuaba con la suya, chorreando agua sobre el suelo de madera.

—Primero tú —contestó, intentando sonreír.

Rose apareció, ordenando a Mary hacer algo que no supe distinguir. Solo escuché cómo se cerraba la puerta de la entrada.

Tom se aproximó a ellas.

Noté cómo asentía y se acercaba a mí.

—Jane, Rose te ha traído ropa seca. Será mejor que te cambies.

Tenía razón, pero era incapaz de mover un músculo, ni siquiera para negarme. Los párpados me pesaban y costaba mucho mantenerlos abiertos.

—Señor McQueen, quizá sea mejor que la lleve arriba. Su habitación tiene la chimenea encendida y está caldeada —propuso Rose frente a mí.

Sin pensarlo ni un segundo, Tom me tomó de nuevo entre sus brazos y se dirigió a la escalera. Subió lo más rápido que pudo a su habitación.

Solo distinguí el fuego de la chimenea, las lámparas de vela encendidas y una gran cama con dosel.

Rose acercó una butaca hasta la chimenea para que Tom pudiera dejarme allí.

—Rose, prepare agua caliente. Creo que con esto no será suficiente —ordenó Tom mientras deslizaba sus también heladas manos por mis brazos, intentando conseguir algo de temperatura con la fricción.

—Ya está en el fuego, señor McQueen.

—Tráela lo antes posible —rogó, inquieto por mi estado.

Rose desapareció de la habitación para cumplir la orden que Tom le había dado. Estaba preocupado, lo notaba en su voz.

—Estoy bien —intenté decir lo más claramente posible, ocultando el frío—. Enseguida se me pasará.

—De eso estoy seguro. —Esbozó una sonrisa para animarme, que me supo a gloria. No quería preocuparle, pero era inevitable dadas las circunstancias—. Tienes que quitarte esa ropa mojada.

Asentí, pero no moví ni un músculo para seguir esa orden. No podía.

Noté su semblante serio, preocupado e incluso confuso.

Vi cómo apretaba los labios sutilmente, como si estuviese reprimiendo algún sentimiento o pensamiento. Cogió aire y comenzó a quitarme las botas.

Lo observé sin decir nada. Él ni siquiera me miraba.

Cuando terminó, me miró un instante, pero yo seguí inmóvil.

Le vi coger aire otra vez. Se frotó las manos unos segundos para calentarlas y las metió muy despacio bajo la falda del vestido.

Mi cuerpo reaccionó al instante. Un cosquilleo me recorrió haciéndome temblar, pero no de frío. Las circunstancias me permitían ocultar las sensaciones, él podía pensar que solo era mi destemplanza.

Me sorprendió tanto el gesto que no sabía qué decir. No pensé que fuera capaz de hacer eso, pero lo estaba haciendo. No dudaba, a pesar de la delicadeza.

Cogió el borde de mis medias y soltó el liguero que las sujetaba en la parte de atrás, y después el de delante.

Di un respingo en la silla sin saber si mirarle a él o a sus manos.

Él sí me miraba y le escuchaba respirar diferente.

Mi corazón iba como una locomotora y podía apostar todo lo que tenía a que el suyo también.

—Lo siento, Jane —se disculpó con un tono de voz más profundo que me erizó la piel—. No quería hacer esto, pero… tienes que quitarte la ropa mojada. Necesitas entrar en calor o enfermarás.

Cerré los ojos intentando no pensar mucho en lo que estaba haciendo.

No estaba bien visto y, desde luego, cualquier señorita no lo permitiría bajo ningún concepto, por mucho que fuese su

prometido.

Pero yo no era como las demás. No lo había sido nunca y no lo iba a ser en ese momento.

Le dejé hacer porque sabía que tenía razón, pero sobre todo porque quería que lo hiciera, lo deseaba desde hacía mucho tiempo. Las circunstancias no eran las que había imaginado, pero ya habíamos llegado hasta allí.

Comenzó a desabrochar el vestido con mucho cuidado, vigilando mi rostro por si debía detenerse ante cualquier señal, pero no encontró nada.

Pasó sus brazos por debajo de los míos para incorporarme y poder sacar la prenda, dejando que cayera al suelo por el peso del agua.

Me sentó de nuevo y le observé.

Vi cómo me miraba unos segundos de una forma en que ya lo había hecho antes, pero no con esa intensidad, para después apartar la vista y comportase como un caballero.

La puerta se abrió y Rose entró con dos cubos repletos de agua a la habitación.

—Ya está aquí el agua calentita. Ya verá que enseguida entra en calor, señorita Hogan.

Tom apretó los labios, mordió al inferior un par de segundos y apartó la vista de mí.

Un cosquilleo me recorrió de arriba abajo, incluso con más intensidad que cuando me había quitado las medias.

Se incorporó para ayudarla.

—Tranquila, Rose. Yo lo haré.

No me había percatado, pero una bañera estaba colocada cerca de la chimenea, lista para llenarla.

Sin decir ni una palabra sobre mi vestido en el suelo, se dispuso a prepararla mientras Tom esperaba para volcar los cubos humeantes dentro de ella.

Colocó unas telas blancas de algodón antes de llenarla de agua.

Tom los vació y una nube de vapor se dispersó a nuestro alrededor, subiendo la temperatura al instante.

—Vamos, preciosa, tienes que entrar aquí.

Se acercó a mí y, sin mirarme, me sostuvo de nuevo entre sus brazos hasta llegar al borde de la bañera.

Me dejó suavemente en el agua caliente, con la combinación interior de algodón blanco como única prenda.

Rose estaba recogiendo mi vestido mojado mientras discretamente observaba los cuidados que me dedicaba.

El agua caliente comenzó a despertar mis músculos, haciendo que se relajaran por fin al sentir el calor.

—Voy a por un caldo caliente —anunció Rose, muy discreta. Observando cómo Tom me miraba, acuclillado junto a la bañera.

No contestó, ni yo tampoco. Dejamos que se fuera sin más.

Bajé la vista a mi cuerpo, solo para confirmar lo que temía. La combinación blanca, al mojarse, no cubría nada.

Al principio me alarmé, escuchando todos los prejuicios que cualquiera gritaría. Pero, en un segundo, no me importó. Estaba tranquila y no sentía ningún arrepentimiento por dejar que me viera.

Al cabo de unos segundos, se apartó de la bañera, girándose al fuego.

—Lo siento, no pretendía… Esperaré aquí —se disculpó mientras pasaba una mano por el pelo hasta dejarla apoyada en el cuello.

—Tom… —lo llamé, muy segura de lo que sentía—, mírame. Dentro de tres semanas…

—Exacto. Quedan tres semanas. Hasta entonces no me corresponde —me cortó en un susurro.

—Tom —lo llamé de nuevo con más firmeza.

No se movió de la chimenea durante unos segundos, manteniéndose en la misma posición y sin contestar.

Podía ver sus músculos tensos a través de la camisa blanca, empapada también.

Quizá estaba perdiendo la razón, o ya había enfermado y la fiebre me hacía comportarme de forma descarada, pero en el fondo sabía que no era cierto en absoluto. Había algo en mí que ya no era como antes. Sentía un deseo que no había conocido.

Alguien llamó a la puerta muy discretamente antes de que Tom diera su permiso para entrar.

Rose apareció con una taza humeante, que me acercó sin dejar de vigilar la figura de Tom, con una mano apoyada en el marco de la chimenea, sin girarse aún.

Agradecí el líquido caliente. Estaba delicioso.

—Rose, podéis iros a casa. Ha sido un día muy largo.

—Si necesitan algo, hágame llamar. No se preocupe por lo demás.

Se giró para mirar a la mujer. Le conocía desde que era muy pequeño y sus ojos querían decir que no diría nada a nadie sobre lo que estaba sucediendo en esa habitación.

—Se lo agradezco, Rose. Gracias por todo y transmítalo a todos los demás, por favor.

—Hasta mañana, Tom —le tuteó como hacía algunas veces cuando sentía esa cercanía—. Hasta mañana, cielo —susurró besándome el rostro, muy cariñosa.

—Hasta mañana, Rose.

Desapareció en silencio en menos de un segundo.

Cerré los ojos mientras me recostaba en la bañera, suspirando por el alivio que sentía en el cuerpo al entrar en calor.

Escuché voces que se despedían en la puerta y finalmente cómo se cerraba, dejando paso a un silencio solo roto por nuestras respiraciones y el crepitar del fuego.

Pensé en papá, alarmándome un segundo, hasta que recordé que Grace se ocuparía de él.

Suspiré de nuevo al llegar a esa conclusión, relajándome totalmente.

Estaba tan cómoda que solo podía relajarme.

Noté cómo la mano de Tom acariciaba mi pelo, recorriéndolo desde la raíz hasta las puntas, que estaban ocultas bajo el agua por debajo de mi pecho.

Sentí un cosquilleo en la piel que me hizo jadear. Me quedé quieta, incapaz de nada más que sentir por donde pasaban sus manos, aún frías. No le había escuchado acercarse.

Abrí los ojos, descubriendo fuego en los que me observaban.

Se había quitado la camisa mojada y se había arrodillado junto a la bañera.

No lo pensé, simplemente acerqué mis labios a los suyos, muy despacio, rozándolos con ternura, acariciándole el rostro, antes de que su boca devorara la mía.

Ahora sentía una ola de calor que inundaba mi cuerpo desde el pelo hasta la punta de los pies.

Me alzó, sacándome del agua sin apartarse de mí,

envolviéndome en una manta antes de acercarnos al fuego y tendernos sobre el suelo frente a la chimenea.

Mi corazón parecía querer galopar igual que Rainbow cuando estaba feliz. Lo notaba desbocado en el pecho, igual que el suyo.

—Jane, no quiero hacer nada que no quieras —susurró con la respiración entrecortada—. Este no era el plan y…

—Dentro de tres semanas serás mi marido… ¿Qué diferencia hay?

Acercó su frente a la mía, cerró los ojos y me besó un instante, pero fue suficiente para dejar fuego dentro de mí.

Se incorporó para levantarme del suelo, con la manta bajo nuestros pies.

Con la cercanía de la boda había pensado un poco en este momento: lo que sucedería, qué me diría, yo a él… Incluso qué llevaría puesto. Desde luego, ninguna de esas fantasías se acercaba a lo que estaba sucediendo.

Sentía ansiedad, nervios y un ligero temblor que ya no era provocado por el frío. Pero no era miedo, era otra cosa.

Estaba totalmente tranquila junto a él. No estaba avergonzada ni incómoda, era como si fuese donde tenía que estar y con quien tenía que estar.

Ya no me sentía cansada, ni entumecida.

Estaba despierta.

Más que nunca.

Sus ojos verdes estaban muy vivos, totalmente fijos en los míos, buscando un atisbo de arrepentimiento o duda. Pero no podía encontrarlo porque no existía.

Algo que no había imaginado era que él temblara también.

Había visto su pecho subir y bajar más rápido de lo habitual, con los músculos del cuello tensos, pero que le temblaran las manos me sorprendió.

Las levantó para tomar las mías un segundo y muy despacio las paseó por los brazos, en una caricia constante, pasando por los hombros para acabar cogiendo mi rostro con ambas manos.

—Te quiero, Jane Hogan… Desde siempre. —Esbozó media sonrisa, con una mirada que parecía decir que estaba recordando algo—. Cuando regresé, pensé que estarías casada y no tendría ninguna oportunidad…

—Pero no lo estoy, aunque… —Deslicé mis manos por su cintura, aferrándola entre mis brazos—. He de decirte que dentro de tres semanas sí lo estaré, con el hombre que siempre he amado. Solo tenemos hasta entonces.

No sonrió ante mis palabras. Lentamente acercó sus labios a los míos, besándome de nuevo, como si quisiera decir que no tenía palabras para expresar todo lo que deseaba y solo fuera posible sintiéndolo.

Suspiré agarrándole con fuerza, dejando las manos en su fuerte espalda, disfrutando del tacto de su piel.

Delicadamente, se apartó un momento de mí, acariciándome el rostro para bajar las manos lentamente hasta los tirantes de la única prenda que me cubría. Los deslizó suavemente hasta que solo dependieron de su agarre, sin apartar la vista de mi rostro, aún esperando algo que le hiciera parar. Pero, de nuevo, no lo encontró. Los soltó, dejando que la prenda cayera acariciando mi cuerpo hasta llegar al suelo.

No podía respirar, la sensación era tan abrumadora que me sentía bloqueada, pero no duró mucho. Enseguida se acercó a mí, deslizando sus manos por la espalda antes de besarme.

Sentí cómo su cuerpo cambiaba pegado al mío, sorprendida al principio, pero sin mucho tiempo para pensar. La mente no respondía, solo el cuerpo, que se apretaba contra el suyo buscando esos cambios.

Apretó mis caderas contra las suyas hasta que finalmente me alzó en sus brazos. Abrí las piernas como si lo hubiese hecho mil veces más, pero no era cierto. Era instintivo.

Me sostuvo en el aire con nuestros cuerpos fundidos aún en el beso, con la respiración entrecortada y jadeos involuntarios.

Caminó hasta la cama, dejándome suavemente sobre ella, apartándose lo justo para contemplarme.

Sentía cómo la sangre bullía en cada rincón de mi cuerpo, rápido, muy rápido.

Deslizó su mano por el cuello para besar allí por donde iba pasando. Cerré los ojos, jadeante, incapaz de encontrar una palabra para describir mis sensaciones.

El contacto con su piel dejaba un rastro en la mía, llegando a su máxima expresión cuando llegó a mis pechos.

Notó cómo mi cuerpo respondía inmediatamente, haciendo que sus caderas se apretaran más a mí. Gemí.

Se apartó un momento para desprenderse rápidamente de los pantalones, que aún llevaba puestos, tendiéndose sobre mí de nuevo.

—No quiero hacerte daño, pero…

—No te preocupes. —No quería que parase, deseaba que continuara, aunque sabía a qué se refería. Todo el mundo decía que dolía la primera vez, pero no tenía miedo.

—Jane, si te hago daño, dímelo —rogó con la respiración entrecortada.

Me incorporé lo justo para besarle. No quería que hablara más, sentía como si fuese a explotar.

De nuevo se fundió conmigo, deslizando las manos entre mis piernas hasta colocar su miembro en el lugar correcto.

Jadeé nada más notarlo dentro de mí. No dolía en absoluto. Era una sensación indescriptible, pero no dolor.

Cerré los ojos, arqueando la espalda inesperadamente, buscando que continuara. Más seguro por mi actitud, siguió un poco más, despacio, intentando que no sintiera el dolor tan esperado. Pero no lo notaba, seguía disfrutándolo sin que llegara.

Convencido de que no me estaba haciendo ningún daño, cambió el ritmo poco a poco, haciendo que fuese más rápido. Hasta que finalmente sentí tanto placer que jadeaba y gemía sin control, hasta que no pude más y mi cuerpo tembló debajo de él sin poder siquiera respirar.

Al segundo, el suyo respondió de la misma manera. Hasta caer tendido sobre mí sin fuerza, igual que estaba yo.

Nos quedamos abrazados mucho tiempo. No podía parar de acariciar su cuerpo, memorizando cada músculo, cada cicatriz… Todo él.

Se incorporó para mirarme.

Estaba radiante, como nunca le había visto antes. Sonrió para mí, una sonrisa muy especial que le iluminaba como si se hiciera de día.

—Jane, te quiero tanto… —Pasó la mano por mi rostro, deslizando los dedos como si fuesen una pluma por los labios, los ojos, la nariz, la frente; haciéndome suspirar mientras apretaba las

manos en su piel—. Aún no me creo que estés aquí conmigo, que vayamos a casarnos en tres semanas…

Alcé la cabeza para besarle un segundo. Sabía que era sincero con esas palabras. Lo que ignoraba es que era mutuo.

—Tom, si no me he casado antes es porque ningún hombre era como tú. Lo supe en cuanto te vi en el lago el día de la nevada —confesé por primera vez en voz alta, con sonrisa tímida—. Creo que siempre te he amado así, aunque no lo sabía… Si no hubieses regresado, quizá no me casaría nunca…

Devoró mi boca sin dejarme terminar de hablar, lleno de felicidad y deseo, uno solo comparable con el mío.

No le estaba mintiendo. En los días posteriores a la ventisca pensé mucho en él, llegando a la conclusión de que era el único hombre al que amaría en mi vida y que, si no era correspondida, nunca la compartiría con ningún otro.

—No veo el momento de que llegue el día de Navidad —dijo mientras se incorporaba para levantar las mantas y poder deslizarnos dentro—. Se hacen eternos.

El suspiro final mientras envolvía mi cuerpo con sus brazos me hizo sonreír, acurrucándome contra él.

—Si te sirve de consuelo, siento lo mismo —contesté apretándome más.

—¿Me estás provocando, mariposa? —preguntó, divertido, al sentirme cada vez más cerca.

Cerré los ojos, aguantando la risa. No quería provocarle, pero, ahora que lo había dicho, quizás tuviera razón.

—Estabas preciosa esta tarde cuando has ido a buscarme rifle en mano —susurró, deslizando una mano por mi pierna para colocarla encima de las suyas y apretar mis caderas contra él.

—No es verdad —contesté, divertida como siempre que estábamos a solas.

—Estabas muy seductora, mariposa. Hasta pude ver tus alas cuando te tiraste del caballo para llegar a mí. —Sus manos ardían en mi espalda.

—No seas zalamero —murmuré con un temblor en todo el cuerpo.

—Mi valiente Jane —susurró, muy cerca de mi boca—. No cambies nunca.

Apretó su cuerpo contra el mío, deslizando su mano desde la espalda para llegar a uno de mis pechos, haciéndome perder el hilo de la conversación.

Capítulo 15

Liberty, otoño de 1895

Sentir el calor del cuerpo de Tom al despertar me hizo feliz. Recordar qué me había llevado hasta allí aún me preocupaba.

No pensé que podría sucederle algo, no se me había pasado por la cabeza que un día saliera a trabajar y no regresara. Él siempre parece tan seguro de lo que hace y de cómo hacerlo que no era consciente de ello.

Había arriesgado mucho al acudir a buscarlo al anochecer con ese tiempo, pero no pude controlar el sentimiento de pérdida que sentí al ver que no volvía. No lo soportaba.

Lo intentaría en el futuro, pero no prometía nada. Era superior a mi coherencia.

Tampoco quería pensar mucho en lo que había sucedido en aquella habitación. No estaba bien, era lo peor que una mujer podía hacer para estropear su reputación, pero yo no sentía que hubiese hecho nada malo. Era Tom. ¡Era mi prometido! ¿Qué podía cambiar en unas semanas? Absolutamente nada. Solo me preocupaba lo que pensara mi padre. Esperaba que comprendiera mi ausencia de casa y no me juzgara por ello.

—Buenos días, mariposa —susurró, besando mi hombro desnudo bajo las sábanas.

—Buenos días, amor. —Me giré para poder besarle en los labios, los echaba de menos.

Contempló mi rostro somnoliento después del beso, con tanta dulzura en el tacto de la caricia que lo acompañaba que me provocó cosquillas.

Cerré los ojos disfrutándolo, deseando no tener que levantarme

ni tener que ir a ningún lugar que no fuese esa cama junto a él, pero la realidad era otra.

—Jane…, yo… —Había culpabilidad en su voz y me preocupó.

—Tom, ¿qué ocurre?

—Anoche debí haber evitado lo que pasó. Tu reputación puede estar en entredicho… Tu padre…

Negué con un gesto de cabeza. Yo tampoco podía predecir cómo me recibiría papá cuando llegara a casa, pero no tenía por qué saber todo lo que había sucedido.

—No le voy a contar a mi padre lo que hemos hecho ni lo que hemos hablado, eso es algo íntimo entre tú y yo. Te aseguro que nadie va a enterarse de lo que pase entre nosotros en esta habitación.

Sus ojos verdes resplandecían a la luz del amanecer, que entraba por las ventanas, pero no como otras veces. La preocupación les restaba ese halo de seguridad que le envolvía por completo.

Aunque mis palabras eran ciertas, siempre existía la posibilidad de que alguien hablara.

—Rose no dirá nada —dijo besando mi nariz.

—Lo sé. Ni ella ni nadie aquí, Tom. Todos te quieren y respetan. Van a protegerte como lo haces con ellos.

—Tienes razón. Intentaré dejar de preocuparme.

Besó mis labios aprovechando la cercanía. Se levantó sin decir ni una palabra más, envuelto en una manta, y atizó los rescoldos del fuego para avivarlo con más leña.

Le contemplé obviando todo lo que me rodeaba, incluso el frío que nos envolvía. En ese momento, solo me importaba él.

Aún se parecía al muchacho que jugaba conmigo en el lago y al que me besó en el bosque tantos años atrás. Su físico había cambiado y mucho, pero su forma de ser, de moverse, sus principios y valores seguían siendo los mismos.

Recuerdo que mamá siempre decía que el señor McQueen era un hombre honrado, de honor y palabra, además del hombre más guapo del pueblo cuando ella era joven. Y, aunque yo no lo recordaba igual que ella, estoy segura de que, si mamá viese a Tom, diría las mismas palabras que entonces. Todas.

Regresó a la cama hasta que se caldeara la habitación.

Temblé al sentir el frío cuando entró entre las sábanas,

provocando que me envolviera en sus brazos inmediatamente.

Me acurruqué en su pecho. Estaba relajada. No había un lugar mejor en el mundo en el que estar. Ya no.

—Jane… —susurró rozando mi pelo con los labios—. Despierta.

Me había quedado dormida entre sus brazos. Al abrir los ojos, comprobé que la luz ya no era tan tenue como antes y los colores se volvían más claros.

Suspiré entre sus brazos, dejando que su esencia me envolviera.

—Tenemos que levantarnos antes de que lleguen todos. —Levanté el rostro al escucharle. Tenía razón, pero no quería moverme de allí. Se dio cuenta y sonrió para mí, mordiendo su labio inferior—. Te prometo que estas tres semanas pasarán muy rápido. Muy rápido —repitió con un tono sugerente antes de besarme.

Sonreí mientras nos besábamos, entendiendo la promesa que implicaban esas palabras.

Solo eran tres semanas. Entre los preparativos de la boda y la Navidad, era muy probable que se pasaran tan rápido como prometía.

Se apartó de mí con rapidez, antes de que aquel beso subiese la intensidad a otro escalón.

Cogió la ropa y se vistió, de espaldas, sin dejarme que le viera de nuevo desnudo más de lo inevitable. Lo que significaba que cumpliría otra promesa más, y hasta dentro de tres semanas no se volvería a acercar a mí con esa intimidad.

Respiré profundo.

Era lo correcto.

Salió de la habitación como una exhalación en busca de mi vestido.

Regresó enseguida, sin darme tiempo a pensar en sus palabras, con la prenda seca.

Lo dejó sobre la cama con una sonrisa y un rápido beso en los labios para de nuevo desaparecer.

Me incorporé para vestirme, sintiendo una corriente fría en la

piel desnuda, aun con la chimenea funcionando en todo su esplendor.

Bajé las escaleras despacio, dejando que el pasamanos se deslizara suavemente bajo mi mano, sintiendo todos y cada uno de los nudos de la madera.

Estaba esperándome, algo inquieto, a los pies de la escalera.

—¿Tienes hambre?

Asentí llegando hasta sus brazos, dejando que me abrazara un segundo antes de dirigirnos de la mano a la cocina vacía.

Sin esperar a que llegara nadie del servicio, preparé café y saqué un bizcocho que Rose había preparado la tarde anterior.

Cuando llegaron para incorporarse a su trabajo, no se sorprendieron en absoluto. Actuaron como si fuese mi lugar natural, dirigiéndose a sus quehaceres diarios sin más.

Casi no hablamos mientras devorábamos el bizcocho; en parte por miedo a algún oído indiscreto, en parte por los nervios de lo que me esperaba al llegar a casa.

Intenté demorar la partida todo lo que pude, pero Tom sabía lo que pretendía y no lo permitió. En cuanto terminamos de desayunar, dio instrucciones a su capataz, cogió nuestros abrigos y nos dirigimos a las cuadras a recoger los caballos.

—Deja que hable yo cuando lleguemos, ¿de acuerdo? —Estaba nervioso, le temblaba un poco la voz, aunque intentaba ocultarlo.

Asentí sin replicar. No quería reavivar más su inquietud.

Las sillas estaban colocadas y los caballos relucientes. Jimmy debía haberlos preparado nada más llegar a primera hora.

Cabalgamos despacio, sin prisa, con miedo.

—Jane… —Se giró hacia mí, frenando el caballo antes de llegar al camino del pueblo—. Pase lo que pase, se diga lo que se diga, te quiero. No lo olvides nunca.

—Lo sé, Tom. Nada puede hacerme cambiar de opinión sobre ti ni lo nuestro. Nada.

Acercó su boca a la mía, incapaz de reprimir sus deseos, y me besó antes de iniciar la marcha.

Nos mantuvimos al paso, uno al lado del otro, como siempre que regresábamos de alguno de nuestros paseos.

Más de un vecino reparó en nuestro avance por la calle principal, pero no me fijé en si sus miradas eran las de siempre.

Ellos me daban igual.

Respiré hondo cuando nos acercábamos a casa, dejando que el aire helado invadiese mis pulmones hasta que dolió.

Tom giró la cabeza por encima del hombro para cerciorarse de que me encontraba bien. Me sonrió intentando mantenerme tranquila.

Desmontamos en la puerta y dejamos los caballos atados en la baranda del porche.

Sostuvo mi mano entre las suyas unos segundos, la besó y, muy seguro, caminó sin soltarme hasta la puerta.

—¡Jane! —gritó papá, nada más escuchar cómo se abría—. ¡Jane!

—Estoy aquí, papá —contesté apretando la mano de Tom.

Escuché trastear a alguien en la cocina. Me sorprendí al pensar en papá intentando preparar el café. No sabía si ya sería capaz de ello. Se estaba volviendo más dependiente.

Temiendo que así fuera, solté a Tom y corrí para ayudarle.

Resoplé de alivio al ver que era Grace quien preparaba el café. Nos saludó sonriente.

No sabía cómo iba a agradecerle que le hubiese atendido por mí esa noche, pero tenía que encontrar la forma.

Después de la sorpresa, me acerqué para darle un abrazo en agradecimiento. Ella aprovechó el momento para susurrarme al oído que todo estaba bien. Papá había pasado buena noche y solo estaba inquieto por mi estado de salud.

Entré al salón junto a Tom, más tranquila tras hablar con la mujer.

Los ojos de papá relampaguearon de puro alivio al verme de una pieza y en perfecto estado.

Me acerqué hasta él para besarle y, por instinto, tomarle la temperatura. Alargó sus brazos para rodearme y, con un sollozo, murmuró: «Gracias a Dios».

—Señor Hogan… —comenzó Tom, aclarándose la voz—. Lamento mucho que Jane no pudiera regresar anoche a casa. Las circunstancias no eran favorables y yo…

—Gracias por cuidar de ella, hijo —le interrumpió cortando las disculpas y las explicaciones, moviendo la mano de un lado a otro, negando con el gesto—. Lo importante es que está bien, que estáis

bien los dos. Lo demás no importa.

Tom y yo nos miramos con una intensidad que no podía pasar desapercibida para papá, pero no hizo más comentarios.

Me incorporé para quitarme de la vista de ambos, aprovechando el movimiento para ocultar mis sentimientos encontrados respecto a la situación fuera de la vista de ambos.

—¿Cómo está tu cabeza? —preguntó papá sorprendiéndonos.

No sabíamos qué le había contado Grace, pero, al parecer, no había escatimado en detalles e incluso añadió alguna invención que otra.

—Bien, señor Hogan, bien gracias a Jane.

—Esta chica… No puede estarse quieta ni un segundo. Con el mal tiempo que hacía y anocheciendo… —comenzó a regañarme, como de costumbre—. Un día tendremos un disgusto, te lo digo yo.

Tom sonrió mientras se quitaba el abrigo y tomaba asiento como le indicaba papá con sus gestos entre palabra y palabra.

El ambiente ya no era tenso. Mi padre, aunque un cascarrabias, había conseguido dejar en un segundo plano la preocupación que había pasado por nosotros y charlaba tranquilo junto al fuego.

—Bill, Jane es muy valiente y capaz. No le quite mérito.

—¡Si no se lo quito! Yo mismo la enseñé a montar y disparar —continuó, muy efusivo—. Siempre he tenido claro que tenía que saber defenderse y no depender de nadie llegado el momento.

—Lo ha conseguido, Bill —contestó Tom con orgullo en la voz —. Desde luego que lo ha conseguido.

La sonrisa de mi padre se iluminó con la luz que desprendía el fuego y, por primera vez, lo vi feliz de verdad desde el compromiso. Le gustaba escuchar aquel cumplido de la boca de Tom. Sabía que con él estaba a salvo, pero mucho más confirmar que podía valerme por mí misma. Eran tiempos convulsos, con mucha gente circulando por el país buscando una oportunidad mejor, y no siempre eran personas de bien.

Grace partió al rancho al poco de nuestra llegada para realizar sus labores y continuar con los preparativos de la boda.

Tom permaneció en casa hasta después de comer, contando una y mil veces los detalles del accidente, que papá se empeñaba en saber.

Cuando al fin nos quedamos solos y terminé de organizar todo lo

que no había podido hacer en mi ausencia, tomé asiento frente a papá en la chimenea. Quería relajarme un rato con uno de mis libros. Necesitaba dejar de pensar en Tom y la noche que habíamos pasado juntos.

—Sé que has dormido con él. Lo veo en tus ojos —comenzó, dejándome sin habla. Sabía que aguardaría a un momento así para decir todo lo que aún tenía guardado.

Levanté la vista del libro para mirarle. No podía contestar. ¿Qué le podía decir? Aguanté en silencio, esperando que continuara si era su deseo. Estaba muy nerviosa y temblaba de pies a cabeza, pero lo disimulé haciendo ver que tenía frío mientras me envolvía en el chal.

—Dentro de tres semanas es la boda. Gracias a Dios no se te ha ido la cabeza antes de tiempo, pero…

—Papá… —intenté hablar, aunque no sabía qué iba a decir realmente. Solo quería que parase. Eché de menos a mamá.

—No digas nada, no hace falta, hija. Solo espero que estés segura de tu compromiso con Tom y seas muy feliz. Es mi único deseo, sea como sea, sea con quien sea y suceda cuando suceda.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. No podía expresar con palabras todo lo que quería decirle por comprender, solo pude arrodillarme delante de él y abrazarle con todo el cariño que fui capaz.

—Pero no vuelvas a hacerlo. No hasta la boda —susurró en mi oído mientras me acariciaba el pelo.

—Lo siento, papá. Lo prometo —conseguí decir sin soltar su abrazo.

Capítulo 16

Liberty, marzo de 2023

Leer el diario de Jane con Eric estaba siendo una experiencia emocionante. A cada página, más se sentía identificada con su antepasado y más veía a Eric como su Tom.

Él también había sido el primer chico con el que había estado, y compartir aquel pasaje fue excitante. Los recuerdos los llevaron a compartir besos y más antes de dormir.

A. J. pensó en su tatarabuela detenidamente mientras intentaba dormir entre los brazos de Eric.

Era ocho años más joven que ella y ya tenía claro su futuro. Era increíble cómo cambiaban las cosas con el paso del tiempo. Hoy en día ningún joven de veinte años, ni hombre ni mujer, se plantearía casarse y formar una familia a no ser que no tuviera otra elección. Entonces era lo más normal del mundo, incluso más jóvenes.

Le resultó extraño estar leyendo sobre su casa en un libro de hacía más de ciento veinte años, sobre todo porque describía una casa que estaba exactamente igual.

Enseguida le vino a la mente el maldito crédito. ¿Qué había pasado en Liberty para que su madre tomase esa decisión?

Pero lo más inquietante es que nadie había detectado nada que lo justificase, solo la declaración del gestor sobre el motivo que llevó a su madre a pedirlo, pero las cuentas y lo que contaban los trabajadores no cuadraban con ello.

No había empezado a ejercer como dueña del rancho y ya tenía la primera piedra en la rueda. ¡Y qué piedra!

—¿Estás bien? —murmuró Eric, que sentía su inquietud, ya que tenía su cuerpo pegado a él.

—No paro de pensar en esos malditos quinientos mil dólares, Eric.

—Lo sé, pero tienes que dormir. Si no duermes, no puedes estudiar los archivos de tu madre porque no podrás estar fresca para detectar anomalías. Y, si no las detectas, seguirás con esta incertidumbre, así que duerme. Por favor —explicó sin abrir los ojos, acercándola más a su cuerpo.

—Si tuviéramos que irnos de aquí, ¿a dónde irías?

Eric se despertó del todo. Era una pregunta difícil.

—Nunca he pensado en estar en otro lugar. No sé qué haría —confesó con firmeza.

—Pero… ¿no te gustaría ir a algún lugar como, por ejemplo, Europa o Egipto? No sé…

—Podría ir a conocerlos, a disfrutar de unos días diferentes en buena compañía, pero no me imagino mi vida en ningún sitio distinto a este.

—¿Y si lo tengo que vender?

—Entonces intentaría montar mi propio rancho en algún lugar donde pudiese adiestrar caballos y seguir viviendo tranquilo.

—¿Solo?

—Siempre he pensado que tendría una familia, pero no depende solo de mí.

—Ya… —contestó A. J. sin entrar a más detalles. Sintió miedo de descubrir que se había cansado de esperar y no entraba en sus planes.

Eric, al ver que ella permanecía callada con ese tema, continúo:

—Cuando me imagino con esa familia, eres tú quien está conmigo, A. J. Nunca he pensado en otra mujer para formar parte de mi vida. Creo que, ya que me preguntas todo esto, tengo que decirlo en voz alta y que lo escuches. Porque tengo treinta y un años y me gustaría tener un plan de futuro sólido, o al menos todo lo sólido que se puede tener.

A. J. se giró en la cama para mirarle a los ojos.

Le había gustado escuchar que era ella la mujer que imaginaba en sus planes de vida, pero le daba miedo sentirse de nuevo enjaulada en Liberty o en otro rancho.

—También te veo en mi futuro. Siempre he pensado que somos perfectos el uno para el otro, pero no sé si estoy preparada para

quedarme aquí para siempre o en otro lugar parecido. No quiero sentirme encerrada.

Eric respiró hondo mientras acariciaba la mejilla a A. J.

—Nunca voy a retenerte, Amelia Jane. Nunca lo he hecho, ni lo haré. Me encantaría formar una familia contigo, pero, si no es lo que quieres, no hay más que hablar. Quizá sea mi culpa por no darme cuenta antes de que no queremos las mismas cosas, pero no podría hacerlo con nadie más.

—No es que no queramos las mismas cosas, es que estamos en puntos distintos de nuestra vida. Era muy feliz en San Diego con mis clases y mi vida allí, pero todo ha cambiado y me siento como si me hubieran robado el bolso y no supiera qué hacer para recuperar lo importante.

—Si algo tengo claro es que no soy como el tipo de San Diego. Si lo fuese, no estarías conmigo, pero no puedo ofrecer nada diferente a esto. No sé hacer otra cosa, no sé vivir fuera de este ambiente. Lo hice en su momento, lo intenté disfrutar y aprender en otro entorno. No se me daba mal. Podría haber sido veterinario, pero no pude terminar. Echaba de menos todo esto. Yo quería a mis caballos; adiestrarlos y verlos correr en el hipódromo, o cumplir con su trabajo en el campo. Eso es lo que más me gusta en el mundo, se me da muy bien, y es lo que deseo para mi futuro.

—Tus caballos son perfectos. Todo el que compra un caballo adiestrado por Eric Cassidy vuelve a por otro. Eso decía mi madre, muy orgullosa. Algunas veces pensé que te hubiese preferido por hijo en mi lugar.

—Te agradezco el cumplido. Tu madre me tenía mucho cariño y yo a ella, pero te amaba por encima de todo, aunque no compartierais muchos aspectos de la vida.

—Me gusta saber que has encontrado tu función en el mundo y te valoran por ello. Estoy muy orgullosa.

—Gracias. Tú también la encontraste. Dicen que eres una magnífica profesora.

—¿Sí? ¿Quién? —preguntó, incapaz de encontrar a una sola persona que se lo hubiese podido decir.

—Tu abuela. Estaba muy orgullosa de que su nieta supiera tanto de los artistas importantes de la historia. Siempre decía que le encantaría ir a Europa a que se lo enseñases, a pesar de que sabía

que no iba a salir de Lake City en toda su vida.

—Le encantaba que le enseñara las fotografías de mis viajes o en mis libros y le contara los detalles que ella no veía —recordó con ternura.

—Era una gran mujer —contestó somnoliento.

—Vamos a dormir. Mañana buscaré respuestas.

Capítulo 17

Liberty, marzo de 2023

A. J. se levantó al alba con Eric. Hacía años que no lo hacía en el rancho, y menos por iniciativa propia.

Tomaron el desayuno en casa de los Cassidy, como le gustaba a Emily, y se fueron a sus quehaceres. Eric, a los establos con los caballos; su padre, con el ganado; Emily, a preparar la comida para los trabajadores del rancho; y ella, a buscar información en el despacho de su madre.

Lily seguía durmiendo. Era la única persona de todo Liberty que se lo podía permitir. ¡Bendita vida de estudiante!

A. J. llegó a la puerta del despacho de su madre con actitud positiva, pero se le esfumó en cuanto descubrió que no la podía abrir.

No recordaba haber visto cerrar esa puerta nunca, pero hacía mucho que no pasaba tiempo allí.

—Empezamos bien —murmuró mirando alrededor.

No encontró nada. Igual creía que iba a encontrar una llave colgando de un clavo con una flecha de neón señalándola.

Resopló pensando.

Decidió entrar al cuarto de su madre con la esperanza de encontrar allí alguna llave.

Todo estaba intacto, tal como ella lo dejó esa mañana. Emily había pasado el polvo, pero lo demás lo había dejado tal cual.

Miró al platillo del tocador donde siempre había algún anillo o pulsera, que se cambiaba según se vistiera o fuese su ánimo.

Había un par de ellos muy finos, de oro y con piedras a su alrededor: uno con las gemas rojas y otro con las gemas blancas.

Sonrió. Su madre era muy práctica. Podría ponerse uno o los dos, y de ambas formas serían elegantes y perfectos.

También había un par de pulseras y una llave.

A. J. la cogió, incrédula, y se dirigió a la puerta del despacho.

Como era de esperar, no era la llave que necesitaba.

Regresó a aquel cuarto y buscó con delicadeza entre las cosas de su madre. No había ni rastro de la llave de aquel despacho.

De vuelta a su cuarto, sacó del armario una caja que había guardado al fondo. Era mediana, de cartón marrón, y ponía «Amelia McQueen» y un código junto al nombre.

Era la que le dio la policía con las pertenencias que su madre llevaba encima el día del accidente y lo que encontraron en el coche.

Se sentó en el suelo de la habitación, cogió aire y la abrió.

No lo había hecho antes. No lo había necesitado, por lo que desconocía su contenido.

Allí estaba su bolso, la cartera con la documentación, los papeles del viejo coche, unos CD de música que aún usaba, su teléfono…

Sacó el bolso con algo de trabajo. Quien lo hubiese metido allí lo había hecho a conciencia.

Lo abrió con cuidado. Tenía la sensación de estar invadiendo la intimidad de su madre.

Había pañuelos de papel, papel y bolígrafo, seguramente la cartera estaría también dentro, y algunos caramelos para la garganta. Un objeto metálico en el bolsillo interior le llamó la atención.

Sacó un llavero con su inicial en metal. De él colgaban varias llaves.

—Vamos allá —susurró, incorporándose para ir a probarlas.

La frustración empezaba a aparecer cuando la última llave no abrió.

Volvió a la caja de cartón. Sacó todo lo que allí había, pero no encontró ninguna llave más.

Cogió su abrigo y salió en dirección a los establos. Preguntaría a Emily si ella tenía la llave.

La encontró en la cocina industrial que había junto a los dormitorios de los vaqueros, preparando la comida para todo el rancho. Su abuela la construyó para que todos los trabajadores

estuvieran atendidos o ellos mismos tuvieran disponible un espacio para cocinar. También les servía para las reuniones de ganaderos o fiestas en el rancho, aunque hacía mucho que no se usaba —como antaño— para esas cosas.

En cuanto la vio llegar, le dedicó una sonrisa cariñosa. A. J. lo agradeció.

—¿Qué te trae por aquí, mi niña?

—Hola, Emily. Necesito hablar contigo.

La mujer levantó la mano en señal de que esperase un momento. Terminó de cortar unas verduras, que metió en una bandeja grande. La metió al horno, se secó las manos y fue hacia ella.

—¿Qué necesitas?

—¿Tú sabes dónde puede estar la llave del despacho de mi madre? Nunca lo he visto cerrado y no tengo ni idea de dónde la habrá guardado. He buscado en su habitación, en su bolso, entre sus pertenencias, y no encuentro ninguna que abra.

—Lo empezó a cerrar en año nuevo, pero nunca me dijo el motivo —contó lo que sabía—. En la cocina hay una lata que pone «galletas». Yo miraría allí —explicó guiñándole un ojo.

—¿Donde la abuela guardaba el dinero?

—Prueba ahí.

A. J. sonrió a la mujer, agradecida.

—Emily… ¿Tú sabes si mamá tenía problemas de dinero antes del accidente?

La mujer arrugó el ceño al escucharla.

—Nunca mencionó nada al respecto. Lo hubiese hablado con mi marido. Él está al corriente de los gastos. Eric también, pero lo hubiese hablado con su padre.

—¿Notaste algo raro? No sé, que viniese alguien nuevo por casa o que saliese más a menudo de lo normal.

—Ahora que lo dices… Desde que te fuiste en Navidad, sí que empezó a salir más de lo habitual, pero nunca se me ocurriría preguntar a la señora McQueen a dónde iba, mi niña.

—Lo sé, Emily, tranquila. Solo estoy intentando averiguar qué hizo mi madre en los últimos meses para entender sus movimientos económicos y tener clara nuestra situación. No te preocupes.

—Si recuerdo algo, te lo contaré. Si encuentro algo cuando limpie, te lo daré, pero tu madre era ordenada y no solía dejar nada

fuera de su lugar. Se llevó muchas cosas a ese despacho y yo no he vuelto a entrar desde que comenzó a cerrarlo. No me dio llave y nunca se la pedí. Pensé que si quería que limpiase algo me lo diría.

—Gracias, Emily —dijo agradecida—. Eso huele de muerte — apreció el guiso que tenía en el fuego.

—Espero que sepa mejor.

—Estoy segura. Nos vemos luego.

A. J. salió de la cocina deseando llegar a su casa y comprobar si la llave estaba donde Emily le había dicho.

Vio a Eric a lo lejos, en el recinto de adiestramiento, con un caballo gris perla de pelaje negro precioso al que intentaba amaestrar.

Frenó sus pasos para contemplarlo. Le gustaba mucho verlo trabajar. Los animales se rendían a su voz, a sus movimientos dulces, porque no los presionaba. Los encandilaba y ellos obedecían. Era un encantador de caballos.

Él la vio a lo lejos, se quitó el sombrero en señal de saludo. Ella le dijo adiós con la mano y continuó caminando a su casa.

En cuanto entró, fue directa a la cocina y a por el dichoso bote.

Allí estaba. Un poco vieja y desgastada, pero A. J. sabía que era la llave que buscaba.

Subió los escalones de dos en dos y anduvo rápido hasta la puerta.

Metió la llave en la cerradura. Encajaba.

La giró y el pestillo se movió.

La puerta se abrió sin problema.

Amelia Jane cogió aire y la abrió del todo, dispuesta a entrar.

Olía a madera vieja, polvo y cerrado.

Fue directa a la ventana y la abrió un poco para ventilar.

Estaba recogida. No había nada que estorbara, ni papeles ni nada en el escritorio.

La mujer se sentó en el escritorio y miró al frente.

Había muchos libros, también archivadores y cajas, pero todo en sus estanterías o armarios. Algunos con puertas de cristal, otros no.

Abrió uno de los cajones. Estaba lleno de carpetas.

Sacó una carpeta negra sin etiquetar.

Era la documentación del crédito.

A. J. colocó los documentos frente a ella según los iba leyendo.

Había cobrado el dinero días antes del accidente y lo había transferido a una cuenta a nombre de una empresa.

No había usado nada de ese dinero para lo que se suponía que lo había pedido.

No entendía nada.

¿De quién era esa cuenta?

Recogió los papeles, los guardó de nuevo en la carpeta y salió del despacho. Bajó las escaleras hasta la cocina, donde tenía la documentación del gestor y su ordenador.

En cuanto estuvo operativo, metió en el buscador el nombre de la empresa de la transferencia.

—Golden Tree Company, a nombre de Carson Society — murmuró mientras lo escribía.

Había varias empresas con ese nombre, pero ninguna se dedicaba a algo que pudiese asociar con Liberty o con su madre.

Lo único que sabía era que había cobrado los quinientos mil dólares.

Confusa por lo que iba descubriendo, cogió su ordenador y regresó al despacho.

Tenía que revisar todo lo que encontrara del último año.

Capítulo 18

Liberty, marzo de 2023

Eric la encontró sentada en aquella silla en el despacho de su madre, con el ordenador encendido y rodeada de papeles.

Llevaba horas buscando una aguja en un pajar.

No había ni rastro del plan que tenía su madre para el rancho ni para el dichoso crédito.

—Nos esperan para la comida, ¿o se te ha olvidado que tienes que comer? —preguntó, divertido, acercándose al escritorio.

—¿Ya es la hora?

—Más que pasada. Pero, como no estabas a la mesa, he venido a buscarte.

—Vamos —contestó, resoplando mientras se levantaba. No por él, por la situación.

—Veo que has conseguido abrir la puerta —dijo señalando la cerradura con la llave puesta.

—Me ha ayudado tu madre. Tenía alguna idea de dónde podía estar la llave y tenía razón.

—Genial. ¿Has averiguado algo?

—Que mi madre pidió un crédito para pagar a una empresa que no sé a qué se dedica, ni qué negocio podía tener con ella —le contó mientras llegaba a la puerta, que dejó abierta.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Lo que oyes. Mi madre pidió el dinero y, según llegó a su cuenta, lo pagó a una empresa llamada Golden Tree Company.

»¿Te suena de algo? Está a nombre de Carson Society.

—Es la primera vez que escucho ese nombre. No tengo ni idea.

—Tendré que averiguarlo —contestó, poniéndose el abrigo

mientras bajaban la escalera.

—¿Quieres que te eche una mano?

—No. Será mejor que yo investigue esto y tú sigas con tus caballos. Nos va a hacer falta vender unos cuantos adiestrados para conseguir recuperar el dinero del dichoso crédito.

—Tranquila. Hay lista de espera.

—Sigues siendo el más demandado de la zona. Eres el mejor y la gente lo sabe.

—Bueno, no sé si soy el mejor. Sé que soy bueno y mis caballos son apreciados.

A. J. le cogió de la mano mientras caminaban en dirección al comedor de trabajo.

—Pues yo creo que no deberías ser tan modesto. Tendré que subirte el sueldo.

Eric la miró con una tímida sonrisa en los labios. Él solo hacía su trabajo. Porque le encantaba, era su pasión, y sabía que era bueno y lo hacía bien. Lo demás era secundario. Solo quería que sus caballos fueran buenos ejemplares y los clientes quedaran contentos.

Comieron con todos los vaqueros. A. J. había sido bien recibida por ellos. La conocían, sabían que era prudente, paciente y tranquila, aunque no hubiese estado mucho por allí controlando el negocio.

No había hablado mucho con ellos, sobre todo porque no sabía qué decirles. De momento nada iba a cambiar, pero los Cassidy les habían puesto al día.

Después pasaron el resto de la tarde juntos. Eric había delegado un par de cosas en sus hombres para estar con ella y quería ayudarla a buscar información sobre la empresa a la que se había transferido el dinero.

Nada de lo que encontraban les ayudaba.

—¿Conocería tu madre a alguien de esta empresa y haría el pago para invertir? —preguntó Eric, leyendo la información de Internet mientras A. J. buscaba papeles que arrojaran luz en las cajas y archivadores de los últimos meses y años.

—No lo sé, y tampoco entiendo para qué querría invertir nada a estas alturas de su vida. Nunca ha querido.

—Es extraño.

El tiempo pasó sin encontrar nada más y A. J., con un incipiente

dolor de cabeza, se recostó contra la estantería junto a la que estaba sentada en el suelo, tapándose la cara con las manos.

Eric, que la llevaba observando toda la tarde, intervino:

—Creo que será mejor que lo dejemos por hoy. Queda poco para la cena. Podemos dar un paseo para despejarnos hasta que llegue la hora o ir a la cabaña a leer un poco más del diario de tu tatarabuela. Quizá te dé alguna pista sobre lo que puede estar pasando en Liberty.

—Dudo mucho que un diario escrito hace ciento veintitrés años sirva para esto, pero me apetece saber qué les pasó.

—Nunca se sabe. A lo mejor tu tatarabuela te cuenta algún secreto que no sepamos —declaró misterioso.

—De eso estoy segura, porque ni mi abuela ni mi madre me han contado muchos detalles del Liberty del pasado. Pero primero quiero ese paseo contigo.

La pareja salió de casa de A. J. en dirección al río. Era una zona muy bonita del rancho que pocas veces se hacía caminando, pero era tarde para ensillar los caballos. Se les iría el tiempo que tenían hasta volver para la cena.

Eric cogió a A. J. por la cintura y pasearon en el atardecer por las tierras de la chica.

Cuando te adentrabas un poco por el prado del pasto más cercano a la casa, ya se podía escuchar el agua fluyendo en un susurro en la lejanía.

Para A. J. era magia. En la ciudad el ruido ambiental no le dejaba apreciar los sonidos de la naturaleza, ni muchos otros que sí escuchaba allí.

—Ven, te quiero enseñar algo —dijo Eric sonriendo.

Caminando, llegaron a un punto que se elevaba un poco sobre el terreno. No mucho, pero sí que había que subir una pequeña pendiente.

Cuando llegaron arriba, A. J. sonrió.

—No recordaba este sitio —susurró mirando a su alrededor.

—Bueno, el columpio se rompió en una tormenta y quitamos las cuerdas. No suelo venir mucho desde que te fuiste, pero ya que estábamos por aquí…

La chica sonrió, asintiendo.

No recordaba cuántas veces habían estado allí juntos. Infinitas.

Hasta que ella decidió no vivir en el rancho y él quedarse.

Era un sitio especial con recuerdos agridulces.

Había un gran roble centenario donde iban a columpiarse desde que eran niños que seguía en pie.

A. J. se situó bajo el árbol y desde allí contempló el río, los prados verdes que regalaba la próxima primavera, el bosque de abetos… Todo hasta donde le daba la vista era suyo.

Sintió vértigo.

—No sé si voy a poder con esto, Eric —insistió con el tema.

—Conoces cada rincón de este sitio, cómo funciona, sus posibilidades. Es un activo funcionando, Amelia, puedes llevarlo.

La mujer guardó silencio, observando el paisaje. Tenía razón; era una propiedad que funcionaba y que podría aprovechar mucho más con una buena estrategia de negocio.

Tenía que empezar a pensar como propietaria, pero hacerlo de verdad.

—¿Cómo está el ganado? Igual deberíamos revisar los pastos y dejar de darles heno.

Eric sonrió.

—Pensaba empezar a revisarlos mañana. Ya había avisado a los chicos. Cuanto antes los saquemos fuera, más dinero ahorrarás. ¿Ves como sabes lo que hay que hacer?

A. J. cogió aire.

—Eso espero —murmuró, mirando el atardecer desde aquel punto privilegiado de sus tierras.

Eric se colocó tras ella y le rodeó la cintura con los brazos mientras miraban cómo el cielo cambiaba de color y el sol se escondía.

No podía verle, así que aprovechó para cerrar los ojos unos segundos y oler su pelo.

Ojalá todo saliera bien y ella no decidiera marcharse, porque esta vez sería para siempre. No volvería.

A. J. pasó sus manos por los brazos de Eric. Él la aferró más contra su cuerpo.

Por un momento la mente de la mujer recordó a Jane y Tom. Podía imaginarlos cabalgando con sus caballos por aquellos prados, que no habían cambiado tanto desde entonces.

Sonrió.

Quizá seguían haciéndolo, aunque no los vieran.

En cuanto cenaran y llegaran a la cabaña de Eric, retomarían la lectura del diario.

Cuando el sol se escondió, A. J. soltó los brazos de Eric y se giró para mirarlo.

—Gracias por traerme hasta aquí. Lo había olvidado.

—No te preocupes. Yo te recordaré todo lo que haga falta.

La mujer se acercó a su boca y él concluyó el camino para besarla.

Capítulo 19

Liberty, diciembre de 1895,
Una semana antes de Navidad

Era cierto lo que me había prometido Tom. Los días pasaban como una exhalación. Entre atender a papá, la tienda de la señora Cooper, los preparativos de la boda y más preparativos de la boda, las tres semanas se estaban pasando muy rápido, pero no teníamos mucho tiempo para estar juntos.

Por un lado, lo prefería así. Papá estaba más tranquilo si no estábamos a solas, pero me hacía daño. Necesitaba pasar más tiempo con Tom, mucho más.

Intentaba ir al rancho todo lo posible, aunque fuera para ultimar detalles de la boda con Grace, Mary y Rose, pero Tom siempre sacaba unos minutos para secuestrarme a su lado. Eran los mejores momentos del día, los que más disfrutábamos.

Muchas veces los dedicábamos a concretar invitados, dónde se haría el baile, dónde acomodaríamos a papá cuando nos trasladásemos y cosas así, pero otros eran para un rápido paseo por la nieve —que ya cubría todo el bosque y las montañas—, ir a la cuadra a ver a Mariposa y besarnos sin ojos indiscretos, o simplemente sentarnos delante del fuego a charlar o a leerme alguno de los pasajes de sus libros preferidos.

Estaba en la cocina con Grace, hablando de mi vestido de novia, mientras preparábamos y limpiábamos verduras.

Ya atardecía y ella estaba emocionada con la cercanía de la boda, deseando ver cómo sería la prenda.

—Mañana tengo una prueba. Solo falta una semana y ya no volveré a probármelo hasta el día antes. ¿Te gustaría

acompañarme?

—¡Pero Jane! ¿Cómo no voy a querer acompañarte? Gracias, gracias, gracias.

Nos abrazamos muy contentas. Grace era muy buena en sus labores, trabajaba duro en la casa y me ayudaba mucho. Esa cercanía la estaba convirtiendo en mi mejor amiga, una que no había podido disfrutar nunca.

Las enfermedades de mamá y después papá no me permitieron tener mucho tiempo libre para disfrutar con amigas, por eso las pocas mujeres que rondaban mi edad no conservaban su amistad conmigo.

Mi existencia había sido más solitaria que otra cosa, y contar ahora con alguien afín a mí con quien pasar un rato, charlar o compartir alguna experiencia era especial.

—¿Pasa algo? —preguntó Tom con tono inocente, apoyado en el dintel de la puerta.

Estaba muy guapo con sus pantalones de trabajo, las botas de piel y la camisa de cuadros azul y blanca arremangada hasta el codo. Esbozaba una sonrisa que derretiría la nieve en segundos si pudiera verle.

Grace no pudo evitarlo y, entre tanta confianza, olvidó sus modales de servicio.

—¡Jane es fantástica! —exclamó acercándose a él—. Mañana la acompañaré a su prueba. ¡Por fin veré esa joya de vestido!

Le besó en la mejilla, muy cariñosa, como lo era con la mayoría de la gente, sin pensar que era el hombre para el que trabajaba. Era la alegría y felicidad personificada.

Tom enarcó las cejas, ampliando el dibujo alegre de su boca. Y, sin tiempo de articular palabra, la observó desaparecer más feliz que nunca.

—Muy bien, preciosa —susurró, sonriendo mientras avanzaba hasta mí—. Muy bien. Grace es la alegría de la casa y ahora ya nada la podrá parar.

Sonreí ante el comentario porque tenía razón. No habría quien la aguantara en unos cuantos días, pero me sentía muy bien al hacerla feliz.

—Me hace mucha ilusión que me acompañe. Necesito que alguien que no sea la señora Cooper me vea con el vestido más

especial de mi vida antes de que lo hagas tú.

—No necesito verte. Estarás preciosa. Serás la mariposa más bella que haya existido jamás —aseguró llegando hasta mí.

—Querrás decir, la que hayas visto jamás. Solo tú ves esas alas.

—Y no quiero que nadie más las vea. Son mías —susurró pegando los labios a mi oreja, acariciándome la piel con cada palabra mientras me rodeaba con sus brazos.

Intenté tener la mente clara, pero me costaba horrores con él al lado.

Cuando me hablaba así, me sentía especial, amada, afortunada de estar viviendo aquella época tan bonita de mi vida. Temblaba de pies a cabeza cuando me halagaba y se acercaba a mí con su mirada fija en mis ojos, con sus labios acercándose para darme un beso en cualquier momento.

En definitiva, temblaba con los nervios de la anticipación, y más ahora que nos habíamos conocido en la intimidad.

Además, su esencia me envolvía avivando aún más la atracción. Se había lavado y arreglado antes de ir a verme. Olía muy bien.

Mantuvo la sonrisa con los ojos verdes fijos en los míos, hablando a mi corazón sin necesidad de decir nada con su boca.

Me alcé de puntillas para llegar hasta los labios y besarle, ya que él no lo hacía.

—Una semana, preciosa… Una semana —murmuró, mordiéndose el labio inferior mientras respiraba profundamente con nuestras bocas pegadas.

—Una semana —confirmé con la respiración un poco más acelerada de lo debido, aguantando las ganas de besarlo otra vez.

Me apretó las caderas con sus fuertes manos; primero hacia él, y luego soltó el aire que retenía en sus pulmones con un sonoro resoplido para acabar empujando mi cuerpo de forma muy sutil para que nos apartásemos antes de cometer una imprudencia.

Volví a mantener la compostura a la fuerza. Escuchaba pasos por el pasillo y él también.

No queríamos rumores, se lo había prometido a papá.

—Señor, ha llegado —anunció Rose, muy solemne, en la puerta.

Arrugué el ceño mientras le escrutaba con la mirada. Algo raro pasaba. Rose sonreía tímidamente. Parecía estar hablando con Tom sin palabras.

Con una ligera inclinación de cabeza y un guiño muy sutil hacia mí, la mujer desapareció sin más explicación.

—¿Pasa algo? —pregunté inquieta.

—Ven conmigo.

Cogió mi mano con firmeza, contento como un niño que espera una sorpresa, haciéndome seguirle a media carrera por los pasillos de la casa hasta el salón.

Parecía que todo el mundo se había esfumado. No había ningún ruido ni voces, como era costumbre.

Vi que encima de uno de los sofás había un paquete muy bien envuelto, decorado con un lazo de tela rojo como la sangre.

En cuanto lo vi, reconocí el papel del embalaje del colmado, el que poníamos en los regalos si lo pedían los clientes.

Estaba confusa y nerviosa, pero decidí ser prudente y esperar.

—Ábrelo —susurró animándome a ir a por el paquete.

Con las manos temblorosas y el resto del cuerpo en el mismo estado, me senté junto al regalo.

Pasé la mano por el papel como si no lo hubiese visto nunca.

Solo pensar que era para mí parecía irreal. No estaba acostumbrada a los regalos. Desde que mamá murió, no recibía ninguno.

El lazo estaba tan bien anudado que me daba pena deshacerlo. Era tan suave que deseé tener un vestido de ese tejido, incluso un camisón.

—¿No quieres saber qué es?

Claro que quería saber qué era, pero el momento era tan especial como lo que seguro me esperaba dentro.

Me decidí y tiré de la tela.

Se deslizó con delicadeza desprendiendo el nudo, dejando que el papel bailara en mis manos.

Detrás de él había una caja. Era blanca y satinada, igual que la que utilizábamos para las prendas que confeccionaba Susan con las telas más caras.

La abrí aguantando la respiración, impaciente por saber qué había dentro.

Era la tela que tanto me había gustado aquel día en la tienda, la que Susan me ofreció si sobraba al final de temporada.

Con un nudo en la garganta tiré de ella, sin pensar.

No era solo la tela. Era un abrigo largo, con el cuello de piel de conejo o de zorro, y unos guantes nuevos haciendo juego. También había un echarpe de piel, igual que el cuello, para poderlo quitar y poner y aprovechar la prenda también en otoño y primavera.

—Tom —susurré con el abrigo entre las manos, sin creérmelo.

—No podía aguantar hasta Navidad para dártelo. Estaba deseando ver tu rostro al abrirlo.

—Pero… pero… Es muy caro… Es… es…

—Es tuyo, cariño. —Se arrodilló a mi lado, cogiéndome las manos—. Es tuyo.

Solté el abrigo para agarrarme a su cuello y abrazarle. Las lágrimas se deslizaron de mis ojos y sollocé sin remedio.

Tom me abrazó con fuerza, pero no entendía la profundidad de mis sentimientos.

—Solo es un abrigo, Jane.

—No, no lo es.

Acarició mi pelo con dulzura, sin entender aún, besándolo antes de apartarse un poco. Me enjugó las lágrimas con los pulgares mientras fijaba su mirada en mí.

—Tom, mamá fue la última persona que me hizo un regalo… Su abrigo.

Sus ojos brillaron emocionados al entender.

Me abrazó de nuevo, sosteniéndome apoyada en su cuerpo, intentando darme fuerza.

—Habrá que solucionar eso —susurró, muy dulce—. Este será el primer regalo de muchos, mi amor. De muchos.

—No me hacen falta. Tú eres el mejor regalo que tendré jamás.

Besó mis labios mojados por las lágrimas, temblando como lo estaba yo, quemándome como los rescoldos de la chimenea.

—Pruébatelo —me pidió, intentando recuperar el aliento—. Quiero ver cómo te queda.

Pasó su brazo por el mío para ayudar a ponerme de pie.

Muy galante, sostuvo la prenda para que pasara los brazos por las mangas y colocarlo con más facilidad.

Me quedaba como un guante. Era perfecto. Largo hasta los pies, abotonado en el centro, con botones metálicos en tono plateado. El cuello era de piel suave y los guantes de cuero negro, forrados con la misma piel que el abrigo.

El vestido que llevaba en ese momento no estaba acorde con él, ni siquiera mi aspecto estaba acorde, pero con él me sentía como la mujer más elegante de todo Lake City y alrededores.

—Estás preciosa.

Estaba muy contento, sus ojos chispeaban como nunca y la sonrisa de su boca lo decía todo.

—Es muy caro… —balbuceé, pasando la mano desnuda por la tela gris.

—Todo me parece poco para ti, Jane.

—No quiero que gastes el dinero en mí, te hará falta para el rancho.

—Nos —puntualizó divertido—. Dentro de una semana también será tuyo.

Capítulo 20

Liberty, 24 de diciembre de 1895

Nuestra boda fue la alegría de todo Lake City. Hacía tiempo que no se celebraba una fiesta así por aquí y se notaba en el ánimo general.

Nos casamos en la iglesia del pueblo, con el pastor Andrews oficiando la ceremonia, papá como padrino y Rose como madrina de Tom.

El altar estaba decorado con ramilletes de siemprevivas y mi ramo era de camelias y narcisos, cultivados en el porche cerrado de la madre de Tom en el rancho.

Cuando llegué a la puerta de la iglesia, estaba muy nerviosa. No sabía por qué, me casaba con el hombre de mi vida, pero algo me hacía sentir vértigo.

Quizá cambiar de casa, instalándome en Liberty, y hacer que papá también lo hiciera. También pensar que quizá no era la mujer que esperaba Tom. A veces sentía muy fuerte que era una impostora y no debía estar allí, que él no era para mí. O quizá era saber que en horas volveríamos a compartir nuestra intimidad.

Cogí aire, miré a papá y dije un «vamos» bajito antes de que las puertas se abrieran para dejar que Tom me viera y yo a él.

Vestía con un traje oscuro, camisa blanca, botas impolutas y una corbata de lazo.

Me miraba como si no me hubiese visto nunca y le sorprendiera por primera vez.

La verdad es que el vestido que me había hecho la señora Cooper era una joya. Le había pedido que fuese sencillo y que no gastara mucho dinero, pero se las había ingeniado para que fuese espectacular.

En blanco roto y de manga larga, había alternado tela de encaje con la seda en los brazos. Había usado un cuello barco abierto a pesar de ser invierno, para dejar ver mis hombros y cuello. Decía que tenía que lucirlos, aunque fuese solo ese día. Pero, para la ceremonia, lo había cubierto con una chaqueta ceñida de encaje y cuello cisne.

El cuerpo se ajustaba a mis formas, muy entallado, para después caer la falda con un volumen muy discreto, casi mínimo, que dejaba la tela limpia por delante, pero que se recogía con preciosos frunces por detrás para formar una bonita caída con una pequeña cola.

El pelo lo llevaba sujeto en un pequeño recogido salpicado de flores de siempreviva y los zapatos forrados de la misma seda del vestido.

Recuerdo que papá me susurró que estaba preciosa, pero yo solo le miré un segundo para darle las gracias y fijé la mirada en Tom.

Estaba tan nervioso como yo.

Se lo notaba en los nudillos de las manos, que palidecían por la fuerza que hacía al apretar una contra otra, colocadas en reposo delante de su cuerpo.

Rose estrenaba un precioso vestido azul celeste que Tom le había comprado. La quería como una madre y ella a él como un hijo.

Cuando empecé a caminar, sentí las miradas de todos hacia mí. Por un momento pensé que me paralizaría y no podría llegar, pero solo fue un instante, lo que tardé en fijar la vista en los ojos emocionados de Tom.

No recuerdo mucho lo que nos dijo el pastor Andrews, solo podía y quería concentrarme en Tom.

Leí en sus labios un «Estás preciosa, mariposa» que me hizo sonreír mientras bajaba la mirada a mi ramo para que no se notara que me sonrojaba.

Cuando llegó el momento del «sí, quiero», ambos nos miramos emocionados, asintiendo mientras afirmábamos nuestro consentimiento.

Nos intercambiamos los anillos, nerviosos, y finalmente escuché lo que ansiaba: «Yo os declaro marido y mujer. Tom, puede besar a la novia».

No lo dudó. Sonrió triunfal, colocó la mano en mi cintura para

acercarme a su cuerpo y, con la otra, me acarició la mejilla, acercó su boca a mis labios y me besó.

Podía escuchar los aplausos de los asistentes y la alegría por nuestro recién estrenado matrimonio, pero yo solo quería que Tom me siguiera besando.

A los pocos segundos, se apartó un poco de mí para mantener el decoro en la iglesia, pero no dejaba de sonreír.

—Señora McQueen —susurró con un tono que me erizó la piel, mientras colocaba el brazo ante mí para que me sujetase de él antes de girarnos hacia nuestro público.

Solo pude sonreír. Por fin había llegado el día y nuestro matrimonio se había hecho realidad.

Estaba eufórica, feliz, emocionada, nerviosa, muy contenta, asustada… Nunca hubiese imaginado que se pudiesen sentir tantas cosas a la vez, pero allí estaban.

La fiesta fue en el rancho. La mayoría del pueblo estaba invitado a ir a Liberty y no desaprovecharon la oportunidad. Nada más terminar la ceremonia y saludarnos, cogieron sus caballos y carros en su dirección.

Nosotros nos subimos al carro de Tom, que habíamos adornado para la ocasión.

Las chicas me habían puesto el abrigo, el echarpe de piel y los guantes antes de irse a prepararlo todo para recibir a los invitados, para poder hacer el trayecto sin congelarme. Él también se puso un abrigo nuevo con sus guantes a juego.

Éramos los últimos.

—Ven, vamos a parar aquí —me dijo delante de la casa del fotógrafo del pueblo.

Me ayudó a bajar y llamó a la puerta.

El hombre nos estaba esperando. Debía haberlo hablado con él antes.

Aquel señor nos colocó en una especie de decorado, con el fondo blanco y una gran silla donde indicó a Tom que se sentara, mientras que yo debía estar de pie a su lado. Él se negó, pidió que se retirase la silla y nos hiciera la foto de pie.

Así lo hizo y, además, me colocó el vestido para que luciera en todo su esplendor.

Aquel tipo no estaba acostumbrado a un hombre como Tom.

Ningún hombre de por allí ni de los alrededores actuaba como mi marido, y yo estaba muy orgullosa de que así fuera.

Después, nos encaminamos a Liberty. Hicimos gran parte del camino en silencio, pero, lejos de ser incómodo, era agradable.

—¿Estás bien? ¿Estás contenta? —preguntó, un poco antes de llegar al rancho.

—Estoy muy bien, Tom, y muy contenta.

Sonrió al escucharme y asintió, complacido por la respuesta.

—Ahora, disfrutemos de nuestra fiesta.

En cuanto entramos al rancho, nos dirigimos a la casa, donde habíamos dispuesto el gran salón y el porche cubierto para ofrecer a los invitados algo de comer y beber.

No paraban de darnos la enhorabuena y de repetir lo contento que estaba todo el mundo y lo bonito que estaba todo.

Era Navidad, no creo que ninguno de los que estábamos allí la hubiese celebrado así antes.

La música sonó y Tom y yo bailamos abriendo el baile, que se extendió hasta bien entrada la noche.

Mi padre participó mucho tiempo de la fiesta, hasta que el cansancio le obligó a retirarse en contra de su voluntad.

Rose, siempre atenta, le ayudó a acomodarse en su nueva habitación en la planta baja para que no tuviese que subir escaleras. La habíamos creado al otro extremo del salón para intentar que tuviese intimidad y tranquilidad.

Le vi contento, feliz, sonriente. Había disfrutado mucho del día.

Los últimos invitados se marcharon, ordenó al servicio que se retirara, y solo quedamos Tom y yo.

Cuando nuestras miradas se cruzaron tras despedirlos a todos, el corazón me latió como nunca antes.

Su mirada de fuego hubiese incendiado mi vestido si hubiese podido.

—Por fin solos, señora McQueen —dijo con un tono de voz profundo que me erizó la piel.

No pude ni contestar. No me salían las palabras.

Me tendió la mano y la entrelacé con la suya. Sonrió y comenzó a caminar en dirección a la escalera.

Ascendimos hasta el piso superior y caminamos hasta la habitación de Tom. Nuestra habitación.

Entramos y se giró para cerrar la puerta y echar la llave.

Cogí aire intentando tranquilizarme, intentando no adelantarme, hacerlo bien.

—Llevo semanas esperando este momento, Jane —confesó, acercándose a mí mientras se quitaba la chaqueta.

—Yo también —confesé.

—Te parecerá absurdo, pero me siento como la primera vez. Estoy nervioso y asustado a partes iguales.

—No lo es. A mí me pasa lo mismo —susurré.

Sonrió un poco, respiró hondo y se humedeció los labios con la lengua sin dejar de mirarme.

Levantó las manos hasta mi pelo muy despacio, hasta el adorno que lo recogía. Lo abrió con agilidad y la melena cayó sobre los hombros desnudos, haciendo que las flores que habíamos puesto como adorno se enredaran con los mechones e incluso algunas cayeran al suelo.

—Así mejor —dijo con la boca muy cerca de la mía.

Yo cerré los ojos y dejé que su aliento caliente y su cuerpo, muy cerca del mío, me hicieran sentir un cosquilleo en la piel.

Tom esperó a que los abriera y, cuando le miré, fue cuando me besó.

Envolvió mi cuerpo con sus brazos y yo hice lo mismo con el suyo. Me besó profundo, al principio con calma, pero en poco tiempo se notaba la impaciencia por avanzar.

Acercaba su cuerpo al mío, apretaba sus caderas contras las mías, sintiéndonos.

Deshizo el beso.

—Necesito quitarte este vestido y tengo que estudiar cómo —me dijo divertido. Yo reí.

—Solo tienes que abrir mil botones.

Sonrió con picardía, me dio un suave y rápido beso en los labios y se colocó tras de mí.

Pasó las manos por mi espalda, sobre los botones que cerraban la prenda.

Después las colocó en el punto donde empezaban y comenzó a abrirlos.

Me sorprendió la destreza con que lo hacía.

—Se te da muy bien —susurré cuando llevaba al menos una

docena.

—Tengo que confesarte algo. He ensayado.

Me giré para mirarlo sorprendida.

—¿En serio?

—Sí.

Sin saber qué más decir, me coloqué de nuevo y él siguió desabotonando.

Cuando llegó a más de la mitad de la espalda, paró.

Estoy segura de que notó mi impaciencia, puesto que ladeé la cabeza esperando una respuesta a la parada y recoloqué la postura.

Él no dijo nada, solo pasó la mano por la piel en una caricia lenta y suave.

Yo suspiré al sentirlo.

Cerré los ojos cuando me besó por donde habían pasado sus manos.

Sin tiempo a pensar en nada más, desabrochó otros dos botones más y sentí cómo la prenda caía sobre mis brazos. Si los estiraba, la tela se deslizaría por mi piel y caería al suelo.

Él sentía mi excitación y yo la suya.

Despacio, estiré uno de mis brazos dejando caer el vestido de ese lado. Él deslizó la mano hacia mi pecho entre la tela. Gemí.

Hice lo mismo con el otro brazo y la prenda cayó a mis pies al instante.

Tom repitió el movimiento y llegó hasta mi otro pecho.

Dejé de respirar durante unos segundos.

Giré la cabeza, buscando su rostro. También tenía la respiración entrecortada y una mirada de excitación que no podía ocultar.

Me coloqué frente a él. Solo con los zapatos y la ropa interior.

—Eres preciosa, Jane —susurró mientras me contemplaba—. No sabes cuánto te quiero.

—Lo sé. Lo mismo que yo a ti, Tom.

Sin hablar más, me besó mientras yo intentaba quitarle la camisa y desabrochaba los pantalones.

Me ayudó para que fuera más rápido, hasta que nos quedamos desnudos.

No hizo falta hablar. De forma natural nos tendimos sobre la cama y encajamos a la perfección.

La calma inicial se tornó impaciencia y, en poco tiempo, ambos

llegamos al clímax.

No sabía explicarlo, pero el sexo con Tom era muy fácil. Nos entendíamos increíblemente bien desde el primer día.

—Te quiero, señora McQueen —susurró, aún dentro de mí.

—Te amo, señor McQueen —contesté antes de besarlo otra vez.

Capítulo 21

Liberty, finales de marzo de 2023

A. J. no podía dejar de mirar la foto que había dentro de aquellas páginas del diario de Jane. Por fin podía ver cómo eran sus tatarabuelos.

—Era guapísima —susurró contemplándola.

—¿Te has fijado bien en ella? —preguntó Eric a su lado. Estaban tumbados en la cama con el diario entre sus manos, como se había vuelto costumbre cada noche.

—Sí. Era guapísima y ese vestido es increíble.

—No, Amelia. Mírala bien. Eres igual que ella —explicó sonriendo.

La chica no dijo nada, solo miró la foto con más atención.

—Sí que nos parecemos un poco —murmuró, asombrada por el parecido.

—Os parecéis muchísimo. Tom debió ser increíble. Mira qué porte destila la foto, y eso que está desgastada por el paso del tiempo —apreció el hombre.

—Era muy atractivo. Menuda pareja hacían —declaró A. J., feliz de ver por fin cómo eran sus antepasados.

—Seguro que eran la envidia de Lake City.

—Seguro —susurró, pasando la yema de los dedos por el papel de fotografía—. Cómo me alegro de que Jane encontrase su sitio aquí. No debió tener una vida fácil.

Eric la miró unos segundos, antes de colocarle un mechón rebelde de pelo tras la oreja.

—La tuya tampoco lo ha sido.

—Bueno, yo he podido salir de aquí y vivir a mi manera durante

un tiempo. No creo que ella lo hiciera nunca.

—Es posible. Lo descubrirás cuando sigas leyendo.

—Tengo que buscar ese vestido. Seguro que está en alguna de las cajas del desván o en el armario de mi abuela —confesó sus intenciones.

Eric sonrió con picardía.

—¿Piensas casarte pronto? —preguntó divertido.

A. J. lo miró con seriedad.

—No es necesario casarse para ponerse un vestido como ese. Si lo encuentro y me vale, lo guardaré para conservarlo en las mejores condiciones. Nunca se sabe si tendré que ir a algún evento importante.

La realidad es que ella no pensaba en casarse, no era una de sus metas. Pero cuando estaba con él sí veía una vida juntos, ya fuera pasando por el altar o simplemente prometiéndose respeto y amor bajo el viejo roble.

Eric rio a carcajadas.

—Ahora te vas a reír de verdad, sinvergüenza —declaró A. J. mientras intentaba hacerle cosquillas.

Él se dejó durante unos segundos, hasta que el juego se volvió en contra de Amelia cuando la atrapó con sus fuertes brazos y comenzó a hacérselas a ella.

—¡No! ¡Por favor, no! —gritaba la chica intentando zafarse—. El diario, el diario. Ten cuidado con el diario —intentaba pedir mientras reía por sus cosquillas.

Eric apartó el diario con una mano con mucho cuidado sin soltarla, lo dejó sobre su mesilla y continuó con el juego.

—Ya nada me puede interrumpir —le dijo, atrapándola con su cuerpo entre las risas de ambos.

A. J. se tomó en serio el rancho y, tras una noche con Eric, se levantó al alba con él para ir a comprobar el estado de los prados para que el ganado pudiese pastar.

Los caballos estaban frescos y se notaba que también querían disfrutar de la soleada mañana.

Eric contempló a Amelia en los establos mientras preparaba a Diamante. Estaba preciosa con sus pantalones de montar a medida, el abrigo de piel y borrego y su sombrero.

Lo miró unos segundos, cruzándose sus miradas.

—Este es tu sitio, preciosa —le dijo Eric, pasando por su lado con Sunset para salir al exterior junto a los hombres.

Amelia sonrió ante sus palabras.

Con él era fácil creérselo.

Salió con Diamante para reunirse con el resto.

Montó con destreza ante la mirada de todos, que sonrieron al ver que no había perdido ni un ápice de su habilidad.

Amelia era una buena jinete, había aprendido a hacerlo casi desde antes de andar, y además tenía mucha pericia manejando el ganado. Su abuela Jane, que montó hasta que su cuerpo no se lo permitió, fue su maestra. Ahora era cuando le iban a servir todas aquellas habilidades.

Los vaqueros montaron como si de una coreografía se tratara. Permanecieron sobre sus caballos esperando las órdenes.

—Chicos, A. J. se une a nosotros para la inspección de los pastos —dijo Eric, dándole paso con un gesto de la mano.

—Buenos días a todos. Hoy quiero que revisemos todos los pastos y veamos cuáles podemos usar para que el ganado salga a pastar lo antes posible. Necesito que nos dividamos en cuatro parejas, una para cada dirección. A la vuelta nos reuniremos en la primera pradera. La revisaremos juntos en último lugar.

Todos los hombres asintieron y, como si estuviera acordado, se marcharon en los grupos acordados. Menos Eric, que se quedó junto a A. J.

—Nos vamos al pasto oeste —indicó, moviendo sus riendas para que Sunset se moviera.

—Pues vamos allá.

La pareja salió al paso en la dirección indicada.

Cuando estuvieron fuera de la zona de establos, ambos galoparon hacia el lugar que debían inspeccionar.

Era un buen paseo. Eric había escogido ese pasto porque era el más importante, pero también porque le permitía estar un buen rato montando con ella.

La vio disfrutar sobre Diamante, vestida como una auténtica

vaquera y actuando como tal.

Revisaron el pasto en busca de plantas que hubiesen crecido y fuesen perjudiciales para el ganado, tanto que incluso lo podría envenenar.

—Parece que está limpio. No hay trébol —apreció la mujer, sin quitar la vista del suelo mientras paseaba despacio sobre el manto verde.

—Es muy buena noticia. Podríamos traerlo aquí en abril o mayo, antes de la fiesta del ganado.

—¿La fiesta del ganado? No pensaba hacer ninguna fiesta.

—Bueno, es una tradición y siempre se ha hecho. Tu familia la ha conservado a pesar de los contratiempos. Sería la primera vez que no se celebrara en mucho tiempo, pero, si no quieres, no se hará. Eso sí, si necesitamos ayuda extra de los ganaderos del condado, tenemos que preparar una barbacoa para todos.

—De acuerdo. Pensaré qué hacemos más adelante —aceptó a regañadientes.

—De todas formas, la gente lo entendería A. J. Tu madre ha muerto hace muy poco. Podemos hacer el recuento y marcado en varios días nosotros mismos, pero lo tenemos que planear muy bien porque al veterinario hay que pagarlo.

—Sí. Lo hablaremos —contestó sin comprometerse a nada.

—Volvamos. Aún nos queda el primer prado y los hombres nos estarán esperando.

—Eric, gracias —pidió antes de arrancar la marcha—. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda, pero ten paciencia.

El hombre sonrió, asintiendo.

—No tengo que tener paciencia, A. J. Esto es tuyo, eres la jefa y tú mandas.

—Aun así, gracias.

Eric se acercó con su caballo hasta ella. Levantó su sombrero, luego el de ella y la besó.

Los caballos esperaron pacientes uno junto a otro, como si hablaran entre ellos de lo que estaba pasando, con las cabezas también muy juntas.

—Siempre estoy para ti. Siempre, A. J. —susurró en su boca.

—Lo sé. Espero saber estar a la altura.

—Estoy seguro de ello —dijo antes de besarla otra vez.

El regreso al pasto principal fue tranquilo. Ambos iban atentos a la tierra y a la naturaleza que les rodeaba. Todo parecía en orden. No encontraron nada fuera de lo normal.

Se reunieron con el resto de los hombres. Había buenas noticias de todos los pastos, por lo que podían empezar a sacar el ganado para ahorrar dinero y mejorar su calidad.

Cuando acabaron, se fueron todos a comer, contentos con el plan.

Después, Eric se quedó con los caballos y A. J. se fue a casa para continuar con la búsqueda de información del rancho, de su madre, o lo que pudiese ayudar a esclarecer lo que pasaba.

Dejó el chaquetón en el perchero de la entrada y se fue directa a su cuarto. Se quitó los pantalones de montar y las botas, se puso unos vaqueros, una chaqueta de lana gruesa, unas deportivas, y se fue directa al despacho.

Pasadas un par de horas, mientras sacaba una caja más de la vitrina, su teléfono sonó.

Se quedó paralizada. Hacía tantos días que no se acordaba de él que no esperaba ni que estuviera encendido.

Fue deprisa a su habitación. Estaba conectado al cargador, como lo había dejado días atrás. En cuanto lo vio, recordó que lo encendió cuando tuvo batería suficiente para ello, pero lo había olvidado allí.

El nombre de la pantalla hizo que le diera un vuelco el corazón.

No se había preparado para esa llamada aún, no había estado centrada en ese tema. Desde que llegó todo había sido una búsqueda de papeles continua, pero lo tenía que coger.

Deslizó el dedo por la pantalla y, en cuanto la línea se abrió, puso el altavoz.

—Hola, Adam.

Hubo un breve silencio que la puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—Hola, Amelia. Siento mucho la muerte de tu madre y siento mucho no haber podido estar contigo —dijo el soldado al otro lado del teléfono.

—Gracias. Lo sé. —Porque era verdad. Si él hubiese estado en San Diego con ella cuando la llamaron, hubiese sido el mejor compañero para pasar el trance, pero hacía tiempo que nunca

estaba cuando le necesitaba. A veces por trabajo, otras no.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. Organizando papeles y cosas que necesito tener ordenadas. Así que estoy ocupada, y eso me va bien para no pensar demasiado.

—Sí, eso siempre ayuda —confirmó. Después hizo otra pausa. Le notaba nervioso.

—¿Cómo estás tú? ¿Ha ido todo bien en la misión?

—Sí. Hemos vuelto todos de una pieza. Ha sido complicado, pero todo ha salido bien.

—Me alegro muchísimo, Adam.

—Gracias —murmuró, más que pronunció. Dejó unos segundos de vacío en la línea—. He leído tu nota y tus mensajes. Sé que no estábamos muy bien antes de irme a este servicio, pero no me lo esperaba así, Amelia.

A. J. sabía que le iba a doler, pero lo tenía que hacer y era complicado por su ausencia.

—¿Y cómo pensabas que sería? Casi nunca estás, y no porque te vayas a una misión secreta sin comunicaciones. Estabas ausente la mayor parte del tiempo de al menos un año a esta parte. Era complicado poder decírtelo en persona.

—Lo siento, Amelia. De verdad. A veces este trabajo es muy absorbente física y mentalmente, y no he sabido hacerlo bien contigo. Por eso me gustaría habláramos en persona. Es demasiado tiempo como para dejarlo así.

A. J. no quería verlo. Sabía que si lo veía iba a tener el dilema más grande de su vida, porque había sido mucho tiempo con él. Había pasado épocas muy malas en su compañía, y no quería sentir pena ni hacerle daño.

—Ahora no puedo ir, Adam. Tengo que arreglar muchas cosas aquí.

—No creo que vuelvas, al menos en una temporada muy larga. No has dejado nada de tus cosas.

—Tengo que hacerme cargo de todo esto, Adam. Ahora es mío. Es mi vida y mi responsabilidad.

—¿Desde cuándo ese rancho es tu vida? —increpó elevando un poco el tono de voz. Molesto.

—Desde que lo he heredado y tengo que sacar adelante el

negocio y a las familias que viven aquí de esto. No puedo desentenderme de lo que me da de comer y les da de comer a ellos.

—¿En esa familia está Eric Cassidy? —Disparó sus palabras donde más daño le harían.

A. J. sabía que iba a sacarle en la conversación. Adam no sabía qué pasaba cuando estaba en Liberty, nunca se lo había contado. A Eric tampoco lo que pasaba en San Diego, pero ambos sabían que el otro existía.

—Es el domador de caballos del rancho. Claro que está aquí y claro que es familia. Ha nacido en este rancho y sigue siendo fiel a los McQueen, aunque podría montar su propio negocio fuera de aquí y ganar mucho dinero.

—Parece mentira que no sepas por qué se queda —masculló enfadado, pero enseguida guardó silencio y se tomó unos segundos para pensar sus siguientes palabras—: No quiero decir algo de lo que luego me arrepienta —confesó con el tono de voz cansado, como si hubiesen discutido por Eric otras veces.

—Siento si te ha molestado encontrarte con esto a la vuelta, pero tenía que hacerlo y no volvías —insistió A. J. sin entrar al trapo del comentario sobre Eric—. La muerte de mamá me ha hecho ver que no podía demorarlo más. Eso es todo. Ahora tengo que hacerme cargo de Liberty.

—Entonces, ¿no quieres verme ni hablar conmigo en persona?

A. J. guardó silencio unos segundos, pensando bien lo que iba a decir. No quería hacerle daño, pero no quería verlo.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí, Adam. Tengo que resolver algunas cosas, tengo trabajo. Hablamos otro día, ¿vale? —Le dejó en *stand by*, sin comprometerse a nada concreto.

—Adiós, Amelia —se despidió, abatido, viendo que no iba a obtener la repuesta que quería.

La comunicación se cortó y A. J. cerró los ojos con pena.

Quería a Adam, mucho. Había sido una persona importante en su vida, pero el amor había desaparecido hacía mucho, poco a poco, a base de desilusiones y soledad.

La conversación había sido dura, pero lo tenía que hacer. No por Eric, ni por Adam, por ella misma.

Ahora solo quería ir a cenar, ducharse en la cabaña de Eric y tumbarse a leer un poco más de la vida de Jane.

La lectura del diario de su tatarabuela se había convertido en un momento especial del día.

Capítulo 22

Liberty, invierno de 1896

Los días en Liberty pasaban rápido. Siempre había algo que hacer y, si no, Tom y yo aprovechábamos para subir a la habitación y estar juntos.

Con el frío del invierno, el ganado no daba trabajo, ya que había sido trasladado a tierras más cálidas en California por los vaqueros en los que Tom había delegado toda su confianza. Pero los caballos sí permanecían en Liberty.

Cuidar de los caballos me gustaba y me dedicaba a ello siempre que tenía tiempo.

Aún iba cada día a la tienda de la señora Cooper. Salir del rancho me venía bien. Me distraía y me mantenía en contacto con el resto del mundo. Si no fuese por ese trabajo, no me habría enterado de todo lo que iba a cambiar nuestra vida con antelación.

Una mañana, unos hombres entraron en el colmado. La señora Cooper y yo estábamos colocando género en el almacén y, cuando salimos a atenderlos, supimos que no traían nada bueno.

—Buenos días, caballeros, ¿en qué puedo ayudarles? —dijo Susan, muy diligente, pero con una mano en la escopeta que tenía tras el mostrador. No le gustó su aspecto ni su forma de comportarse, y el arma estaba allí para esos momentos si era necesario.

—Buenos días, señoras —saludó uno de ellos, que se adelantó al resto, mientras se quitaba el sombrero—. Hemos entrado a ver si usted puede ayudarnos. Buscamos a Garret McQueen, ¿sabe dónde podemos encontrarlo por aquí?

Ni nos miramos, pero no hizo falta. Las dos entendíamos la

situación.

—Pues lo cierto es que no puedo ayudarles. Él se marchó con el ganado y no sabemos cuándo volverá.

—¿De verdad? Creíamos que un hombre de alto nivel como él delegaría en sus vaqueros para tal tarea.

—No. Garrett es un hombre muy meticuloso —siguió mintiendo Susan.

—Vaya, ya veo —masculló, bajando la voz, aquel tipo. Nosotras no dijimos nada, aguardamos en silencio sepulcral—. No sabrán entonces dónde podemos encontrar a alguien que responda por el señor McQueen, ¿verdad?

En cuanto su mirada se cruzó con la mía, supe que sabía que yo era parte de la familia. No sé por qué, pero lo sabía.

—Creo que Garrett McQueen responderá sobre sus asuntos cuando vuelva, no le quepa duda. Es un hombre de honor —contestó Susan contundente, pero en tono amigable. No quería alterar a aquellos hombres. No era la primera vez que tipos como ellos llegaban al pueblo buscando a alguien y causaban problemas.

—¿Y cuánto queda para eso? —insistió.

—No lo sabemos con certeza, señor… —Intentó averiguar quién era.

—Foster. Clayton Foster.

—Muy bien, señor Foster. Cuando Garrett regrese, le haré saber que ha estado por aquí. Si me dice dónde puede encontrarle, se lo diré para que pueda ir a verle.

—Me debe suficiente dinero como para esperarle en este precioso pueblo. No se preocupe.

En cuanto dijo que esperarían en el pueblo, supe que nuestra mentira iba a durar muy poco. Solo era cuestión de tiempo que se enterase de donde estaba realmente Garrett o subiera al rancho.

Tenía que avisar a Tom.

—Muy bien. Bienvenidos a Lake City entonces.

Todos se quitaron el sombrero a la vez en señal de despedida y fueron saliendo uno a uno de la tienda.

No me di cuenta de la tensión que estaba viviendo hasta que nos quedamos solas y me solté la falda. La había estado apretando en el puño todo el tiempo que esos hombres estuvieron allí.

—Estamos en problemas, señora Cooper. Tengo que avisar a

Tom.

—Lo sé, cielo, pero no te muevas de aquí. Deja pasar un tiempo hasta que hayan dejado de deambular por el pueblo y entren al salón. Esa gente no sabe hacer más que jugar a las cartas, irse con prostitutas y disparar por dinero. Lo último de momento no pueden hacerlo, no tienen a su blanco, pero harán las otras dos cosas en un rato.

La mañana se me hizo eterna hasta que llegó la hora de salir.

Cogí mi caballo y salí de Lake City con la tranquilidad de todos los días. No quería llamar la atención.

En cuanto me alejé del pueblo, galopé lo más rápido que pude hasta Liberty. Esperaba que Tom estuviera esperándome para comer y poder contarle lo que estaba pasando. Tenía que estar preparado.

Me bajé del caballo en la puerta de casa con rapidez y, con un pequeño azote en el lomo, lo mandé al establo.

Subí corriendo los peldaños y entré en tropel.

—Señorita McQueen, ¿está usted bien? —preguntó Rose, asustada al verme.

—¿Dónde está Tom? —indagué sin contestar a su pregunta.

—Está lavándose para la comida, señora.

—Gracias —dije atropelladamente mientras echaba a correr escaleras arriba.

Abrí la puerta sin llamar.

—¡*Wooow*, señora McQueen! Menudo ímpetu —dijo Tom en cuanto llegué. Estaba junto a la palancana de agua, lavándose como había dicho Rose.

—Tengo que hablar contigo —contesté intentando recuperar el resuello.

—Vale —contestó, entrecerrando los ojos como midiendo la situación. Mientras, se secaba el torso mojado para pasar a la cara.

—Han venido unos hombres al pueblo buscando a Garrett. —No le gustó nada el comienzo de mi relato. Su semblante cambió a uno muy preocupado.

—Sigue —me animó a continuar.

—Han entrado al colmado. Querían verlo, pero al principio no han dado ninguna explicación. La señora Cooper les ha mentido, les ha dicho que está en la trashumancia con el ganado, pero no sé cuánto tiempo se va a sostener la mentira —divagué mientras

pensaba lo que decía.

—¿Qué han dicho exactamente esos hombres?

—En concreto solo hemos conseguido que uno de ellos, el que hablaba y creo que es el jefe, dijese que le debía mucho dinero.

—¿Dinero? —preguntó Tom arrugando el ceño.

—Sí. Mucho dinero.

—No lo entiendo, todos los libros están bien. No hay ningún descubierto y las cuentas cuadran —pensó Tom en voz alta mientras se ponía una camisa limpia.

—¿Realmente crees que esos libros son correctos o dejas un margen a la duda?

—No lo sé. No he estado aquí cuando mi hermano ha tenido el control sobre el rancho, Jane. —Dudó al pensarlo fríamente.

Lo miré fijamente.

—Se quedan en Lake, Tom. Van a esperar a que vuelva.

Tom me miró con el semblante rígido por la preocupación.

—¿Cuántos son?

—A la tienda entraron cinco. No sabemos si hay más.

—¿Alguno dijo su nombre o entre ellos dijeron alguno?

—El que más hablaba dijo que se llamaba Clayton Foster.

Guardó silencio unos segundos, pensativo.

—Van a venir aquí —confirmó en voz baja lo que ambos sabíamos—. Y no van a tardar mucho en hacerlo.

—No —confirmé sus sospechas, pues también eran las mías.

—Tenemos que estar preparados —susurró, mirándome con miedo por primera vez en la vida. Eso me asustó más que aquellos tipos.

—Tendría que haber venido antes… —murmuré sintiéndome culpable.

—No, no, no. Lo has hecho muy bien, Jane. No tenías que salir corriendo de la tienda, hubiese sido motivo de sospecha.

—Ese tipo sabe que soy alguien de la familia. Estoy segura.

—Es posible, pero tranquila. Con tu información podremos estar prevenidos.

—¿Qué crees que pueden hacer? ¿Qué quieren?

—No lo sé, Jane. Pero, si quieren dinero y no se lo damos, ¿qué crees que pueden querer? —me preguntó, muy serio.

—Liberty —afirmé, casi sin voz.

—Liberty —contestó Tom cogiendo aire muy profundo.

—¿Qué pueden hacer? ¿Qué hacemos, Tom?

—Lo primero es esconder el dinero, la documentación del rancho y las cosas de valor que tengamos. Debemos intentar que no nos lo roben, es nuestro seguro de vida.

Miré mi dedo con la alianza.

—Solo tengo esto y los pendientes de mamá.

—No, Jane. Tienes todo esto. Todo es tan tuyo como mío. Eres mi mujer —asentí mirándolo—. Debajo de la casa hay un cofre enterrado con algunas cosas. Las guardé allí cuando llegué a Liberty porque quería que estuviesen seguras. Solo se puede acceder entrando por debajo de la casa. Es un poco claustrofóbico, pero nadie buscará allí. Debemos guardar todo lo que podamos. Si alguien entra aquí, que se lleve lo menos posible.

—Lo que tú digas, Tom.

—Tienes que contárselo a tu padre. Tiene que estar prevenido. Está también en casa y no podemos ocultárselo.

—No quiero preocuparlo.

—No podemos evitarlo —contestó cogiéndome de la cintura—. Tienes que decírselo, y tiene que estar armado o cerca de un arma todo el tiempo.

—De acuerdo, se lo diré y prepararé las cosas que debemos enterrar.

—Tranquila, Jane. Lo solucionaré.

—Lo sé —contesté acariciando su barba de unos cuantos días.

—Y tú no debes salir del rancho hasta que sepamos qué quieren esos tipos. No es seguro.

—Pero, Tom, si voy al colmado podré enterarme de más cosas.

—Y también pueden seguirte o averiguar que eres la cuñada del tipo que les debe el dinero y hacerte daño. —Por su tono y semblante, sabía que no le había hecho ninguna gracia decir eso en voz alta, pero quería que lo supiera—. Tengo que protegerte, pero también el rancho. Necesito que estés aquí.

—Lo entiendo. No te preocupes, no te causaré problemas.

—Ni lo eres ni los causas, mi amor, es solo que necesito que estemos todos juntos aquí.

—Así será, tranquilo.

Capítulo 23

Liberty, finales de marzo de 2023

A. J. y Eric releyeron el pasaje del diario un par de veces. Querían asegurarse de que lo estaban leyendo correctamente.

—Este rancho tiene un escondite secreto —murmuró Amelia, mirando a Eric, con el libro entre las manos.

—Eso parece. Lo que no sabemos es si aún existe su contenido. Han pasado más de cien años de aquello y este libro ha pasado por las manos de todas las mujeres de tu familia. Habrá que bajar allí y comprobarlo.

—Madre mía… Este rancho tiene más historia de la que me esperaba —susurró la mujer, desconcertada con el descubrimiento.

—Esa época fue muy difícil. Había demasiada gente mala dispuesta a todo por conseguir dinero y poder. Agradezco no haber vivido en esos tiempos, porque no creo que hubiese llegado a cumplir treinta.

Amelia lo miró seria, asintiendo.

—Tom solo tenía veinticinco años cuando pasó todo esto. Jane veinte. Me parece increíble —confirmó que sus antepasados eran mucho más jóvenes que ellos y ya tenía una vida compleja.

—La época del salvaje Oeste y los pioneros debió ser brutal. Muy pocas personas tienen un documento así para conocer aquella realidad.

—Hay una parte en la que habla de que Garrett pudiese engañar a Tom con la contabilidad de los libros del rancho… ¿Crees que mi madre ha hecho algo parecido? —preguntó A. J. reflexionando sobre ello.

—No lo sé, pero creo que ahora es más difícil defraudar que

entonces. Aunque es posible, desde luego.

—A lo mejor este libro sí me ayuda, Eric —reconoció, mirándolo esperanzada por encontrar soluciones.

—Mañana buscaremos todo lo que necesites. Los chicos se pueden encargar del trabajo.

A. J. asintió al plan, pero la realidad era que estaba deseando ir a la casa y comprobar la verdad que había en todo lo que había leído.

—¿Seguimos leyendo más?

—Desde luego —dijo Eric, entusiasmado con la historia.

Amelia le dio el libro para que continuara leyendo él. Mientras, ella se acurrucó a su lado, expectante.

Liberty, invierno de 1896

Aquellos tipos solo tardaron un par de días en averiguar la información que necesitaban. Como bien decía papá, el salón es el peor lugar para mantener un secreto o no irte de la lengua. El alcohol y las señoritas que por allí deambulaban eran el mejor vehículo para la información.

Llegaron al Liberty a media mañana, cabalgando tranquilos al paso.

Yo estaba en casa con las mujeres, preparando la comida en la cocina, y papá en la terraza acristalada del salón, desde donde se divisaba el camino y podía vigilar.

—¡Jane! —gritó en cuanto los vio aparecer por el final del camino.

El corazón se me paró en el pecho.

Corrí hasta él.

Miré por el gran ventanal.

—Es él —susurré confirmando lo que ya sabíamos, pero era necesario.

—Tienes que avisar a Tom. Está en los establos.

Sin titubear, salí por la puerta lateral de la casa y corrí a los establos por la parte de atrás. Era un camino más largo, pero no me verían.

—Tom —lo llamé en voz baja en cuanto entré. No quería que me escuchara nadie.

—Al fondo —contestó desde la zona más alejada a mí.

—Ya están aquí.

No hizo falta decir nada más.

Escuché cómo cargaba el rifle y lo vi aparecer con él en la mano.

—Quiero que te quedes aquí. Que no te vean —me pidió mientras llegaba a mi lado.

—Pero…

—Sin peros, Jane. No quiero que te vean esos tipos, si puedo evitarlo. Así tendrás un poco de ventaja de momento. Hazme caso.

Entendí lo que quería decir. Si aquellos hombres no sabían cómo era la esposa de Tom McQueen, podría ser cualquier mujer del pueblo.

—Lo haré. No te preocupes.

—Te quiero —susurró antes de darme un beso fugaz.

No lo permití. Tiré de su cuello hacia mí otra vez hasta que su boca llegó a mis labios.

Él sabía lo que tenía que hacer.

Me besó como yo deseaba: profundo, apasionado, sensual.

—Te quiero, Tom McQueen. No dejes que te hagan daño —susurré antes de que se apartara de mí para marcharse hacia un futuro incierto.

Lo vi acercarse a ellos por un hueco entre las maderas. Caminaba seguro y con aparente tranquilidad, pero yo sabía que en su interior estaba muy nervioso.

—Buenos días, caballeros, ¿qué se les ofrece? —preguntó con amabilidad, aunque llevaba el rifle en la mano.

—Buenos días, señor. Buscamos el rancho de Garrett McQueen. La gente del pueblo nos ha dicho que Liberty es el correcto y aquí estamos.

—Sí, esto es Liberty, pero no es de Garrett McQueen. Este rancho es mío, señor…

—Foster. Clayton Foster.

—Señor Foster, como le digo, esto es Liberty y pertenece a un McQueen, pero no a Garrett. Lo siento, no puedo ayudarle.

Miré a mi alrededor y vi cómo los hombres de Tom que quedaban en el rancho comenzaban a salir del establo, la casa, el dormitorio de los vaqueros, del recinto del ganado, y se iban acercando a aquel grupo de intrusos.

—Mire, Tom McQueen… —dijo su nombre con media sonrisa burlona—. Sabemos que su hermano era el propietario de todo esto

y, ahora que está impedido y no puede hacerse cargo, lo ha hecho usted.

—No se lo voy a repetir más, señor Foster. Todo esto es mío —insistió sin confirmar sus palabras ni dar más explicación.

—Como quiera, señor, pero buscaré la verdad donde sea necesario. Su hermano me debe mucho dinero y pienso recuperarlo.

—Puede ir a pedírselo al hospital de impedidos del condado de Lane. Quizá tenga suerte y logre despertarlo. Nosotros no lo hemos conseguido y no tenemos nada que ver con los asuntos privados de mi hermano.

—Como quiera, señor McQueen. Preferiría hacer las cosas por las buenas, pero, si no es posible, lo conseguiré de todas formas.

—Como le he dicho, pida el dinero a mi hermano. Aquí no se le ha perdido nada.

—Buenos días, señor McQueen. Volveremos a vernos muy pronto —se despidió mientras levantaba el sombrero.

Aquel tipo giró su caballo sin dejar de mirar a Tom.

Su mirada era desafiante y fría. Me puso el vello de punta.

Enseguida entendí que lo decía en serio. Querían su dinero y no iban a parar hasta conseguirlo.

Si Garrett no podía pagarlo, intentarían obligar a Tom.

Si Tom no respondía, esos tipos no tenían buenas intenciones y lo pagaría el rancho.

Por primera vez en mi vida en Lake City, tuve miedo por todos nosotros.

Cuando me aseguré de que aquellos tipos se habían ido de nuestra vista, salí del establo haciendo el mismo recorrido que al entrar.

No fui directa a Tom, me escabullí por detrás de la casa y le esperé dentro.

—¿Jane? —preguntó papá desde el salón.

—Estoy aquí —contesté mientras me acercaba al ventanal, desde donde había estado presenciando la escena.

—Esa gente es peor de lo que imaginaba, hija.

—Lo sé —confirmé lo que pensaba desde que los vi en la tienda de Susan.

—Tom va a estar muy preocupado desde ahora, Jane. Tenemos que ayudarlo en todo lo que podamos.

—Así será —le apoyé, dejando mi mano sobre su hombro.

—Deberías llevar un arma a partir de ahora y dejar el colmado. Esos no se van a marchar de aquí consigan o no su propósito. Lake es un pueblo con futuro, con gente que se gana la vida honradamente, y lo huelen. Entrarán al salón, apostarán lo que no tienen con los pobres desgraciados del pueblo hasta que pierdan los caballos, los carros, el ganado o las tierras, penetrando en nuestra comunidad como un veneno silencioso, y ya no se irán.

—Espero que no, papá —contesté con un escalofrío recorriéndome el cuerpo. De verdad esperaba que no tuviera razón.

—Lo he visto antes, Jane, y ese tipo y sus secuaces son alimañas que devorarán lo que merezca la pena allá por donde pasen. Ojalá me equivoque, mi vida, ojalá solo sean pensamientos de un viejo enfermo cascarrabias.

—Ojalá —susurré pensando en cada palabra, asustándome más de lo que estaba.

La puerta de entrada a casa se escuchó. Apreté el hombro de papá, dejándole un suave beso en la mejilla, y salí del salón en busca de Tom.

Me abrazó sin soltar aún el rifle, aunque lo había abierto nada más entrar en casa y se flexionaba por la mitad, cayendo sobre su antebrazo izquierdo para que no se disparase.

—¿Estás bien? —preguntó antes de abrazarme con un solo brazo.

—Sí, estoy bien. No me han visto.

—Mejor, porque el demonio acaba de llegar a Lake City. —Apreté el abrazo al escucharle—. Tranquila, yo te protegeré. No te harán daño, pero debemos estar preparados para cualquier cosa.

—Lo estaremos —confirmé que entendía la situación.

—Se acabaron los paseos sola, bajar al pueblo a trabajar al colmado ni nada que te ponga en peligro. No sé de lo que son capaces esas serpientes, pero supongo que de cualquier cosa con tal de recuperar su dinero.

—Lo sé… No me gusta, pero lo entiendo. Tendremos que extremar las precauciones hasta que se marchen.

—Ojalá lo hagan pronto.

Capítulo 24

Liberty, invierno de 1896

La banda de Clayton Foster no se fue de Lake City. Mi padre no se equivocó en nada de lo que relató en ese escaso minuto en el salón de Tom, ni él tampoco.

Algunos hombres insensatos del pueblo jugaron con ellos a las cartas y perdieron ganado, caballos, tierras y cualquier posesión valiosa si no tenían dinero que poner sobre la mesa.

Otros apostaron al tiro al blanco e, incluso, corrieron con sus caballos pensando que jugaban sobre seguro al saberse los más diestros o rápidos del lugar, pero esos tipos se repartían bien los roles. Cada uno era bueno en una destreza, aunque lo disimularon bien hasta que nuestros pobres vecinos cayeron en la trampa.

Tom esquivaba a la banda todo lo que podía. Por suerte no necesitaba bajar al pueblo en persona a menudo, en el rancho tenía todo lo que quería y trabajadores que podían hacerse cargo de los recados.

Me gustaba mucho estar en el colmado con la señora Cooper. Ahora, aislada en el rancho sin poder trabajar en él, lo echaba de menos.

Todo el ambiente de Lake City había cambiado por culpa de aquellos tipos, y no tenía pinta de que fuese a mejorar.

Mi relación con Tom no había cambiado en esencia. Nos amábamos con pasión y nos entendíamos bien en todos los ámbitos, pero la preocupación por lo que esos hombres buscaban no nos dejaba vivir en paz.

Las semanas se sucedían y, con cada día que pasaba, aquellos tipos se enriquecían más a costa de los habitantes del pueblo.

Una mañana apareció por el rancho el *sheriff* Green.

Me extrañó porque venía solo. Solía ir acompañado de alguno de sus oficiales al mando.

Lo vi llegar por el ventanal del salón, donde se acostumbraba a sentar papá, pero no salí a recibirle. Esperé a que llamase a la puerta.

Nunca se sabe a qué viene a tu casa un agente de la ley.

—Buenos días, señor Green. ¿Qué le trae por Liberty?

—Hola, Jane. ¡Qué alegría me da verte! Pensé que estarías enferma, o encinta, y por eso no bajabas al colmado ni te veía por el pueblo —explicó mientras se quitaba el sombrero.

—No, señor Green. Estoy bien —contesté sonriente, aunque me hizo pensar por primera vez en lo que se esperaba de mí—. Tengo que cuidar de papá y por aquí hay mucho trabajo. No puedo con todo.

Tenía que mentir, aunque ese hombre sabía con certeza lo que había en el pueblo.

—La verdad es que el ambiente no es el mejor en estos tiempos. Haces bien en quedarte por aquí.

—Eso me han dicho —respondí con tristeza.

—Es increíble cómo la gente puede jugarse todo lo que tiene en unas manos de cartas.

—Nunca lo he entendido, *sheriff*, pero no depende de nosotros, ¿no cree?

Me miró, asintiendo con la cabeza una y otra vez.

—Hiciste bien en casarte con el bueno de Tom. Es uno de los mejores hombres que he conocido nunca, Jane. Muy responsable y cabal.

—Gracias, señor. Así es Tom —contesté con una gran sonrisa, orgullosa de mi marido.

—¿Está por aquí? Necesito hablar con él.

—Enseguida lo aviso. Pase al salón, está papá y le gustará verle.

Con un gesto de la mano, confirmó que esperaría allí a Tom, y yo desaparecí en su busca.

Salí por detrás, como ya era costumbre, y me escabullí a los establos. Estaba moviendo alpacas de heno para recolocarlas en un lugar mejor.

Lo observé unos segundos, antes de decirle nada.

Se había quitado la camisa de franela gris oscuro y la había dejado colgada de un clavo que sobresalía de la madera.

Él no tenía por qué hacer esa labor, tenía a gente que se ocupaba de ello, pero le gustaba cuidar de sus animales, sus tierras y todo lo que estuviera a su cargo.

Se marcaban músculos en su cuerpo que no había visto nunca.

Cogí aire y pensé en lo que me había llevado hasta allí. Era importante. La visita del *sheriff* no me daba buena espina.

—¿Qué haces ahí parada? —me descubrió mientras movía la última alpaca, sin girar la cabeza o dar señal alguna de que sabía de mi presencia antes de hablar.

—¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Por tu olor. Es aire fresco entre los animales, mi vida —confesó mientras se acercaba a mí quitándose los guantes.

Se aproximó a mis labios y me besó.

Acaricié sus brazos, subiendo mis manos hasta su cuello, enredando mis dedos en su pelo.

Él respondió al instante, encerrándome en un abrazo, profundizando el beso.

Muy a mi pesar, tuve que apartarle cuando sentí que su actitud se volvía más apasionada.

—Siento que no podamos quedarnos más tiempo. Créeme que es lo que más deseo ahora mismo, pero el *sheriff* ha venido a verte.

—¿Colton está aquí? —preguntó arrugando el ceño, sin soltar mi cintura.

—Sí —confirmé, preocupada, mientras me recomponía de ese beso.

—Algo está pasando en Lake, Jane. Algo que se nos escapa de las manos.

—Lo sé y me da mucho miedo, Tom.

Confesé mi preocupación, fijando la mirada en sus ojos. Él lo estaba más que yo.

—A mí también, pero de nada sirve seguir elucubrando. Vayamos a ver qué quiere.

Se vistió y caminamos juntos de la mano por la parte trasera hasta casa. Saludamos al *sheriff* en cuanto entramos al salón, y yo me fui a la cocina a preparar algo de café.

Cuando regresé, mi padre estaba un poco enfadado, pero desde

la cocina no había conseguido escuchar nada de lo hablado.

Dejé la bandeja sobre la mesa de té, serví los cafés y se los ofrecí intentando enterarme de algo.

Entonces fue cuando vi al *sheriff* con una de las estrellas de ayudante en la mano.

El corazón me dio un vuelco.

Quería que Tom fuese uno de los representantes de la ley.

Levanté la vista para mirarlo. Tenía cara de circunstancias. Estaba entre la espada y la pared.

—Necesito a alguien inteligente y preparado para esto, Tom. Te pido que lo reconsideres.

—Sabes que solo soy un ganadero que quiere vivir tranquilo en sus tierras, Colton. Si acepto, pondré a mi familia una diana en la cabeza, y no estoy dispuesto a ello. Tampoco quiero dejar Liberty para perseguir delincuentes. Quiero defender lo que es mío y ayudaré en lo que pueda, pero no llevando una de estas clavada en el pecho —se negó señalando la estrella.

Me mantuve en silencio mientras mi padre asentía con la cabeza ante las palabras de Tom y el *sheriff* negaba con la suya.

—Estás muy equivocado, Tom. Si no les paramos como debe ser, no arreglaremos este problema.

—Pídeselo a otro. Lo siento.

—¿A quién? —preguntó con sorna—. Los pocos que quedan con dos dedos de frente son demasiado mayores o demasiado jóvenes para el puesto, y los que en otra hora podrían haber sido candidatos han perdido sus pocas posesiones con esos ladrones. No queda nadie.

Aguanté la respiración. El *sheriff* tenía razón.

Tom me miró como si esperase una señal de mi parte para decidir qué hacer al respecto, pero ¿qué le iba a decir yo? Él era el que arriesgaba sus tierras y su vida, pero algo había que hacer.

Colton Green se dio cuenta de nuestro cruce de miradas. Se levantó y, con mucha picardía, dejó la insignia de ayudante sobre la mesa de té.

—Necesito ayuda para sobrevivir a esas sanguijuelas y, sobre todo, necesito a un sucesor digno en Lake City si yo dejo de existir, o esos tipos también se harán con la ley. Piénsalo bien —pidió a mi marido con seriedad. Tom solo lo miró, sin dar ninguna respuesta, y

mi padre negó con la cabeza ante la idea. Por último, se dirigió a mí —: Señora McQueen, ha sido una alegría verla tan bien, siento haberle traído malas noticias. Espero se haga cargo de los problemas que estamos pasando y los que vendrán. Gracias por el café, estaba buenísimo. Que tengan buen día.

Sin darnos oportunidad de responderle, se marchó de casa, montó en su caballo y regresó a Lake.

Nosotros tres nos quedamos en silencio en el salón, pensando en todo lo que había dicho y la verdad que representaba, pero también lo que supondría para la familia y el rancho.

Nos pondría en primera línea ante la banda de Foster, y ya no habría vuelta atrás.

Miré a Tom intentando descubrir qué pensaba, pero no necesitaba mucho para saberlo.

Su sentido del deber no le permitía esquivar lo correcto, y el *sheriff* Green lo sabía.

Solo tenía que sembrar una semilla de responsabilidad en él y lo tendría.

—No te preocupes por nosotros. Haz lo que tengas que hacer — declaré con firmeza mientras le cogía de la mano.

—¿Cómo no me voy a preocupar de lo que más me importa en la vida?

—Cuidaré del rancho. No te preocupes por eso.

—¿El rancho? —preguntó entre enfadado y sorprendido—. Tú eres lo más importante de mi vida, Jane. El rancho solo es tierra. Si lo perdiera, nos iríamos a otro lugar a formar un nuevo hogar. Eso no me da miedo ni me lo dará nunca. Tengo dos manos para trabajar. Solo me da miedo perderte a ti.

Me senté en su regazo y lo abracé mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

Él me abrazó fuerte.

—Te quiero —susurré con un hilo de voz por la emoción.

—Te quiero, mi vida. Te quiero.

Capítulo 25

Liberty, finales de marzo de 2023

Eric cerró el diario, emocionado por la historia. No era su familia directa, pero para él Liberty era igual de importante que para Tom. Y A. J., igual que Jane.

La pareja se quedó en silencio mientras asimilaban lo que leían.

Habían oído hablar del asedio a Lake de la banda de Foster, pero dudaban que hubiese llegado un testimonio tan claro a nadie más.

—Mis tatarabuelos se amaban mucho —susurró A. J.

—Sí —confirmó Eric, recogiéndolo para dejarlo en la mesilla. Debían descansar, aunque les gustaría seguir leyendo mucho más. Apagó la luz, dejando solo el resplandor de la chimenea.

—No me quito de la cabeza lo que dijo Tom. La tierra solo es tierra y no tengo miedo a perderla. La verdad es que me sentía así hasta hace unas semanas, pero, ahora que vivo aquí, no lo tengo tan claro. No por mí, sobre todo por las familias que viven de mi rancho.

—Eso dice mucho de ti, Amelia.

Eric dejó que la mujer se abrazara a él, y después la envolvió en sus brazos.

—Si lo pienso fríamente, yo tengo mi profesión. Puedo enseñar otra vez y empezar de cero, porque no he tenido un vínculo real con este rancho. Pero vosotros no. Esto es vuestra vida, y personas mayores como tus padres lo tendrían difícil para empezar de nuevo. Ya tienen una edad.

—Así es —confirmó el hombre, cogiendo aire—. Además, cada vez hay menos ranchos tradicionales, y los que hay quieren a gente joven para trabajar en ellos. Son más baratos y se adaptan mejor.

La mujer apretó los labios, comprendiendo lo que quería decir. Pero llegado el momento, si llegaba, tendría que valorar todas las opciones.

En realidad, no había descartado ninguna, aunque no lo había reconocido en voz alta.

Si no había tomado decisiones en firme era por el problema del crédito. Debía esperar a ver qué sucedía para pensar el futuro de Liberty, pero después nada estaba decidido.

No quería seguir hablando del tema.

—Tengo que contarte una cosa —dijo en voz baja. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero creía que debía ser sincera si estaba viviendo con él. No quería cometer errores.

—Con esa voz, no sé qué pensar —contestó con un tono lo más amable que pudo. Sabía que era algo difícil para ella. Era raro que le dijese algo así.

—Me ha llamado Adam. —Solo con pronunciar el nombre ya notó la tensión en el cuerpo de Eric, aunque él lo quisiera disimular.

—Bien —dijo prudente.

—Ha vuelto de la misión en la que estaba aislado y, bueno, ha encontrado la nota que le dejé.

—¿Está bien? —se interesó por el tipo. Una cosa es que fuese su rival con respecto a Amelia y otra que le deseara algo malo.

—Sí. Todos han vuelto bien. Ha debido ser una misión difícil.

Guardaron silencio un instante antes de seguir con la conversación.

—¿Qué ponía en la nota? —indagó expectante.

—Debí haberle dejado hace tiempo, pero nunca estaba en casa. Al final me decidí cuando volví del entierro de mamá. Lo pensé mucho durante esas últimas semanas en San Diego. Tenía la esperanza de que volviera a tiempo y decírselo en persona, pero no fue así y yo no podía demorar más mi viaje.

—Si es lo que sentías que debías hacer, está bien —la animó.

—Creo que tenía la esperanza de que solo fuese algo temporal —comentó su perspectiva.

—¿Y lo es? —preguntó, impaciente por la respuesta.

—No. Cuando me vine aquí, ya sabía que no había vuelta atrás. No pensaba estar contigo, mi idea era estar sola y que la vida fluyera. Quizá enrollarnos, tener sexo como otras veces, pero está

comprobado que nosotros fluimos por el mismo río y es difícil que tengamos algo esporádico.

—Tú nunca podrás ser algo pasajero para mí, A. J. Espero no serlo para ti —confesó con una punzada de miedo por la respuesta.

—Por mucho que me engañe, es lo mismo para mí. Intenté pensar que no había nada serio entre nosotros para no sentirme atada a esta tierra.

Eric aguardó en silencio, escuchando. Nunca le había confesado sus sentimientos con ese detalle.

Sabía que ella no quería comprometerse con nada que la atara a Lake City para poder vivir esa vida que anhelaba lejos de aquí, pero ahora era distinto.

—¿Y ahora? —preguntó, aguantando la respiración ante la respuesta.

—Ahora sé que, pase lo que pase con esta tierra, mi relación contigo seguirá siendo especial. No sé qué pasará entre nosotros ni en el rancho, pero, mientras estemos bien, quiero vivirlo.

Eric cerró los ojos, asimilando sus palabras.

Quería estar con él, eso era seguro. Pero, una vez más, no le daba respuesta al futuro.

—Así será —contestó dolido, pero no quería presionarla. Sabía que así no llegaría a ningún sitio y lo más probable es que tomase decisiones de las que luego se iba a arrepentir.

Por su parte, debería pensar qué quería él.

Quizá había llegado el momento de ser egoísta y pensar en su futuro, ya fuera con ella o no.

Capítulo 26

Liberty, finales de marzo de 2023

El rancho seguía su rutina diaria. Nada podía pararla y todos trabajaban juntos para que el ganado estuviera listo para su venta en otoño, pero A. J. y Eric fueron a la gran casa McQueen nada más amanecer, impacientes por buscar lo que el diario les había desvelado.

—No hay ninguna trampilla de entrada en el suelo de la casa —apreció Eric tras buscar por dónde se podría acceder al supuesto escondite.

—A lo mejor no la hay. Así nadie sospecharía que se podía bajar —dijo A. J. llegando hasta él.

—Salgamos fuera. Tenemos que buscar por dónde entrar por los bajos del porche.

La pareja salió al exterior por la puerta trasera de la cocina.

—Nunca he visto ningún acceso. ¿Y tú? —preguntó por curiosidad, pero también porque lo notaba diferente desde que había confesado sus sentimientos horas antes.

—La verdad es que no me he fijado, pero, cuando hemos tenido que hacer alguna reparación en la madera o algún trabajo en la casa, no hemos encontrado nada.

Viendo que no había puerta alguna, A. J. decidió abrir la madera junto a las escaleras del acceso a la cocina. Era mejor entrar por la parte trasera de la casa y que nadie los viera, aunque por delante fuese más amplio y cómodo.

Eric la desprendió con cuidado con la ayuda de sus herramientas. Querían dejar todo sin marcas ni rastros que delataran el escondite.

Cuando abrió el hueco, encendieron las linternas y se dispusieron a entrar.

Tenían que arrastrarse en esa parte, esperaba poder gatear más adelante.

Así fue. En cuanto avanzaron un poco, llegaron al centro de la casa.

—¿Dónde será? —preguntó A. J., iluminando a su alrededor con la luz de la linterna.

—No lo sé, ni siquiera sabemos si lo que escondieron estará aquí.

—Creo que no bastará con un día para encontrarlo.

—Quizá debería buscar un detector de metales y probar con ello. Si hay monedas, las encontraríamos.

A. J. asintió sin dejar de observar su alrededor.

—Es buena idea. Esto es grande y a gatas es difícil investigar.

—Salgamos. Volveremos más preparados.

La pareja comenzó a gatear de vuelta, cuando a Eric le llamó la atención un trozo de arena cercano.

—Espera —pidió acercándose hasta el lugar.

No era nada especial, pero con el destello de la linterna le pareció que allí la tierra tenía otro color.

Gateó hasta el lugar.

La tierra estaba removida.

Arrugó el ceño. Era relativamente reciente.

Se puso la linterna en la boca y escarbó un poco con ayuda de las manos. Al poco tiempo encontró una caja metálica antigua, pero no lo suficiente para que fuera de la tatarabuela Jane.

—Hay algo —balbuceó mientras sujetaba la linterna, desenterrando los bordes de la lata.

A. J. aguardó mientras le iluminaba con su linterna.

En cuanto pudo, tiró del objeto y lo sacó.

Colocó de nuevo la tierra en su lugar y gateó hasta ella, empujándolo con las manos hacia delante.

La chica observó la caja.

—Esto no es de Jane —susurró lo que él ya sabía.

—Lo sé. —La pareja se miró unos segundos, pensando en las posibilidades—. Subamos arriba y lo averiguaremos.

Salieron de allí con cuidado, colocaron la madera en el hueco

para tapar la entrada y subieron a la cocina.

Eric limpió un poco la caja con las manos sobre la encimera mientras A. J. buscaba un trapo, que mojó en agua para que lo limpiara mejor.

Cuando estuvo limpia, se la dio a la chica para que ella la abriera.

Amelia se secó las manos con un poco de papel de cocina tras lavarse. Fuera lo que fuese lo que había dentro, no lo quería manchar.

Levantó la tapa con cuidado.

Había un anillo idéntico al que Tom le regaló a Jane y un sobre donde ponía «A. J.».

—Mamá —susurró reconociendo la letra.

Eric sonrió.

La señora McQueen era muy inteligente, y si había decidido comunicarse con su hija de esa forma… debía ser por una razón muy poderosa, aunque había sido un poco arriesgado.

—Ella sabía que buscarías el tesoro de Jane —dijo Eric animándola—. Te dejaré sola para que leas la carta de tu madre.

—No tienes que irte. Te lo voy a contar después.

—En ese caso, voy a lavarme un poco mientras la abres —propuso para dejarle su espacio sin marcharse.

A. J. cogió el anillo, lo contempló unos segundos y lo dejó de nuevo en la caja. Nunca se lo había visto a su madre puesto.

Después abrió el sobre, sacó la carta y la desdobló, dispuesta a leer.

Estaba nerviosa.

> A. J., mi vida, siento escribirte esta carta. Me gustaría no hacerlo o que el contenido fuera otro, pero las circunstancias son las que son.
>
> Han venido unos hombres al rancho con una propuesta de compra. Les escuché amablemente y, como estábamos enfadadas, la acepté. Pensé que te quitaría un problema de encima y serías más feliz, pero luego cambié de opinión y me negué a cualquier venta, ya fuera total o parcial. Liberty funciona, es un rancho operativo con buenas referencias y no quiero deshacerme de él. Si cuando llegue el momento tú decides otra cosa, será tuyo y yo ya no lo veré. Pero, mientras

sea mío, ni lo vendo ni lo fracciono.

Bien, tras mi negativa, he comenzado a recibir amenazas por parte de un tipo llamado Carson. Creo que es el comprador y quiere el rancho para buscar piedras de sol.

No sé cómo se ha enterado de que por aquí puede que haya una mina sin explotar. Nunca lo hemos mencionado porque la única prueba real de que pueda ser así es este anillo. El anillo de la tatarabuela Jane.

Siempre se ha dicho que, por los mapas de los pioneros, por aquí había una mina, pero en el diario de Jane no hay nada sobre ello.

De todas formas, el rancho está en un terreno perfecto para especular, y si no es por la posible mina de piedra de sol... será por oro o por petróleo, o para crear un complejo turístico.

He intentado solucionarlo. Les he pagado quinientos mil dólares en efectivo como compensación para que nos dejen en paz, pero no sé si será suficiente. No te preocupes por el crédito, podrás pagarlo sin problema. Somos muy solventes.

Llevo días observando que me siguen en mis rutinas y sospecho que algo va a pasar. No sé si en el rancho o irán a por mí, pero, por si no tengo oportunidad de contarte todo esto en persona, te lo dejo por escrito.

La empresa se llama Golden Tree Company y está a nombre de Carson Society, pero creo que ya sé quién está detrás de todo.

Siento decirte que creo que tu padre está detrás de este entramado. No acabamos bien y no he tenido contacto con él en todos estos años, pero creo que es él.

Sé que tú nunca has querido información al respecto, pero debes saber que se llama Peter Dawson.

Por favor, protégete todo lo que puedas y no dudes de ti. Eres muy capaz de llevar el rancho, siempre lo he sabido. Pero, si te causa problemas graves, véndelo, deshazte de él.

Si has llegado hasta aquí es porque estás leyendo a Jane.

Haz caso a Tom. No hagas como nosotras, el resto de mujeres McQueen, cargando con estas tierras y su responsabilidad.

Si tienes que irte, vete. Eres la indicada para ello. No tienes el apego que hemos tenido nosotras con Liberty. Tu único apego con este rancho se llama Eric Cassidy, y ese muchacho hará oro allá donde vaya porque hace magia con los caballos. No os separéis por esta tierra, os queréis demasiado para echarlo a perder. No merece la pena. Empezad en otro lugar. Os irá muy bien.

Te quiero, Amelia Jane, a pesar de nuestras diferencias. Te entiendo, te he entendido siempre y te envidio, hija.

Me alegro mucho de que hayas vivido la vida a tu manera, hayas viajado a Europa, hayas estudiado lo que te apasiona y disfrutado de las oportunidades.

Estoy muy orgullosa y siento no haber sido valiente para decírtelo antes.

Cuídate, cuida de Eric y sed muy felices.

Nunca me puse este anillo porque nunca me casé, pero, si lo haces, es tuyo si lo deseas.

Te quiero, mi vida.

Amelia McQueen

Cuando A. J. terminó de leer la carta, las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin control.

Su madre nunca le había hablado así en vida. Ojalá lo hubiese hecho.

Eric, que estaba esperando paciente a que terminara de leerla en voz alta, se acercó a ella.

No hacía falta hablar, solo la envolvió en un abrazo que esperaba que la reconfortara en cierto modo.

Estuvieron abrazados largos minutos, hasta que se calmó un poco y pudo respirar más tranquila.

—No sé si voy a ser capaz de asimilar tanta información, Eric.

—Es increíble. Tu madre ha estado en peligro y no nos dijo nada. No nos hemos enterado, A. J. —declaró los hechos, en parte enfadado por no haber podido ayudar.

—A mí tampoco, Eric. Creo que nos quería proteger a todos.

—Esto levanta muchas sospechas sobre el accidente, Amelia. Se dio por hecho que se había salido de la carretera por el hielo, pero ahora dudo de que así fuera.

La mujer asintió preocupada.

—El coche de mamá está en el desguace de Jerry. No sé si seguirá allí y, aunque estuviera, no sé si nos dirá algo sobre el accidente que no haya visto la policía.

—Si había alguna pista, ya no estará.

La pareja se miró, procesando todo.

—Al menos ya sabemos por qué pidió el dichoso crédito —confirmó A. J.

—Para aclarar ese tema solo hay que esperar. El tiempo nos dirá si ha funcionado y esos tipos no vuelven, pero, hasta que eso pase, tienes que tener cuidado —declaró Eric, prudente. Porque no la quería asustar, pero debía conocer dicho peligro.

—Si lo que dice es lo que está pasando y mi padre está detrás de esto, dudo que no vuelva, y menos ahora que su mayor escollo no está y se ha quedado al frente de todo alguien que nunca estaba por aquí —expuso ignorando lo que Eric insinuaba sobre su seguridad.

Eric arrugó el ceño escuchándola.

—¿Crees que tu padre ha provocado todo esto para que seas tú la que estés al mando?

—No lo sé. Solo me ciño a lo que mi madre insinúa en esta carta.

—Bueno, llegado el momento, lo averiguaremos. Ahora guardemos todo esto y limpiemos. Nadie debe enterarse de lo que está pasando.

—Nadie —confirmó A. J. Esperó unos segundos a ver si decía algo más, pero, viendo que no, ella siguió—: Veo que mamá nos tenía muy calados a los dos.

—Ella era muy inteligente y sé que muchas cosas que hemos hecho han sido porque ella lo ha querido, no porque no se enterase. Igual que ha hecho la mía.

—¿Tú crees?

—Desde luego. A veces decían cosas que me lo insinuaban, y ahora me doy cuenta de que así era tras leer sus palabras.

A. J. sonrió mientras movía la cabeza con sutileza en señal de asentimiento muchas veces seguidas.

—Ojalá no se equivoque en lo importante.

—Ojalá —contestó Eric, sabedor de que se refería a la parte sentimental y no a la económica.

—Será mejor que sigamos leyendo el diario de Jane si queremos averiguar más cosas sobre Liberty, por si las necesitamos —propuso mientras cerraba la caja, dispuesta a llevársela a la cabaña.

—Tengo que recibir un caballo importante, A. J. No puedo escaquearme. Sigue tú. Luego me lo cuentas esta noche.

—Puedo esperar.

—No debes —pidió acercándose a su boca—. Tienes que avanzar.

—Yo decido —dijo antes de recorrer el espacio que los separaba para besarlo.

—Me voy. Dejaré el fuego encendido por si decides seguir con el diario, y guarda bien ese anillo de momento.

A. J. asintió. No había visto a nadie con un anillo así por Lake City, pero siempre se había escuchado sobre la posibilidad de una mina de piedra de sol por el condado.

No sabían de dónde lo había sacado el padre del tatarabuelo Tom. Podría haberlo traído de otras zonas del estado, o incluso de más lejos, pero podía despertar sospechas.

Decidió guardarlo en su habitación en su pequeño joyero, en una cajita de terciopelo con un par de anillos que ella misma se había comprado en los últimos años.

Lo sacó de su bolsillo y se lo probó.

Estaba perfecto y brillaba como nunca había visto otro.

Sonrió al vérselo puesto, pero enseguida se lo quitó.

Lo metió en una bolsita de terciopelo donde tenía uno de esos anillos para ocultarlo aún más y lo dejó en el cajón de la mesilla.

Capítulo 27

Liberty, finales de marzo de 2023

A. J. se encaminó a la cabaña de Eric, dispuesta a seguir con la lectura del diario. Como había prometido, había dejado el fuego encendido y olía a café recién hecho.

Cuando se acercó a la mesa, vio el ramillete de narcisos y una nota donde se leía: «Feliz lectura junto al diario de Jane».

Sonrió, cogiendo las flores para llevárselas a la nariz y olerlas.

—¿De dónde las has sacado? —susurró sin borrar el gesto feliz de su cara.

Sabía que había narcisos al principio de la primavera, pero aún no se había visto ninguno. ¿Cuándo había tenido tiempo de buscarlos? Eric era un hombre muy atento, siempre lo había sido.

Feliz con el detalle, se sirvió el café que le había preparado y se acomodó para seguir leyendo.

Liberty, invierno de 1896

El *sheriff* Green aceptó que Tom solo se encargara de los asuntos que tenían que ver con las granjas y los animales. No se involucraría en los asuntos del pueblo, solo en los problemas con el ganado, los caballos o las propiedades.

En realidad, era una forma de ayudar sin tener que abandonar la granja, atendiendo a los problemas que realmente le incumbían y de los que sabía.

No tardó en requerir de su ayuda cuando la banda de los Foster se internó en la granja de los Coldman y les robaron cuatro caballos domados dispuestos para vender.

El señor Coldman había trabajado mucho en esos ejemplares

para poder sacar un buen dinero por ellos. Domar *mustangs* no era tarea fácil, tampoco encontrarlos.

Como era de esperar, aquellos tipos no se responsabilizaron de sus actos. Dijeron que el señor Coldman había pagado una deuda con ellos y, ante eso, Tom poco podía hacer.

Lo único que conseguimos fueron más preocupaciones. Aquel granjero negaba tal deuda, pero sí contó que esos tipos entraron a la granja asegurándole protección a cambio de un pago regular, cosa a lo que el hombre se negó. Ellos no aceptaban un no por respuesta, por lo que todos entendimos que se habían cobrado los pagos por adelantado con aquellos caballos.

Poco a poco los granjeros fueron contando situaciones parecidas con exigencias de pagos y, ante la negativa, les robaban parte de sus bienes.

Ya no era tan fácil engañar a la gente del pueblo con el póker. Pocos pasaban por el salón a apostar, porque sabían lo que pasaría de buena tinta. Solo los borrachos caían en la trampa, y la mayoría ya no tenía nada que apostar.

Tampoco se retaban; conocían sus destrezas y no se atrevían.

Esta nueva forma de conseguir dinero era lo único que les quedaba antes de robar lo que querían por la fuerza.

Llegué a pensar que lo único a lo que aspiraban esos tipos era a destruir Lake City, pero no entendía por qué.

Una tarde de marzo en que no hacía demasiado frío, Tom me pidió acompañarlo. Era raro, pues ya no quería que nos alejásemos del rancho, ni que cabalgásemos juntos.

Por supuesto, acepté.

Fuimos cabalgando, como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos, hasta el lago.

Él solo miraba hacia atrás para ver mi cara de felicidad. Yo lo veía sonreír también.

Cuando llegamos al lago, descabalgamos y dejamos a los animales que bebieran mientras paseábamos.

Sabía que algo no iba bien.

—¿Me vas a contar qué sucede o tengo que sonsacarte? —pregunté viendo que no decía nada.

—¿Por qué tiene que pasar algo? ¿No puedo pasear con mi mujer? —Dio por respuesta, pero era poco convincente.

Lo miré levantando una ceja. Nos conocíamos muy bien. No hacía falta más.

—Me encanta pasear contigo, mi amor, pero resulta que estaba prohibido por seguridad. Y, ahora, de repente decides salir. Me da por pensar dos opciones. O que la banda de Foster se ha largado, cosa que me alegraría más que nada en el mundo, o tienes que decirme algo que no me va a gustar.

—Ojalá esos tipos desaparecieran de la faz de la tierra y todo volviese a ser como antes, pero no hemos tenido esa suerte.

Me acerqué más a él y cogí su mano.

—Entonces, solo queda la mala noticia.

Me miró unos segundos, apretando la mandíbula por la frustración que sentía.

—La situación está empeorando, los granjeros se niegan a pagar, y tememos que algo vaya a pasar.

—No tienen bastante con haber robado a la gente sus tierras, su ganado, ¡su futuro!, que ahora también quieren que les paguen por respirar. ¡Cómo van a vivir!

Mi indignación fue alterándome a cada palabra y Tom sabía que mi desilusión debía salir por algún lado.

—Ese es el problema, que la gente ya no tiene nada que perder. Y esos tipos son unos profesionales en destrozar la vida a los demás. No quiero que te hagan daño, Jane, y quiero que salgas a disparar y afines la puntería, tanto con la escopeta como con el revolver. Porque, si esos tipos entran en Liberty, yo necesito…

Le tapé la boca con la mano.

No quería que siguiera, lo había entendido y comprendía la gravedad de la situación.

—Tranquilo. Sé disparar, manejar el lazo, montar a caballo… Tranquilo, Tom. Sé defenderme.

Por primera vez en mi vida vi su terror en los ojos.

—Lo sé, perdona. Tu padre te enseñó bien, pero es que no sé cómo estar para todos y creo que no te cuido lo suficiente.

Sonreí ante sus palabras.

Le acaricié la barba de una semana que últimamente llevaba. No me gustaba mucho, pero sabía que él no estaba pensando en esas nimiedades ahora ni las necesitaba. Ya vendrían tiempos mejores.

—Me cuidas muy bien, Tom. Nunca pensé que tendría el marido

que tengo. Siempre creí que mi vida sería triste y me vería obligada a sobrevivir con un tipo mayor con el que mi padre se asegurase que tendría un futuro más o menos seguro. Ni en mis mejores sueños había pensado que volverías y estaríamos juntos. Es más de lo que me tocaba por destino. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y me siento muy querida. Pase lo que pase, quiero que lo sepas y estés tranquilo. Porque lo has hecho bien, mi amor. Volviste aquí y me buscaste. Eso me ha hecho la mujer más feliz de todo Oregón.

—Gracias —contestó, abrazándome con un sentimiento de protección sin precedentes. Temblaba entre mis brazos de puro miedo y no lo podía disimular.

—Te quiero, Tom. Pase lo que pase, siempre te querré —le intenté tranquilizar.

—Te quiero, Jane. Pase lo que pase, siempre serás mi amor.

Pasaron un par de semanas desde aquel día en el lago y se confirmaron las sospechas. La gente de Lake estaba harta de aquellos tipos y el pueblo se había convertido prácticamente en un motín.

Yo llevaba un par de días revuelta, con muchas náuseas y mareos, pero no quería decirle nada a Tom.

Tenía mis sospechas sobre un posible embarazo, pero no había dicho nada a nadie y había conseguido disimularlo muy bien, hasta que comencé a tener síntomas típicos de embarazada.

Rose era la única que me lo había preguntado abiertamente, aunque con discreción. Me había escuchado vomitar un par de veces y también marcharme de la cocina ante algún olor.

No supe qué decirle. No estaba segura y no quería preocupar a Tom con otra incertidumbre.

—Si no te ha venido el periodo, está más que claro, sin necesidad de que intervenga ningún doctor para confirmar la noticia. Además, en pocas semanas perderás la cintura, mi niña.

—Lo sé, pero prométeme que no dirás nada. Tengo tiempo antes de que se note —rogué asustada—. No quiero que Tom tenga más cosas en las que pensar ahora. Por favor.

—Lo que tú digas, Jane, pero esto no se puede ocultar eternamente. Debes decírselo en cuanto puedas.

—Lo sé, lo sé. Pero quiero asegurarme de que irá bien, y no es buen momento para contarle algo tan importante.

—Nunca es buen momento, mi vida. Créeme.

—Rose, no hay secretos entre Tom y yo. Todo va bien entre nosotros —aclaré para que no insistiera más—. Algo va a pasar en el pueblo, la gente está muy enfadada, lo presiento y no quiero que tenga que preocuparse de nada más. Esperaré todo lo que pueda.

—Como digas. Guardaré el secreto —convino con poca convicción.

No quería darle a Tom ningún motivo que le hiciese desviar la atención de la banda de Foster. Quedaba poco para que todo saltara por los aires.

Como preveíamos, una mañana pocos días después, la banda de los Foster se presentó en la granja de los Preston. Una buena familia que tenía ganado y también cultivaban miel.

Se negaron a pagarles más dinero y los abatieron sin compasión. A todos. Los dos adultos y los tres hijos de la familia.

Tom regresó blanco como la cal a casa. No podía ni hablar. Solo contó que los habían matado y habían quemado la granja.

No se veía un ataque tan atroz desde la guerra, según contaban.

Estaba claro que era un aviso muy cruel para los demás, y debían decidir si luchar o someterse.

Nuestro miedo era que entrasen en Liberty. Era el rancho más alejado y más grande. Había mucho terreno que cubrir y no éramos suficientes.

Hasta el momento no les habíamos vuelto a ver por nuestro hogar desde que vinieron a pedir el dinero que les debía Garrett, pero sabíamos que no habían aparecido porque Tom era un ayudante del *sheriff*. Si no tuviera ese cargo, ya habrían regresado.

—Tenéis que quedaros en casa, Jane. No salgáis. Cerrad bien todas las ventanas y las puertas. Cargad las armas y vigilad. Desde la planta de arriba es desde donde mejor se ve el camino de acceso. Desde la buhardilla se puede ver más lejos aún. No podéis dejar de vigilar desde allí.

—Tranquilo. —Intenté que guardase la calma mientras preparaba armas y munición para todos los hombres y mujeres del

rancho—. Vigilaremos todo el rancho hasta que vuelvas.

Me miró de una forma en que un escalofrío de miedo me recorrió el cuerpo.

—Dos hombres se quedarán en el establo protegiendo a los caballos. Por suerte, el ganado aún no ha regresado. Los demás patrullarán el rancho.

—Como tú digas. Todo saldrá bien —contesté sin saber qué más podía decirle.

—Esos tipos no mirarán si disparan contra una mujer, un hombre o un niño, Jane, y al fin y al cabo han venido hasta aquí por este rancho. Vendrán aquí y se lo intentarán quedar.

—No lo conseguirán. Lucharemos mientras venís a ayudarnos. Tienes que protegerte y no ponerte en peligro, porque tienes que venir a echarlos —le dije mientras me acercaba para colocarle el abrigo de cuero.

Le escuché coger aire muy profundo y contenerlo.

Lo miré lo más tranquila que pude para intentar que él también lo estuviera.

Acarició mi rostro antes de besarme.

Me aferré a él intentando disfrutarlo mientras él me envolvía en sus brazos.

—Tengo que irme, Jane. No quiero, pero me comprometí con el *sheriff* y…

—Tranquilo. Todo va bien. Solo te pido que vuelvas conmigo.

—Siempre —contestó antes de besarme de nuevo.

—Siento interrumpir, pero debemos irnos, Tom —dijo Jimmy desde la puerta.

—Te quiero —susurró en mi oído mientras me abrazaba como despedida.

—Yo te quiero más —contesté, cerrando los ojos mientras inhalaba su olor, rogando que no fuese la última vez.

Capítulo 28

Liberty, finales del invierno de 1896

El tiempo pasaba muy lento. Hacía horas que Tom se había ido a Lake con la mayoría de los hombres del pueblo a plantarle cara a la banda de Foster y aún no había vuelto.

Tampoco se escuchaba nada extraño en la lejanía. No había disparos.

Papá estaba apostado en su sitio en el salón con dos rifles y munición. Rose estaba en la buhardilla con otro par de rifles y las demás estábamos repartidas por el resto de la casa.

Los hombres estaban protegiendo el perímetro, menos Brad y Kurt, que se habían quedado en el establo con los caballos.

El corazón me latía a mil por hora y los nervios me empezaban a pasar factura.

—Debes comer —dijo Rose detrás de mí, haciéndome dar un respingo.

—¿Qué haces aquí abajo? No puedes dejar ese puesto. Es crucial.

—Tranquila, Grace me sustituye. Voy a repartir comida.

Asentí conforme, pero con la vista puesta en la maldita ventana.

No sabemos cómo sucedió, pero en segundos teníamos a cinco de los Foster entrando a los alrededores de la casa.

No disparaban, no hacían nada, solo rondaban alrededor.

En el fondo de mi ser sabía que era un error esperar hasta que nos atacaran, pero las buenas personas somos así. Nos defendemos como debemos, pero no atacamos los primeros.

Todos en la casa aguardamos sin dejarnos ver.

—¡Salid! Sabemos que estáis ahí —gritó uno de ellos, al que vi el

día que aparecieron pidiendo la deuda de Garrett. Estaba tan inquieto como entonces y no me gustaba nada.

No nos movimos, ni contestamos. Nos quedamos en nuestros puestos aguardando.

—Será mejor que salgáis por vuestro propio pie. No os recomiendo obligarnos a echaros —insistió sin dejar de moverse con el caballo de un lado a otro.

El miedo me atravesó de arriba abajo.

Pensé en Tom. ¿Dónde estaba?

Respiré hondo. Debía aclarar la mente.

Era la responsable de aquel rancho mientras Tom no estuviera y tenía que responder ante aquellos tipos.

Salí de la habitación con mi rifle en la mano, la pistola en la cartuchera de mi cadera y munición en los bolsillos de mis pantalones de montar.

Bajaba las escaleras con decisión, cuando escuché a Rose desde arriba.

—No vayas —susurró para que no nos escuchase nadie más.

—Tengo que hacerlo. No dejes tu puesto. Eres la que más visión tienes ahora mismo, pero no te delates si no es necesario —pedí antes de continuar mi camino.

No sabía muy bien cómo era capaz de pensar esas cosas en las que nunca había reparado antes.

Observaba a Tom siempre que podía, y supongo que solo necesitaba una oportunidad para actuar así.

Escuché la voz de mi padre diciéndole algo inoportuno a esos hombres cuando llegaba a los últimos peldaños.

—No, papá —susurré acelerando el paso.

Salí al porche y me coloqué junto a él.

—Vaya, por fin vemos a la señora McQueen —dijo uno de ellos en los últimos puestos del grupo.

No me hizo falta verle la cara, su voz no era fácil de olvidar. El mismísimo Clayton Foster en persona.

—Ya sabe que no son bienvenidos en estas tierras. Salgan de mi rancho. —Dejé clara mi postura desde el principio sin soltar el rifle, aunque no apuntaba a nadie. Ellos, de momento, tampoco.

—Aquel día en la tienda debí suponerlo. —Continuó con su diatriba—. Es preciosa, Jane. —Me llamó por mi nombre por

primera vez—. No me gustaría hacerle daño. Salgan de la casa y estará todo solucionado.

—Nadie tiene que hacerse daño. Solo tiene que marcharse de aquí con sus secuaces. Por favor, váyanse.

—Nada me gustaría más que volver a casa, pero su marido no quiere pagarme la deuda de su hermano teniendo todo esto y yo tengo que cobrar, Jane —dijo abriendo los brazos, abarcando todo el alrededor mientras sonreía.

—¿No ha escuchado a mi hija? ¡Váyanse de las tierras de mi yerno!

—¡Oiga, viejo! ¡Cállese o le callo yo! —gritó el hombre, que no dejaba de mover su caballo de un lado al otro con su pistola en la mano.

—¡Fuera! —gritó papá con rabia.

Aquel tipo apuntó con el arma y yo, que no le quitaba el ojo de encima, di un par de pasos por delante de papá.

El disparo resonó en el rancho.

Sentí cómo algo me quemaba por dentro en el abdomen.

Miré donde sentía esa quemazón. La ropa se teñía de sangre.

Puse la mano sobre la herida en el costado. Al instante se manchó de rojo.

Miré a papá, un paso detrás de mí.

Estaba bien. No le había alcanzado. Me tranquilicé al saberlo.

Vi a toda mi gente apuntando con sus armas a la banda.

—¡No disparéis! Estoy bien —grité para contenerles.

—¡Oh, Jax! ¿Qué cojones has hecho? ¡A ella no! ¡Nunca! —gritó Clayton al tipo que me había disparado.

—¡Se ha puesto en medio! —replicó.

—¿Y qué pensabas que iba a pasar? ¡Es su puto padre! —chilló Clayton de nuevo. Después sacó su arma y, sin más, disparó en la frente al tipo.

Cayó de su caballo al instante mientras el jefe de la banda maldecía.

—¡Lo siento, Jane! Esto no debía pasar —me dijo, como si de verdad le importase—. Nos vamos, pero volveré.

Todos los hombres tiraron de las riendas de sus caballos para girar sobre sí mismos y desaparecieron al galope.

Él se quedó el último, mirándome —malherida en el suelo— con

el ceño fruncido, hasta que hizo la misma maniobra que sus hombres y se marchó también.

Mi gente se había quedado quieta tras mi orden, pero, en cuanto se marcharon, todos corrieron en mi dirección.

—¡Jane! —gritó papá mientras me intentaba coger.

—Tranquilo, papá, no pasa nada. Estoy bien —contesté con la voz entrecortada por el dolor que sentía. Me dejaba sin respiración.

—¡Brad, Kurt! Avisad al doctor Moore. ¡Rápido! —gritó Rose llegando hasta mí.

—Estoy bien. Estoy bien —repetía con la mente en blanco.

—Tenemos que llevarla a la mesa de la cocina. Rápido. —Escuché a Rose dar órdenes.

En unos segundos, me habían llevado hasta la gran mesa de madera de la cocina y me subieron sobre ella.

Me arremangaron la camisa para ver la herida.

—La bala está dentro, Jane. Hay que sacarla —dijo Rose mirando la herida. Asentí para que supiera que lo entendía—. Jane… —susurró dudando si seguir hablando.

—La tienes que sacar o ninguno sobrevivirá —contesté sabiendo a lo que se refería.

—Tiene que venir el doctor Moore.

—No. Tienes que hacerlo tú —le dije, casi sin poder respirar. El dolor era muy intenso ya.

—No sé hacerlo…

—Tienes que intentarlo —insistí.

—Nosotras te ayudaremos. —Se acercaron Grace y Mary.

Sin muchas más opciones, Rose asintió resignada. Pidió que le llevasen el botiquín del establo, telas limpias, agua caliente, un cuchillo y la botella de *whisky* del aparador del salón.

Estaba muy nerviosa. Le temblaban las manos.

—Allá vamos —susurró con la botella de *whisky* en la mano—. Bebe un poco. —Accedí sin rechistar. Estaba muy fuerte, pero era mejor que pasar por aquello sin ese par de tragos—. Ahora te va a doler mucho, pero tengo que desinfectar la herida.

Asentí y al instante sentí como si mil cuchillos ardientes me atravesasen.

Grité tanto que me debieron escuchar en todo Lake.

Intenté mantenerme consciente, pero era insoportable y al final

me desvanecí.

Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y ver a Tom, muy nervioso, acariciándome la cara mientras el doctor Moore hablaba.

Volví a desvanecerme hasta que desperté.

Tom estaba a mi lado, sentado en una silla, con la cabeza recostada sobre la cama.

Era de día, por lo que había dormido al menos toda la noche.

Intenté moverme, pero el dolor me atravesó el cuerpo.

El grito que di despertó a Tom al instante.

—Tranquila, mariposa, tranquila. No puedes moverte, mi vida.

Había cerrado los ojos de golpe y apretaba los labios, preparada para el próximo dolor.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha podido sacar Rose la bala? —pregunté con mucho esfuerzo.

—El doctor Moore llegó a tiempo y pudo terminar el trabajo —me explicó antes de dejar un beso en la frente.

Su mirada era triste.

Respiré hondo.

—Hay algo mal, ¿verdad? Dímelo —pedí directa. No estaba para darle muchas vueltas. El dolor me mataba.

—El bebé… —intentó explicarme, pero la voz se le rompió.

Cerré los ojos y respiré hondo un par de veces.

—Iba a matar a papá —susurré con un hilo de voz, aguantando las lágrimas.

—Lo sé, mi vida. Hiciste lo que debías. No pasa nada. Tendremos más —intentó animarme.

—¿Qué podía hacer?

—Lo has hecho bien, Jane. Tranquila.

—Lo siento —contesté con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Era muy pronto para siquiera sentirlo, tampoco lo había confirmado al cien por cien, pero la sola idea de tener una personita dentro de mí me había hecho mucha ilusión y soñaba con el momento de decírselo a Tom, con el día en que naciera colmándonos de felicidad. Pero no iba a suceder.

—Estás aquí, mi amor. Lo conseguiremos —intentó animarme.

—Te has enterado de la peor forma posible. Lo siento mucho —pedí disculpas.

—Rose me ha explicado por qué no querías contármelo aún y lo entiendo, Jane. No te preocupes. Ahora solo tienes que pensar en recuperarte.

—¿Cómo está papá? —me interesé. Seguro que muy nervioso.

—Desde que sabe que estás fuera de peligro, mucho mejor. Un poco triste por la noticia del bebé. Cree que debería haber muerto él y que no tendrías que haberte interpuesto.

—Era difícil que eso sucediera. No lo pensé, solo actué.

—Es lo que hacen los guerreros, Jane, y tú siempre lo has sido. Eras la jefa del rancho en ese momento y defendiste lo tuyo lo mejor que supiste y pudiste.

—No sé yo… —susurré, procesando lo que me decía—. ¿Y qué ha pasado en el pueblo? —Tenía que saberlo.

—Clayton Foster y su banda se han marchado, pero volverán. Lo que no sabemos es cuándo.

—Mató al tipo que me disparó. Le dijo que a mí no me tenían que disparar nunca —conté recordando la escena—. Me pidió perdón por el disparo. Dijo que se iban, pero juró que volvería.

Tom se quedó pensativo ante esas palabras.

Lo observé sin atreverme a preguntar en qué pensaba.

—No te preocupes por nada, mi amor. Ahora tienes que descansar y todo irá mejor —dijo antes de besar mi frente y sonreír.

Capítulo 29

Liberty, finales de marzo de 2023

Eric llegó a la cabaña antes de comer. A. J. no estaba en el comedor del rancho y pensó que estaría enfrascada en la lectura.

Había pedido a su madre que le preparase dos raciones para llevar y así podría compartir un buen rato con ella.

La mujer se lo había preparado sin preguntas y allí estaba, con su bolsa de papel con la comida dentro, en la puerta de su casa.

Entró sin llamar.

Estaba sentada en la mesa, con una taza de café vacía junto a ella y llorando.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —preguntó apresurándose a llegar hasta ella.

Dejó la bolsa con la comida y se acuclilló para estar a su altura.

A. J. no contestaba, solo sollozaba y señalaba el libro.

Eric lo entendió y la abrazó. Fuese lo que fuese lo que allí ponía, se trataba de su familia y daba igual el tiempo que hubiese pasado o que no se conocieran. Eran sus antepasados, su sangre, y se sentía muy identificada con Jane.

—Tranquila. Desahógate.

—Qué pena me ha dado leer esta parte —sollozó, incapaz de parar, mientras le ofrecía el libro para que leyera lo que se había perdido.

Él asintió, comprendiendo.

Le secó las lágrimas de la mejilla, la besó y comenzó a leer.

A. J. se levantó para preparar la mesa mientras lo leía y después sirvió la comida que les habían preparado.

Cruzaron miradas mientras avanzaba en la lectura y cerró el

libro, apesadumbrado, cuando terminó.

—Qué valiente era tu tatarabuela, A. J.

—Mucho —contestó, incapaz de hablar más.

—Come, seguiré leyendo en voz alta. No podemos quedarnos con esta intriga, ¿no crees?

—Gracias, pero mejor comemos juntos y después seguimos —propuso sonriéndole—. ¿Qué tal el caballo? He escuchado cómo llegaba el remolque.

—Es precioso, pero cogió miedo con el anterior adiestrador y se ha vuelto rebelde. Quieren que sea un caballo de carreras, pero, si no se disciplina, no podrá serlo.

—¿Qué crees que le ha pasado? Es raro.

—No lo sé. Hay gente que los presiona demasiado y los desestabiliza. Tendré que trabajar con él para averiguarlo.

—¿Desde dónde venían con él?

—Desde Luisiana. Es increíble —susurró, asombrado por la cantidad de kilómetros que habían viajado con el caballo para que lo adiestrara él.

—Ahí lo tienes. Tu fama ha traspasado estados —apreció su trabajo.

Eric sonrió con timidez, aceptando el halago, pero le costaba.

—Aún no me creo que hayan hecho casi cuatro mil kilómetros en coche para traerlo hasta aquí —confirmó su asombro por el caso.

—¿Cómo se llama el caballo?

—Luisiana. Se lo pusieron para que se oiga el nombre del estado cuando compita.

—Buena táctica —dijo A. J. divertida.

—Puedes venir a verlo si quieres. Te gustará.

—Lo haré.

—Saca el diario. Quiero saber qué pasa con Tom y Jane.

Amelia cogió el diario de Jane y se lo dio a Eric.

El hombre comenzó a leer en voz alta mientras A. J. recogía la mesa y preparaba el postre con un café.

Liberty, primavera de 1896

Mi recuperación fue lenta, o al menos a mí me lo pareció. No pude levantarme de la cama en varios días. Después, estuve intentando ponerme en pie y caminar otros tantos. Cuando lo conseguí, Tom y mi padre no me dejaban hacer nada, así que de poco me servía.

Las cosas estaban más tranquilas en Lake sin la presencia de la banda de Foster. Parecía que la gente estaba menos asustada y todo volvía a la normalidad poco a poco, pero sin olvidar su amenaza de volver.

El frío del invierno ya había pasado y el ganado debía volver al rancho. Tom lo esperaba con impaciencia. Era nuestro futuro.

El día que apareció el primer grupo de vaqueros con ganado, Tom estaba hiperactivo. Nunca lo había visto de esa forma, pero me encantaba que así fuera.

Convencí a Rose para que me llevase a ver cómo recibían al ganado, entrando a Liberty, y lo revisaban pieza a pieza.

Me montó en el carro y despacio fuimos hasta la linde del rancho para verlos llegar.

Era un espectáculo ver tantas reses llegar con los vaqueros recogiendo el ganado con sus caballos.

Divisé a Tom, que cabalgaba en dirección al rebaño y sus hombres, con su cazadora de cuero corta y el sombrero bien ajustado para no perderlo.

Era hipnótico verlo montar.

Enseguida se incorporó a los vaqueros y comenzó a bailar con su caballo para dirigir al ganado.

Una pequeña res se quería escapar del grupo y la persiguió unos metros hasta que se puso ante ella, obligándola a regresar al grupo. Sonreía mientras veía cómo se reunía con las demás.

Sonreí también.

En ese instante, él se giró hacia el carro y amplió aún más su sonrisa al verme. Me saludó, quitándose el sombrero para volvérselo a poner a los pocos segundos.

Le tiré un beso con la mano y él se echó hacia atrás en el caballo como si se hubiese desmayado al recibirlo.

Todos reímos viéndole disfrutar, como hacía mucho que no lo hacía.

Cabalgó hasta donde estaba con Rose y se acercó a mí con gesto pícaro.

—Quiero robarle un beso de verdad, señora McQueen —dijo con media sonrisa, muy sensual.

—No hace falta que lo robe, señor McQueen, soy suya.

—Ojalá pronto pueda suceder —susurró en mi boca.

—Esta noche —propuse, convencida de que ya podía retomar mi vida sexual con cuidado.

—¿Estás segura? —preguntó asustado, creo que igual o más que el día que me dispararon.

—Sí.

Me besó sin más palabras.

No estaba segura de si me tomaba en serio, pero al menos quería intentarlo.

La reunión del ganado fue bien. Había que esperar al segundo grupo, que estaba cerca y llegaría en un par de días.

Tras la amena cena comentando lo divertida que había sido la experiencia, decidí subir al dormitorio sin demorarlo. Quería cambiarme tranquila y hacer las cosas con calma.

Estaba muy nerviosa, casi tanto como la primera vez, pero era más por el posible dolor que me causara moverme más rápido de lo que podía las últimas semanas que por otra cosa.

Había empezado a desabrocharme los botones del vestido cuando Tom llegó.

Cerró la puerta tras él y se quedó de pie apoyado en ella, mirándome sin moverse.

Lo observé desde el espejo que tenía enfrente, pero no hizo nada.

Decidida a seguir con mi plan, continué desabrochándome los botones del vestido. Me había puesto uno abotonado por delante para poder hacerlo sola. Él seguía en la puerta. Solo le escuchaba respirar.

Me lo quité como si no estuviera allí observándome. Después las medias, los zapatos, la enagua y la ropa interior.

Observé la venda alrededor de la cintura que se empeñaban en que llevara, aunque ya no era necesaria. No sangraba desde hacía un par de semanas.

Aun así, la quité con cuidado, pues quería ver su estado.

Todo iba bien. Había cerrado perfectamente, estaba curada y no me dolía, salvo ciertos movimientos que intentaba evitar.

Tom se acercó cuando me vio mirar la herida. También la quería ver.

Cogí su mano, grande y un poco áspera por el trabajo, y la puse sobre ella.

—Todo está bien. No sangra, no me duele, se ha cerrado sin problemas…

—No quiero que te hagas daño, Jane —me interrumpió.

—Y no me lo haré, ni tú tampoco —dije con seguridad.

Me miró en el espejo que teníamos delante mientras me estremecí por la caricia sobre mi piel herida.

Me mordí el labio. No quería decir nada que le hiciese cambiar de opinión.

—¿Te duele? —insistió.

—No —susurré, sintiendo las sensaciones de sus caricias.

—Prométeme que me avisarás si algo no va bien.

—Te lo prometo —aseguré con la voz entrecortada mientras él deslizaba sus manos por mi piel.

Me giré para besarlo y poder quitarle la ropa.

No tardó en quitársela él mismo. Estaba tan impaciente como yo, aunque no quisiera reconocerlo.

Poco a poco fue caminando hacia la cama, sin dejar de besarme y tocarme, hasta que llegamos a ella.

Lo noté indeciso. No sabía cómo colocarme, ni qué hacer.

Sonreí.

—No soy de cristal, Tom.

—Lo sé, pero…

Lo besé sin darle opción a hablar más, empujándole con suavidad para que sentara sobre la cama.

Me coloqué sobre él a horcajadas sin dejar de besarlo.

Encajamos a la perfección, como siempre, y no tardó en olvidarse de mi herida.

El clímax nos esperaba a ambos después de muchas semanas esperando. Ya no existía nada más.

Capítulo 30

Liberty, primavera de 1896

Aquella noche fue la última que pasé con Tom tal y como le conocía. Los problemas empezaron a surgir en cascada en Liberty y, aunque lo intentaba, nunca volvió a ser el mismo.

En cuanto el segundo lote de ganado llegó al rancho, Tom se dio cuenta de que algo no iba bien.

Los vaqueros de plena confianza que los habían pastoreado todo el tiempo que habían estado fuera decían que nadie se había acercado a los animales. Habían hecho guardias y todo transcurrió como siempre, pero comían poco y parecían enfermos.

Nadie sabía qué les pasaba, pero fueron muriendo poco a poco.

Jimmy fue el primero que pensó en un envenenamiento. Lo que no sabíamos era con qué, ni cómo.

La desesperación en el rancho era palpable.

Por suerte, Tom sospechó desde el primer momento y no unificó los rebaños. Eso salvó la mitad de las reses.

Fue un disgusto profundo del que no salió nunca.

Siempre había sentido la responsabilidad del rancho sobre sus hombros, cuidar de la herencia familiar una generación más. Perder todas aquellas cabezas de ganado era perder mucho dinero y muchas posibilidades para el futuro.

Yo intentaba mantenerlo tranquilo, siendo positiva e intentando echar una mano en todo lo que podía, pero era una situación difícil a la que nunca me había tenido que enfrentar y no podía entender aún.

Durante unos días valoró la posibilidad de retroceder el camino del ganado para buscar qué había pasado.

No pude retenerlo.

Cogió su caballo, a sus cuatro hombres de confianza y se marchó.

No supe nada de él durante cinco días.

En ese tiempo que estuvo ausente, comprendí muchas cosas que todavía no me había tocado vivir.

Organizar el trabajo para que el ganado y los caballos estuviesen en perfectas condiciones era laborioso y agotador.

Los hombres a nuestro cargo eran habilidosos y muy trabajadores, pero, cuando falta personal, eso no es suficiente.

Fue duro, sobre todo por no saber nada de Tom. Durante muchos momentos en esos días, pensé en la posibilidad de que la banda de los Foster tuviese algo que ver, que le estuviesen esperando en algún punto de su recorrido y no le volviese a ver.

No se lo dije a nadie. No quería decirlo en voz alta, porque, si alguien del rancho me decía que era una posibilidad o me daba la razón, no podría vivir hasta que lo viese llegar sano y salvo.

No dormí más que un par de horas por jornada durante las cuatro noches que Tom no estuvo.

Recuerdo cuando apareció a caballo por el camino por el que entró el ganado días atrás.

Era un espectáculo verlo a caballo.

Imponente, elegante…

Tom.

No traía buenas noticias.

En cuanto desmontó, sacó de la alforja un pañuelo y lo desenvolvió. Dentro había restos de raíces y plantas.

Una parte era raíz de cicuta, típica de la primavera y muy venenosa para el ganado.

Otra parte parecían restos de adelfas y bellotas.

Los hombres se arremolinaron a nuestro alrededor. Todos querían saber qué habían encontrado.

—Estaban allí, sin más —me explicó entre confuso y enfadado.

—¿Como si alguien las hubiese colocado a propósito? —pregunté pensando que igual tenía razón con mi teoría.

—Sí —contestó con un tono cansado que no me gustó nada.

—¿Qué crees que ha pasado, Tom?

—Alguien ha envenenado el ganado durante el camino de

vuelta. Poco a poco, con cuidado de que mis hombres no se dieran cuenta. Hemos encontrado muchos rastros en el trayecto que hicieron los últimos dos días.

—Solo hay una persona a quien le interesa que pierdas tu ganado, Tom —me decidí a decir.

—Este rancho es muy codiciado, Jane. Está en la mejor zona, tiene recursos propios y es próspero.

—Últimamente no has tenido problemas más que con una persona. Es un poco extraño que de repente otras intenten boicotear tu trabajo cuando nunca antes había sucedido, ¿no crees? Sin contar con la deuda de tu hermano para con esas personas, que no han podido cobrar.

—Puede que tengas razón, Jane —dijo mi padre, que había salido a ver qué noticias traían en cuanto vio llegar los caballos.

—No tengo pruebas, por lo que no voy a acusar a nadie. No los vimos envenenar a los animales, y cualquier *sheriff* o juez dirá que estos restos se encuentran en la naturaleza y tendríamos que haber sido más cautos. No puedo probar que no ha sido un accidente —aclaró, mirando a todos lo que allí nos reuníamos—. Aun así, si este es el pago por no haber cedido a las intenciones de aquellos delincuentes, ya está saldado. No vamos a mirar atrás, vamos a seguir adelante como hemos hecho siempre. Liberty es lo que es no solo por los animales; es la gente que lo forma, y esos somos todos nosotros —dijo, dando una vuelta sobre sí mismo para mirar a todos—. Nada ni nadie nos apartará del camino del trabajo y la buena convivencia. Nadie. Por lo que quiero que, una vez que hemos aclarado lo que le ha pasado al ganado, aprendamos de ello, lo tengamos en cuenta para estar más atentos a cualquier anomalía que podamos notar, por insignificante que sea, y sigamos adelante. Tenemos un rebaño más pequeño que cuidar, pero no es menos importante. Hagamos nuestro trabajo para que la mayor parte de las crías que están por nacer lo hagan en las mejores condiciones y sigamos creciendo. Cuento con cada uno de vosotros para ello. Sois mi familia, aunque no lo seamos de sangre, y espero que seáis leales a Liberty, a mí y a Jane, y nuestro legado.

Aquellas palabras de Tom nos emocionaron a todos.

Liberty lo era todo para él y supo disimular muy bien el disgusto por la pérdida de tantos animales y el dinero que suponía, pero no

había más opción que seguir adelante.

—Estamos contigo, Tom. Los McQueen sois los mejores patrones que uno puede tener —confirmó Jimmy su lealtad.

Los demás hombres le siguieron en aquella apreciación y todos estuvieron a favor de Tom y sus palabras.

Pero él no estaba bien y no se repuso nunca.

La obsesión por los animales y su bienestar le quitaba el sueño y poco a poco le consumió.

Las semanas pasaban y, a pesar de que los animales empezaron con la cría en primavera, él estaba continuamente pendiente de cada detalle, incapaz de delegar en sus hombres de confianza muchas cosas.

Conmigo intentaba pasar tiempo y que fuera de calidad, pero no fue como antes.

Hablábamos mucho, me contaba sus inquietudes, sus miedos. Y, cuando lo veía mal y no se abría, insistía para que me contara. Casi siempre lo conseguía, pero su obsesión seguía.

Aquel tipo no le quitó el rancho ni el dinero, pero le quitó su seguridad en el trabajo, en el rancho y en sí mismo.

Lo peor aún estaba por venir y no nos imaginábamos hasta qué punto iban a cambiar nuestras vidas.

Capítulo 31

Liberty, finales de marzo de 2023

La madre de Eric tuvo que ir a buscarlo a la cabaña para seguir con el caballo recién llegado. Estaba tan enfrascado en la lectura junto a A. J. que había perdido la noción del tiempo.

La chica, en contra de la voluntad del vaquero, se fue con él para verle trabajar con el caballo, aunque no dejaba de darle vueltas a lo que había leído.

Al parecer, mucha gente deseaba Liberty. Y así seguía siendo, si su madre tenía razón. El rancho siempre había estado amenazado por otras personas.

A. J. soltó la mano de Eric cuando llegaron al recinto de adiestramiento, donde ya estaba Luisiana, y se quedó fuera. Era marrón, con las crines en el mismo color. El animal tenía un brillo que lo hacía especial, siendo un color corriente para un caballo.

Eric entró al recinto con seguridad, con ese paso lento que le caracterizaba. Se dirigió despacio al animal y se colocó a su lado mientras cogía las riendas por debajo del cuello.

El caballo bajó la cabeza hasta la altura de Eric y este le susurró algo al oído.

El animal acercó la cara a la de Eric con suavidad.

—No sé cómo lo hace —susurró Timothy, uno de los vaqueros más jóvenes, que observaba la escena junto a ella—. Esta mañana no había quien se hiciera con el animal. Muy nervioso, cabeceando… Lo ha cogido Cassidy, y en un rato trabajando con él ya estaba tranquilo. Es un encantador de caballos.

A. J. sonrió escuchándolo.

Era un buen nombre para publicitarse por su trabajo.

Aunque tenía muchas especialidades, no solo los caballos. Siempre había encandilado a las chicas. Tenía un don para con los demás cuando quería.

Eric comenzó a andar junto al caballo sin soltarle las riendas debajo del cuello. El animal le obedeció y, tranquilo, caminó a su lado.

Cuando notó que tenía confianza, le soltó el ajustado amarre y le dejó un poco más suelto.

Luisiana seguía caminando junto a él con total tranquilidad.

Poco a poco fue alargando más la rienda hasta que la soltó del todo, pero el caballo no lo notó y continuó con él como si lo tuviera cogido.

Amelia se mordió el labio inferior mientras sonreía.

Aquel caballo, que supuestamente estaba perdido, había cambiado su actitud en un día.

¿Qué le habrían hecho?

Estaba segura de que tenía más miedos y más malos comportamientos, pero de momento obedecía a Eric, y eso era más de lo que habían conseguido hasta ahora.

Cuando el hombre creyó que era el momento, paró la marcha. Lo acarició en la frente y el rostro, deslizando la mano por el cuello hasta que sintió que era el momento de intentar montarlo.

En cuanto el caballo lo intuyó, levantó las manos dejándole solo con la intención.

Eric enseguida lo tranquilizó de nuevo. El caballo se calmó a los pocos segundos, en cuanto entendió que no lo iban a montar.

—Creo que ya basta por hoy. Se ha portado muy bien. Mañana seguiremos. Puedes llevártelo —pidió a Timothy.

El muchacho obedeció a Eric y se llevó al caballo.

Eric se dirigió a A. J. mientras se quitaba los guantes con una sonrisa en los labios. Ella también le sonreía.

—Mi encantador de caballos —le susurró cuando estuvo cerca de ella.

—Eso dicen estos sinvergüenzas para burlarse de mí —confesó, llegando hasta ella para cogerla de la cintura y estar más cerca.

—No digas eso. Es lo que haces. Tendrías que verte para entender lo que vemos los demás —le propuso.

—¿Y luego qué? ¿Lo subimos a las redes sociales y me hago un

perfil de encantador de caballos? —propuso juguetón.

—No lo descartes. Es buena idea si necesitas proyección o más trabajo.

Eric entrecerró los ojos mientras negaba con un gesto de cabeza.

—Espero no tener que hacerlo. No se me dan bien esas cosas.

A. J. rio al escucharlo. Dudaba que hubiese algo que no se le diera bien. Hasta la fecha no tenía conocimiento de que se le resistiera nada.

—Me voy a casa. Solo quería ver al caballo —mintió.

—Espero que te haya gustado.

—El caballo no tanto como el domador. Es *sexy* y está cañón. ¿Me lo presentas? —jugó con él.

Eric miró a su alrededor para comprobar que nadie les estaba mirando ni escuchando.

—Sí, y creo que también quiere conocerte. Ahora te lo mando a casa —contestó antes de besarla.

—Allí lo espero —confirmó la mujer tras el beso.

Se separó de él un poco, lo volvió a besar y se fue en dirección a la cabaña.

Eric no la perdió de vista ni un segundo mientras desaparecía de su vista. Después se fue a dar instrucciones sobre las labores del establo y se marchó en dirección a la cabaña.

Cuando salió al exterior, liberado de trabajo y dispuesto para ir a ver a A. J., su madre lo interceptó.

Emily era muy observadora y, como bien había dicho horas antes con respecto a la carta de la madre de A. J., dejaba hacer o no según las circunstancias. Por la cara con que le esperaba, ya sabía que no eran buenas noticias.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Está bien papá? ¿Es Lily?

—No pasa nada, Eric, todos estamos bien. Solo quiero saber qué estás haciendo.

El muchacho la miró con sorpresa.

—No te entiendo, mamá. ¿Qué pasa? —preguntó extrañado.

—Estás descuidando el trabajo, delegas en los hombres más de la cuenta y desapareces demasiado de las rutinas. ¿Tengo que preocuparme?

Eric comprendía que su madre se preocupara por él, pero ya era mayorcito para saber lo que se hacía.

—Mamá, lo que haga o deje de hacer es cosa mía. Te agradezco la preocupación, que estés pendiente, pero no te metas en mis cosas, por favor.

La mujer lo miró, disconforme con esa respuesta.

—No voy a permitir que te haga daño, Eric. Eres un hombre al que cualquier mujer querría y no quiero que desperdicies tu vida en algo que no va a ninguna parte. No lo soporto.

Él sabía lo que su madre pensaba de la relación con Amelia Jane. Sabía lo mal que lo había pasado tiempo atrás cuando ella se fue, cuando regresaba cada muchos meses y lo dejaba destrozado al marcharse. Cómo la esperanza de que ella regresara no moría en él y cómo en cada vuelta se llevaba la misma decepción. Él mismo se había planteado que, si A. J. no se quedaba en el rancho, tendría que plantearse qué hacer, pero no quería que nadie se entrometiera. Pasase lo que pasase, era algo entre Amelia y él.

—Mamá, sé que me quieres mucho y solo deseas que sea feliz, pero no es algo que decidas tú. Haré lo que tenga que hacer cuando llegue el momento, pero será mi decisión —contestó en tono suave. No quería ser agresivo; al contrario, quería que su madre lo entendiera.

—Lo sé, pero tenía que decírtelo.

—No te preocupes, mamá. Todo va bien. Solo estoy ayudando a A. J. con la documentación del rancho. Hay muchos datos y documentos, y no puede hacerlo sola —mintió a medias—. Solo será hasta que se ponga al día.

—De acuerdo. Ve —le pidió sin insistir más.

Eric le dio un beso en la mejilla mientras la envolvía en sus brazos.

La mujer le devolvió el abrazo con cariño.

—Te quiero, mamá. Estaré bien. No te preocupes.

—Yo también te quiero, hijo. Y también a A. J., no lo dudes, por eso no quiero que os hagáis daño.

—No nos lo haremos. Te lo prometo.

Tras apretar el abrazo, Eric soltó a su madre y se marchó a la cabaña.

Nada más abrir la puerta vio a A. J., sentada en la mesa con dos tazas de café y el diario de Jane entre las manos.

—Espero que no estés haciendo trampas —dijo, quitándose el

sombrero y la cazadora.

—¡Hombre! El domador cañón. Bienvenido —contestó divertida. Eric sonrió mientras negaba con la cabeza en movimientos rápidos.

—No me tomes el pelo —pidió llegando hasta ella.

A. J. rio divertida.

—Anda, siéntate, que tenemos aún mucho que leer —lo invitó a que tomara asiento junto a ella mientras le ofrecía la taza de café.

Eric se sentó junto a la mujer, besó sus labios y cogió el diario, dispuesto a comenzar.

Liberty, principios del verano de 1896

El día que murió la primera cabeza de ganado en el verano de 1896, creí que perdería a Tom. Se había esforzado mucho en mantener a salvo a todos sus animales, cuidándolos casi rozando la obsesión.

El marcado de las nuevas reses se había hecho un par de semanas antes, con una gran barbacoa y la llegada de otros ganaderos de la zona para ayudar.

Era costumbre ayudarse unos a otros e ir yendo de rancho en rancho para tal actividad.

Esta vez no había rastro de ningún veneno natural en nuestros terrenos ni en las zonas donde pastaban.

Solo nos quedaba una opción, el agua. Teníamos la del río que pasaba por nuestras tierras y la del lago.

Las lluvias y la nieve habían sido menos y se notaba que bajaba con menos caudal que otros años, pero había algo más.

Nuestras vacas no fueron las únicas afectadas. Otros ganaderos de la zona, aunque más pequeños que nosotros, sufrieron igual.

No tardamos en descubrir que alguien había vertido algún parásito en el agua que bebían nuestros animales.

Era un problema muy fácil de ocasionar, con un simple animal muerto en el agua se propagaba rápido, pero muy difícil de solucionar. Nunca se sabe el alcance de la contaminación, ni lo que tardará el agua en estar óptima otra vez. Pueden quedarse restos en las orillas y seguir envenenando durante mucho tiempo. Los animales no tienen conciencia sobre dónde beber y dónde no, ellos necesitan hacerlo, y lo demás depende de los humanos.

Tom partió de inmediato con sus vaqueros, junto con todas las cabezas de ganado que le quedaban. También lo hicieron otros ganaderos para salvaguardar el futuro de su negocio.

Aún recuerdo el escalofrío que sentí cuando me besó antes de montar a Furia. Fue una sensación extraña que no deseo que nadie tenga que sentir, pero agradezco que me pusiera alerta desde ese instante. Ahora puedo decir que mi vida fue en ello.

—No te pongas en peligro, Jane. Nunca. Por nada. No merece la pena —susurró en mi oído mientras me abrazaba—. Tenéis que hervir dos veces el agua para vuestro consumo y para mantener a los caballos. Es la única forma de que no enferméis. No dejéis de hacerlo, Jane.

—Claro, Tom. Nos mantendremos sanos. No te preocupes por eso.

—Si Liberty no sobrevive en la familia, crearemos otro rancho. ¿Entendido? Mantente a salvo. Eso es lo único que importa. Y recuerda nuestro secreto bajo tierra. No lo uses. Mantenlo ahí si no es necesario. Servirá para nuestros hijos o nuestros nietos. Será un seguro de vida para los McQueen.

—No me hables como si no fueses a volver —dije con un hilo de voz, apretando mi abrazo.

—Mariposa, volveré. Te lo juro por todo lo que tengo, pero siempre tienes que pensar en la peor posibilidad y estar prevenida. —Continuó con sus indicaciones, que me estaban poniendo muy nerviosa y triste—. Eres la mujer más inteligente, valiente y sabia que he conocido nunca, Jane, y he tenido mucha suerte de ser tu marido. Si llega mi hora en esta salida para la supervivencia del ganado, quiero que sepas que he sido el hombre más feliz del mundo porque he estado a tu lado. Si la vida me regala seguir contigo, volveré para conseguir ese hijo que tanto queremos. Te lo prometo, mi amor.

Solo pude decirle que le quería con mi alma y mi corazón. Quería que supiera que nunca cambiaría ese sentimiento, estuviese conmigo o no. Tenía que aferrarse a ello si la suerte no estaba de su lado.

Me besó y se marchó montando a Furia con la elegancia que le caracterizaba, con su camisa azul claro, el pañuelo blanco anudado en el cuello y su sombrero bien calado para protegerse del sol y el calor.

Lo vi girar el caballo antes de perderlo de vista.

Hizo que levantase las patas delanteras al aire y, cuando bajó, él

se quitó el sombrero como despedida.

Lloré durante dos días sin parar.

No sabía explicar por qué, solo sabía que la pena era muy profunda e incontenible.

Intentaba disimular como podía porque el rancho tenía que seguir en marcha. Había que cuidar los terrenos, los caballos que quedaban, y limpiar el cauce del río y el lago para cuando regresaran los animales.

Fue uno de los veranos más duros que recuerdo de mi vida, pero solo fue el principio del infierno.

A finales del verano seguíamos hirviendo dos veces el agua por miedo a que nos siguieran acechando con otros ataques, pero lo más inquietante fue que el ganado no regresaba.

Algunos rancheros volvieron al principio del otoño para la venta anual, pero no estaban en el grupo de Tom.

Nos dijeron que se separaron en tres grupos y no sabían nada del grupo de mi marido. Solo que habían ido hacia el condado de Klamath, hacia las montañas.

Era territorio indio y, aunque no se oía que hubiese altercados con ellos, siempre había tensión cuando se cruzaban sus zonas.

Los días pasaban y Tom no volvía.

Algunos hombres salieron en su busca o a intentar encontrar noticias, pero nadie supo contarnos dónde estaba Tom.

Para poner más preocupaciones en mi vida, la salud de papá empeoró y el doctor Moore no podía hacer mucho más de lo que llevaba años haciendo para aliviarle.

—Es la vida, Jane. Poco a poco voy empeorando y no podemos hacer nada para cambiarlo —me explicó tras marcharse el médico en una de sus visitas.

—Lo sé, papá. Lo sé —susurré, prácticamente sin voz por la emoción, mientras lo abrigaba sentado en su mecedora.

Me miró con ternura y cogió mi mano.

—Jane, tienes que pensar que Tom puede que no vuelva.

—No —dije elevando el tono de voz, pero se notó el dolor que me provocaba que lo dijesen en voz alta.

—Hija, tienes que ser realista. No sabemos nada de él desde hace meses. El otoño está aquí, el invierno se nos echará encima cuando menos lo esperemos, y no tenemos nada que vender. Hay

que buscar soluciones y rápido.

Cerré los ojos y apreté los labios. No quería mantener esa conversación.

Aún no.

—No sé qué podemos hacer, papá. Queda dinero para poder mantenernos un año sin vender ganado. Tenemos el huerto, los caballos. Seguro que podremos subsistir.

—Nosotros sí, pero… ¿y ellos? —dijo, acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza que señalaba en dirección a los vaqueros que trabajaban en Liberty.

—Tendremos que dejarlos marchar. Les ofrecerán trabajo en otros ranchos. Nuestros hombres son muy preciados por los demás ganaderos. A ellos no les faltarán oportunidades.

—¿Y con qué vamos a conseguir dinero, Jane?

—Cuando Tom vuelva, nos replantearemos a qué dedicarnos —zanjé intentando terminar la conversación.

—No, Jane. Debes tomar las riendas de la situación y del rancho. Tienes que hacerte a la idea de que estás sola, y una mujer sola con un rancho como este atraerá a las alimañas. No sé cómo no ha aparecido ya alguna por aquí. Y no me refiero a los animales, ellos no te tienen que preocupar, me refiero a tipos como Clayton Foster.

—No estoy sola. Estoy contigo —repliqué a sabiendas de que tenía razón.

—No, hija. Estás sola, mi vida. A mí me queda poco. No creo que supere este invierno, aunque deseo hacerlo con todas mis fuerzas. —Estaba emocionado, se notaba en su voz. Me cogió la mano y luego me miró a los ojos—. Nada me gustaría más que vivir muchos años, verte disfrutar de tus hijos y feliz, pero no puede ser. —Un acceso de tos nos recordó el motivo y ambos dejamos que las lágrimas se deslizaran por las mejillas—. Tienes que buscar a alguien que te ayude con el rancho cuando todos se vayan, Jane, y tiene que ser alguien que pueda sacarlo adelante hasta que vuelva Tom. Esa es tu única posibilidad. Si eso no funciona, deberás vender cuanto puedas de los enseres de valor para conseguir dinero. Vende nuestra casa, vende el rancho y vete de aquí a una ciudad. Ahí fuera hay un mundo que descubrir, ciudades en construcción con mil posibilidades y vidas que vivir. Vete de aquí y no mires atrás.

Lo escuchaba hablar y sabía que tenía razón. En el fondo de mi

corazón era consciente de ello, pero quería cruzar esos puentes cuando no hubiese otra solución. No quería ni imaginarlo antes de tiempo.

—Quiero que sepas que te he escuchado, papá. Te agradezco tus consejos, los atesoro y guardo para el futuro, pero ahora solo me importa que te recuperes y vuelva Tom.

—Lo sé, pero hay algo que tienes que hacer ya. Debes hablar con todos los trabajadores de Liberty, contarles lo que sucede y darles la oportunidad de buscar un lugar donde seguir trabajando antes de que llegue el invierno. Luego no podrán hacerlo y no te lo perdonarán.

Asentí con tristeza. Tenía razón, aunque me dolía en el alma despedirme de todas aquellas personas que eran nuestra familia.

Capítulo 32

Liberty, otoño de 1896

Solo pasaron dos semanas desde que papá me dijo que debía buscar las mejores alternativas para el rancho y para mí, cuando él se fue.

Su enfermedad empeoró a los pocos días y no pudo aguantar esa recaída.

Todos los trabajadores de Liberty, menos Rose, se habían marchado, pero en cuanto supieron de la situación de papá regresaron para ayudarme en su atención.

La señora Cooper, el doctor Moore y los demás ciudadanos de Lake City estuvieron a nuestro lado hasta el final. Todos menos Tom.

La noche en que papá falleció, la casa se llenó de todos ellos para acompañarme en tan triste momento, velándolo como él se merecía.

A la tarde siguiente lo enterramos junto a mamá en el viejo árbol junto a la casa que habían compartido. Él así lo quería, a pesar de tener nuestro propio cementerio en Liberty. Y, por supuesto, lo respeté. Al menos sabía que estaban juntos.

Solo me había vestido de negro cuando murió mamá, y tener que comprar a Susan uno de sus vestidos de luto fue la compra más triste de mi vida.

Pero mis sentimientos iban más allá del duelo por papá. Me sentía como si estuviera pasando un duelo por Tom, y eso me partía el corazón. Sentía que no podía respirar, que me apretaban el pecho hasta que quemaba y me ahogaba.

—Mi niña, respira despacio. Tranquila —me susurraba Rose mientras pasaban uno tras otro los ciudadanos de Lake City ante mí,

dándome la mano en apoyo y ofreciéndose para cualquier cosa que necesitase. Pero el vacío no lo podría cubrir nadie.

Regresamos al rancho solas, en el carro, sin nada que decir, secándome las lágrimas de vez en cuando porque no podía controlarlas.

Cuando entramos a casa, Rose se acercó a un cajón del mueble de la entrada y me tendió una carta.

—¿Qué es esto? —pregunté sin muchas ganas de leerlo.

—Tu padre hizo al doctor Moore escribirlo antes de morir. Me dio instrucciones precisas para que te lo entregase cuando él ya no estuviera. Dijo que, si te lo decía antes, te negarías. Era necesario que estuvieses completamente sola para entenderlo.

Miré el sobre. Ponía «Jane» en una letra inclinada muy bonita.

Le di la vuelta y lo abrí.

Cogí aire antes de empezar a leer.

> Querida Jane, nada me gustaría más que no tener que escribirte estas líneas, pero la vida no me ha dejado estar más tiempo a tu lado.
>
> Sé que no quieres oír hablar del futuro sin Tom, pero debes hacerlo.
>
> El rancho es una responsabilidad muy grande para una sola persona y, si quieres mantenerlo para cuando él vuelva, deberás buscar ayuda.
>
> Como era improbable que tú lo hicieras, me he tomado la libertad de avisar a un viejo amigo para que te envíe a alguien que pueda mantener Liberty. Espero que llegue pronto.
>
> No pienses en lo que diría Tom, estaría de acuerdo y lo sabes. El quiere que estés bien, que seas feliz, que vivas. Y, si no empiezas a cuidarte, pronto perderás toda posibilidad.
>
> Vigila tus espaldas, hija, y no te fíes de nadie que no sea de tu confianza. Hay demasiados hombres como Foster y ya estarán en camino para intentar hacerse con Liberty. Es lo que ha pasado siempre que una mujer enviuda o su marido desaparece. Y debes estar alerta, protegerte y seguir tu intuición.
>
> Sé que lo lograrás. Eres una Hogan.
>
> Te quiero, mi vida. Ojalá hubiese podido estar más tiempo contigo.

Cerré la carta con lágrimas en los ojos.

No había parado hasta salirse con la suya con los pocos medios de que disponía, pero se las había ingeniado para hacerlo.

Sonreí recordando lo cabezota que era.

—Lo haré, papá —dije a la nada, como si él pudiese escucharme. Al menos eso quería creer.

Rose me miró con incertidumbre.

—¿Y cómo sabremos quién es el enviado? —preguntó la mujer.

—Lo sabremos. No creo que pasen por aquí muchos vaqueros buscando trabajo. Todos saben que estamos en la ruina.

—¿Y cómo pretende pagarle, señorita?

—No tengo ni idea. Espero que le sirva con un techo donde vivir en invierno y comida caliente.

—Hasta que se nos acabe —apostilló, no sin razón.

—Hasta que se nos acabe —confirmé el hecho.

Solo dos días después, un hombre apareció a caballo por el camino de Liberty. Me enteré porque Rose gritó como si le fuese la vida en ello desde la casa, ya que yo estaba en los establos cuidando de los caballos.

Levanté la vista de la paja que limpiaba para verlo.

Nunca olvidaré la primera vez que vi a Luke.

Montaba un caballo color canela con las patas blancas, como si tuviera calcetines, y la crin también blanca. Era una mezcla difícil de ver a no ser que fuera un *mustang*, uno de esos caballos salvajes tan complicados de capturar y aún más de domar.

No hizo falta que se acercase mucho para saber que era indio o mestizo.

Nunca había despreciado a nadie por su raza en mi vida, pero me daba miedo lo que podría suceder cuando la gente del pueblo se enterase. No todos eran como nosotros. Muchos odiaban a los nativos. En algunas ocasiones no sin razón, puesto que habían atacado a sus familias o sus ranchos, pero había que pensar que la

mayor parte de las veces el motivo del ataque era que habían entrado en sus tierras y se las habían arrebatado. A nadie le gustaba que le quitasen su casa, sus recursos y su terreno, y a los nativos tampoco.

El hombre blanco había impuesto su ley, su pensamiento y su religión a gente que llevaba allí desde que el mundo existía. Era de locos si pretendían que no se defendiesen.

Tenía la tez tostada y el pelo largo, negro azabache. Vestía un chaquetón de cuero y piel de bisonte, y pantalones de cuero de montar.

Sus ojos oscuros me miraron con dureza, como si estuviera enfadado conmigo.

—Busco a Bill Hogan —dijo sin presentarse.

Tragué saliva, aún no estaba preparada para escuchar su nombre y contestar que ya no se encontraba entre nosotros. Además, su voz profunda y la postura erguida y regia imponían.

—Mi padre ha fallecido hace dos días. Soy Jane —contesté, apoyando en el suelo la pala que sostenía en las manos mientras recuperaba el resuello por el esfuerzo del trabajo.

Me limpié la frente con el dorso de la mano para apartar el pelo que se había escapado del recogido.

Me miró como si no supiera qué decirme. Suavizó la dureza de su rostro y descabalgó con un movimiento rápido muy ágil.

Se acercó un poco a mí.

—Siento mucho que Bill haya fallecido. Era un gran tipo. Le acompaño en el sentimiento —me dio el pésame, muy solemne.

—Gracias —lo acepté con un nudo en la garganta.

—Perdón, no me he presentado. Me llamo Luke. Su padre me pidió acudir para ayudarla. Siento no haber llegado a tiempo para despedirme.

—Gracias —contesté sin saber muy bien qué decir—. Me avisó que había pedido a alguien que viniese, pero no me pudo explicar más.

—A mí tampoco. Solo recibí una carta explicándome la situación del rancho, y he venido en cuanto he podido.

Lo observé unos segundos. Era un hombre un poco más mayor que yo, pero no más de cinco años, serio, que transmitía calma. Tenía unas facciones muy marcadas, con la mandíbula muy

masculina y muy guapo.

—¿Y qué le ha explicado exactamente? —pregunté curiosa.

—El envenenamiento al regreso de la temporada del invierno y el del verano por el agua. Solo decía que necesitaba que viniese para ayudarla a llevar el rancho y protegerla hasta que las cosas fueran mejor o ya no me necesitara.

Lo miré sin saber qué decir.

Solo se me ocurrió una cosa que debía quedar clara desde el principio. No quería que se quedase ni un segundo en Liberty sin que lo supiera.

—No puedo pagarle. Ahora solo puedo ofrecerle comida y alojamiento a cambio del trabajo. No sé si esa parte la dejó clara mi padre en su petición.

Sonrió solo con media boca en un gesto divertido.

—Lo suponía, tranquila. No vengo para ganar dinero, solo quiero devolver la ayuda a un viejo amigo de mi padre.

—Mi padre no me contó nada sobre usted, lo siento.

—Nuestros padres fueron amigos cuando nadie se hacía amigo de un indio. Solo con el trato que Bill nos dio, estaremos en deuda toda la vida.

—No me contó nada.

—Fue antes de nacer usted, yo era muy pequeño, y no sé si estaba casado ya. Veníamos de paso por Lake City hacia la reserva de los Klamath. Mis padres me contaron que vinieron por su cuenta, intentando buscar un sitio más tranquilo para mí y mis hermanos, puesto que las luchas en la vieja ruta hacia el oeste no les gustaban. A un día de aquí, nos atacó una banda de cuatreros y su padre, junto con otros vaqueros, nos ayudó a salvar los caballos que traíamos y a sobrevivir. Desde entonces, estamos en deuda con él y nunca la hemos podido pagar. Es un honor estar aquí y poder ayudar a su hija.

Estaba fascinada escuchando aquella historia de la que no tenía constancia, ni papá había hecho comentario alguno. ¿Cuántas cosas más me habría ocultado?

Siempre me decía que era mejor no saber lo que es innecesario para no tener miedo a vivir, pero aquella historia me habría encantado conocerla de su boca.

—Me alegro de que los ayudara. Papá era un buen hombre.

—Ya lo creo que lo era, señorita Hogan. Ya lo creo —contestó sonriente.

—McQueen, ya no soy Hogan —lo corregí—. Mi marido, Tom McQueen, es el dueño de este rancho.

—De acuerdo, señora McQueen —repitió el apellido y cambió mi estado civil—, pero creo que ahora la dueña de todo esto es usted.

No sabía qué decir.

Tenía razón, pero, hasta que no tuviera una prueba de que Tom había fallecido, no lo iba a pensar.

—Luke, puede dejar su caballo en ese establo vacío y le prepararé algo de comer. Seguro que está hambriento del viaje.

—Se lo agradezco. Así me cuenta todo lo que tengo que saber de este lugar.

—Puede descansar si lo desea.

—Cuanto antes sepa los puntos débiles, más seguros estaremos.

Aquella iniciativa me gustó, pero también me preocupó. Parecía que todo el mundo sabía lo que estaba por venir, menos yo.

Capítulo 33

Liberty, finales de noviembre de 1896

A Rose no le gustaba Luke, aunque él se esmeraba en el trabajo, tenía el rancho muy decente y se portaba de manera ejemplar con nosotras.

No podía hacer nada al respecto. A ella no le traían buenos recuerdos los nativos. La mitad de su familia había muerto en sus manos y no lo podía soportar.

Un día, tras desayunar con Luke para organizarnos los caballos y su limpieza, me pidió que me quedara con ella unos minutos.

Intuí que algo no iba a ir bien, pero nunca pensé que me dijera que se marchaba.

Fue un momento muy triste en mi vida. Si ella se iba de Liberty, ya no me quedaba nada a lo que aferrarme, nada de lo que había sido mi vida antes de aquella primavera.

No pude impedir que se fuera. Tenía una posibilidad para trabajar en otro rancho donde estaría bien, y no se lo podía negar.

—Sé que le dije que me quedaría con usted y que es el peor momento para dejarla sola sin su padre ni Tom, pero no puedo. Lo siento mucho, Jane, no puede ser.

—Lo entiendo, Rose. Tranquila… —contesté con la congoja en el pecho—, puedo pedirle que se vaya…

—No, no, no. Ni se le ocurra pensarlo —me interrumpió—. Él le hace más falta que yo, si no quiere perder Liberty. Sabe cómo llevar esto y la ayuda con los animales, que son el futuro para levantarlo. Cocinar y limpiar lo puede hacer cualquiera.

—No sé si podré salvarlo, aun con él aquí —contesté con pesar. Las cosas no iban bien y ya teníamos el invierno encima.

—Tienes que intentarlo, Jane. Por Tom, pero también por ti. Eres la dueña de este rancho. No hay nadie más. Debes hacerte a la idea.

—No puedo —susurré con la voz rota.

—Debes hacerlo, mi niña —dijo, levantándome la barbilla con delicadeza—. Si Tom vuelve algún día, será un milagro y ojalá suceda. Pero, de momento, no está aquí. Tienes que sacarlo adelante y, si no puedes, véndelo y vete.

—Nunca me iré de aquí mientras no sepa qué le ha pasado a Tom.

—Lo sé, pero es un error. Él te pidió que lo hicieras. No lo olvides.

—Cuídate mucho, Rose. Gracias por todo —contesté, incapaz de darle la razón en lo que decía.

—Si necesita algo, no dude en llamarme. Solo estaré a una noche de aquí.

Las dos nos fundimos en un abrazo que duró bastante tiempo.

Después, Rose recogió sus cosas y se fue.

Sabía que algún día sucedería, pero nunca pensé que mi vida iba a ser así en los días previos a mi primer aniversario de boda.

Luke vio la despedida desde una distancia prudencial, en la cabaña de los primeros McQueen, donde se había instalado. Estaba cerca del establo y se podía ver la casa principal.

Era muy inteligente y sabía lo que causaba en Rose.

Le agradecí el gesto.

Un carro con el hijo del doctor Moore vino a buscarla. Cargamos sus cosas y se fue sin más.

Me quedé de pie en el porche mucho tiempo, a pesar de que ya no se les divisaba en el horizonte, perdida en mi mente y la pena.

Nunca pensé que el corazón se pudiera romper tantas veces en tantos pedazos, y dolía. Dolía mucho.

No me di cuenta del frío, ni de que la luz del día se apagaba. Mi mente solo repetía una y otra vez que estaba sola y no había nadie en el mundo para mí.

Sentí el frío real cuando Luke me puso una manta sobre los hombros. Fue entonces cuando comencé a temblar, pero no era solo de frío, también había mucho miedo.

—Vamos adentro, señora McQueen. No puede seguir aquí. —Me

obligó a caminar, empujándome mientras hablaba.

Le hice caso y caminé con él hasta casa, pero no porque quisiera hacerlo. Más bien pensando que, si le hacía caso, me dejaría sola antes.

No lo hizo.

Me llevó al salón, encendió un buen fuego y se quedó conmigo.

No hablamos, no dijo nada más. Solo se quedó conmigo.

Cuando anocheció, me ofreció preparar algo de cena, pero lo rechacé. Aun así, se fue. Creo que a su cabaña, porque tardó unos minutos y escuché la puerta principal. Regresó con una cacerola de algo caliente. Era un caldo para entrar en calor. Lo tomé sin rechistar.

Después se ofreció a acompañarme a mi habitación. Le dije que no y se volvió a marchar.

Regresó con mantas y pieles. Las instaló en el suelo frente a la chimenea y me ofreció dormir allí.

Le hice caso. Me tumbé en aquel lecho improvisado y me acurruqué frente al calor.

Aquello solo lo había preparado para mí. Él se sentó en una silla.

Intenté dormir, pero, cuando cerraba los ojos, me despertaba a los pocos minutos sobresaltada.

Luke, con mucha paciencia, me calmaba y de nuevo me tumbaba hasta que cerraba los ojos y sucedía otra vez.

Lo vi marcharse a la cocina, lo escuché trastear entre las cacerolas de Rose.

Debí quedarme medio dormida hasta que escuché pasos.

—Jane… —susurraron junto a mí.

Contuve la respiración.

Esa voz, con tono suave y tranquilo, hizo que me diera un vuelco el corazón. Por un instante pensé que era Tom quien estaba a mi espalda llamándome.

Me giré nerviosa.

Luke estaba acuclillado junto a mí con una taza humeante.

Se dio cuenta de mi confusión.

—Siento si te he asustado. Solo quería darte esta bebida caliente. Te ayudará a dormir.

Respiré profundo, cerrando los ojos. Conteniendo las lágrimas de pena al descubrir que no era Tom.

—Gracias —susurré, casi sin voz.

Él me miró con compasión. No sé si entendía mi situación, pero empatizaba con ella. Y, desde luego, le daba pena.

—No está sola, Jane. Estoy contigo. Todo irá bien. Lo prometo —me dijo con un tono suave, pero firme, que por un instante me hizo sentir segura.

Asentí sin saber qué decir.

Ya no estaba segura de nada.

Capítulo 34

Liberty, finales de marzo de 2023

Eric y A. J. estaban absortos con la historia de Jane. No podía creer que los acontecimientos hubiesen dado un giro tan brutal.

—No sé qué más le puede pasar a mi pobre tatarabuela. Es todo tan triste —apreció la chica, levantándose para preparar otro café.

—Sabía que la historia de tus antepasados había sido complicada, pero jamás pensé leerlo. Jane es magnífica y lo ha relatado con mucho detalle.

—Sí. Puedes imaginártelo todo, y más estando aquí mismo.

Eric tocó la mesa antigua de madera que presidía su cocina salón.

—Esta mesa es la misma donde Luke preparaba su comida, según dice el diario. Él vivió aquí.

La pareja miró alrededor, observando la cabaña con otros ojos.

—No podemos olvidarnos de los datos sobre el envenenamiento del agua. Hay que estar alerta del cauce del río, porque eso puede volver a pasar, ya sea de forma accidental como provocada —afirmó A. J.

—Desde luego. Ya pasó hace cinco años. Murió un animal cauce arriba y contaminó el agua. Nos dimos cuenta con solo dos reses muertas y ahora tenemos otros sistemas para controlar esos problemas, pero me imagino el desastre cuando les pasó.

—No podemos quejarnos de la vida que tenemos. Esto es un paseo en comparación.

—Sigamos leyendo. Estoy impaciente por saber de qué es capaz Luke.

—Yo también —contestó A. J., pasándole el libro para que

leyera él.

Liberty, Navidad de 1896

Un mes después de la marcha de Rose, el invierno había llegado a pleno rendimiento. Era Navidad, pero no la sentía como tal. Estaba aislada del mundo en Liberty y podía pasar por unos días cualquiera.

Me venía bien creerlo. También era mi aniversario y no había ni una sola noticia de Tom, aunque fuese para confirmar su muerte.

Estaba en la cocina preparando algo para comer, cuando escuché cómo se acercaba alguien a caballo.

Caminé hasta el porche de la entrada, sin alejarme del dintel de la puerta, donde tenía un rifle cargado apoyado en la pared.

Tom los había instalado después del día que el hombre de Foster me disparó, y ahora se lo agradecía cada día.

Estaba segura de que Luke también.

Era un solo hombre, un mensajero.

—¿Es la casa del señor McQueen? —preguntó sin desmontar. Luke ya caminaba en dirección a mí desde los establos.

—¿Quién lo pregunta? —Di por respuesta, sin dar información.

—Tengo una carta para Tom McQueen —explicó un poco más.

—Soy la señora McQueen, yo se la daré. Gracias —acepté el sobre sin decir nada más.

Nadie debía saber que estaba sola en el rancho, que Tom no estaba. Solo la gente del pueblo sabía lo que pasaba, porque a ellos no se lo podía ocultar, pero no debía saberlo nadie ajeno.

Me acerqué a aquel tipo, cogí el sobre, y se marchó.

Arrugué el ceño al ver de dónde venía.

Una carta de Eugene, solo podía venir de una persona.

Abrí el escrito, un poco nerviosa. Aquello, fuera lo que fuera, no me incumbía a mí. Era Tom quien debía leerlo y encargarse.

—¿Es importante? ¿Noticias de Tom? —preguntó Luke, preocupado por lo que pudiese ser.

—No, no es Tom. Es su hermano Garrett —expliqué terminando de leerla.

—No sabía que tenía un hermano —dijo, extrañado por la información.

—Es como si no estuviera. Ha estado en el hospital de Eugene, en el condado de Lane, inconsciente por una caída con uno de los

caballos. Según esta carta, ha muerto y debemos recoger su cuerpo para enterrarlo con digna sepultura, o dentro de dos días lo echarán a una fosa común —reproduje el escrito.

Luke cogió aire, entendiendo la complejidad de la situación.

—Y… ¿Qué quieres hacer?

Lo miré por inercia, pero sin saber qué decir.

Pensé en Tom y lo que él haría, aunque creo que diferían sus intenciones para con su hermano antes de saber de la deuda con Foster, de las de después.

—Creo que debemos ir a por él y traerlo a casa para enterrarlo con el resto de su familia. Es lo que se debe hacer —dije, convencida de que así era.

—Pues así lo haremos.

—Solo hay un problema. Estamos solos y el rancho no se puede abandonar.

—Yo iré a por él —se ofreció de inmediato—, si no tienes miedo de quedarte sola un día —añadió la realidad de lo que iba a pasar. Tardaría un día entero en hacer el camino de ida y vuelta.

—Son dos días, Luke, pero no tengo miedo —corrigió el tiempo de ausencia. Era imposible hacer ese viaje en carreta en menos tiempo.

—Jane, ese hombre ya está muerto. Iré a caballo, sin carro y no dormiré. Un día.

Negué con la cabeza antes de hablar al escuchar su plan.

—No puedes hacer eso. Debes descansar. Cuando llegues de vuelta, tendrás trabajo que hacer.

—No te preocupes por mí, Jane. Estoy acostumbrado a no dormir mucho —confesó con media sonrisa en los labios.

Me ruboricé al instante. Sabía que se refería a que muchas noches se quedaba conmigo cuando me escuchaba gritar.

En la noche todo se escuchaba, y atravesaba el claro entre la cabaña y la casa para venir conmigo.

—Lo siento. No lo puedo evitar. Me gustaría no gritar para no alertarte, pero no lo controlo.

—Tranquila. Todo pasará. Saldré antes del amanecer y estaré de vuelta en la noche cerrada. Solo tienes que aguantar un día —confirmó su plan, guiñándome un ojo—. A la vuelta, debemos hablar de los caballos. Quiero proponerte una idea.

Sin más palabras, se marchó de nuevo por donde había venido hasta los establos.

Lo observé.

Era un hombre con una presencia imponente, trabajador, atractivo, inteligente. Si Luke se hubiese cruzado en mi vida en otro momento en el que no existiera Tom, sin duda, me habría fijado en él.

No mentía. Cuando me desperté, ya no estaba.

Solo esperaba que las cosas fueran igual de tranquilas que las últimas semanas, en las que no pasaba nada y solo debíamos preocuparnos de si iba a nevar o no.

El día transcurrió sin más y, cuando llegó la noche, cerré todas las puertas, los pestillos de las ventanas, y subí a mi habitación.

No conseguía dormir. Estar sola me inquietaba porque nunca lo había estado antes. Siempre había alguien conmigo, ya fueran mis padres, Tom, Rose o Luke. Aunque no durmiese en casa, pero estaba allí.

Di vueltas y vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Creo que estuve en duermevela un tiempo, pero el viento soplaba fuera. La casa crujía, era fría, y era tan grande solo para mí que me puse mi abrigo, me envolví en un par de mantas, cogí el reloj de bolsillo de papá y caminé hasta que llegué a la cabaña de Luke.

Estaba caliente. Le había encendido el fuego al atardecer para que no pasase frío cuando llegase.

Me recordaba a mi antigua casa con papá y mamá…

Miré la hora. Luke ya debía haber llegado, aunque no era tarde en realidad. Había sido yo quien, impaciente, me fui a dormir con la esperanza de que las horas pasaran más rápido.

Me quité el abrigo, acostándome en su cama, acurrucada con la manta. Me iría en cuanto llegase, solo era un rato.

Lo siguiente que recuerdo es el olor a quemado y a alguien llamándome a gritos.

Sobresaltada, me levanté de la cama y corrí a la puerta.

Cuando abrí, me encontré fuego en casa de Tom y a Luke gritando mi nombre mientras buscaba por dónde acceder.

—¡No entres! —grité, intentando que me escuchara, mientras corría—. ¡Luke, no entres!

Nunca olvidaré su rostro cuando se percató de que no estaba

dentro, entendiendo que estaba a salvo.

Su gesto era una mezcla de alivio y miedo.

Corrió en mi dirección.

—¡Jane! ¿Estás bien? —preguntaba sin llegar aún hasta mí.

Asentí mientras nos encontrábamos.

Él me revisó con la mirada de arriba abajo para creérselo.

—Estoy bien. Me había despertado y la casa me parecía grande y fría, así que me fui a tu cabaña a esperarte porque empezaba a preocuparme que no llegases y… —Intentaba explicarle muy deprisa por qué no estaba en mi casa, pero él no me dejó seguir. Cogió mi rostro entre las manos y me besó en los labios.

Solo fueron unos segundos, algo fugaz, pero me erizó la piel.

Lo miré asustada.

No sabía qué pensar al respecto. No estaba preparada para algo así. Tom seguía desaparecido y, aunque habían pasado casi seis meses, yo no podía traicionarle.

—Perdona —susurró cerrando los ojos—. No quería incomodarte. Yo… No debí hacerlo. Estaba muy contento de que estés bien y… —Interrumpió la explicación abruptamente, como si pensara que no iba a arreglar el despropósito—. No debí hacerlo.

—No pasa nada. Está bien —le disculpé enseguida, pero me había besado y había abierto una brecha nueva en mi corazón.

Nos miramos sin saber qué hacer ni qué decir durante unos segundos, pero teníamos que espabilar o la casa se quemaría entera. Estábamos lejos del pueblo y teníamos que intentar salvar la casa por nuestros medios.

—Creo que debemos apagar el fuego antes de que se extienda más. Tenemos que intentarlo. Nadie va a venir hasta aquí a ayudarnos en plena noche.

—Sí, por favor —pedí. No quería perder nada de lo que a Tom y a su familia les había costado tanto esfuerzo construir.

Corrimos hasta el pozo cercano, de donde sacábamos el agua para uso habitual. Mientras Luke cargaba cubos hasta el fuego y los echaba, yo llenaba todos los recipientes que podía. Cuando había muchos llenos, ambos lanzábamos el agua contra el fuego.

Por suerte, el viento había parado. El frío se hacía notar y comenzó a llover. No muy fuerte, pero lo suficiente para mojar el resto de la estructura de madera de la casa.

El fuego no se estaba extendiendo rápido porque la madera también estaba humedecida por la poca nieve que había caído días atrás y que no se había deshecho por el frío y el cielo encapotado.

Con aquella lluvia, junto con el agua que esparcíamos por las llamas, conseguimos controlarlo.

Agotada, me senté en el suelo helado junto al pozo mientras el cielo empezaba a clarear, acercándose tímidamente el amanecer. Solo entonces me di cuenta de que Garrett estaba aún en el caballo de reserva de Luke.

Lo había colocado con cuidado sobre la grupa y lo sujetó para que hiciera el viaje en las mejores condiciones.

Él se dio cuenta de lo que estaba mirando y se acercó hasta mí.

—¿Dónde quieres enterrarlo? —me preguntó acuclillándose a mi altura—. Márcame el sitio y empezaré a cavar la tumba ahora mismo.

Iba a hacerlo. Si le decía dónde, lo haría sin pensar en lo cansado que estaba tras un día viajando y apagar el incendio.

Lo miré, negando con la cabeza.

—Creo que Dios no nos castigará por descansar un poco hasta que amanezca, comas y nos adecentemos. Garrett ya está muerto.

Luke asintió y, por su gesto, creo que estaba agradecido por la decisión que había tomado, aunque nunca diría en voz alta que necesitaba un tiempo para él. Ya me había percatado de ese detalle hacía muchos días. También había entendido por qué lo llamó papá para mí.

Conociéndole como le iba conociendo, no era descabellado suponer que era el hombre que papá tenía pensado para mí, si no hubiese aparecido Tom. Con cada día que pasaba con él, más convencida estaba de esa posibilidad.

Siempre había tenido la esperanza de que papá me dejase elegir, pero tenía miedo de que, si pasaba el tiempo y no lo hacía por mí misma, me impusiera a alguien de quien no me pudiese enamorar.

Si hubiera sido Luke en lugar de Tom, todo habría ido bien.

Ahora lo sabía.

—No deberías entrar hasta que pueda comprobar los daños y ver si es seguro vivir ahí —aconsejó señalando la casa.

—De acuerdo —confirmé su decisión. Era lo más coherente.

—Ve a la cabaña y duerme un poco. Llevaré los caballos a los

establos para atenderlos y que descansen. También dejaré a Garrett en un lugar donde los animales no se puedan acercar hasta que lo enterremos más tarde. En otras circunstancias lo llevaría a casa, para velarlo como es costumbre, pero hace ya tres días que falleció… Lo enterraré en cuanto amanezca.

—Lo entiendo —contesté con pesar. No lo conocí, pero era el hermano de Tom. Y, aunque no se hubiese portado muy bien en su vida, merecía un trato amable en su muerte. Yo no sabía hacerlo de otra forma—. No te preocupes, me parece bien. Prepararé algo para comer. ¿Te apetece?

—Estaría muy bien. Gracias —contestó con media sonrisa, agradecido.

Me ayudó a levantarme, intentando no tocarme demasiado, agachó la cabeza en señal de despedida y se fue hacia sus caballos.

Caminé a la cabaña de Luke con un nudo en el estómago. No supe diferenciar a qué se debía, si a los nervios pasados por el incendio o a los que sentía después de ese beso.

Lo que quedaba de noche, lo pasamos en vela.

Comimos algo caliente y me cedió su cama mientras él se tumbaba sobre unas pieles en el suelo para descansar un poco.

Esperamos a que amaneciera, incapaces de dormir.

En mi caso, no paraba de pensar en lo que había pasado a lo largo de la noche. La sensación de vacío y tristeza por la que me fui a la cabaña, la sensación de paz estando en ella, el incendio, lo que había pasado cuando llegó Luke, el beso…

Intentaba no darle importancia, apartarlo de mi cabeza y dormir. Cuando despertara, sería un día nuevo y vería las cosas desde otra perspectiva. Pero no podía.

No sabía si él no dormía por el mismo motivo, pero intenté no pensar mucho en ello.

Las escasas horas hasta que amaneció pasaron lentas.

En cuanto levantó el día, Luke cogió su abrigo y entornó lo justo la puerta de la cabaña para salir.

—¿Dónde vas? Aún es pronto. Descansa un poco más.

—No puedo dormir y prefiero dar sepultura a Garrett lo antes posible. Es lo mejor para todos. Voy a prepararlo y a por la pala. Vístete y me dices dónde lo enterramos.

—¿No llamo al cura? —pregunté confundida.

Me miró con seriedad y cerró la puerta para ir hasta la cama.

—Cuantas menos personas sepan que eres la única heredera de este rancho, mejor. Nadie debe saber que Garrett ha muerto y no tienes a ningún hombre de la familia contigo. Los buitres vendrán, solo están dejando pasar el invierno para ver cómo evolucionan los acontecimientos. Siempre cabe la posibilidad de que te mueras de frío o hambre o de alguna enfermedad, pero vendrán a comprobarlo o a intentarlo todo para conseguir este gran rancho. ¿Para qué llamarlos antes de tiempo? —explicó, muy claro, bajando el tono de voz. Como si temiera que alguien, además de mí, pudiera escuchar lo que decía.

Asentí comprendiendo.

Tenía claro el lugar donde debíamos enterrarlo. El pequeño cementerio de los McQueen donde estaban sus padres.

Me preparé enseguida y, cuando regresó, montamos los caballos y nos alejamos de las casas.

Fuimos despacio. No teníamos ninguna prisa.

Llegamos al pequeño cementerio y Luke bajó a Garrett con mucho cuidado.

Señaló un sitio junto a las dos tumbas que ya había. Asentí y comenzó a cavar.

Me distancié un poco, intentando buscar algunas flores de invierno.

Regresé pronto. No estaba tranquila alejándome sola.

Aún no había querido pensar mucho en el incendio, pero era consciente de que lo más probable fuera que alguien lo hubiera provocado.

Saber quién y por qué iba a ser mi siguiente preocupación.

Dejé un pequeño ramo sobre las tumbas de los padres de Tom y regresé a la de Garrett.

Luke tiró la pala desde el fondo de la fosa hacia la superficie, se impulsó con los brazos y salió del agujero.

—Creo que así es suficiente. La tierra está helada y cuesta cavar.

—Así está bien, Luke —confirmé mientras nuestras miradas se cruzaron—. Te ayudo a bajarlo —me ofrecí, porque no había nadie más para tal labor y no quería meter a mi cuñado allí de cualquier forma.

—No. La vida me ha puesto en esta circunstancia más veces. No

te preocupes. Además, quiero que te alejes un poco mientras lo muevo y hasta que lo deje dentro.

Guardé silencio mientras daba unos cuantos pasos hacia atrás, obedeciendo su petición.

Él cogió a Garrett, lo arrastró con cuidado hasta el borde de uno de los extremos. Después se metió otra vez dentro del agujero y con cuidado lo fue deslizando al interior hasta que lo acomodó.

Fue entonces cuando me fijé en que ni siquiera le habíamos colocado en un ataúd.

Cerré los ojos, rogando que Dios no nos castigara por ello.

Luke salió de nuevo de la tumba y me hizo un gesto para que me acercara.

Me quedé unos segundos mirando aquella tela ya sucia que envolvía el cuerpo, incapaz de ponerle un rostro.

—Garrett, siento no haberte conocido. Espero que Dios te haya acogido en su seno y estés en paz allá donde hayas ido. Que la tierra te sea leve —susurré sin saber qué más decir.

—Descansa en paz, Garrett McQueen. Reúnete con tus seres queridos —susurró Luke, más escueto. Y, acto seguido, cogió la pala para empezar a echar tierra sobre él.

Me agaché y cogí un puñado de tierra con las manos. Lo eché también sobre el cuerpo y esperé a que Luke terminara. Cuando lo hizo, dejé el ramo de flores de invierno que había recogido un rato antes sobre la tumba.

No nos demoramos más de un minuto ante la tumba y nos dirigimos a los caballos en silencio.

Luke esperó a que yo montara para vigilar que no necesitaba ayuda. Después lo hizo él y partimos al paso hacia casa.

Íbamos juntos, a la misma altura.

Él se aclaró la garganta antes de llamarme:

—Jane… ¿Sabes qué ha podido pasar en la casa? ¿Cómo ha podido suceder ese incendio?

—No lo sé exactamente, solo espero que haya sido algo accidental.

—¿Dejaste algún fuego encendido en el exterior?

—No. Arriba había fuego en la chimenea de mi habitación. Abajo solo podían quedar las ascuas de la cocina y la chimenea principal. Fuera no quedaba ninguna lámpara.

Asintió, más preocupado que cuando me había preguntado.

—Puede que alguien haya entrado en el rancho para provocarlo.

—Puede —confirmé pensando en los Foster.

—¿Quién? Tienes que contármelo.

Le conté todo. Cómo llegaron hasta el rancho y por qué. Cómo nos amenazaron, cómo me hirieron y me arrebataron a mi hijo. También lo que pasó con el ganado y por qué se fue Tom.

Detuvo el caballo, pensativo.

Me detuve también y me giré a observarlo.

—¿En qué piensas? —pregunté, preocupada por la posible respuesta.

—En que no me voy a separar de tu lado nada más que lo imprescindible. Si esos tipos vienen a por el rancho, lo harán con rencor y ya sé cómo acaba eso.

Analicé sus palabras unos segundos, antes de replicar.

Recordé que Luke no era un indio como los demás. Sus padres intentaron integrarse para que sus hijos tuvieran un futuro mejor, pero debía haber visto de todo en el proceso.

—El rancho no vale nada. No produce nada. Solo es un pedazo de tierra llena de recuerdos —reflexioné en voz alta lo que rondaba mi cabeza.

Acercó su caballo hasta el mío.

—Haremos que recupere su valor.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas mientras lo miraba con rabia por lo que nos había pasado y pena por lo que nos esperaba.

—¿Qué vamos a hacer sin dinero ni ganado? Lo poco que me queda es nuestra supervivencia. Quizá sea mejor hacer caso a Rose, venderlo e irme lejos de aquí.

—Si es lo que quieres, mañana mismo busco un comprador. Seguro que hay muchos interesados, pero dudo mucho que te desprendas de Liberty.

—No me puedo ir de aquí. Si Tom vuelve, ¿cómo sabrá dónde encontrarme?

Luke asintió, mirando el rancho.

Desde donde estábamos se veía su cabaña, con la chimenea humeante. Y la casa de los McQueen, mi casa, enorme y fría.

—Creo que podemos reflotar todo esto, pero hace falta trabajar mucho y tener paciencia.

—No me asusta trabajar. Siempre he trabajado.

—Lo sé —contestó con media sonrisa cómplice—. La peor parte es la paciencia. Créeme, lo sé. Sobre todo cuando deseas algo con mucha intensidad.

Nuestras miradas se engancharon durante unos segundos.

Sabía que no estaba hablando del rancho, ni de ningún trabajo, hablaba de nosotros.

Apreté los labios un par de segundos hasta que me di cuenta de ello y los solté.

—La paciencia es una gran virtud. No la desperdiciemos en cosas imposibles —susurré.

—No hay nada imposible, solo hay que encontrar el momento adecuado de la vida para conseguirlo —apostilló.

Movió las riendas de su caballo y continuó el camino.

Le seguí, pensando en sus palabras.

Capítulo 35

Liberty, Navidad de 1896

El plan de Luke me pareció descabellado en cuanto me lo contó. Liberty era un rancho dedicado al ganado y al cultivo. También teníamos algunos panales, cuya miel Tom envasaba con mimo para endulzar postres y comidas, pero que se podían vender si era necesario.

Él quería convertirlo en una granja de caballos. Quería domarlos para venderlos, pero ese negocio era complicado, pues precisaba de destrezas que no tenía y necesitaba una inversión inicial de la que no disponía.

Había prometido a Tom que no tocaría el dinero bajo la casa y no lo iba a usar.

—Yo encontraré los caballos. Solo tengo que traer unos cuantos *mustangs* hasta aquí.

—¿*Mustangs*? Es imposible, Luke. Casi nadie lo consigue, aun yendo un grupo grande de vaqueros. ¿Cómo vas a hacerlo solo?

—Me ayudarás y, si es necesario, pediremos ayuda a gente de confianza.

Negué con la cabeza, incapaz de proyectar ese futuro en una imagen.

—¿De confianza? No me fio de nadie, Luke. Hace mucho que nadie se preocupa por mí. Nadie viene a verme. No me puedo fiar. Aún no sabemos por qué hubo un incendio en casa, pero voy a seguirte el juego. Supón que vamos a por los caballos y conseguimos traerlos. ¿Cómo piensas domarlos a todos? Se tardan muchas jornadas en conseguirlo y los animales necesitan alimento, atención, y no podemos dárselo. Es imposible.

—Sé cómo hacerlo, Jane. Confía en mí, por favor. ¿Qué tienes que perder?

Lo cierto es que tenía razón. No tenía nada que perder por intentarlo, pero, de momento, no quería que nadie supiera lo que estábamos haciendo en Liberty.

—Acepto, pero con una condición. No quiero que nadie nos ayude. Tendremos que hacerlo solos. Cuanto menos sepa la gente de nosotros, mejor.

Luke asintió conforme.

—Sé un sitio por donde suelen estar en esta época. Mañana iremos a buscarlos.

Cuando llegamos a aquella llanura a casi una hora de casa, parecía que nos estuvieran esperando.

Un grupo de unos veinte caballos salvajes se movían muy juntos y despacio.

—Voy a intentar coger a uno. Lo separaré del grupo. Tú ayúdame a cerrarle el paso para que vaya hacia aquella arboleda de allí. Cuando lo tenga a tiro, le echaré el lazo y lo ataré a un árbol para volver a por otro ejemplar. No podemos regresar solo con uno después de haber venido hasta aquí, pero tú y yo solos no podemos llevar más de dos o tres con suerte.

—No estoy segura de que podamos llevar ni a uno —murmuré, poco convencida de lo que estábamos haciendo.

—Míralo desde este punto de vista. Si no somos capaces de llevar ningún caballo a Liberty, buscaremos otro plan y solo nos habremos dado un paseo a caballo en pleno invierno.

Sonreí, intentando no pensar en el frío.

Íbamos abrigados, pero se sentía igual.

—Acabemos con esto de una vez —propuse, colocándome bien en el caballo y cogiendo fuerte las riendas.

Me había puesto mis pantalones de montar hechos a medida, con la chaparrera sobre ellos, hecha con cuero marrón canela que ya se estaba oscureciendo por el uso. El abrigo largo de piel de Tom y un sombrero de montar.

Con un gesto de las riendas, hice que Rainbow avanzara en dirección a la manada, esperando instrucciones.

—Deja que busque el caballo adecuado. Cuando te avise, empiezas a cabalgar hacia allí.

Asentí nerviosa. Nunca había hecho algo así.

Vi a Luke cabalgar sobre Verano hacia la manada, con su pelo largo al viento y muy concentrado.

Verle montar a esa velocidad era espectacular. Tenía una destreza que nunca había visto en nadie, ni siquiera en los domadores de caballos de Lake. Era como si el caballo y él fuesen uno solo.

Fue directo a la manada como si quisiera provocar una estampida, y así ocurrió.

Todos los caballos empezaron a correr y Luke observó al grupo. Enseguida señaló a uno que parecía dar las órdenes a los demás.

—¡Jane! ¡Corre! —me pidió mientras lo perseguía con mucha habilidad.

Azucé a Rainbow y salimos disparados hacia Luke y aquel precioso ejemplar negro azabache.

Creo que nunca había corrido a tanta velocidad, ni Rainbow tampoco. Nos encantaba correr, pero ese caballo salvaje parecía que podía ser más rápido a cada metro que recorríamos.

Luke lo desvió, haciendo que se separara más del grupo. Yo lo cerré por el lado contrario en la dirección acordada.

Lo vi coger el lazo, cabalgando sin manos, moverlo en el aire y lanzarlo en dirección al animal.

Lo capturó al instante, haciendo que Verano bajara la velocidad y el *mustang* también. Tiré de las riendas para que Rainbow frenase.

Luke se bajó del caballo y se acercó a aquel ejemplar salvaje.

Enseguida acortó la cuerda y se acercó a acariciarle el lomo.

Hablaba en voz baja en alguna lengua india que no conseguía entender, pero parecía que el animal sí porque a cada palabra se calmaba un poco más.

Así fue como lo llevó hasta la arboleda, donde lo ató.

—Hemos cogido el alfa de la manada. Vamos a intentar coger a su pareja, así podremos intentar que tengan crías.

Lo miraba estupefacta.

Asentí y lo seguí de nuevo a caballo.

Observé cómo se acercaba a un pequeño grupo de la manada que se había dispersado. Caminaba despacio, como si quisiera que le tuvieran confianza. Pero, cuando le quedaba poco para llegar y los animales empezaban a huir, cabalgó lo más rápido que pudo hasta cortar el paso a la yegua color marrón claro con las crines oscuras.

—¡Ahora! —gritó, indicándome que le cortase el paso desde mi posición.

Lo hice con más confianza que antes y él debió notarlo porque me sonrió. Le devolví la sonrisa.

Sucedió lo mismo. Cuando estuvimos cerca de los árboles, tiró el lazo al ejemplar, lo capturó y bajó la velocidad, reduciendo la cuerda hasta que saltó del caballo y se acercó a la yegua.

El animal se enfadó. Yo lo comprendí.

De nuevo le habló en voz baja mientras acariciaba su lomo y se iba calmando. Lo acercó hasta el otro caballo y, en cuanto lo reconoció, ambos se quedaron más tranquilos.

—Creo que volveremos solo con estos dos. Regresaremos otro día a por más.

—¿Crees que volveremos a tener suerte y seguirán aquí?

—No te preocupes por eso. El próximo día nos los llevaremos todos.

—¿Todos?

—Tienes madera de vaquero, Jane. Podremos hacerlo.

Negué con la cabeza mientras una carcajada salía de mi boca.

Me sorprendí por ello.

Hacía tanto tiempo que no me reía que ni lo recordaba.

Él me miró sonriendo, pero con una mirada profunda que no me transmitía diversión, más bien sentimientos de los que prefería no saber.

—Será mejor que volvamos a casa. No voy a cantar victoria hasta que no los metamos en el establo.

Luke asintió y preparó la vuelta.

La yegua iba atada a Rainbow y el macho a Verano. Cabalgaron resignados hasta Liberty.

Pensé que parecía una broma que el rancho se llamase «libertad» cuando estábamos condenándoles a lo contrario.

Frené en seco.

Luke también lo hizo al darse cuenta y se giró en la silla de montar.

—No sé si quiero hacer esto —dije con pena al mirar a los caballos.

—Tienes que sobrevivir y esta es la única forma sensata de hacerlo. Cuando las cosas empiecen a funcionar, puedes replantear el rancho de nuevo, pero ahora debes hacerlo. —Cogió aire profundamente antes de seguir—: Se lo prometí a tu padre, Jane. Le prometí que haría todo lo que estuviera en mi mano por ti y lo voy a cumplir hasta el final, y eso implica buscar cómo sobrevivir. —Asentí con un gesto de cabeza. No me había contado qué le dijo mi padre exactamente sobre mí. Pero, con esa frase, sé lo que él le prometió que haría y era más de lo que cualquiera haría por una desconocida—. No voy a hacerles daño, solo los voy a amansar y domesticar.

Cuando vi a Luke domar a aquellos caballos, comprendí por qué me lo había propuesto. Era uno de sus muchos talentos, pero este era arte puro.

Cogió al macho y lo llevamos al lago.

Allí, en la orilla, se metió con él en el agua hasta que le cubrió las patas mientras le hablaba en su lengua nativa.

No entendía cómo no se congelaban ambos. Hacía mucho frío, aunque no lo suficiente para que el agua se congelase. Luego comprendí que estaban haciendo tanto esfuerzo en aquella batalla por ser el líder del otro que no lo sentían.

Eran dos machos alfa luchando por imponerse al otro.

Tras muchas vueltas en el agua y perder el resuello, el caballo ralentizó sus movimientos y Luke aprovechó para montarse sobre su grupa cogiéndose de las crines, con una habilidad que me dejó sin palabras.

Nunca había visto nada igual. Nunca había visto a un caballo rendirse tan rápido de esa manera.

Luke me miró con una sonrisa triunfal, montado en el *mustang*. Lo espoleó con suavidad para que caminara fuera del agua y se acercó a mí.

—Te presento a Relámpago —dijo, mirándome con un brillo en los ojos que no le había visto nunca.

—Es precioso, Luke. Estoy aquí, lo he visto con mis propios ojos, y aún no me creo que lo hayas domado así en tan poco tiempo. Ha sido espectacular, como si fueses un mago.

—Gracias, Jane. Aún queda trabajo, pero lo más difícil ya está hecho. Espero que ahora confíes un poco más en mí.

—Luke, si algo me has demostrado desde el primer día que apareciste es que puedo confiar en ti con los ojos cerrados. No sé qué le prometiste a mi padre ni qué te pidió él, la verdad es que no quiero saberlo porque no lo necesito. Me demuestras cada día que estás a mi lado en el peor momento de mi vida. Eso es muy importante para mí. Creo mucho en ti.

Su mirada intensa y penetrante me erizó la piel.

—Gracias, Jane. Solo quiero que vivas tu vida lo mejor posible, que salgas adelante después de esta mala racha y puedas llegar a ser feliz. Es lo que le prometí a tu padre, no hay más. Es lo que quería para ti, y juré que lo intentaría por todo lo que hizo por mí y mi familia. Ojalá vuelva Tom y podáis continuar con vuestros sueños en Liberty. Pero, si no vuelve, no tengas miedo: no te abandonaré. Lo sacaremos adelante.

No pude hablar más. Había dicho suficiente para hacerme llorar, pero su mirada me decía que, si las circunstancias fueran otras, me diría mucho más.

Se acercó con Relámpago hasta mí, sonrió y lo azuzó para que corriera por el llano.

Le obedeció al instante.

Lo escuché ulular un grito de guerra nativo mientras cabalgaba.

Sonreí, disfrutando de la imagen.

Hombre y animal se habían compenetrado a la perfección y lo disfrutaban.

Verano observaba la escena junto a mí.

—Tranquilo, no va a ir a ningún sitio. Lo ha prometido.

Juro que aquel caballo lo entendió y dejó de tirar de las riendas que tenía entre mis manos.

Quizá era cierto que los caballos eran nuestro futuro.

Sonreí.

Capítulo 36

Liberty, finales de marzo de 2023

Eric estaba emocionado con la lectura. Él había aprendido a domar a los caballos con esa técnica, pero no sabía con exactitud de dónde provenía, ni cómo había llegado hasta Liberty.

Había oído hablar de un indio que trabajo allí al principio de la historia del rancho, pero poco más. Encontrarlo en el diario fue un regalo.

Quizá Jane era más que la tatarabuela de A. J. Su historia era mucho más que la historia de la familia McQueen.

Y Luke, ese hombre que apareció como un milagro para Liberty y para su dueña, se dedicaba a lo mismo que él.

A. J. podía ver la emoción en el rostro de Eric, la admiración por aquel hombre que era otro encantador de caballos como él.

—Parece que esto no va solo de los McQueen —comentó A. J. sonriendo.

—Es increíble cómo lo describe con detalle, Amelia. Ese hombre ha sido mi inspiración y ahora me siento como él aquí —confesó sin apartar los ojos de las páginas que acababa de leer.

—La realidad es que ese hombre eres tú en dos mil veintitrés —confirmó A. J.—. Eres el adiestrador de caballos en Liberty y vives en su cabaña.

—Con la dueña del rancho —apostilló levantando las cejas.

—Exacto —dijo la chica, sentándose sobre sus rodillas. Después pasó las manos por su cuello para sujetarse.

—Con cada página que leo, más entiendo este sitio. Pensaba que ya lo sabía todo sobre esto, pero veo que hay mucho más.

—Yo estoy fascinada con la integridad de mi tatarabuela. Qué

fuerza de voluntad, no solo con el rancho, también con Luke.

—Jane era una rompecorazones.

—Yo no diría tanto, pero sí que la vida le puso en el camino a los hombres adecuados para ella, y eso pasa muy pocas veces. Es increíble que, sin salir de este pueblo, de este rancho, tuviera en su vida a Tom y Luke.

—Este rancho es mucho más que ganado y caballos —apreció Eric con picardía.

—Veo que da igual lo lejos que te vayas a estudiar, a conocer mundo o a vivir. Si tu sitio está en un lugar concreto, volverás una y otra vez, y la vida se encargará de que estés bien allí. Ya sea con amor, amistad, trabajo, posesiones…

—¿Estás hablando de Jane o de ti? —preguntó, pasando las manos por su cintura para acercarla más a él.

—De Jane, de momento. No sé qué va a ser de mi vida aún.

Eric apretó los labios, comprendiendo que todavía no tenía claras sus expectativas futuras.

—Bueno, ahora estás aquí. Espero que lo sepas pronto.

A. J. le acarició la mejilla con cariño, mirándolo a los ojos.

—Yo también —susurró, acercando la boca a la suya.

Eric no dudó un segundo y recorrió los centímetros que les separaban para culminar el beso.

A. J. lo quería, mucho. Más que a Adam, o al menos de forma diferente, incluso más que a cualquier otra persona en el mundo. Y se estaba planteando un futuro con él, pero sabía lo que significaba: vivir allí para siempre y cambiar toda su vida.

Esperaría a resolver los problemas de Liberty para tomar una decisión tan importante como esa.

—¿Seguimos leyendo? —susurró en su boca. Eric asintió.

Liberty, primavera de 1896

Hemos conseguido superar el invierno y sobrevivir con los pocos recursos que nos quedaban.

Luke domó a Relámpago y a Lluvia, pero no los hemos vendido.

Creo que Dios aún cree en mí, en nosotros, porque nos ha regalado un milagro. No lo sabíamos cuando fuimos a buscar los caballos salvajes, no buscábamos que así fuera, pero la yegua estaba preñada.

Luke se dio cuenta cuando la fue a domar.

No la forzó, la dejó tranquila. Pero ella, al ver a su pareja dócil y calmado, lo imitó por instinto. Es increíble cómo la vida se abre camino y la supervivencia prima sin importar lo demás.

Era la idea de Luke, conseguir una pareja para intentar criar y poco a poco ir teniendo más caballos, pero nunca pensó que lo conseguiría así.

Como dirían los jugadores, fue una buena mano de póker, una de esas que no salen casi nunca.

Volvimos a buscar *mustangs* y conseguimos hacer tres viajes con dos caballos cada uno. Luke los fue domando poco a poco para venderlos, y así es como hemos llegado hasta aquí.

Poco a poco hemos ido arreglando la casa de Tom.

Luke ha ido reponiendo las maderas, apuntalando lo que no era seguro. Y yo, mientras tanto, limpiaba y adecentaba el estropicio del invierno.

Ahora entro allí y siento la casa extraña.

Es como si hubiese pertenecido a una vida pasada muy lejana.

Luke y yo vivimos juntos en su cabaña. Él sigue durmiendo en el suelo y yo en su cama.

Es un hombre muy respetuoso, pero sé que siente por mí.

A veces siento el impulso de corresponderle. Cada día que pasa con más intensidad, pero el recuerdo de Tom sigue vivo en mí y aún no tengo ninguna noticia de él que me permita dejar esa etapa de mi vida atrás y en paz.

Por la mañana, cuando lo veo levantarse, pienso que somos como una pareja, pero a medias.

Nos conocemos tanto al compartir veinticuatro horas juntos que me asusta.

Creo que he llegado al punto de complicidad que tenía con Tom. Y, si no es así, le falta poco, pero sin compartir intimidad.

Estoy asustada por lo que siento, pero también por los próximos acontecimientos.

Todos saben en el pueblo que Luke está aquí, que estamos solos y a lo que nos dedicamos.

No me preocupa nada. Sé lo que hemos emprendido y el negocio no es nada malo ni ilegal, pero las noticias vuelan y vendrán esos hombres que intentarán quedarse con Liberty.

Estoy preparada, pero temo por Luke.

Él está aquí para protegerme, pero es indio y está solo.

Nadie va a venir a ayudarnos si las cosas se ponen feas. Ya no hay hombres en los establos que salgan a defendernos si llega una banda de cuatreros o vuelven los Foster.

Estamos solos y todo el mundo sabe que Tom no ha vuelto.

Es cuestión de tiempo que suceda algo.

Ojalá supiera cuándo, el qué y quiénes.

Tenemos que prepararnos.

Liberty, verano de 1896

Hoy, 5 de junio de 1896, en Lake City, Oregón, quiero dejar por escrito que yo, Jane McQueen Hogan, y mi capataz, Luke, estamos amenazados por Clayton Foster y sus secuaces.

Si algo nos sucediera, aquí dejo nota de quiénes fueron los culpables.

A mi marido, Tom, si vuelve algún día y lee esto…

Te quiero. Siempre.

12 de junio de 1896

Los Foster han vuelto a Liberty. Han estado rondando por las tierras durante días, amedrentándonos continuamente.

Hoy ha venido Clayton en persona. Quería hacerme una oferta por Liberty, una oferta imposible de aceptar.

No pienso vender el rancho de Tom por nada en el mundo mientras pueda evitarlo. ¿Dónde iría?

Tampoco pienso venderme a mí misma.

Antes de que la banda volviera al pueblo, tres hombres diferentes han venido hasta aquí interesándose por mi situación. Entiéndase por «situación» que Tom no está y una mujer sola, con una propiedad tan grande a su cargo, es blanco fácil para ellos casi siempre, como predijeron papá y Luke.

Suerte que tengo a Luke conmigo. En cuanto lo veían, solían marcharse, aunque siendo indio no le respetaban demasiado.

Pero Clayton Foster es otra cosa.

Luke supo quién era en cuanto apareció. Le puse al día después del incendio del invierno. En mi cabeza rondaba la posibilidad de que él fuera quien mandó a alguno de sus hombres o de sus lacayos del pueblo para asustarme, porque no había ningún aviso que acompañara el fuego.

No se me ocurría qué otra cosa podía ser.

Era increíble que, a estas alturas, aquel tipo no me conociera y supiera que nunca iba a mostrarle miedo, aunque lo tuviera.

Nunca.

Desde que apareció por aquí, Luke atranca puertas y ventanas cada noche y duerme con un rifle al lado.

No voy a negar que me pone muy nerviosa, pero lo entiendo y me siento segura con él.

Solo espero que se solucione pronto, porque no creo que podamos sostener esta situación por mucho tiempo.

Capítulo 37

Liberty, verano de 1896

Hoy he matado a un hombre… No he tenido elección. Si no disparaba, lo más probable es que el muerto hubiese sido Luke.

Han intentado robar los caballos que teníamos listos para vender. Luke es bueno domándolos y se ha corrido la voz. Son ejemplares difíciles de ver por esta zona, ya que solo los nativos suelen conseguir domesticarlos y ya no hay nadie más que lo haga por aquí.

Nos pagan un buen dinero por cada uno. Si los perdemos, se esfumarán todas las posibilidades de que el rancho funcione y podamos seguir adelante una temporada más.

Estábamos ya en la cama listos para dormir, cuando Luke los ha escuchado entrar a los establos y ha salido corriendo de la cabaña descalzo, con solo unos pantalones y rifle en mano. Ha conseguido herir a uno de ellos, pero otros tres se le han echado encima.

Él no quería que yo saliera de la cabaña. Me ha pedido que cerrara la puerta y, si alguien entraba, disparase sin pensar.

Por supuesto que no le he hecho caso.

En cuanto se ha marchado, he abierto un poco una de las ventanas y he observado la situación con el rifle de papá cargado.

Aquellos tipos lo estaban esperando, lo han desarmado y han comenzado a pegarle.

Se defendía bien, pero tres contra uno no es una pelea justa.

Dos de ellos lo habían sujetado por los brazos mientras otro se llevaba la mano a su pistola, dispuesto a disparar.

He sido más rápida que él.

Ha caído de bruces frente a Luke mientras los otros dos

buscaban de dónde venía el disparo.

He ganado el tiempo justo para que él pudiese golpear a uno, sacar su revolver de la funda y disparar al otro.

Después, ha cogido del cuello al que quedaba y le ha preguntado si les enviaba Clayton Foster.

Ha asentido con un gesto de cabeza y después le ha disparado.

Me temblaban las manos cuando intenté salir de la cabaña, pero, aun así, no solté el rifle.

Corrí hacia Luke.

—¿Estás bien? ¿Te han disparado? —pregunté, llegando a su lado sin respiración.

—Estoy bien —contestó mientras le revisaba de arriba abajo para comprobar que no tenía nada de verdad.

—¿Estás seguro? Tienes sangre, Luke, deja que te mire —insistí hablando muy deprisa, sin respirar, mientras le pasaba la mano por el torso buscando posibles heridas.

Cogió mi rostro entre las manos para que lo mirase.

—Jane, estoy bien —confirmó con una intensa mirada—. El disparo ha sido el tuyo. Estoy bien gracias a ti.

Asentí, cogiendo aire profundamente y después soltándolo, intentando recuperar la tranquilidad.

Le escuché susurrar un «lo siento» que no entendí en ese instante, pero enseguida despejó mi curiosidad.

Acercó su boca a mis labios y me besó.

Esta vez no fue el beso fugaz de entonces, ahora iba a por todas.

No lo rechacé, lo dejé hacer, aunque mis brazos no le abrazaron ni tampoco le correspondí con entusiasmo al beso.

Cuando se apartó de mí, vi su tristeza en los ojos, pero no sabía qué debía hacer. Los sentimientos se cruzaban en mi corazón y no era capaz de tomar una decisión.

—Gracias por salvarme la vida —susurró sin alejarse mucho de mi boca—. Perdona por besarte, pero me he dado cuenta de que no quería perdérmelo por si la vida no me daba tiempo suficiente para esperar a que lo hicieras. —Sonrió tímidamente sin dejar de mirarme la boca. Mientras, sostenía mi pelo con una mano apoyada en la nuca y la otra en mi cintura, solo tocando la tela del camisón con la yema de los dedos, como si tuviera miedo de tocarme más—. No lo volveré a hacer si no me lo pides. Lo juro.

Escucharle decir que no iba a volver a intentarlo, me provocó una gran tristeza.

No lo entendía. Se suponía que tenía claros mis sentimientos y estaba convencida de que Tom podía volver en cualquier momento, pero también pensaba que lo único que iba a conseguir, y con mucha suerte, era confirmar su muerte.

Ya no estaba segura de lo que debía hacer ni de lo que quería hacer.

Luke me atraía desde el primer día y yo a él, pero siempre me había respetado. Solo se había acercado a mí de forma íntima el día del incendio al descubrir que estaba bien, y en ese instante, en el que casi lo matan.

No había conocido a muchos hombres tan respetuosos como Luke. A Tom, mi padre, el doctor Moore y el señor Cooper. Creo que la mayoría habría aprovechado su posición contra mi situación, pero él no.

—He matado a un hombre —contesté desviando la atención.

—Y me has salvado la vida. No lo olvides. Yo no lo olvidaré jamás —contestó. Sonrió y se alejó de mí.

Lo vi caminar hacia el establo.

Seguro que iba a comprobar que los animales estuviesen bien.

Me fui a la cabaña, nerviosa por sus palabras, mis sentimientos enredados y, sobre todo, algo que no podía ocultar: la sensación que aún viajaba por mi cuerpo tras ese beso.

Recogí un poco de agua limpia del pozo en un cubo y entré en la cabaña.

Dejé el agua sobre la mesa.

Hacía calor. Abrí una ventana y dejé la puerta abierta.

Cogí unos trapos limpios, una palancana y los dejé junto al cubo.

Eché agua en el recipiente, metí uno de ellos en el agua fresca, lo escurrí con las manos y me lo coloqué sobre el cuello.

Cerré los ojos, dejando que el frescor me despejase un poco.

Cuando los abrí, estaba frente a mí.

Estaba mojado. Se había lavado, como era su costumbre, al salir de los establos.

—¿Están bien? —pregunté enseguida por los animales.

—Sí. Están todos bien —contestó sin moverse de la puerta—. He escondido los cuerpos. Tendré que enterrarlos.

No me quitaba los ojos de encima.

Sabía lo que estaba mirando. El agua de aquel trapo empapado había mojado mi ropa de dormir blanca, pero no me importaba que me viera. Ya no.

—Ven. Siéntate aquí, voy a curarte. Luego te ayudaré con esos hombres —pedí, señalando una silla junto a la palancana y los trapos.

Obedeció y se sentó frente a mí.

Nerviosa, cogí uno de los pañuelos limpios, lo mojé y comencé a limpiarle la cara. Tenía sangre reseca de los golpes y una pequeña herida abierta en el pómulo.

Lo curé, intentando centrarme en ello y no pensando en la cercanía que aquella situación provocaba.

Aunque pareciera imposible viviendo en aquella pequeña casa, en contadas ocasiones habíamos estado tan cerca el uno del otro.

Me mordí el labio inferior mientras limpiaba con mucho cuidado la herida del pómulo.

Sabía que él me estaba observando todo el tiempo, pero prefería ignorarlo.

Apreté los labios mientras mojaba de nuevo el trapo en el agua fría y lo escurría.

Nuestras miradas se cruzaron un instante.

Comprendí que era mejor que no lo volvieran a hacer si quería que las cosas siguieran como estaban y, sobre todo, que acabara pronto mi labor.

Me di cuenta de que tenía sangre en el pelo.

—Espera, creo que tienes una brecha en la cabeza —susurré delante de él, acercándome más para poder ver mejor la herida.

Coloqué mis piernas rozando las suyas y mi cuerpo pegado a su torso, sus hombros y su cara. No fue premeditado, simplemente no podía ver la herida de otra forma.

Me pareció escucharle respirar profundo, pero lo volví a ignorar.

Me alejé un poco para enjuagar el trapo y volver a limpiar la sangre.

De nuevo mi cuerpo pegado al suyo.

Sentí sus dedos deslizarse solo con las yemas por mi pierna. Era una sensación que echaba tanto de menos…

Cerré los ojos un segundo, apretando los labios sintiendo su

caricia.

Continué limpiando la herida, pero mis movimientos se tornaron más lentos.

Su cabeza se movió en mi pecho, besando la piel que el camisón dejaba ver.

Intenté contener la sensación.

No lo conseguí, mi cuerpo tembló perdiendo fuerza.

Lo miré con el corazón latiendo, como uno de sus *mustangs* cuando les va a echar el lazo.

—No sé si debería dar puntos en esta herida —balbuceé, acariciando su pelo mientras él seguía rozando mis piernas con sus dedos. Subiendo poco a poco hacia mis partes íntimas sin llegar a tocarlas.

—Estoy bien. Se curará —contestó mirándome a los ojos, con un tono de voz profundo y sensual que me excitó más—. Podemos dejarlo para mañana y verlo mejor a la luz del día.

No sabía qué decir.

Mi cabeza no pensaba con claridad, solo me podía concentrar en las sensaciones que me provocaba su tacto, su cercanía.

No apartó la mirada. Yo sabía lo que esperaba.

Bajé mi boca hasta sus labios.

Lo deseaba desde hacía tiempo, pero siempre respeté a Tom. Ahora, a punto de cumplir un año después de que se marchara y no volviera a tener noticias de él, ¿qué más podía hacer?

Papá lo llamó porque sabía que estaría bien con él si llegaba el momento. Me protegió adelantándose a lo que estaba por venir.

En cuanto recibió el beso, suspiró en mi boca. Yo también.

Sentí cómo me elevaba ligeramente para poder colocarme a horcajadas sobre él y estar a una altura más cómoda.

No me puso sobre su miembro con la impaciencia que esperaba, solo me colocó sobre sus muslos, dejando que decidiera qué deseaba. En cuanto lo hizo, me cogió del cuello y el rostro con cuidado para profundizar el beso.

Pasé mis manos por su cuello, sus hombros, y lo abracé.

Poco a poco nuestras respiraciones fueron más agitadas y nuestro deseo creció.

Me deslicé por sus muslos, acercándome hasta su erección.

Gemí al sentirlo debajo de mí, dejándome sin respiración por un

instante.

Él también tuvo que coger aire y sujetó mis piernas para que no me moviera.

Nuestras miradas se cruzaron, como si quisiéramos asegurarnos de que ambos estábamos sintiéndolo igual.

—Te deseo, Jane. Mucho —dijo con la voz entrecortada.

—Yo también, Luke —contesté, deslizando mi cadera un poco hacia delante.

Gemimos otra vez al rozarnos.

Respiré varias veces. No pensé que pudiera sentirme así con otro hombre que no fuera Tom.

—No quiero que te arrepientas, Jane.

—No lo haré —confesé, apretándome otra vez contra su erección. No podía estar segura de lo que pensaría mañana, pero no me iba a arrepentir.

Luke deslizó su mano entre nuestros sexos, liberó su miembro del pantalón y me penetró.

Gemí, quedándome sin respiración ni fuerza en las piernas al sentirlo profundo dentro de mí. Él me sostuvo entre sus brazos, besándome en los labios mientras se movía, ayudándome a que lo hiciera yo. Me miraba con los ojos negros brillantes por la pasión, disfrutando de mis reacciones, hasta que llegué al clímax y él se dejó llevar también.

No dijo nada. Solo me miró como si fuese un tesoro muy preciado y me besó en los labios, aún dentro de mí.

Nos abrazamos. Entonces sentí mucho amor por Luke, pero la imagen de Tom no se borraba de mi mente.

Me aparté un poco, bajando la cabeza.

Él, que era un hombre muy inteligente, sabía de sobra lo que me sucedía.

—Tranquila, sé cuál es mi lugar en tu vida —susurró, levantando mi barbilla un poco para que lo mirase a los ojos—. Soy un indio sin tribu que no tiene nada más que ofrecer que su trabajo. Nadie sabrá lo que hemos hecho. Nunca. Es nuestro.

—Lo siento, yo… —intenté explicarme.

—Tom sigue siendo tu marido, Jane, legal y emocionalmente, aunque no esté contigo. Lo entiendo y lo respeto. Tranquila. No volverá a suceder si no quieres.

—No sé qué me pasa. Él no está y no hay nada que me haga pensar que volverá, pero no puedo dejarlo atrás porque no tengo nada de lo que despedirme ni que me confirme que murió… Es muy doloroso, una tortura que no me deja avanzar —sollocé, asustada de decir en voz alta lo que sentía.

—El duelo es muy difícil, para cada persona es diferente. Pero, si además no te has podido despedir físicamente, es más complicado. En tu caso, has perdido a las personas más importantes de tu vida en meses, y otras se han marchado… No te fuerces, Jane. El tiempo dirá. Solo piensa en el día a día.

Asentí mientras me secaba un par de lágrimas que se querían deslizar por mi rostro.

Él me abrazó. Me dejé querer. La sensación de soledad se aplacaba estando con él. Ya no podía más con ella.

No sabía qué iba a ser de nosotros desde ese instante, pero si algo tenía claro… era que nuestras vidas habían cambiado.

Capítulo 38

Liberty, finales de marzo de 2023

A. J. y Eric cerraron el diario, superados por lo que habían leído. A cada página la historia se complicaba más, pero también mostraba detalles sobre el rancho y su vida allí que desconocían y estaban seguros de que desconocía el resto, excepto las mujeres McQueen que habían accedido a la historia de Jane.

—Sabía que no podría alejarse de Luke mucho más. La atracción era más que evidente desde antes de darse ningún beso —comentó Amelia el final del pasaje, dejando el diario en la mesilla, ya que se había tumbado en la cama hacía mucho rato.

—Aquí han pasado muchas cosas —susurró Eric, señalando la contraventana por la que Jane disparó.

—Esta cabaña sigue intacta, como estaba entonces —confirmó la chica mirando alrededor.

—La mesa nunca se ha cambiado. La limpié, lijé la superficie para sanearla y traté la madera para cuidarla, pero es la misma que había entonces. Aquí no ha entrado otra —explicó, orgulloso de haberla conservado—. La estructura la hemos ido conservando desde que recuerdo, como el resto de edificaciones antiguas del rancho. Es increíble leer que parte de la historia de Jane no sucedió en esa gran mansión, sino que pasó aquí —concluyó mirando intensamente a A. J.

—Parece que las mujeres McQueen tenemos imán con esta pequeña casa y sus moradores —comentó abrazándose a él. Eric la envolvió con sus brazos.

—Eso parece —susurró sensual.

—Creo que tenemos que leer el diario completo lo antes posible.

Necesitamos tener toda la información que podamos reunir de Liberty para enfrentarnos a las especulaciones.

Eric asintió, comprendiendo que A. J. necesitaba saber para poder continuar.

La entendía. Si fuese su familia, le sucedería igual. De hecho, le sucedía. Estaba tan metido en la historia como ella.

—Haré café. Empieza a leer —la animó. Después le dio un rápido beso en los labios y se levantó para prepararlo. La noche iba a ser larga.

Liberty, verano de 1896

Nadie vino a Liberty preguntando por los hombres que intentaron asaltar el establo.

Luke y yo los enterramos fuera del rancho, en una zona sin dueño que era poco probable que se habitara o se usara por su terreno escabroso. Nos costó mucho esfuerzo hacerlo, pero debía ser así si no queríamos que nos colgaran en la calle principal de Lake City.

Él estuvo trabajando en la fosa durante un día entero. Después, esperamos a que anocheciera para llevarlos en sus propios caballos hasta donde pudimos. Luego Luke los cargó uno a uno hasta la tumba.

Cuando los colocamos allí, quitamos las sillas a los caballos y también las enterramos, junto con el resto de sus pertenencias. Cualquier cosa que pudiera identificarlos debía desaparecer.

Al terminar, Luke soltó a los caballos, libres por fin y sin ninguna atadura.

Esperábamos que encontraran un grupo de *mustangs* y se fueran con ellos.

Nunca contaré dónde los enterramos porque nadie debe saberlo. Si en el futuro alguien lee esto y enlaza esta historia con alguna tumba encontrada, será casualidad.

Aunque los eliminamos de nuestra vida, sabíamos que los enviaba alguien más peligroso.

Estábamos seguros de que había sido Foster para dejarnos sin recursos para subsistir, pero había otros a los que también les interesaban nuestros caballos.

Después de aquello, no nos quedó más remedio que volver a la

casa principal. La cabaña estaba demasiado expuesta y era fácil de asaltar.

Volver fue extraño.

No entraba allí desde hacía tiempo y sentía como si fuese una etapa de mi vida muy lejana, aunque solo había pasado un año desde que cambió.

Luke fue directo a mi habitación, la que en otra hora había sido de Tom y mía.

Se aseguró de que las ventanas podían atrancarse, así como de que funcionaba la cerradura de la puerta, pero no se quedó conmigo. Era muy respetuoso con mis sentimientos y no quería dormir allí por iniciativa propia. Si quería dormir con él, debía pedírselo yo.

La habitación contigua estaba vacía. Siempre lo había estado desde que yo vivía en Liberty. La ocupó él.

Muchas noches no podía dormir. Me tranquilizaba saber que estaba allí, pero la realidad, aunque mi mente se negara a aceptarlo, era que deseaba que estuviera más cerca.

No volvimos a besarnos ni a tocarnos durante un tiempo, pero nos mirábamos con deseo y nos alejábamos cuando nos acercábamos demasiado.

Seguimos con nuestras tareas, los caballos y nuestra vida como pareja sin serlo. Hasta que un buen día llegaron cuatro jinetes al rancho. Uno era el *sheriff*; otro, Clayton Foster; y había dos hombres más que no conocía.

Aquel tipo era una caja de sorpresas y creaba artimañas para conseguir lo que quería sin importarle las consecuencias.

Lo vi bajarse del caballo y caminar hacia la casa como si todo aquello ya fuera suyo. Me revolvió el estómago.

El *sheriff* Green nos miraba con cara de circunstancias.

El hombre se bajó del caballo y se dirigió a mí con apuro. Nos conocíamos y sabía que estaba allí por obligación, no por voluntad. Mi marido había sido uno de sus ayudantes en los peores momentos del pueblo. Esperaba que me echara una mano, llegado el momento.

—Buenos días, *sheriff* Green —saludé, cortés, desde el porche—. ¿Qué se le ofrece?

Solo se lo pregunté a él. No quería dar la oportunidad a Clayton. Sobre los otros hombres, no tenía información.

Estaba sola. Luke estaba en los establos, pero, en cuanto me escuchó hablar, lo distinguí colocándose en la puerta. Sin verle, sabía que tenía un rifle apoyado en la pared, preparado para disparar.

—Buenos días, Jane. Perdona que te molestemos, pero el señor Foster ha vuelto a Lake hace unas semanas y dice que ha perdido a unos hombres.

—¿Que ha perdido qué? —pregunté haciéndome la sorprendida.

—Cree que sus hombres podrían estar por aquí.

Ahora entendía el apuro del *sheriff*.

—¿Aquí? Lo siento, no he visto a nadie por aquí. Solo estamos mi capataz y yo.

—El señor Foster insiste en que es posible que estén aquí. Sus caballos tampoco han vuelto.

—Los únicos caballos que tengo en el rancho son los míos. Por Liberty no ha pasado nadie desde que él vino a amenazarme —declaré sin tapujos. Al menos, si algo me pasaba, que el *sheriff* supiera qué enemigos tenía—. ¿Le ha contado esa parte?

El *sheriff* miró a Clayton unos segundos, pero no dijo nada al respecto.

—¿Está segura, señora McQueen? —preguntó el susodicho, interviniendo en la conversación.

—Estoy segura. Aquí no ha venido nadie desde hace mucho tiempo. El único que ha venido es usted y se fue por el mismo camino. Espero que de nuevo lo haga y deje de acecharme y amenazarme.

Sonrió con maldad.

No sabía qué as tenía bajo la manga, pero aquel gesto me decía que tenía uno.

—Jane… —me llamó el señor Green, con amabilidad, para que lo mirase a él—. El señor Foster también dice que se le debe un dinero que no ha cobrado y que, ante la muerte del deudor, es usted, como familia más cercana, quien debe hacerse cargo de la deuda.

—¿De qué está hablando? —pregunté.

—Su cuñado Garrett —intervino otra vez el delincuente.

—¿Qué pasa con mi cuñado? —Intenté que aclarasen un poco más lo que querían decir.

—Jane, Clayton dice que Garrett ha muerto y tú lo sabes, puesto que lo has traído aquí. Dice que, si él ya no puede responder por la deuda y Tom también ha muerto, debes hacerte cargo.

—Tom no está muerto —aseveré con rotundidad, ignorando el resto de la conversación.

—Yo creo que sí —dijo el jefe de los Foster—. Lo más probable es que, a estas alturas, haya muerto en cualquier camino buscando un valle para su ganado. Quizá se haya muerto de hambre o quizá alguien le disparó. ¿Quién sabe? El Oeste es peligroso, querida Jane, y después de tanto tiempo sin noticias suyas es lo más probable. Así que… págame la deuda.

Aquella explicación me hizo sentir un escalofrío de miedo.

Me daba la sensación de que Clayton Foster sabía más de lo que insinuaba sobre Tom y su suerte, pero era mejor no liar más las cosas.

—No tengo por qué. No es mi deuda.

—Bueno, eso no es tan fácil. Un McQueen me debe dinero y un McQueen me lo va a pagar, aunque no sea el mismo. Me da igual si me da el rancho, sus animales o se casa conmigo, pero lo voy a cobrar. Tú sigues siendo McQueen, ¿verdad? O ahora eres Jane «Pelo al viento», o como se llame él —dijo señalando a Luke.

Lo miré intentando tranquilizarlo. Aquel impresentable sinvergüenza no iba a salirse con la suya ni iba a provocar un tiroteo en mi casa, como pretendía.

—Cuidado con lo que dice, señor Foster. Soy Jane McQueen y en estas tierras ese apellido se respeta. Si no sabe hacerlo, será mejor que se marche inmediatamente, porque en esos términos no tengo nada que hablar con usted.

—Tranquila, McQueen, solo ponía en palabras lo que todo el mundo se pregunta y además es evidente. Tom no va a volver y es una viuda sola con un capataz indio. ¿Qué puede salir mal? Piénselo bien. No está segura aquí.

—Fuera de mi casa y de mis tierras, señor Foster. Y usted, señor Green, si no tiene nada más que decirme, también.

—Jane… —Intentó mediar, como era su deber, pero yo no podía más.

—¿Estoy detenida? ¿He cometido algún delito? ¿Estoy obligada a hacer lo que este señor quiere? ¿Sabe algo de Tom? Todas las

repuestas a esas preguntas son «no». Por lo tanto, si no se le ofrece nada más, adiós, *sheriff* Green. Buenos días.

Los hombres no replicaron. Dieron media vuelta, montaron en sus caballos y se fueron.

Luke no se movió de la puerta del establo hasta que se alejaron.

Se acercó hasta mí con el rifle en la mano.

—Ese tipo no se va a rendir hasta que cobre lo que cree que es suyo, Jane —dijo lo que se había estado aguantando en la distancia.

—Lo sé. Lo sé desde que le vi la primera vez —confesé abnegada.

—Es posible que venga a matarnos para quedarse con todo. Lo sabes, ¿verdad? —insistió.

—Ya lo habría hecho si así fuera. Ha tenido muchas oportunidades. Creo que no lo hace porque me quiere a mí. Iba en serio con eso de casarme con él —expliqué, convencida de mis palabras.

—¿Cómo lo sabes?

—Por su reacción el día que uno de sus hombres me disparó. Lo que dijo y, sobre todo, cómo lo dijo. Le mató delante de mí. Entonces no lo podía proponer porque Tom aún estaba aquí, pero ahora puede hacerlo. Está a punto de pasar un año desde que se fue. Oficialmente lo darán por muerto y será su oportunidad.

No le gustó aquella explicación, pero era la realidad.

—Si ese tipo quiere todo esto contigo dentro, va a ser difícil evitarlo, Jane.

—Lo sé —susurré asustada.

Aquel tipo me daba miedo desde que lo vi, pero intentaba que no se notase. Si se daba cuenta de ese hecho, perdería mi pequeña fortaleza frente a él y atacaría sin piedad.

—Intentaré protegerte todo lo que pueda, pero solo soy un hombre.

Me giré para mirarlo. Era consciente de ello.

—No quiero que te arriesgues por mí. Si ese tipo viene a cumplir su amenaza, no quiero que hagas nada. Quiero que te vayas sin mirar atrás y sobrevivas. No podría soportar que te pasase algo por mi culpa. Si es mi destino, así será.

—Prometí protegerte y lo haré hasta el final. No lo conseguirá si está en mi mano.

—Ya sabe que es la única forma de cobrar su deuda y lo intentará.

Tenía un nudo en el estómago y ganas de llorar.

Luke me cogió por la cintura y me llevó al interior del establo, fuera de las posibles miradas indiscretas.

Foster sabía muchas cosas del rancho, de lo que habíamos hecho y lo que hacíamos. Alguien nos espiaba.

Cuando entramos a uno de los cubículos vacío, se colocó frente a mí y me abrazó.

Dejé que lo hiciera, era demasiado para soportarlo sola.

—No quiero que ese tipo se salga con la suya, Jane. No puedo pensar que te ponga las manos encima. Tengo ganas de ir tras él y matarlo con mis propias manos para que te deje vivir en paz de una vez.

—No puedes hacerlo, Luke. Si lo haces, acabarás ahorcado en vez de él. ¿Qué crees que le harán a un indio si no les tiembla la mano para colgar a un blanco? Han muerto hombres por mucho menos.

Suspiró frustrado.

—Tiene que haber alguna forma de pararle los pies.

No contesté. No quería seguir hablando de ello. Me provocaba un nudo en el estómago que me hacía tener ganas de vomitar.

Apreté mi abrazo, él también.

—Quiero que duermas conmigo esta noche —susurré, rozando su piel con los labios.

Sentí cómo su cuerpo reaccionaba a mis palabras y me gustó. No quería perder más el tiempo.

—Ahora no podré pensar en otra cosa el resto del día —contestó, deslizando sus manos por mi espalda, que antes estaban estáticas por prudencia.

Sonreí, apartándome un poco para poder mirarlo.

Me devolvió el gesto, pero solo un instante para besarme después.

Me estremecí al sentir su beso, sus manos en mi piel y su deseo por mí.

No sabía qué me depararía el futuro, pero de lo que sí estaba segura era de que iba a intentar vivir al máximo los días que me quedaban junto a Luke hasta que aquel tipo volviera.

Porque iba a volver.

Capítulo 39

Liberty, verano de 1896

Unos días después de aquello, el *sheriff* Green llegó a Liberty sin nadie más. Salí a recibirle al porche y lo invité a entrar.

Le notaba muy preocupado por mí y tenía motivos para estarlo, pero era una paradoja porque el único hombre capaz de evitar que me pasara algo a mí, o a mis tierras, era él.

Preparé un café y nos sentamos en el salón, que ya nunca usábamos.

—¿Cómo estás, niña? —preguntó con el cariño con el que me había tratado toda mi vida.

—Bien, *sheriff* Green. Luchando por sacar adelante todas las cosas de Tom. Ya sabe que yo nunca he tenido nada así y, sin él, es difícil.

—Lo sé, Jane, lo sé. Por eso vengo a interesarme por ti. ¿Necesitas algo?

Aquella conversación habría estado muy bien muchos meses antes, cuando papá murió y me quedé sola. Ahora era extraño.

—Señor Green, espero que no se ofenda, pero va a cumplirse un año desde que se fue Tom y nunca ha venido a interesarse por mi situación. De improviso ha venido dos veces en pocos días. No lo entiendo y tampoco a qué viene tanta pregunta. —Fui clara porque no me gustaba nada lo que estaba pasando.

—Lo siento, Jane. Tienes razón. He estado muy ocupado.

Era una excusa barata. Desde que se fue la banda de los Foster hasta que volvieron recientemente, no había pasado nada en Lake excepto la desaparición de Tom. ¿Qué más tenía que hacer?

—Perdone, *sheriff*, pero he pasado mucho tiempo sola desde que

murió mi padre y nadie ha venido a ayudarme, ni siquiera a ver si estoy enferma o me he muerto. Solo estamos Luke y yo, y así va a seguir siendo.

—Jane, nunca pediste ayuda y nosotros no lo sabíamos…

—Mire, sé que estoy alejada de los demás y eso es una dificultad para mí, pero quiero que sepa que en diciembre intentaron quemarme la casa y lo solucionamos solos. Murió mi cuñado Garrett y tuvimos que solucionarlo solos. Buscamos cómo sostener el rancho nosotros solos y, cuando lo conseguimos, nos intentaron robar los caballos… —enumeré algunas de las cosas que nos habían pasado, sin detalles—. Entenderá que, si hemos conseguido superar todo eso, no nos haga falta nadie más, pero lo voy a pedir una sola cosa. Desháguese de Clayton Foster antes de que se vuelva a hacer con el pueblo y empiece a morir gente. Esta vez no se irá tan fácilmente y Lake se perderá para siempre.

El hombre guardó silencio unos segundos; supuse que asimilando toda la información, o porque ya lo sabía y no había nada que discutir ante mis palabras.

Creo que más bien era la segunda.

—Solo hay dos formas de que ese tipo se vaya de aquí. O bien saldas la deuda, o alguien lo mata. No hay más, Jane.

—Lo sé.

—Entonces no tenemos nada más que hablar. Espero que se solucione pronto y no tener que intervenir. Lo siento, Jane.

—¿Me está dando carta blanca, *sheriff*? —pregunté sin rodeos. Era importante que contestara.

—Soluciónalo. —Fue su respuesta mientras asentía con un gesto de cabeza.

Dio un último trago a su café, se puso el sombrero y salió por la puerta.

Me quedé allí, sentada, sin saber qué decir.

Debía pensar bien cómo actuar.

No quería implicar a Luke.

Tenía que pensar.

Aquel tipo no iba a parar. Había vuelto a traer a más secuaces al pueblo y seguían amedrentando a la gente, cuando no les desplumaban en el salón jugando a las cartas.

La historia se repetía y no podía apartar de mí la sensación de culpa por su regreso.

Luke me había propuesto entregarle unos cuantos *mustangs* domados como pago, pero yo sabía que aquel tipo no se conformaría. Querría saldar toda la deuda y solo había una forma de hacerlo sin ponerme a mí misma ni al rancho como pago: usando el dinero secreto de Tom, que había prometido no usar.

Además, pagar la deuda no garantizaba que se marchasen de Lake.

Si no se marchaban de Lake, no estaríamos a salvo.

Estaba enfadado. Se sentía impotente ante la situación. Nada dependía de él y no lo soportaba.

Si ya era muy protector antes de estar juntos y, por supuesto, antes de saber que Clayton Foster me había amenazado… ahora era el doble.

Me gustaba que lo fuera, que estuviese pendiente de mí. Pero, cuando llegábamos al tema de la deuda, nuestras ideas al respecto chocaban y se frustraba aún más.

—Pagar no garantiza que se larguen. Les gusta Lake, porque aún quedan incautos a los que desplumar en el salón y gente decente a la que robar su trabajo —expliqué, una vez más, tras terminar de cenar en la cocina.

No usábamos ya el salón. Nos gustaba estar allí con el calor del hogar y más recogidos, como si estuviésemos en su cabaña.

—Si no saldas la deuda, no lo sabremos. Desde luego, si pagas con el *sheriff* Green de testigo, no puede decirte que no lo has hecho. Todo quedará autentificado y, si luego se quedan por aquí a cometer más delitos, habrá que actuar en consecuencia.

—No sé, Luke… —dije mientras me levantaba, recogiendo los platos de la mesa para irme a lavarlos. Creía con firmeza que si le pagaba le regalaría el dinero y seguiría acosándome.

Se levantó también, acercándose hasta mí.

No le miré, ya me sabía su diatriba, y seguí haciendo mis labores.

Él me cogió por la cintura, obligándome a mirarlo.

—Hablemos con el *sheriff*. Preguntemos si intervendría como testigo en el pago y, si dice que sí, paga. Por favor. Los días pasan, Foster está cada vez más nervioso y vendrá pronto.

Si eso ocurría, Luke moriría intentando protegerme.

—Si entregas los caballos y yo el dinero, ¿de qué viviremos? Nos quedaremos sin caballos, a excepción de los primeros *mustangs*, y con la mitad del dinero. Además, se supone que, cuando un hombre muere, su deuda muere con él. En ningún sitio dice que lo paga la familia.

—Con este tipo esa ley no escrita no existe. Mucho menos después de ver este sitio tan perfecto con la mujer más increíble al frente. No parará —declaró, convencido de que así sería, mientras me retiraba un mechón de pelo de la cara.

—Quiere Liberty, Luke. Lo quiere sobre todas las cosas —susurré, intentando ocultar la incertidumbre que minaba mi ánimo.

—Lo sé. Pero, si pagas y viene a por ti, estará cometiendo un delito y podremos actuar sin consecuencias. ¿Entiendes?

—Lo vas a matar —murmuré asustada.

—Espero no tener que hacerlo.

—No debes, Luke. Prométeme que no vas a hacer nada. Te matarán —rogué, una vez más, para que se protegiera.

—Te prometo que lo intentaré. —Dio por respuesta, sin comprometerse.

Lo abracé fuerte, como si se me fuese a escapar de entre los brazos.

Si él desaparecía, estaría sola.

Luke me apretó contra él, devolviéndomelo. Hasta que me apartó un poco y me besó, calmando mi ansiedad.

—Mañana limpiamos —susurró en mi boca, tirando de mí hacia las escaleras.

—Mañana limpiamos —confirmé dejándome llevar por su sensualidad, más desbordada desde que intuíamos el peligro acechando.

El *sheriff* Green aceptó estar presente en el pago y actuar de testigo

legal. Para Luke fue un respiro. Era más optimista sobre el futuro, una vez saldada la deuda, que yo.

El mismo día del pago en la oficina del *sheriff* en Lake City, bajé a los cimientos de la casa y saqué el dinero que faltaba para unirlo a los seis caballos que Luke había preparado para ello.

Eran unos ejemplares extraordinarios que me dolía mucho entregar, pero ya estaba decidido.

Tres mil dólares que habían costado mucho sacrificio conseguir.

Montamos nuestros caballos, llevando tres *mustangs* cada uno, y nos dirigimos al pueblo.

Cuando entré a Lake, todos nos miraban.

No sabía qué se hablaba en el pueblo sobre mí, ni me importaba. Ya no bajaba. Tampoco los que se suponían mis amigos habían ido a interesarse por mí al rancho, por lo que no tenía referencias sobre lo que pasaba ni tampoco contaba con que siguieran siendo mis aliados.

Estaba claro que la gente hablaba de Luke y de mí, pero ¿qué sabían ellos? Solo pensé en papá, en lo acertado de avisar al mejor hombre que podía imaginar para ayudarme. Si él lo había visto claro, yo no iba a dudarlo.

Hicimos el camino hasta la oficina del *sheriff* en silencio. Solo intercambiamos alguna mirada entre nosotros.

La señora Cooper estaba en la tienda. La vi a través de la cristalera.

Nos miramos, pero no hubo ni sonrisa de cortesía ni ningún gesto de amistad como antaño.

Desconocía el motivo de su cambio de actitud, incluso contemplé que le tuviera miedo a la banda de los Foster. Pero, aunque me dolió, ya no me importaba. Tenía claras mis prioridades y cómo sobrevivir.

Continué el camino junto a Luke con la cabeza alta y tranquila.

«Si Tom viera esto, se moriría de un infarto. Y, si está muerto, se revolverá en su tumba».

Frases como esa las podía escuchar entre los murmullos de algunos de lo que estaban por la calle principal de Lake en ese momento.

Intenté no darles importancia. Tom ya estaba dado por muerto, había pasado más de un año desde que se fue, y oficialmente estaba

a punto de ser una mujer viuda.

Cuando llegamos a la oficina, descabalgamos. Di las riendas de los caballos a Luke y entré a buscar al *sheriff*.

Clayton ya estaba allí; los hombres que se apostaban a los laterales de la puerta lo delataban.

Me había vestido con mis mejores pantalones de montar, una camisa blanca impoluta sin mangas y bien entallada, y un sombrero. Me había peinado con el pelo recogido como si fuese un día de fiesta y me había acicalado como hacía tiempo que no lo hacía, a pesar de llevar un atuendo poco apropiado para una dama, como se suponía debía ser yo. Pero aquellos tiempos habían quedado en el recuerdo para mí. Ahora trabajaba mucho para sacar adelante el rancho y quería que todos lo supieran. Si hablaban, que no fuera para llamarme vaga.

Cuando me vio entrar, aquel tipo se levantó de la silla como si fuese una reina. Esperaba que funcionara el plan de Luke o estábamos perdidos.

—Señora McQueen, es un honor disfrutar de su visita —dijo el *sheriff* Green, demasiado cortés.

—Buenos días —contesté sin entrar al trapo. Aquello no era una visita, pero guardé silencio.

—Está preciosa —murmuró Clayton. Era lo que esperaba.

Él veía a un igual, aun siendo mujer, y le mantenía interesado, pero también podía cometer algún error que me diera ventaja. Para eso me había arreglado tanto, aunque me hubiese vestido con ropa masculina.

—Gracias, señor Foster. Muy amable.

—Bien, veamos. Estamos aquí reunidos para que la señora McQueen haga efectivo el pago de la deuda de su cuñado, Garrett McQueen. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije al instante. Clayton solo asintió—. Señor Clayton, le agradecería que contestase en voz alta y clara, igual que yo, a los requerimientos del *sheriff* Green.

—Disculpe, señora McQueen. Sí, estamos de acuerdo —contestó con media sonrisa maliciosa.

—La señora McQueen hace entrega del dinero a deber, tres mil dólares, en dos pagos. Entrega seis caballos domados y listos para montar o vender por valor de mil quinientos dólares, así como el

pago de otros mil quinientos dólares en dinero de circulación legal. ¿Es correcto?

—Es correcto, señor Green. Aquí está el pago del dinero y mi capataz tiene los seis caballos en el exterior —confirmé, dejando una bolsa de tela con el dinero sobre la mesa.

—Perfecto, Jane. Señor Foster, con este pago queda saldada la deuda que contrajo Garrett McQueen con usted, de lo cual soy testigo junto con todos los presentes. Para que conste y no se vuelva a reclamar dicha deuda, firmen este documento.

Lo leí y firmé. Ponía exactamente lo que decía. El *sheriff* también lo hizo.

—Bueno, creo que debo comprobar que los animales que se entregan valen lo que dicen, ¿no cree? —Obvió el documento, se levantó cogiendo la bolsa del dinero y se la dio a uno de sus hombres antes de encaminarse a la salida.

Estaba segura de que iba a por Luke y saldría a provocarle.

Ya lo habíamos hablado. Si sucedía, no respondería por nada del mundo a las provocaciones de aquel tipo. Pero una cosa es hablar y otra actuar en ese momento.

Lo seguí de cerca y miré directamente a Luke, haciendo un suave gesto de negación con la cabeza.

Él me miró también. Parecía tranquilo, pero no hizo ningún gesto. Clayton observaba.

—Bueno, ¿dónde están esos animales? —preguntó como si no viera lo que tenía delante.

—Clayton, sea serio, por favor. Están pagándole lo que le deben. Actúe como un buen ciudadano del estado de Oregón —le recriminó el *sheriff*.

El tipo se acercó a Luke, quien sostenía tres riendas en cada mano, situado en el centro de los caballos.

Los animales estaban tranquilos, su pelaje brillaba, sus crines peinadas. Se estaban comportando como si fueran purasangres.

Clayton los admiró. Luke no podía verlo porque le daba la espalda en ese momento, pero yo sí vi cómo pasaba la mano por el lomo de uno de ellos y admiraba su porte.

—Parece que están en buen estado. Espero que valgan lo que dicen o me veré obligado a pedir una nueva compensación.

Miré a Luke en ese instante. Apretaba las riendas de sus

caballos, aguantando las impertinencias de Clayton.

Sus *mustangs* valían más. Se los estaba dando por doscientos cincuenta dólares cada uno, cuando se los estaban comprando por trescientos e incluso cuatrocientos, dependiendo del ejemplar y su docilidad.

Le sonreí sutilmente. Si se estaba metiendo con su trabajo era porque lo había hecho bien y no podía reprochar nada, pero tenía que quedar por encima de nosotros siempre.

—Estos caballos valen más de lo que decimos. Lo puede comprobar vendiéndolos. Diga que los han domado en el rancho Liberty y verá —dije, intentando que Luke no tuviera que intervenir.

Clayton sonrió con un gesto de maldad que no hablaba de nada bueno. No tenía nada que objetar a los animales ni al pago. El cobro de la deuda estaba sucediendo delante de todo el mundo, y ese era su problema real porque no podría seguir molestándonos.

Caminó en dirección a Luke y se puso delante de él. Yo no podía verlo.

—Enhorabuena, indio. Has hecho un buen trabajo con estos salvajes. Quizá sea porque os entendéis, ¿no crees? —Intentó provocarlo.

—Gracias —contestó, escueto, mordiéndose la lengua como me había prometido.

Entonces Clayton se acercó más a él y le dijo algo que no pude escuchar.

Luke lo miró con los ojos llenos de fuego.

Fueran cuales fueran sus palabras, le habían encendido.

Salté del porche de la comisaria hasta ellos y me puse delante de él.

—Seguro que sí. Solo hay que ver cómo se mueve. —Escuché a Clayton. No lo entendí, pero Luke sí.

Intentó cogerle del chaleco, pero, al estar yo delante, no se lo permití.

—¡Váyase! —pedí, enfadada, interponiéndome entre ellos. Cogiendo a Luke por la cintura y pegándome a su cuerpo como escudo protector—. Ya tiene lo que quería. ¡Déjenos en paz!

—De momento —susurró guiñándome un ojo. Entonces entendí lo que podía haber sucedido. Tenía que ver conmigo.

El *sheriff* Green le pidió que firmase los documentos, se marchase con su pago y no volviera a molestarnos.

También nos pidió que nos fuéramos a casa y acudiéramos a él ante cualquier altercado con Clayton o sus hombres, ya que ahora no tenían ningún derecho a amenazarnos ni invadir mi rancho.

Hice que Luke se montase en su caballo. No podía dar muestras de cariño hacia él delante de todo el mundo si no quería dar más que hablar, pero el gesto de protección había sido instintivo y visible para todo el pueblo.

Monté en el mío y salimos de Lake al galope.

En cuanto llegamos a los establos, Luke se bajó sin hacer parar a Verano.

Pocas veces lo había visto así, pero no era enfado. Era miedo, rabia. No sabía describirlo.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho?

—¿Qué me ha dicho? Qué ha insinuado, querrás decir —gritó caminando de un lado a otro.

—No sé lo que ha pasado, Luke, no puedo ayudarte si no me lo cuentas.

Paró en seco frente a mí, me miró de arriba abajo con una mirada que me asustó.

—No va a parar hasta que te consiga, Jane. No va a parar —susurró sin fuerzas. Frustrado.

En ese instante sentí un vacío en mi interior que no sabía describir. Hiciéramos lo que hiciéramos estábamos supeditados a su voluntad.

Eran más, eran más fuertes y nos iban a machacar.

—¿Qué ha dicho? —insistí nerviosa.

—Folla bien, ¿verdad? Tarde o temprano lo sabré —contó con una rabia que no había visto nunca en él.

Cuando lo escuché, palidecí. Pero no sé qué me esperaba, yo misma había sospechado lo que sucedería si pagábamos.

—Sabía que intentaría provocarte. Confío en que ahora el *sheriff* Green los ate en corto y no lo tengan tan fácil —expliqué acercándome a él. Pero se escabullía, andando de un lado a otro de los cubículos vacíos.

—Tenías razón y debí escucharte, Jane —se lamentó frente a mí —. Le hemos dado lo que quería y no va a parar.

—Tranquilo, aún no lo ha hecho —susurré, acercándome a él hasta coger su camisa con los dedos de la mano. Dejó que lo hiciera.

—No sabes cómo lo ha dicho…

—Antes de que vinieras, ya estuvo aquí y vi esa actitud en él. No hace falta que lo escuche para saberlo. Sé que un día aparecerá e intentará coger lo que quiera, pero no lo hace porque en el fondo sabe que, el día que eso pase, uno de los dos no sobrevivirá.

—No sé cómo voy a mantenerte a salvo, pero lo haré —juró en un susurro.

Me acarició la mejilla con una mano mientras me rodeaba la cintura con la otra para acercarme más a él.

—Nos mantendremos a salvo, Luke. Juntos.

Asintió con una sonrisa tímida antes de besarme.

Yo solo pensaba en que la suerte nos acompañara por una vez en la vida y los Foster desaparecieran de la faz de la tierra.

Capítulo 40

Liberty, finales de marzo de 2023
La noche de lectura final del diario de Jane

—Entonces el escondite está en los cimientos de la casa. No tenemos que buscar en el centro, tenemos que buscar en los pilares de los cimientos —susurró Eric, muy bajito, como si sospechase que alguien pudiese escucharle como le pasaba a Luke.

—Eso parece —confirmó A. J. en el mismo tono que él.

—Cuando quieras, volvemos a intentarlo.

—Vale —contestó con actitud ausente. Eric se dio cuenta.

—¿En qué piensas?

—En Jane. En su soledad. La entiendo.

—Pero no está sola.

—Lo está —contestó A. J., rotunda—. Luke la acompaña, sí, es su pareja, pero está sola. No tiene su vida resuelta, siempre tiene un conflicto que no la deja ser feliz, y sus sentimientos divididos tampoco ayudan. Quiere muchísimo a Luke, pero no saber qué ha sido de Tom es una losa difícil de apartar. Es muy complicado.

Eric la miró un buen rato, pero no dijo nada. Le asustaba un poco lo que decía. Tenía miedo de estar retratándose a sí misma.

Pero no podía quedarse con la duda.

—¿Te pasa lo mismo?

A. J. lo miró a los ojos un instante y luego asintió.

—¿Soy la losa? —preguntó, temiendo un sí como respuesta.

—No. Nunca has sido la losa. El problema no eres tú. Mi losa es Liberty y lo que implica. Adam y su forma distante de quererme de nuestra última época, que me destrozó. El miedo a que mi padre, un hombre al que ni conozco, quiera hacerme daño por daño… Esas

son mis losas.

—Me alegra saber que no soy causa de tus problemas —dijo respirando profundo.

A. J. pegó su cuerpo más a él y lo abrazó.

—Siempre has sido mi bote salvavidas, Eric. Cuando vivía aquí y me ahogaba en esa casa, ibas a por mí y me sacabas de allí. No hacía falta pedírtelo, lo sabías y lo hacías. Cuando me fui, nunca me lo echaste en cara, aunque sabía que te dolía. Tú habías vuelto porque no querías seguir en la universidad, y yo me marchaba agotada de esta vida. Pero no me cortaste las alas, a pesar de tu dolor —le contó su punto de vista de la historia, para que se diera cuenta de que sabía por lo que había pasado. Eric apretó el abrazo mientras cerraba los ojos, escuchándola. Era un alivio saberlo, aunque dolía—. Cuando conocí a Adam, me costó abrirme, como a Jane con Luke, porque pensaba todo el tiempo en ti. Me gustaba, era un tipo muy interesante que me atraía físicamente muchísimo, pero no daba el paso. Cuando entendí que si estaba con él me descolgaría de Liberty y de ti, me decidí y fue bien mientras estuve en San Diego. En cuanto pisé Oregón y te vi, supe que nadie te podría sustituir. Nunca. Soy consciente de ello y de lo que puede pasar si decido vender el rancho y marcharme de aquí para siempre, pero no puedo estar en un sitio donde no sea feliz en todos los sentidos de la vida.

—Lo sé —susurró con un nudo en la garganta. Creía que ya no se iría nunca más, pero solo era una fantasía de su cabeza. Debía esperar.

—Te quiero, Eric. No se lo he dicho a casi nadie en mi vida, solo a mi abuela y a mi madre, pero quiero que lo sepas. He esperado demasiado tiempo para decírtelo.

El hombre se quedó sin respiración.

Llevaba toda la vida esperando ese momento y jamás pensó que sucedería después de confesarle todo aquello.

Se incorporó en la cama, obligando a que ella lo hiciera también.

La miró a los ojos unos segundos, emocionado.

—Te quiero, Amelia Jane. Te he querido toda mi vida y nunca te lo he dicho porque no quería que salieras corriendo para no regresar. Sentía que, si te decía lo que sentía por ti, sería otro

motivo más para no volver a Liberty. Y lo mejor de mi vida aquí ha sido lo que he vivido contigo. Este rancho es mi vida, los caballos son mi pasión, pero sin ti no encuentro el sentido al resto. Espero que puedas tomar tu camino definitivo pronto y yo pueda formar parte de él, pero, si no es así, quiero que sepas que no he querido a ninguna otra mujer como te quiero a ti. Y sí, me rompías el alma cuando te ibas casi siempre enfadada y lo pasaba muy mal durante mucho tiempo, pero tenía la esperanza de que volverías. Y lo hacías, regresabas aquí y venías a verme. Me buscabas, te metías en mi vida como si no te hubieses marchado, como si hubiésemos hecho el amor la noche anterior. Y yo era feliz y lo deseaba cada vez con más intensidad. Ahora solo deseo que te quedes para siempre conmigo, pero es mi deseo, nada más.

A. J. estaba llorando, igual que él. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de ambos por la emoción de lo que se contaban.

Se abrazaron un instante, pero el deseo del uno por el otro se despertó implacable.

Eric besó a A. J. con pasión. Como si al hacerlo sellara un compromiso para seguir juntos que no se había pronunciado, pero quería creer que sellaba su relación de algún modo.

A. J. solo necesitaba que el rancho no fuera un problema para ella y estaría feliz de mantenerlo, pero las cosas no estaban tranquilas y seguía haciéndole dudar.

De lo que no dudaba era del hombre que la sostenía entre sus brazos para colocarla sobre él mientras la besaba.

Él era el hombre de su vida, solo tenía que ser valiente como Jane para mantenerse a su lado.

La pasión les invadió y se dejaron llevar por el deseo.

Si algo estaban aprendiendo de la vida de Jane, Tom y Luke era que la vida a veces te arrebata lo que más quieres sin avisar, y a lo que no estaban dispuestos era a perder oportunidades de estar juntos por si se repetía la historia.

Después del sexo, retomaron la lectura del diario, como habían decidido hacer horas antes. Necesitaban descubrir toda la historia. Quizá buscando respuestas y soluciones a la suya.

Eric abrió el diario y miró la siguiente fecha, extrañado.

Volvió hacia atrás para asegurarse.

—¿Qué pasa? —preguntó A. J. notando su extrañeza.

—Hay un salto de dos años. Parece que lo anterior lo escribió de seguido recordando y, a partir de aquí, lo va escribiendo en el momento.

—Empieza a leer. Estoy impaciente por saber —pidió esperando a que comenzase.

Lake City, Oregón, primavera de 1898

Hace tiempo que no escribo. No había mucho que contar. Luke y yo estamos vivos y seguimos con nuestras vidas.

En este tiempo, hemos domado muchos caballos, criado otros e incluso hemos empezado a correr con ellos en competiciones de velocidad. Por suerte vamos ganando dinero y hemos repuesto la deuda que pagamos a Clayton Foster.

Es curioso que, desde aquel día, a pesar de nuestros temores, se marchara de Lake City con todos sus hombres.

Siempre pensé que habrían ido a algún pueblo nuevo que les interesaría más, pero nunca olvidaría Lake City y regresaría otra vez. De momento no ha sido así.

Luke y yo seguimos trabajando mucho para sobrevivir tanto física como emocionalmente.

No es fácil para él lidiar con mi situación, pero nunca se ha quejado ni ha expresado malestar. No sé cuánto durará. Ojalá mucho tiempo.

He tenido cuatro abortos espontáneos. Ni siquiera me dio tiempo a saber que estaba embarazada cuando perdí los bebés. No sé si alguna vez lograré ser madre, la naturaleza me lo está poniendo difícil.

Creo que no lo consigo por las secuelas del disparo de aquel tipo de la banda de Clayton y no sé si algún día estaré curada del todo para conseguirlo, pero ya no pienso en ello. No me lo permito porque la tristeza me envuelve, y no lo soporto más.

Quizá no sea mi destino y Dios me tenga preparadas otras cosas. Prefiero pensar en eso…

Y luego está Tom…

En todo este tiempo desde que se fue, nunca he tenido noticias suyas. Jamás ha pasado nadie por Liberty contando algo de Tom, y esa ausencia de cualquier noticia me martiriza a pesar del paso de los años.

Pienso mucho en él, en cómo han podido ser sus últimos

momentos si ha muerto. Si estaba solo, si pensó en mí…

Quizá sea una de los miles de tumbas sin nombre que llenan estas tierras del Oeste. Quizá esté malherido en cualquier lugar de Oregón o de California, como le pasó a su hermano, y muera sin que nadie sepa quién es.

Es duro, pero el tiempo apacigua esas inquietudes acostumbrándome a ellas.

Siempre tengo un recuerdo feliz para él por si aún está vivo y no puede volver a casa.

Primavera de 1899

Parece que se está volviendo una costumbre escribir de año en año para dejar constancia de que aún vivimos y todo va bien.

Luke me cuida como siempre y yo a él.

Los caballos siguen siendo nuestro negocio y nos va muy bien. Doy gracias a Dios por poner a Luke en mi vida. Si no hubiese sido por él, no sé si aún estaría viva. O, al menos, cuerda.

Seguimos solos en Liberty.

Somos felices a nuestra manera y con eso nos basta.

Capítulo 41

Liberty, junio de 1899

Presentí que alguien se acercaba al rancho. No era la primera vez que intentaban arrebatármelo y no sería la última. Aprendí hace mucho a estar alerta.

Cuando divisé al forastero a lo lejos del camino, cogí uno de los rifles que siempre estaban a mano por la casa, lo cargué y me dirigí a la puerta. La abrí, clavando la mirada en aquel intruso que avanzaba hacia mí al paso lento de su caballo.

Aquella figura desdibujada por la distancia era tan familiar…

No aparté la mirada de él y su alrededor, atenta a cualquier arma o a otros hombres que pudieran acompañarlo.

Dejé de respirar mientras una corriente eléctrica indescriptible me recorría el cuerpo.

Estaba nerviosa, con una mezcla de alegría desbordada y miedo —mucho miedo— que no sabía describir.

—Tom… —susurré con un hilo de voz, solo para mí. Con la sensación de que el corazón se salía por la boca al reconocerlo.

Estaba muy delgado, demacrado, con barba de muchos días.

Observé su semblante. Algo había cambiado en él.

Sus ojos verdes chispeaban como recordaba que lo hacían siempre que me miraba, pero ahora tenían un trazo de tristeza.

Me giré para observar qué había en la dirección hacia la que desviaba la mirada.

Luke salía de las cuadras con el pelo lleno de restos de heno, quitándose la camiseta para refrescarse del calor. Me miró con una sonrisa en los labios, que rápido se tensó al ver el rifle entre mis manos.

Lo vio acercarse sin dejar de vigilarme.

Sabía que estaba calculando la distancia entre él y yo, entre él y aquel forastero, mientras pensaba dónde tenía sus armas.

Mantuvieron un duelo de miradas que me cortó de nuevo la respiración, incapaz de hablarles o moverme.

A un lado, acercándose a caballo de regreso a casa, estaba el hombre con el que me había casado años atrás. Trabajador, cariñoso, sensato, fuerte, muy tradicional y el amor de mi vida.

Al otro, el que me había salvado de una muerte segura, quien había peleado por el rancho sin pertenecerle. Valiente, sincero, apasionado. Mirando cómo aparecía el dueño de todo por lo que había luchado tanto.

Dejé el rifle apoyado en la pared de casa y bajé los peldaños del porche.

Miré a Luke un instante, intentando que entendiera mi disculpa en la mirada sin demorarme en ello. Me pareció verle respirar hondo mientras apretaba la mandíbula, claudicando.

A estas alturas, por mucho que yo mantuviera la esperanza viva, no esperábamos saber nada de él.

Caminé despacio hacia Tom, incrédula por lo que veía, asustada de lo que pensara, con un tornado de sentimientos que me tenía desorientada, aunque intentaba parecer segura.

—¿Tom? —pregunté al hombre, aún temerosa de estar viendo lo que no era.

—Jane… —me llamó con su voz profunda, que siempre me había erizado la piel.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por la emoción desbordada del momento.

Llegué hasta su caballo, él me miró con media sonrisa triunfal en los labios. Descabalgó con algo de dificultad, aunque intentó ocultarla. Me sorprendió, pero no le di importancia.

Se quedó de pie frente a mí mirándome, sin decir nada, sin tocarme.

Lo observé un instante. Estaba delgado y lo encontré tan vulnerable que no parecía el mismo hombre que conocí.

Nos miramos unos segundos, hasta que no aguanté más y me acerqué para abrazarlo.

—Tom, no puedo creer que estés aquí —susurré apretándome

contra él. Me devolvió el abrazo, rodeándome con fuerza mientras sumergía su cara en mi pelo para olerlo.

Lo escuché respirar hondo y después soltar el aire como si lo hubiese estado aguantando todos estos años.

—Por fin estoy en casa, Jane. Te prometí que volvería y lo he conseguido —sollozó con un sentimiento muy profundo.

—Tranquilo, ya estás aquí, mi amor. Tranquilo —susurré sin saber qué decir ni qué hacer. Lloré con él.

¿Qué le habría pasado para sentirlo así? Estaba impaciente por conocer la historia, pero tenía que ser paciente y esperar a que él estuviese preparado para contarla.

No sabía lo que le había pasado durante este tiempo, pero sospeché que algo le había impedido volver a mí.

Deshice el abrazo en parte, para cogerle del costado y hacerle caminar a casa.

—Entremos. Te prepararé algo de comer y un buen baño caliente. Seguro que así te sentirás mejor. Tienes que recuperarte del viaje —propuse, intentando animarle.

—Tengo que llevar a Furia a beber. Está sediento.

—Tranquilo, yo me ocuparé.

Tom se giró hacia la voz que le hablaba a nuestra espalda.

Cogí aire disimuladamente mientras apretaba los labios. Íbamos a tener que hablar de muchas cosas en los próximos días.

—Gracias, eh… —Se interrumpió al no saber cómo llamarle.

—Soy Luke, el capataz de Liberty mientras no ha estado usted por aquí. Bienvenido a casa —se presentó muy educado, extendiendo la mano a Tom, que se la estrechó sin dudar. Lo miré solo un momento, no podía hacerlo más delante de Tom. Los ojos se me llenaron de lágrimas y él se dio cuenta.

—Gracias, Luke. Tendremos tiempo de hablar y conocernos. Te agradezco que hayas cuidado de mi rancho y de Jane.

—Es lo que tenía que hacer —dijo escueto, con tono serio.

Tom asintió a modo de despedida, más que otra cosa. Me pasó la mano por la cintura y nos marchamos.

Subimos las escaleras del porche y nos encaminamos a la cocina.

Diligente, me acerqué al fuego, lo avivé con una vara de hierro, removí la olla de sopa que estaba preparando y el guiso de carne.

—Espero que no se me haya quemado el pan. Estaba

horneándolo junto a un bizcocho.

No me contestó, solo sonrió mientras observaba el alrededor sin perder detalle de nada.

La casa estaba tal cual la dejó cuando se fue. Solo arreglamos el estropicio del incendio.

—Huele muy bien. Lo echaba de menos —explicó un minuto después, clavando la mirada en mí con una expresión que nunca le había visto antes. Mezcla de tristeza, añoranza, recuerdos y cansancio.

—Espero que sepa mejor aún.

Viendo que no estaba muy hablador y solo podía esperar a que terminara de hacerse la comida, me senté a la mesa en una silla cercana al horno. Él se acercó hasta la que había al lado.

—No sé si vienes de muy lejos o no, pero imagino que estarás cansado.

—Llevo viajando una semana —aclaró escueto.

—Vaya, sí que estabas lejos —comenté sin saber qué decir, sorprendida por la información.

—En Idaho.

No imaginaba que hubiese ido tan lejos. No era el plan que tenía cuando se fue.

—No tienes que contarme nada ahora, Tom. Descansa tranquilo —propuse al ver que no seguía hablando.

—¿Luke es tu marido, Jane? —preguntó directamente, dejándome sin aire por unos segundos.

—No. Solo he tenido un marido en mi vida y eres tú. Si lo que preguntas es si es mi pareja, sí, lo es —dije sin rodeos. Era absurdo hacer otra cosa—. Espere mucho tiempo a que volvieras, a que alguien me contara qué había sido de ti. Una carta, un telegrama… No llegó nada y mi padre se moría. Si Luke no hubiese venido ante la llamada de mi padre, probablemente estaría muerta. No sé si de pena, de hambre o porque Foster o alguno de sus secuaces me hubiese matado. Pero creo que, sin él, no estaría aquí.

Tom me miró, dolido por lo que escuchaba. Lo podía ver en su semblante, serio y triste, pero debía entender que tres años sin saber nada de él eran mucho tiempo.

—Lo siento mucho, mi amor. Siento haberme ido de tu lado y no haber estado en los momentos más importantes de tu vida. Lo

siento.

Un nudo se instaló en mi garganta. Si no se hubiese marchado, nuestra vida hubiese sido distinta, aunque creo que los problemas no.

—Hiciste lo mejor para el rancho y para el pueblo, Tom, y salió mal.

—Fue la peor decisión de mi vida, Jane.

¿Qué podía decirle? Yo también lo creía, pero nadie puede predecir el futuro y sus consecuencias.

—Luke me ayudó a sobrevivir, como mi padre le pidió. El paso del tiempo fue convirtiéndose en complicidad, sentimientos y deseo entre nosotros. Si hubiese sabido de ti, jamás habría estado con otro hombre, pero…

—Jane no ha hecho nada malo. Respetó vuestro matrimonio hasta que entendió que no iba a saber de ti jamás. La culpa es mía, y si hay consecuencias por estar conmigo… quiero pagarlas yo —dijo Luke desde la puerta de la cocina.

Tom se dio la vuelta hacia él.

—Nadie va a pagar nada, Luke. Siéntate con nosotros, por favor.

Lo miré sorprendida, pues hablaba en serio.

Luke se sentó al otro lado de mí, quedando ellos uno frente al otro y yo en medio de ambos.

—Pensaba tener estar conversación en otro momento si se daba la situación, pero es absurdo. No os voy a engañar. Siempre soñé que llegaría a casa y mi mujer me estaría esperando, nos besaríamos con pasión y haríamos el amor hasta el amanecer, pero nadie en su sano juicio puede creer que una mujer como Jane va a estar sola después de tres años. No porque ella no me guarde fidelidad, lo habría hecho si hubiera podido, más bien porque se ha visto obligada a otro camino para sobrevivir. ¿Me equivoco?

—Te olvidas de sus sentimientos —le reprochó Luke su forma de pensar, o al menos de plantear su relación—. Aparte de resistir a las dificultades de la vida y a ser una viuda que atraía a muchos indeseables hasta aquí, también tenía que sobrevivir a ella misma, a sus miedos y a su pena.

No le gustó que Luke le diera ese toque de atención, pero lo disimuló bien.

Por mi parte, no me sorprendí por sus palabras. Luke podía ser

la persona que más y mejor me conocía, porque había pasado la peor época de mi vida a mi lado.

Tom debía saber todo lo que había pasado para mantener Liberty.

—Aguardé mucho tiempo sola, triste y desamparada mientras me acechaban para pagar la deuda de tu hermano Garrett —expliqué sin rodeos—. Siento decirte así que murió hace años. Me hubiese gustado hacerlo de otra forma, pero, si no te lo digo, no entenderás qué pasó. Nos lo comunicaron desde el lugar donde le cuidaban. Luke fue a por él y lo enterramos en el cementerio familiar, pero, aun muerto, nos siguió dando problemas hasta que saldamos su deuda. Después de todo eso, lo mínimo que me merecía era ser feliz o al menos intentarlo.

Tom bajó la mirada, asimilando la información.

No quería contárselo de esa manera. Me hubiese gustado hacerlo con detalle de forma cronológica para que lo pudiese ir gestionando poco a poco y preguntando lo que necesitase, pero todo se había precipitado.

—Gracias por dar sepultura a mi hermano. No se portó bien en la vida, pero todos merecemos tener un mínimo de respeto en la muerte.

—Estamos todos de acuerdo —contestó Luke mirándome. Mis palabras ese día fueron muy parecidas.

El olor a pan y bizcocho recién hechos inundó la cocina y marcaba el momento de sacarlos del horno.

Me levanté para hacerlo y Luke vino detrás.

Tom nos observaba trabajar juntos en la cocina. Él nunca lo había hecho.

Removí la comida mientras Luke dejaba el pan y el bizcocho sobre una rejilla de hierro para que enfriaran. Después se asomó al guiso y, comprobando que estaba todo listo, se acercó al aparador y cogió lo necesario para poner la mesa.

Tom no se movió del sitio, observaba en silencio mientras nosotros seguíamos con nuestra rutina diaria, como si estuviera viendo un baile.

Serví la comida y nos sentamos a la mesa.

Los dos hombres me felicitaron por la comida y la degustamos entre poca conversación y mucho silencio.

Cuando acabamos, pensé que Tom contaría sobre su ausencia, pero me sorprendió una vez más.

—La cabaña está libre, ¿verdad? Me instalaré allí. Es lo más adecuado.

Me quedé helada. No esperaba esa reacción.

—Esta es tu casa, Tom. Yo me iré a la cabaña —dijo Luke enseguida, mirándome un instante mientras asentía con un gesto de cabeza sutil para que estuviese tranquila.

Yo no sabía qué decir. Todo era extraño e inesperado.

—Creo que hace tiempo que ya no es mi casa. Jane es la responsable de todo esto desde hace mucho y no voy a llegar aquí deshaciendo su vida después de años desaparecido. Creedme, estoy bien en la cabaña. Fue la primera casa de mis padres. Ya habrá tiempo de hablar de todo y explicarnos.

—Tom, yo… —me dirigí a él sin saber qué decirle, pero algo tenía que decir.

Se acercó hasta mí con una sonrisa comprensiva en los labios que me dolió en el alma.

En aquella habitación estaban los dos hombres de mi vida y nunca pensé que los tendría a los dos juntos. Tenía la sensación de estar en el centro de una cuerda y que cada uno tiraba de un extremo.

—Jane, estoy bien. Necesito dormir, darme un baño y ponerme al día. La cabaña es perfecta, así podremos hablar más tranquilos cuando me recupere. No te preocupes. Estoy bien y quiero que tú lo estés. —Asentí con las lágrimas recorriendo mis mejillas y un nudo en la garganta que no me permitía hablar—. Luke, muchas gracias por cuidar de Furia. Nos vemos mañana.

Asentí de nuevo mientras él me secaba las lágrimas con la yema de los dedos. Sonrió y se marchó.

Me senté en silencio, incapaz de hablar aún.

Luke lo hizo a mi lado y esperó.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Estoy tranquilo, Jane. No hemos hecho nada malo y parece que él lo entiende.

—¿Y ahora? ¿Qué hago ahora? No paro de pensarlo y siento que me ahogo.

Cogió mi rostro entre sus manos para que lo mirase. El suyo parecía sereno.

—No sé qué haría en tu situación, Jane. Creo que debes hacer lo que te dicte el corazón. Por mi parte intentaré entenderte y ser comprensivo, pero te quiero y será difícil.

—Os quiero tanto a los dos… No puedo elegir.

—Pues no elijas.

Lo miré sorprendida. No lo debía estar entendiendo bien.

—Tengo que pensar, Luke, y tengo que hablar con él a solas. —Di por respuesta, descartando sus insinuaciones.

—Estaré para ti siempre. Pase lo que pase y pase cuando pase.

—Gracias —contesté nerviosa. No sabía qué más decir.

Se acercó a mi boca y dejó un suave beso en los labios antes de irse con sus caballos.

Siempre pensé que, cuando Tom apareciera por Liberty, sería como él lo había descrito: algo alegre, lleno de amor, que se convertiría en pasión por el reencuentro.

La vida estaba llena de sorpresas inevitables e impensables.

Capítulo 42

Liberty, junio de 1899

Tom tardó en salir de la cabaña. Estuve a punto de entrar a buscarlo para comprobar que estaba bien, pero Luke me pidió paciencia. Decía que, si fuese él quien se viera en esa situación, necesitaría tiempo para asimilar su nueva vida.

¿Qué me iba a decir a mí? La de los tres había cambiado de forma radical, no solo la de Tom. Yo también necesitaba resolver la mía.

Mientras tanto, Luke y yo seguíamos con nuestra rutina, aunque por las noches respetara mi incertidumbre y dudas, limitándose a abrazarme en mi insomnio.

No fui a la cabaña porque el humo del hogar salía por la chimenea y sabía que, si era así, estaba bien.

Apareció por fin en la cocina a la hora de comer del tercer día.

En cuanto sentí los pasos acercándose, supe que era él y no Luke.

Es curioso cómo los recuerdos están grabados en nuestro subconsciente y afloran cuando deben, ya sea para bien o para mal.

Me giré para mirarlo. Estaba parado en la puerta observándome.

Sonreí mientras con la mano le invitaba a entrar.

—¿Quieres un café? —pregunté intentando parecer tranquila, pero no lo estaba.

Tenía sentimientos que no pensaba que renacieran. Me sentía como al principio de nuestra relación, cuando nos veíamos solo un rato cada día y tenía que esperar al siguiente para poder verlo otra vez.

Era una sensación extraña porque no dejaba de pensar tampoco

en Luke.

—No, tranquila. Solo quiero estar contigo un rato.

Asentí, nerviosa, mientras me estiraba coqueta el vestido.

—Estoy preparando un estofado de patatas y carne. Espero que te apetezca —expliqué regresando de nuevo a mi labor.

—Es mi favorito, Jane.

—Lo sé —contesté sin girarme. El corazón me iba a salir por la boca.

Durante unos minutos los dos guardamos silencio. Él, sentado a la mesa; yo, cocinando.

No sabía qué decirle, si querría conocer más de mí, del rancho, de su hermano, o no quería nada.

Decidí contarle a qué nos dedicábamos ahora.

—Durante este tiempo he tenido que cambiar de negocio, Tom. Ahora adiestramos caballos.

—Lo suponía. Hay muchos en los establos y están muy bien cuidados. Parece que Luke tiene buena mano.

—Fue él quien me lo propuso y acepté. Las cosas estaban en un punto muy difícil y, si no lo hubiésemos intentado, hubiera perdido Liberty.

—Te dije que lo vendieras y te fueras —me recordó con su voz grave, erizándome la piel.

Cogí aire bien profundo.

—¿Cómo me iba a ir sin saber qué te había pasado? —dije, girándome para mirarlo sin soltar el cuchillo con el que cortaba las patatas—. Si alguien me hubiese dicho que habías muerto o que habías decidido no volver, lo habría hecho, créeme. Pero, si me hubiera largado, lo más probable es nunca más nos hubiésemos vuelto a ver.

Me miró unos segundos, comprendiendo mi dilema.

—Está bien, Jane. No hay decisiones correctas y erróneas, hay decisiones. Nada más. Tranquila.

—A Luke se le da muy bien domar *mustangs* y sabe dónde encontrarlos. Me salvó la vida y la de este sitio sin pertenecerle —dije volviendo a mi guiso, dándole el sitio al hombre que me había acompañado en los momentos más duros de los últimos tiempos.

—¿Cómo llegó aquí? —se interesó por la historia.

—Papá empeoró mucho y rápido en poco tiempo. Murió a

finales del año en que te fuiste, pero antes, cuando un grupo de vaqueros volvió y nos dijeron que no sabían de ti, llamó a Luke. Se conocían porque ayudó a su familia. Siempre había estado muy agradecido y esperaba el momento de devolverle el favor a papá. —Lo miré unos segundos y regresé al guiso. Era más fácil contarlo centrada en mi olla—. Apareció en el rancho un día después de morir. No pudieron verse, pero me contó que le pidió que cuidase de mí hasta que volvieras y me ayudase a llevar Liberty. Aceptó sin conocerme, sin saber cómo era esto ni mis problemas. Cuando conoció todo lo que involucraba estar aquí, no se arrepintió. Se quedó conmigo ayudándome en todo, hasta a recoger a tu hermano de Eugene para enterrarlo con tu familia donde corresponde.

—Mi hermano ha sido un desastre. Siento que te arrastrara con sus problemas.

—Nadie podía prever lo que estaba por venir, Tom —dije, dejando la olla en el fuego para ir a su lado. El resto de la historia no lo podía contar sin mirarle a los ojos. Tomé asiento frente a él—. Esa noche que Luke vino con el cuerpo de Garrett, alguien entró en Liberty e intentó quemar la casa conmigo dentro. Por suerte, llegó a tiempo —expliqué, obviando algunos detalles que prefería guardarme para no hacerle daño—. Desde ese momento empezamos a vivir juntos en la cabaña. Era más fácil defenderme. Estuvimos así seis meses hasta que pasó un año completo desde que te fuiste y te dieron por muerto. Entonces intentaron robarnos todos los caballos y tuve que disparar a un hombre para que no mataran a Luke. Él se puso por delante para protegerme, pero soy más rápida que esos forajidos de Foster y nos libramos. Matamos a los otros tres y los hicimos desaparecer.

—Jane… —Su tono denotaba tristeza, pero no paré.

—Tranquilo. Lo superé —confesé con media sonrisa para calmarlo—. Después de aquello, tuvimos que volver a la casa. Era una edificación más robusta, que habíamos arreglado y mejorado poco a poco al restaurarla tras el incendio. Era más segura que la cabaña. Fue durante esta etapa conviviendo cuando comenzó nuestra relación de pareja.

Lo noté inquieto ante mis palabras, pero no quería dejar pasar la oportunidad de ser clara con él y que conociera lo que pasó en su ausencia por mi boca y no por la de otros.

—Me alegro de que Luke viniera a ayudarte, Jane. Te veo bien, preciosa, y lo más importante: sigues viva —dijo con la voz quebrándose de la emoción. Sonreímos, aunque había tristeza en el momento—. No te voy a engañar. Lo he pasado muy mal todo este tiempo y mi mayor miedo era volver y que hubieses muerto, pero a la vez me dabas fuerzas para que llegase el día en que pudiera coger a Furia y regresar.

—Yo también me alegro de que estés vivo, Tom. ¿Qué te pasó? —pregunté aprovechando sus palabras.

—Al principio del viaje todo iba bien, pero llegamos a un punto en que algunos vecinos querían ir en una dirección diferente. Así que, aunque sabía que era un error, nos separamos. Yo me quedé con muy pocos, siguiendo el plan inicial. Una noche, mientras descansábamos, alguien provocó una estampida del ganado y lo separó en pequeños grupos distantes. Nos volvimos a dividir para buscarlos y me quedé solo con un par de hombres más. —Paró unos segundos para coger aire. Su mirada se tornó preocupada—. No supimos por dónde vinieron. Nos dispararon y se llevaron el ganado. Furia se libró porque huyó. Luego me buscó y ya no se separó de mi lado.

—Tom… —intenté decir algo.

Pero él sonrió, aunque con pena, y continuó:

—Gracias a Furia, un grupo de gente que iba en dirección a Montana me vio y me recogió. Estaba casi muerto, con un hilo de vida, pero ellos no me dieron por perdido y me llevaron en su caravana. Aún queda buena gente en el salvaje Oeste. Estuve mucho tiempo sin conocimiento bajo sus cuidados. Cuando lo recuperé, no recordaba nada de los últimos años de mi vida. Solo sabía que tenía un rancho en Oregón llamado Liberty, pero no podía ni moverme. La infección que me provocaron las heridas de bala me dejó en cama durante mucho tiempo, casi un año. Pensé que moriría. —Me miró unos segundos, recuperando la templanza. Se notaba que le dolía contar su historia—. Después de ese tiempo, fui recuperándome, aunque tuve que aprender todo de nuevo. A caminar, a comer, hablar… La debilidad me mantenía en cama y con la memoria secuestrada. Comencé a recordar el año pasado y poco a poco he ido reconstruyendo mi pasado mientras fortalecía mi cuerpo. Hace apenas tres meses que empecé a montar y, en

cuanto he creído que aguantaría el viaje, he venido hasta aquí.

Su relato me dejó sin palabras.

Que estuviese herido y no pudiera regresar siempre había sido una posibilidad en mi cabeza. Conocer la historia completa me dejó triste y con un dolor en el corazón difícil de describir.

—Siento mucho lo que te pasó y no haber podido cuidarte —dije con un nudo en la garganta.

—Lo sé. Tanto como yo no haber podido cuidar de ti y haber evitado todos esos problemas que te han traído tantas preocupaciones, pero sobre todo no haber estado a tu lado cuando tu padre falleció. Lo siento mucho, Jane.

—Sabes que estaba muy enfermo y podía suceder en cualquier momento, pero pasó cuando peor iba todo y yo más triste estaba. Tu marcha y la pérdida de nuestro hijo fue devastadora. La muerte de papá me rompió el corazón. La vida nos pone retos difíciles de asumir, pero lo conseguí.

—Eres una mujer muy fuerte, Jane, y la más valiente que he conocido jamás. Eso me daba esperanzas de encontrarte viva cuando volviera. Me alegro de que así fuera, aunque ya no seas mi esposa.

—Siempre seré tu esposa, Tom… —declaré porque así lo sentía de corazón. Nunca podría casarme con otro hombre sin saber qué había sido de él.

—Bueno, puede que lo seamos oficialmente, pero ya no lo somos en realidad. Tienes a Luke y me alegro de que viniera cuando más lo necesitabas, aunque me duela haberte perdido.

—No me has perdido —contesté con un hilo de voz, emocionada.

Respiró hondo y me sonrió mientras cogía un mechón y lo metía tras mi oreja. Luego se apartó un poco de mí.

—Voy a los establos a hablar con Luke. Quiero que me cuente cómo hace con los caballos y en qué puedo ayudarle. Seguro que le vienen bien un par de manos más.

—Ten cuidado. Aún no estás recuperado —acerté a decir con un nudo en la garganta.

Acarició mi mejilla como antaño.

—Nunca me recuperaré del todo, Jane. Mi cuerpo no puede y, en algún momento no muy lejano, volverá a debilitarse sin remedio

posible. —Me quedé helada escuchando aquella información.

—¿Qué quieres decir? —Reaccioné como pude.

—Que he vuelto a casa porque no quiero morir lejos de Liberty ni de ti. Quiero vivir aquí lo que me quede de vida y, la verdad, me reconforta saber que no estás sola y no pasarás por otra pérdida sin el apoyo que mereces.

—Tom, no puedes morir —sollocé, incapaz de asimilar tal noticia.

—Tranquila, mi amor, de momento estoy aquí. Me encuentro bien y no se sabe cuándo volverá la enfermedad. Vivamos, Jane. No pensemos en nada más.

No pude contestar. Mi corazón se había roto y mi mente no podía pensar en ello.

Tom me acababa de confesar que había vuelto a Liberty a morir.

Tom no podía morir.

Tom…

Capítulo 43

Liberty, finales de junio de 1899

Un par de semanas después de que Tom me contara su historia, aún no era capaz de asimilar la noticia.

Le había propuesto hablar con el doctor Moore y que le diera su parecer al respecto, pero no quería que nadie supiera que había vuelto a Liberty. No de momento.

Luke me contó que, tras la charla conmigo, fue al establo a hablar con él. Le contó de su enfermedad y también le reconoció que estaba tranquilo al saber que no estaba sola y que me acompañaría cuando llegara la hora.

Más que nunca, comprendió mi tristeza y la respetó.

Una noche me anunció que se marcharía a entregar un par de caballos a un cliente a más de media jornada de viaje. Saldría a primera hora y volvería bien entrada la noche.

Le propuse acompañarle, pero me pidió que no lo hiciera y me quedase con Tom.

Se despidió de mí antes de irse con un apasionado beso que me dejó sin aliento, como tenía costumbre cuando se marchaba del rancho porque siempre estaba presente la posibilidad de no volver.

A media mañana, viendo que Tom no había salido de la cabaña, me acerqué hasta allí preocupada.

No sabía qué le podía pasar si enfermaba, ni los síntomas que sentiría. No había querido retomar el tema, solo me dijo que me lo explicaría cuando llegase el momento, pero eso no hacía que me despreocupara, al contrario.

Lo llamé desde el exterior, pero no me contestó.

Alarmada, entré a la cabaña medio en penumbra. Tenía las

contraventanas cerradas para que no entrase el calor.

Escuché ruidos al fondo, donde había un pequeño cuarto de aseo muy rudimentario, pero que disponía de una bañera vieja y un mueble con una palangana y un pequeño espejo.

Fui directa hacia allí.

Estaba tumbado dentro de la bañera aún humeante, dormido, o al menos así me lo pareció.

Fue inesperado. Mi intención no era invadir su intimidad.

Me ruboricé al instante e intenté salir de allí con discreción, pero en mi precipitada huida tiré una silla.

—¿Jane? —preguntó.

—Perdona. No quería molestarte, solo estaba preocupada —intenté excusarme, evitando mirarle.

—Tranquila. No se me ocurre a nadie mejor para venir a verme —confesó con voz profunda. Sonreí tímida, levantando la mirada del suelo un instante.

—Te dejo para que sigas con tus cosas —murmuré con timidez.

—Jane, no tienes que avergonzarte. Me has visto desnudo muchas veces, aunque menos de las que me gustaría —confesó.

Apreté los labios sin mirarle aún.

—Vale —contesté porque no sabía qué decir.

Se incorporó un poco en la bañera, lo suficiente para que el torso desnudo se elevara y con el movimiento del agua pudiese ver el resto de su cuerpo.

—¿Qué te preocupaba? —indagó interesado, mostrando su cuerpo sin pudor.

—Pensé que podrías necesitar ayuda o que no te encontraras bien al no venir a verme esta mañana —confesé—. No me has contado qué síntomas tendrás o qué te puede pasar cuando vuelva la enfermedad.

Me miró con intensidad unos segundos. Luego sonrió, comprendiendo.

—Cuando llegue el momento, me tendrás que cuidar, Jane. No tendré otra opción si quiero ser un buen creyente.

—No pienses en quitarte la vida mientras yo esté aquí. Te cuidaré hasta el final. Lo juro, Tom —prometí en un impulso, acercándome a la bañera, incapaz de pensar en que decidiese aquella posibilidad porque me desgarraba el alma.

Alargó su mano hasta que cogió la mía.

Su tacto me seguía erizando la piel como el primer día.

—Lo intentaré.

Nos miramos unos segundos, hasta que tiró de mí hacia él. Me acerqué, enganchada a su mirada profunda.

—Pensé que no volvería a verte —susurré, pasando mi mano por su pelo mojado.

—Yo solo soñaba con llegar hasta ti.

El corazón me iba a explotar en el pecho.

Su voz, su tacto… Parecía que no había pasado el tiempo, que nada había cambiado.

Se incorporó un poco más mientras estiraba el cuerpo para que su boca llegase a una altura a la que yo solo tuviera que bajar un poco la cabeza y se encontraría con la mía.

Me mordí el labio inferior mientras sentía sus manos mojadas deslizarse una por el brazo y otra en la cintura.

Acaricié su rostro, bajando mi mano hasta los labios, pasando el pulgar por ellos como si quisiera darme tiempo a decidir qué quería hacer. Pero era absurdo porque lo amaba como antes.

Lo besé sin pensar más.

Era mi marido, siempre lo sería. Me amaba y yo a él. A nadie le importaba lo que pasara en este rancho, solo a nosotros.

Sin dejar de besarme, se levantó de la bañera y salió de ella.

Me acercó a su cuerpo en cuanto estuvo fuera, cogiendo mi cintura para apretarme contra él y mi rostro para profundizar el beso.

Tom me dejaba sin aliento porque sabía cómo besarme, cómo acariciarme, cómo excitarme.

Entre besos y caricias fue deshaciendo mi vestimenta, hasta dejarme desnuda, igual que estaba él, ante la cama.

Me tendió sobre ella mientras me besaba y acariciaba sin dejar un espacio libre de mi piel, haciendo que solo deseara más.

Si dijera que no había deseado ese momento, mentiría. Hubo un tiempo en que soñaba con escenas parecidas y me despertaba en mitad de la noche sobresaltada por la intensidad del sueño. Luego esos sueños se perdieron al llegar Luke.

Ahora era verdad. Tom estaba allí y estábamos juntos por fin.

Capítulo 44

Liberty, otoño de 1899

Estos últimos meses no he escrito ni una línea porque no estaba segura de si quería contar lo que me estaba pasando o cómo expresarlo.

La vuelta de Tom ha hecho que mis sentimientos se dividan entre él y Luke. No he dejado de sentir por ninguno de los dos.

Ellos están de acuerdo y es lo único que me importa.

Ahora estoy embarazada, pero no tengo muchas esperanzas de que el bebé salga adelante. Nunca he sido capaz de llegar a término… Aun así, los tres estamos ilusionados por recibir una nueva vida entre nosotros.

No hay duda de quién es el padre. Desde que llegó Tom, solo he tenido relaciones plenas con él. He pasado tiempo con Luke, pero él respeta nuestro matrimonio. Y, aunque hemos estado juntos en alguna ocasión, no ha dejado que nuestra intimidad ponga en duda la paternidad de mi bebé.

Me duele que él no pueda tener una familia normal, con una mujer y sus propios hijos, pero quiere quedarse conmigo a pesar de todo y yo solo puedo quererle más por ello.

A veces me siento egoísta, otras con una plenitud difícil de describir, otras que estoy traicionando a alguno de los dos, pero la realidad es que todos consentimos.

Ojalá el bebé lo consiga. Yo estoy poniendo todo de mi parte para que así sea.

Liberty, 27 de abril de 1900

Hoy, veintisiete de abril de mil novecientos, ha nacido mi hija. No puedo describir las sensaciones ni los sentimientos, es algo que

supera cualquier expectativa, solo sé que nunca he sido más feliz y no sé si volveré a serlo.

Tom y yo hemos sido padres y aún estoy abrumada por ello.

Luke dice que está muy feliz por la llegada del bebé, pero sé que le gustaría haber sido él.

Ojalá la vida me dé la posibilidad de tener un hijo suyo, pero algo me dice en mi cuerpo que este milagro no se va a repetir.

Amelia ha nacido en un precioso día soleado de primavera, rodeada de mucho amor.

Ojalá sea feliz y tenga una vida plena. Nosotros haremos todo lo posible para que así sea.

Te quiero mucho, Amelia McQueen.

Liberty, 10 de mayo de 1901

Ha pasado poco más de un año desde mi última nota en este diario y creo es el pasaje más difícil que voy a escribir.

Sabía que aquel tipo iba a volver, pero tenía la esperanza de que no lo hiciera, que nos dejase en paz para siempre…

Este último mes ha sido un continuo asedio de los Foster a Lake y en particular a Liberty.

Las noticias corren como la pólvora y debió llegar a oídos de Foster que Tom había vuelto a casa.

No tardó en regresar con su banda, aunque fuera solo para comprobar si era cierto. La deuda estaba saldada y lo testificaba la ley con el *sheriff* de testigo. Con lo que no contábamos es que lo mataran mientras acudía a comprobar el rancho más alejado de la comarca, por una sospecha de robo de ganado falsa.

Sin el *sheriff* Green y sus hombres de testigos, todos caídos en la emboscada que les prepararon, unido a la falta de agentes de la ley en la zona tras su muerte, Foster se hizo fuerte en el pueblo implantando su propio criterio.

Tom no pudo evitarlo. Como hombre de convicciones firmes y honor, desempolvó su antigua placa de agente para hacerse cargo de la situación junto a un grupo de hombres voluntarios.

Intenté convencerlo de que no lo hiciera, que se quedara conmigo y con Amelia. Pero dijo que, si no protegía lo que era suyo, nadie lo haría.

Prohibió a Luke salir del rancho, le obligó a quedarse a

protegernos y también a las tierras que nos darían sustento, como habían hecho hasta ahora. Nunca se había impuesto tanto a Luke, tenían una relación de iguales, pero ese día ejerció de dueño de Liberty con dureza. Después se marchó.

No le volví a ver.

Foster le emboscó junto a sus hombres en el paso entre Liberty y Lake.

Escuché los disparos y mi corazón se paró en seco.

No sé cómo lo supe, pero sabía que Tom había muerto en el mismo instante en que dejó de respirar.

Nunca había creído en espíritus ni el más allá, pero aquí dejo por escrito que Tom me habló en su último suspiro, aunque físicamente no estuviésemos juntos. Me dijo que me quería, que amaba a nuestra hija y que se iba feliz de haber tenido una segunda oportunidad con nosotras.

Pensé que habían sido imaginaciones mías, pero Luke también recibió su propio mensaje: «Cuídalas por mí y quiérelas hasta el final».

Monté a Rainbow, a pesar de que Luke intentó impedirlo, y cabalgué hasta el final del camino.

Furia estaba parado junto a un hombre tendido en el suelo.

No necesité nada más para confirmar lo que mi corazón ya sabía.

Me acerqué sin bajar del caballo, observando mi alrededor.

Había muchos hombres muertos, incluido Clayton Foster.

Sentí cómo esa espada de Damocles que sentíamos continuamente cuando ese tipo estaba cerca desaparecía, esta vez para siempre.

Llegué hasta Furia y descabalgué deprisa.

Tom yacía en el suelo con su arma en la mano. Miré hacia donde había apuntado y entonces lo tuve claro, incluso imaginé en mi mente cómo seguramente habría sucedido.

Clayton y Tom se dispararon el uno al otro. Clayton, para tener el camino hacia Liberty más fácil; Tom, para librarnos de aquella escoria de una vez por todas.

Tom McQueen, amado marido y padre entregado, ha fallecido hoy, diez de mayo de mil novecientos uno, sacrificándose por nosotras para que tuviésemos una vida mejor.

Ha sido el hombre más bueno, valiente e íntegro que ha tenido Lake City y su muerte no ha sido en vano.

Siempre pensé que moriría en nuestra cama, mientras yo le cuidaba en los últimos días de su enfermedad, pero me engañaba a mí misma. Él no lo soportaría y encontraría la forma de no sufrir esa etapa.

Definitivamente la había encontrado. Había dado su vida por nosotras para que tuviéramos una oportunidad de vivir felices y sin miedo.

Me arrodillé a su lado y puse el oído sobre su pecho. No se escuchaba nada, su corazón ya no latía.

Las lágrimas brotaron de mis ojos sin darme cuenta. La pena me invadió.

Me tendí a su lado sobre la tierra del camino a su querido rancho. Me acurruqué en su pecho, abrazándolo por última vez, y cerré los ojos recordándolo con su sonrisa sensual, su porte montando a caballo, su destreza dirigiendo el ganado y cómo miraba a su hija con amor infinito.

—Te quiero, Tom McQueen. Te querré por siempre —susurré, incapaz de apartarme de su lado.

Luke me encontró un tiempo después. Traía a Amelia con él, pero no ha dejado que la pequeña viese la escena.

Me ha llamado con suavidad y me ha pedido que me preparase para dejarle llevarse a Tom y que me ocupara de la niña.

He llorado, he llorado mucho, pero me he apartado de Tom tras darle un beso de despedida para reunirme con él y la pequeña.

—Siento mucho la pérdida de Tom. Era un gran hombre que ha demostrado lo honorable que era hasta el último momento. Le prepararé para darle sepultura con todo el respeto que merece. Te lo prometo, Jane —me juró entregándome a mi hija.

—Lo sé —sollocé con un hilo de voz.

—Vuelve a casa con Amelia, por favor, te avisaré cuando lo tenga listo para vestirlo. Lo prepararé en la cabaña. Busca la ropa que más te guste y se la pondré.

Asentí mientras abrazaba a la niña, que enseguida se acurrucó en mi pecho y se adormiló.

Era lo mejor. No quería que viese a su padre muerto a pesar de que no se acordaría de ello nunca.

Luke llevaba una manta con él que en su tribu se colocaba alrededor del cuerpo para cargar a la niña con más comodidad. Me la colocó a mí para poder caminar de vuelta a Liberty y soportar el pequeño trayecto con la niña en brazos.

Lo hizo con delicadeza, sin acercarse demasiado a mí, sin rozar mi piel más de lo necesario.

Cuando acabó, le cogí de la muñeca y tiré de él hacia mí. Lo abracé unos segundos. Necesitaba aquel abrazo para coger fuerzas.

En cuanto me envolvió en sus brazos, mis lágrimas corrieron de nuevo por las mejillas sin control.

—Lo siento mucho, Jane. Lo siento… —Su voz se quebró. También había perdido a una especie de amigo que nunca hubiese imaginado tener. En el último año había sido lo más parecido a un hermano que tendría—. Te prometo que no te dejaré nunca, Jane. Te prometo que cuidaré de Amelia como si fuera mía.

—Lo sé, Luke. Qué suerte he tenido con los hombres de mi vida, ojalá mi hija también la tenga —reconocí, deseando lo mismo para Amelia.

—Ojalá.

Tras aquel abrazo largo y lleno de amor, Luke se dirigió a Tom. Mientras, yo caminé —acurrucando a Amelia contra mí— en dirección a Liberty, dejando los caballos para él.

De nuevo estamos solos, de nuevo nos tenemos el uno al otro y una pequeña vida que cuidar.

Mi corazón se ha dañado un poco más sin Tom. Esperaba aguantar muchos años para poder criar a Amelia y estar junto a ella hasta que estuviese preparada. Ojalá Luke nos acompañe.

Ojalá.

Capítulo 45

Liberty, 10 de junio de 1919

Hace años que no escribo en este diario… Cuando murió Tom, dejé de escribir porque no quería empañar su memoria. Pero, ahora que Amelia se va a casar y Luke y yo nos quedaremos solos, quiero dejar por escrito que seguimos vivos, continuamos domando *mustangs*, corriendo con nuestros caballos o para otros y Liberty está en un gran momento.

No he podido tener más hijos. Como sospechaba, Amelia ha sido un milagro con los mismos ojos de Tom.

Lo siento por Luke, me hubiese gustado que hubiese tenido un hijo, pero Dios no ha querido que fuese así.

Él dice que es mejor que no hayamos tenido descendencia juntos. La vida no es fácil para los mestizos y prefiere no tener que preocuparse por uno, pero yo sé que lo dice para quitarme la pena porque mi cuerpo no ha podido dárselo.

Amelia se casa con Johnny júnior, el hijo pequeño de la familia Dean. Son adiestradores de caballos como nosotros. Llegaron a Lake City cuando se fueron los Foster y se quedaron en la granja de los fallecidos Preston.

Es un buen chico que espero haga muy feliz a Amelia.

Confío en que no se enfade cuando mi hija le diga que quiere conservar su apellido y ser Amelia McQueen para siempre, nada de Amelia Dean.

Sé que es un hombre comprensivo que haría cualquier cosa para hacerla feliz, tanto que vendrán a vivir a Liberty en lugar de quedarse en el rancho Dean. Aunque a mi consuegro, John Dean, no le haga mucha gracia la idea.

Espero que Tom lo esté viendo allí donde esté y disfrute de la belleza de su querida hija, radiante e ilusionada como lo estaba yo el día que me casé con él.

Luke me acompaña. En realidad ha sido un padre para Amelia y ella, aunque sabe que no es su padre de sangre, lo quiere como tal.

Aún no está bien visto que los indios participen de la comunidad, aunque a Luke le conoce y quiere casi todo el mundo, pero a nosotros nos da igual. Somos honrados, buena gente trabajadora y no hacemos daño a nadie. Nos respetan y a nuestra familia, con eso nos basta.

Liberty, 21 de junio 1920

¡He sido abuela! Nunca pensé que lo sería, pero Amelia ha tenido una preciosa hija a la que ha puesto de nombre Jane.

Estoy emocionada y tan feliz que no tengo palabras para describirlo. Creo que siento la misma dicha que cuando nació mi pequeña Amelia.

Echo de menos a Tom. Le habría encantado tener entre sus brazos a esta pequeña guerrera.

Luke no ha parado de llorar desde que la niña ha nacido. Amelia le ha llamado «papá» delante de todos cuando le ha ofrecido coger al bebé y la emoción le ha invadido.

Se lo había llamado en infinidad de ocasiones, pero en la intimidad. Esto era un paso importante que le ha llegado al corazón.

Somos felices y ojalá Dios nos dé más tiempo para disfrutar de esta vida juntos.

Liberty, 5 de junio de 1940

Se ha vuelto una costumbre escribir en este libro de nuestra historia cuando hay días especiales. No importa, lo importante es dejar aquí una huella de nuestra existencia.

Hoy se casa mi nieta Jane.

Nos llena de dicha que lo haga con el nieto de los Coldman. Fred es un muchacho extraordinario, con mucha mano para los caballos, que está convirtiendo a Liberty, junto con Luke y Johnny, en un rancho destacado por la calidad de nuestros caballos.

Luke les ha enseñado a buscar *mustangs* y todas las técnicas ancestrales que conoce para que se encarguen del negocio, junto

con mis chicas.

La realidad del rancho es que las mujeres somos las herederas de estas tierras y las que decidimos sobre nuestro futuro. Conocemos cada secreto del trabajo, conocemos cada técnica y participamos cada día en ello, cada una con sus condiciones. En mi caso ya solo preparo la comida y lo necesario para las salidas de los más jóvenes, aunque cada vez me dejan participar menos. Dicen que ya tengo una edad, pero a pesar de mis sesenta y cinco años me siento bien, fuerte y con energía.

En definitiva, somos tres generaciones de McQueen sacando adelante el sueño de Tom.

Ojalá le guste en lo que lo hemos convertido. Un lugar en el que vivir tranquilos y felices con nuestros caballos.

Liberty, 20 de noviembre de 1950

Pensé que no volvería a escribir una página así, pero creo que mi corazón se ha roto del todo y para siempre.

Luke ha muerto.

Se acostó a mi lado esta noche y ya no despertó.

Creo que ha sido feliz, él siempre me ha dicho que lo era.

No sé cuánto sobreviviré sin él. Ha sido toda una vida juntos. De repente me siento agotada.

Desde la boda de mi nieta Jane, hemos enterrado a tres niños y ha sido lo más duro de mi vida. Junto con mi pequeño bebé, que me arrebataron de aquel disparo y los que perdí de Luke.

No sé si Jane tendrá la misma magia que tuve yo y podrá tener a su bebé milagro. El tiempo pasa y las oportunidades se acaban, pero yo no pierdo la esperanza por ella.

Quizá sea la última vez que escriba en este libro. Si así es, espero que la historia de Tom no quede en el olvido y que las siguientes generaciones conozcan la historia de nuestra familia y de Liberty.

Dejo aquí por escrito que he sido muy feliz con mi particular vida y espero que este relato sirva a quien esté perdido como tantas veces he estado yo. Solo hay que dejarse guiar por el corazón. Él no se equivoca.

Amo a Tom. Amo a Luke. Amo a mi hija Amelia y su familia. Amo a mi nieta Jane y su familia. Amo a Liberty.

Estoy lista.

Liberty, 3 de enero de 1955

Soy Jane McQueen, nieta de Jane, y quiero dejar en su libro por escrito que hoy ha visto nacer a su biznieta Amelia.

Creía que nunca podría tener un hijo vivo, como le pasó a ella. Pero, gracias a su esperanza, ha nacido fuerte y guerrera como el resto de las mujeres McQueen.

Ella ya no tiene fuerzas para escribir. Está cansada y le cuesta.

Creo que ha estado esperando a que naciera mi hija y nos dejará pronto.

Ojalá me equivoque.

Liberty, 10 de febrero de 1955

Hoy ha muerto mi abuela Jane. Sabía que no le quedaba mucho. Estaba aguantando las fuerzas para asegurarse de que mi hija Amelia estaba bien.

Ha sido la mujer más fuerte y valiente que he conocido nunca.

Descansa en paz. Mamá, Amelia júnior y yo cuidaremos de tu amado Liberty como nos enseñaste. Espero que, allá donde estés, te hayas reunido con tus dos amores.

Te quiero, abuela.

Siempre estarás en mí.

Liberty, 4 de julio de 1995

Nunca he escrito un diario. Tampoco he querido participar en este libro, donde el recuerdo de mis bisabuelos es sagrado para nuestra familia, pero es tradición contar los nacimientos y quiero dejar constancia del que ha acontecido en este día.

Mi hija, Amelia Jane, ha nacido hoy, 4 de julio de 1995.

Mi madre, Jane júnior, está aquí conmigo, fuerte como un roble a sus setenta y cinco años. Ojalá pueda tenerla mucho más con nosotros para que vea crecer a su nieta.

Mi abuela Amelia nos dejó hace siete años, en 1988. Vivió toda su vida en Liberty con su marido, Johnny Dean, mi abuelo, que murió en 1957 cuando se le paró el corazón mientras dormía. No le conocí, solo tenía dos años cuando murió. Pero mamá me contó que pensó que sin él no viviría mucho, pero las mujeres McQueen somos fuertes y nos reponemos a la mayoría de las adversidades. Y así lo hizo.

Mi padre, Fred Coldman, también murió antes de lo que esperaba. Nos dejó en 1971, cuando yo solo tenía dieciséis años, al caerse de un *mustang* que domaba y darse un mal golpe.

Mi madre estuvo muy mal. Mi abuela y yo la cuidamos mientras pasaba el doloroso duelo, pero consiguió salir de su tristeza y aún está a mi lado.

Espero que Amelia Jane o A. J., como cariñosamente la llamo, tenga más suerte que nosotras en su vida.

Estamos las tres McQueen. Mi madre, Jane júnior; yo, Amelia júnior; y ella, A. J. Solo tenemos la ayuda de la familia Cassidy. Los contratamos hace unos años para que nos echaran una mano. Eric es un gran capataz y supervisa el negocio de los caballos junto a nosotras. También hemos incorporado ganado con su ayuda, como hacía el abuelo Tom.

Nos hemos convertido en un referente en el estado y nos va muy bien.

Emily, la mujer de Eric, es encantadora y hemos formado una gran familia.

Su pequeño Eric ya tiene tres añitos y es un terremoto. Espero que A. J. no le siga el ritmo o nos matarán a correr tras ellos.

Pensé que no sería madre nunca y que conmigo acabaría el legado McQueen, pero mis ancestros no deben estar de acuerdo con mi plan y han decidido regalarme esta pequeña a mis cuarenta años. Estoy casi segura de que ha sido cosa de la bisabuela Jane. Ella nunca perdía la esperanza en las nuevas generaciones.

Ahora que la tengo a mi lado mientras escribo, solo puedo dar las gracias al más allá.

Amo a mi bebé.

Dejo aquí por escrito que somos felices, Liberty sigue en pie y espero que los bisabuelos Jane y Tom estén disfrutándolo allá donde estén junto a Luke.

Os quiero.

Liberty, 16 de abril de 2020

Hoy ha fallecido mi madre, Jane júnior, nieta de Jane McQueen, a los cien años de edad.

Tengo sesenta y cinco años y, aunque la vida es diferente a todo lo que se ha relatado en este libro, cuando llegas a Liberty, parece

que el tiempo se ha parado en 1895.

A. J. ha llegado a tiempo de despedir a su abuela. Está en San Diego, le cuesta estar aquí y yo sé por qué. Es un alma libre que necesita volar, conocer mundo y personas. Pero, cuando llegue el momento, se hará cargo.

Respeto que quiera vivir su vida antes de ocuparse de todo esto, pero, a pesar de que no me lo quiera reconocer, su problema no es Liberty. Es Eric Cassidy júnior.

Desde su adolescencia Emily y yo sabíamos de su atracción el uno por el otro, y no una de esas pasajeras de tonteo que con el tiempo se difumina y piensas que has hecho el ridículo cuando la recuerdas. No. Ojalá. Son el uno para el otro. Solo espero que A. J. se dé cuenta de ello antes de que sea demasiado tarde.

Eric está cerca de los treinta y algún día se cansará de esperar.

Es un hombre muy aferrado a esta tierra, con convicciones tradicionales, y llegará el momento en que decida echar raíces. Ojalá A. J. lo tenga claro a tiempo o sufrirá. Sufrirá mucho.

Hija, cuando llegue el momento de tener este diario, leerás esto. Espero que sonrías al hacerlo y que hayas elegido lo que más feliz te haga. Estas palabras solo son pensamientos de una vieja romántica que no ha tenido una historia tan bonita como las que aquí se cuentan y le gustaría que tuvieras más suerte.

Solo deseo que seas feliz.

Espero que seas feliz.

Te quiero, hija. Siempre. A pesar de las disputas y la distancia.

P. D.: Lo que la tatarabuela Jane dejó bajo la casa sigue ahí. Junto a los pilares de los cimientos de la derecha. Si lo necesitas, úsalo. Creo que ya es hora de que alguien lo utilice.

Te quiero, A. J.

Capítulo 46

Liberty, finales de marzo de 2023
La noche de lectura final del diario de Jane

Eric cerró el diario de Jane, lo dejó en la mesilla y la abrazó. Estaba llorando desde hacía muchas páginas, pero los últimos escritos eran de su abuela y su madre y le habían afectado más.

—Tranquila, es normal. Desahógate —susurró estrechando su abrazo.

—Mamá sí me entendía —sollozó incrédula—. ¿Por qué no me lo dijo nunca? Quizá las cosas habrían sido de otra forma entre nosotras.

—Puede que no quisiera influirte y pensara que si se sinceraba sobre ciertas cosas no tomarías decisiones con libertad.

A. J. se incorporó un poco, deshaciendo el abrazo en parte para mirarlo.

—¿En serio crees eso?

—Sí, lo pienso. Nadie en Liberty quería condicionar tu vida. Ni tu madre ni tu abuela ni yo. Quizá haya sido un error, porque no te ha dejado ver lo importante que eras para nosotros, pero todos hemos hecho lo que creíamos mejor.

—¿Hablabas con mi madre de mí? —indagó sobre lo que pasaba cuando ella no estaba.

—Bastante a menudo. A ella le gustaba hablar de ti y preguntarme si sabía algo nuevo, si habíamos hablado, si estabas bien. Ella sabía que siempre he estado enamorado de ti.

Amelia cogió aire.

—Me hubiese gustado más sinceridad por vuestra parte. Sobre todo por parte de mi madre. Teniendo toda la información es más

fácil tomar decisiones —contestó, algo molesta, al enterarse en último lugar de lo que más le importaba. Se levantó de la cama para coger aire. No quería enfadarse.

—Bueno, en mi caso, como ya te he explicado, nunca he querido influir en tus planes. He respetado que buscases tu camino, igual que hice con el mío. Solo esperaba que se unieran cuando estuvieras lista. Nada más.

—Cuando venía aquí y estaba contigo, todo se colocaba en mi vida. Hasta este rancho tenía sentido para mí, pero nunca me dijiste «Te quiero, quiero que te quedes. Quiero estar contigo y no hay nadie más». ¡Nunca!

—Creía que no querías oírlo, Amelia Jane. ¿Qué te tenía que decir si era entrar por la puerta del rancho y ser todo para ti? Te recuerdo que tenías a otro cuando te ibas de aquí, y lo he aguantado porque te quería, porque volvías aquí y era como si hubiésemos dormido juntos la noche anterior. Pero ha sido muy difícil, ¡mucho! Y lo último que quería era decir o hacer algo que te hiciera escapar para no volver.

—¿Me estás diciendo que en todos estos años no has estado con otras chicas, Eric? ¿Tú, que es aparecer por la puerta del Hollys y tienes a cinco a tu alrededor? No me vengas ahora con el cuento de que me esperabas aquí encerrado hasta la próxima vez, porque no es verdad.

Eric se sintió frustrado. ¿Por qué discutían? Daban por sentado que su relación era así desde el principio. De nada servían los reproches ahora.

Intentó tranquilizarse para contestar.

—Claro que tenido sexo con otras mujeres, pero solo era sexo, A. J. Porque no he podido mantener una relación seria con nadie. No era capaz de comprometerme con una mujer sabiendo que estaba contando los días para que volvieras. Esa ha sido mi vida los últimos diez años, aunque no te lo creas —confesó, sentado en la cama. Mientras, ella se mantenía de pie, apoyada en la mesa de madera—. Sinceramente no sé qué más quieres de mí… —concluyó rendido.

—Me fui a estudiar. —Intentó defenderse.

—¡Yo también! —contestó, levantándose de la cama. Aguardó unos segundos para tranquilizarse antes de ir hacia ella—. Yo

también, A. J., y sé lo que es la universidad, las fiestas, el ambiente nuevo que no teníamos aquí. Y yo sabía que no era para mí, por eso decidí estudiar a distancia y acabar mi grado en «Ganadería y recursos de la tierra» desde aquí. Pero entiendo que a ti te enamorase. No habías salido de Liberty, tu madre y tu abuela te tenían muy vigilada, y aquello era el paraíso en comparación. Pero no lo pongas de excusa. Podrías haberte ido como hice yo, pero estabas bien, eras feliz. Yo no iba a decir nada que te condicionara.

—Quería estudiar, quería viajar, conocer sitios especiales —contestó, dolida por lo que le decía.

—Y yo que lo hicieras, por eso acepté esta relación extraña que hemos mantenido durante tanto tiempo. Para que, cuando tuvieras que pensar qué hacer con Liberty, hubieses conocido todo lo que deseabas y tomases la decisión sin rencor, sin reproches. Solo porque es lo que has decidido, sea la que sea.

—La verdad es que me sentí estafada cuando me fui a la universidad. —Eric ya estaba delante de ella. Arrugó el ceño escuchando aquel cambio en el relato.

—Nunca me lo has contado —murmuró confundido.

—No fue por todo lo que has dicho, eso estaba genial y me encantaba el ambiente, fue porque siempre pensé que estarías allí y podríamos estar juntos fuera de aquí. Cuando me enteré de que te volvías al rancho a estudiar a distancia mientras trabajabas, fue un jarro de agua fría del que me costó recuperarme.

—¿Qué?

—Me enfadé mucho contigo por dejarme sola. No me lo esperaba. Sentía que nadie me quería en su vida.

—Pero eso no es verdad. Siempre estaba contigo.

—Bueno, no era lo que yo sentía —susurró recordando el sentimiento de vacío. No le gustó ese recuerdo.

Eric se acercó hasta ella, muy cerca.

—Entonces…, ¿por qué seguías conmigo cuando volvías? No lo entiendo. Podrías haberme echado en cara todo lo que te hizo sentir mal.

—Tú tenías miedo de decir algo que me hiciera no volver, pues yo no quería decir nada que provocara que mientras no estuviera pensaras que no merecía la pena y buscases a una chica con la que tener una relación normal.

Eric se pasó las manos por el pelo hasta engancharlas una con otra tras la cabeza. Estaba frustrado.

La miró, pensando bien las palabras que iba a decir.

También estaba tocada por la conversación.

Levantó su barbilla con delicadeza para que lo mirase.

—A. J., si de algo estoy seguro es que, a pesar de todo lo que nos ha pasado, lo que hemos hecho durante este tiempo y lo acertado o no de nuestras decisiones, algo hemos hecho bien porque estamos aquí y estamos juntos. No pensemos en el pasado, vamos a pensar en el futuro, por favor. Eso es lo único que me importa.

—Siento lo que ha pasado… —se quiso disculpar.

—Nada de disculpas. Quiero que te centres en el futuro, en lo que quieres hacer con este rancho y con tu vida, pero sobre todo en ser feliz. Eso es lo que importa.

A. J. le cogió de la cintura para acercarlo más a ella.

Eric lo hizo, juntando sus cuerpos mientras se miraban con amor, deseo, pena, ilusión… Era una mezcla de sentimientos de todo tipo.

—Por esto vuelvo a ti siempre, porque me dejas ser yo.

—No me gustas de otra forma, A. J. —dijo con la boca casi rozando sus labios.

—Tú a mí me gustas siempre —confesó antes de besarlo.

Capítulo 47

Después de pasar la noche leyendo el diario, discutiendo y después dejándose llevar por los sentimientos y el deseo, durmieron toda la mañana.

Emily estaba inquieta. No le gustaba la actitud de su hijo, y menos ahora que parecía que haber hablado con él le hacía alejarse más del trabajo y de ellos.

Eric padre también empezaba a molestarse. Cuando iba a buscarlo al establo o al recinto de adiestramiento, nunca estaba.

Lily seguía viviendo su vida de estudiante por allí. Había decidido quedarse unos días más, pero no participaba mucho de la vida del rancho, más bien iba por libre mientras los demás trabajaban.

Unos nudillos golpearon la puerta de la cabaña. Eric se desperezó al escucharlo.

Se levantó de la cama, se puso el calzoncillo que había dejado por el suelo cuando la pasión entre él y A. J. se disparó, y la camiseta que había sobre una de las sillas.

Abrió la puerta con tranquilidad.

—¿Está aquí A. J.? —preguntó su madre con visible enfado.

—Claro, mamá. Ya lo sabes. ¿Qué pasa? —La mujer lo miró de arriba abajo, incrédula por la estampa.

—¿Desde cuándo duermes hasta la hora de comer? —siguió preguntando.

—Mamá, ¿qué quieres? —insistió sin entrar en discusión con ella. No quería ni les convenía.

—Han llamado a casa. Era un hombre que decía querer hablar con A. J. sobre el rancho. No me ha dicho más que su nombre, Peter Dawson, y que vendrá a las cinco.

Eric disimuló su sorpresa ante el nombre del padre de A. J. Nadie lo sabía. Solo ellos dos, y tenía que seguir siendo así.

—Gracias, mamá. Yo me encargo —contestó, cerrando un poco más la puerta. Su madre se había movido disimuladamente para intentar ver algo del interior. Era diáfano, menos el baño. Lo tenía fácil, pero él no quería que viese a A. J. en la cama y las sábanas revueltas. No habían hecho nada malo, desde luego que no, pero era su madre y no le apetecía.

—¿Va a vender Liberty? Si lo va a hacer, espero que me lo digas para poder buscar otro lugar donde ir —reprochó por si no tenía otra oportunidad.

—¡Mamá! Deja de decir tonterías, por favor. Si estás enfadada conmigo, me parece bien y lo acepto, pero no la metas. Soy yo quien decide qué quiere hacer —pidió, saliendo un poco de la cabaña para que A. J. no les escuchara.

La mujer asintió por inercia, no porque le convencieran sus palabras. Dio media vuelta, diciendo un escueto adiós, y se fue.

Eric regresó al interior de la cabaña y cerró la puerta mientras resoplaba.

Estaba cansado física y mentalmente. Esperaba que A. J. decidiera pronto qué iba a hacer con Liberty, o los trabajadores se revelarían como su madre. Y eso no les venía bien.

Se acercó a la cama por el lado por el que ella estaba tumbada de lado, se sentó en el borde de la cama y metió la mano bajo el edredón.

Su piel estaba caliente y suave.

Cogió aire, pensando en lo afortunado que era a pesar de todo.

Apretó los labios y deslizó la mano por el muslo de A. J. hacia la cadera, la cintura y la parte baja de la espalda.

Ella gimió un poco al sentirle mientras la piel se le erizaba.

—Eh, bella durmiente, es hora de levantarse —susurró entre caricias. Ella gruñó, un poco disconforme. Quería seguir durmiendo y lo entendía. Él también—. Nena, tenemos que levantarnos. Ha venido mi madre con un recado. Tienes una cita a las cinco.

A. J. se movió para colocarse del otro lado. Abrió los ojos a regañadientes. Estaba muy cansada y le costaba.

—¿Qué cita? —preguntó somnolienta—. No recuerdo tener ninguna cita. ¿Qué día es hoy?

—Tranquila —contestó con media sonrisa. Le gustaba que se sintiera tan cómoda con él que se olvidara de qué día era—. Han llamado hace un rato para avisar. No es algo previsto. Es tu padre. Viene aquí. Es todo lo que sé.

Amelia Jane abrió los ojos de golpe. El sueño se le pasó, y de repente se encontró muy despierta y alerta.

—¿Mi padre? —preguntó bajando la voz.

—¿Conoces a otro Peter Dawson? Porque es el nombre que me ha dado mi madre cuando ha venido a buscarte.

—¿Sabe que es mi padre?

—No, tranquila. No he dicho nada.

—¿Qué querrá? —pensó en voz alta, preocupada.

—No tengo ni idea, pero tendrás que averiguarlo.

—¿Estarás por aquí? —pidió, nerviosa, más que preguntó.

—Haré lo que quieras que haga, A. J. Solo tienes que decirme qué necesitas.

—No quiero estar a solas con él. No le conozco. ¡No le he visto en mi vida! ¿Y si mi madre tenía razón en su carta y es peligroso?

—Tranquila. No te dejaré sola —confirmó intentando animarla —. Vamos a comer algo y esperaremos a que venga.

—¿No tienes que trabajar?

—Esto es más importante. Los chicos se encargan de todo, pero no me lo restes del sueldo —comentó, divertido, para quitarle peso a la conversación.

—No lo haré —contestó, levantándose lo necesario para besarlo.

Eric la envolvió con sus brazos y se lo devolvió.

El tiempo pasaba lento, o al menos a ellos se lo parecía. A. J. estaba impaciente por ver cómo era su padre, y a la vez no.

Si él no se delataba, ella no le diría que sabía quién era. Así se lo había contado a Eric e iban a respetar el plan.

De cara a todo el mundo, su padre se fue antes de nacer y nunca más habían sabido de él.

Nadie debía descubrir que había chantajeado a su madre y le había sacado medio millón de dólares. Lo hecho, hecho estaba. Ella

tomó la decisión que creyó mejor y el pasado no iba a solucionar nada de lo que les sucediera a partir de ahora.

Ella tenía el control de Liberty y de toda la empresa, también el poder de las decisiones.

Un todoterreno último modelo entró con decisión por el camino del rancho y aparcó frente a la puerta principal de la casa.

A. J. estaba dentro del porche cubierto esperando. Eric preparaba café.

—Ya está aquí —susurró la chica, algo inquieta.

—Tranquila. Piensa que es un negocio más, como si vinieran a comprar ganado o caballos —recomendó el hombre—. Ignora lo demás.

Ella asintió mientras se colocaba la chaqueta negra de traje que se había puesto, junto con una camisa blanca, vaqueros y las botas militares.

Quería dar la imagen adecuada de propietaria del rancho, aunque sin romper su esencia.

Un tipo se bajó del coche y, tras cerrar la puerta, miró el rancho durante unos instantes.

Eric se acercó a mi oído.

—Diga lo que diga, piensa que tú tienes la ventaja. Esto es tuyo, no suyo. Tú eres una McQueen, él no.

A. J. asintió sin quitar el ojo al individuo.

Eric dejó un beso fugaz en su mejilla y esperó junto a ella.

Cuando aquel hombre se giró dispuesto a subir la escalera, Eric fue a caminar en dirección a la puerta para abrir, pero A. J. le cogió del brazo.

—Espera. Que llame.

Él giró la cabeza para mirarla orgulloso, con media sonrisa en la boca.

—Esa es mi chica —susurró, aguardando a que llegase hasta arriba y llamara.

A. J. lo miró a través de las cortinas, observando su rostro, su forma de moverse, cómo lo miraba todo.

Sonrió al darse cuenta de que no se parecía a él. Por suerte, Eric tenía razón y se parecía a la tatarabuela Jane.

Era alto, delgado, moreno, más joven que mamá, al menos diez años más joven. Le sorprendió saberlo, pero entendió que no iba a

ser la única sorpresa. Nunca había querido saber detalles sobre él.

Llamó a la puerta. Ahora sí, Eric fue a abrir. A. J. se fue al salón.

—Buenas tardes, soy Peter Dawson. Vengo a ver a la señorita McQueen —se presentó, muy educado, estrechándole la mano. Eric la aceptó.

—Buenas tardes, la señorita McQueen le está esperando. Pase, por favor.

La mujer lo esperaba junto a la chimenea. Los hombres entraron en el salón y ella saludó.

—Buenas tardes. Usted debe ser el señor Dawson.

—Así es —contestó, mirándola como si fuese un regalo de Navidad—. Encantado de conocerla —dijo mientras estiraba la mano para estrechársela.

—Tome asiento, por favor. ¿Quiere un café, agua, alguna bebida que le podamos ofrecer?

—Café está bien. Muchas gracias —contestó mientras la seguía para sentarse en el sofá.

Mientras tanto, Eric fue a por la cafetera.

Habían dejado una bandeja preparada en el salón dispuesta con un servicio de café para cada uno, listo para servir la bebida.

El hombre lo hizo y se lo ofreció.

Después tomó asiento en una butaca junto a A. J.

El tipo lo miró, extrañado porque se quedase. Enseguida miró las manos de ambos. Ella se dio cuenta. Buscaba alianzas.

—¿Y usted es? —preguntó para averiguar quién era.

—Soy Eric Cassidy —contestó escueto.

—¿El adiestrador? —indagó uniendo cabos.

—Sí.

—Su reputación le precede, señor Cassidy. Me han hablado maravillas de sus caballos.

—Gracias. Me alegra saber que nuestros clientes quedan contentos con el trabajo que hacemos en Liberty.

—Puedo dar fe de que es así.

—¿Qué le trae por mi rancho, señor Dawson? —preguntó A. J., directa al grano. No soportaba las incertidumbres.

—Bueno, no sé si sabrá que vine a visitar a su madre antes de su fallecimiento. Créame que nos ha consternado saber de su accidente y fatal muerte, por eso hemos dejado pasar un tiempo prudencial

para…

—Perdone, señor Dawson, no sé de qué me está hablando.

El tipo asintió en señal de comprensión. A. J. seguía el plan de hacerse la sorprendida ante cualquier información o propuesta. Eric también, pero él no quería participar de la conversación si ella no le invitaba.

—Su madre y yo teníamos un negocio entre manos, pero, al fallecer, todo ha quedado en el aire. Espero poder continuar ahora que está usted al mando.

—Pues dígame.

—Ella estaba interesada en la venta de Liberty en su totalidad. Estaba cansada de esto y sabía que usted no estaba interesada en esta vida. Ya teníamos las negociaciones muy avanzadas. Su intención era dejarle el dinero en herencia para que se pudiera dedicar a su oficio, que si no me equivoco es de profesora de Historia del Arte.

A. J. escuchaba con atención, sin dar ni una sola muestra de lo que pasaba por su cabeza, pero en su interior había un terremoto.

Era increíble la frialdad con la que hablaba aquel tipo que supuestamente era su padre.

Ella no habría podido actuar así.

—No tengo ninguna información al respecto, señor Dawson —contestó con calma.

—Lo suponía, la señora McQueen ya me avisó de que usted no quería saber nada de todo esto. No me sorprende que no se lo contara.

—¿Y qué quiere? —Fue directa al grano.

—Solo faltaba la firma de su madre. Los detalles del acuerdo están aquí. Nos gustaría que lo leyera y lo firmara como heredera actual.

A. J. cogió la carpeta que le tendía. La abrió para ver su contenido.

Allí estaba el logo de aquella empresa a la que su madre le había pagado el dinero.

—Entiendo todo lo que me ha explicado, pero entenderá que mi madre ha fallecido en un accidente y todo esto es nuevo para mí. Necesito leer la documentación, asesorarme, informarme y pensar.

—Lo entiendo, pero tenemos unos márgenes para comenzar con

la transformación que ya cerramos con su madre y no tenemos mucho tiempo.

A. J. le pasó la carpeta a Eric de inmediato mientras recogía otra de entre las manos de aquel tipo.

—Perdone, la información es confidencial. No puede verla —llamó la atención de Eric. El hombre cerró los documentos al instante. No quería provocar ningún problema a Amelia.

A. J. lo miró, entrecerrando los ojos. Después miró a Dawson.

—¿Por qué no puede verla? Yo quiero que lo haga —espetó molesta.

—¿Es un heredero? —Ella negó con la cabeza—. ¿Es su abogado o tiene participación en la empresa? —Otra negación—. ¿Es su marido?

—Como si lo fuera —contestó de inmediato. Se estaba enfadando. A Eric le gustó escucharlo, parecía que su situación se aclaraba poco a poco.

—Lo siento, pero no queremos que se divulguen los documentos de traspaso o acuerdos a los que lleguemos con gente que no esté implicada directamente en ellos.

—No se preocupe —dijo Eric, dejando la carpeta sobre la mesa.

—Señor Dawson, creo que deberíamos tener esta reunión en otros términos. Le emplazo a vernos cuando pueda hablar con mis abogados y demás gestores del rancho. —Se hizo la importante. En realidad, solo tenía al señor Madison.

—Como quiera, pero el precontrato que firmó su madre es claro —insistió, tendiéndole otro documento donde se veía la supuesta firma de su madre en cada hoja.

A. J. leyó con rapidez, buscando lo que necesitaba saber.

—¡Una semana!

—Lo siento. Hable con sus asesores y llámeme. Cuanto antes venda, mejor. Ahora tiene un valor estupendo, pero, si algo se torciera, lo perdería y no ganaría tanto —dijo, recogiendo los documentos de nuevo—. Por mi parte le remitiré los documentos a su abogado, si me facilita el contacto.

—Le llamaré —contestó, aceptando la tarjeta que le daba y la carpeta con el supuesto precontrato.

—Ahí también tiene mi

e-mail

. Mándeme un correo y me pongo en contacto con sus abogados.

—Eso haré. Muchas gracias.

Todos se levantaron de la silla, se tendieron la mano, caminaron hasta la puerta y despidieron al tipo.

Se montó en su coche, dio un giro lento para observar bien el rancho y se marchó.

—Ese tipo miente, A. J. Si tu madre hubiera firmado un documento tan importante, tendría una copia. Has revuelto ese despacho y no hay nada parecido —explicó sus impresiones.

—Tienes razón, pero en esos papeles está su firma. Voy a llamar al señor Madison. —Dio por respuesta, con voz cansada, mientras se quitaba la chaqueta y subía las escaleras en dirección al despacho.

Eric asintió mientras la veía subir al piso superior.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado por su estado de ánimo. Ella paró el ascenso y se asomó por la barandilla.

—Estoy bien. No te preocupes. Ve a ver los caballos mientras yo hablo con el señor Madison —le propuso poniendo su mejor cara, pero le costaba.

Estaba desilusionada con aquel tipo. ¿Cómo podía ser tan frío con ella? En parte lo prefería. Como decía Eric, era otro negocio más.

—Vendré en una hora. Pero, si me necesitas, llámame —pidió, cogiendo su cazadora de borrego del perchero y su sombrero de vaquero.

—Eso haré —se despidió de él, retomando la subida.

Escuchó cómo se cerraba la puerta.

Entró al despacho, cogió su móvil, que había dejado allí tras hablar con Adam, y llamó al señor Madison.

En cuanto le dijo a Becky que era urgente, pasó la llamada.

El hombre desconocía totalmente la firma de ese precontrato y, por supuesto, no tenía constancia de ninguna documentación.

A. J. le proporcionó los datos para que se pusiera en contacto con el tal Peter Dawson lo antes posible y le contara después cómo actuar.

La espera iba a ser tensa.

En un intento de buscar respuestas, repasó los documentos del último año.

Como recordaba, no había nada que se pareciera a lo que le

decía ese hombre, pero la firma de su madre estaba allí.

Capítulo 48

Eric fue a buscar a A. J. al despacho en cuanto pudo escaparse de los establos. No había sido fácil. Su padre intentó interceptarlo al salir. Supuso que su madre le habría avisado de la llamada y estaban deseando saber. A casa de A. J. no iban a subir a preguntar.

Entró a la mansión, dejó el sombrero, la cazadora, y subió las escaleras.

La observó desde el dintel de la puerta. Estaba agotada y preocupada.

—Hola —saludó en tono tranquilo. Sin preguntar nada, sin avasallar.

—Hola —contestó mientras se levantaba. Caminó hasta él y se abrazó a su pecho.

Eric la envolvió en sus brazos, impaciente por saber, pero no abrió la boca. Esperó.

La sentía respirar deprisa al principio, pero luego se fue calmando.

—¿Estás bien? —preguntó escueto.

—No lo sé. Me va a explotar la cabeza.

—¿Por qué no lo dejas por hoy? Sea lo que sea, el señor Madison buscará respuestas y te las dará en cuanto las tenga. De momento no se puede hacer más.

—Dice que desconoce los términos de esa supuesta venta porque mi madre jamás le habló de nada semejante ni le envió escritos para consulta o estudio. Le he dado el contacto de Dawson. Le pedirá la documentación y me llamará.

—Entonces toca esperar, A. J.

—He buscado otra vez en los documentos del último año y no he encontrado nada. Creo que ese precontrato puede ser falso, aunque

aparezca la firma de mi madre. Ella no haría un movimiento tan importante como ese sin consultarme, y mucho menos sin consultar a su abogado y gestor.

—Yo también lo creo —confirmó el vaquero.

—Es una locura, Eric, porque ese hombre tiene un precontrato de venta de mi rancho y lo más probable es que tenga que ser yo quien demuestre que es mentira.

—No adelantes acontecimientos, ¿vale? Ese tipo no sabe que tu madre te contó quién era y el pago que le había hecho. Espera a ver qué pasa. —En cuanto lo miró, Eric supo que estaba asustada—. ¿En qué piensas?

—En que durante muchos años he querido olvidarme de este sitio, y ahora que me lo ponen en bandeja no quiero.

Eric esbozó una fugaz sonrisa al escucharla.

—Me alegra saberlo —contestó prudente.

—Si alguna vez vendo este rancho, no quiero que especulen con él. Intentaré que continúe como hasta ahora.

—Eso ya es casi imposible, A. J. Quedan pocos rancheros tan locos como nosotros —dijo Eric, estrechándola más entre sus brazos, con una sonrisa feliz en los labios—. Venía a buscarte con una propuesta.

—¿Una propuesta? —preguntó curiosa.

—He pensado que podríamos salir a cenar y después tomar algo en el Hollys. Solo es una idea, no tienes que aceptar si no te apetece, pero quizá nos venga bien salir de aquí un rato.

A. J. lo miró sorprendida.

—Acepto —contestó. A él se le iluminó la cara—. Necesito pensar en otra cosa.

—En quince minutos te recojo. Voy a por la furgoneta. —Dio por respuesta antes de deshacer el abrazo, dispuesto a marcharse.

—¡Espera! En quince minutos no puedo arreglarme. —Demandó más tiempo.

—Estás preciosa. Ya te arreglaste para ver a ese hombre. No necesitas nada más —explicó, bajando las escaleras a la carrera.

La mujer se quedó parada en el pasillo.

Iba en serio. Lo conocía de sobra para saber que solo tardaría quince minutos en volver.

Entró deprisa al despacho, apagó el ordenador y corrió a su

habitación.

Rebuscó entre sus cosas, buscando una blusa menos seria que aquella de traje de oficina.

Encontró un *top* negro perfecto, con solo una manga, cuello alto sin llegar a ser vuelto y una abertura asimétrica en el escote desde el hombro con manga hasta el pecho del otro lado, como si lo hubiesen cortado con una tijera cortando un trozo para que se abriese.

Se quitó los vaqueros y las botas militares. En cambio, se puso una minifalda negra, medias tupidas, y se calzó unos botines de tacón mediano. No demasiado altos, pero que estilizaban su figura.

Sacó su abrigo negro y largo de tela de paño y un bolso pequeño para llevar lo justo y cruzarlo en bandolera. Dejó las dos prendas sobre la cama y se metió corriendo al baño.

Retocó su maquillaje ligero para la reunión, pero le añadió un poco de sombra de ojos más oscura, marcó bien los ojos con delineador negro alargando la mirada, se puso rímel y colorete, y como toque final se pintó los labios de color vino.

No recordaba la última vez que se había arreglado así de *sexy*. Con Adam hacía mucho que la relación estaba deteriorada y no le apetecía. Con Eric todo fluía, pero siempre estaban en Liberty y no había tenido oportunidad, en al menos los últimos cinco años.

El sonido de motor de la furgoneta le dio un pellizco de nervios en el estómago.

Escuchó cómo lo paraba, cerraba la puerta, subía los peldaños de la escalera y entraba a casa.

Se echó un poco de perfume y se dispuso a bajar.

—¡Ya estoy aquí! —Lo escuchó desde el *hall* de entrada.

Nerviosa, cogió aire.

Ya no recordaba cuándo había tenido su última cita.

Bajó la escalera con cuidado de no tropezar. Llevaba demasiado tiempo sin usar zapatos con tacón.

Eric, al escuchar el sonido en la escalera, se aproximó impaciente por verla.

En cuanto vio los botines y las medias de sus piernas, supo que se había cambiado.

—Guau —dijo viéndola bajar escalón tras escalón. Ella sonrió.

—Ya podemos irnos.

—Ahora no sé si quiero bajar a Lake o prefiero quedarme aquí contigo —declaró al llegar el pie de la escalera.

—Haberlo pensado antes —susurró, acercándose hasta él para darle un beso rápido.

—Podemos dejarlo para otro día. No sé si voy a la altura —sugirió mirándose a sí mismo.

Se había dado una ducha rápida, llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás con los dedos, y se había vestido de forma diferente.

Llevaba unos pantalones vaqueros limpios y nuevos, camisa gris claro, un abrigo tipo marinera en azul marino y unas deportivas grises.

A. J. lo miró con detenimiento antes de contestar:

—Estás guapísimo. Hacía mucho tiempo que no te veía con algo diferente. Casi ni lo recordaba —le dijo guiñándole un ojo.

—Creo que no me van a reconocer en Lake. Casi no me reconozco ni yo.

—Es posible que a mí tampoco.

—Mejor —contestó, mordiéndose el labio inferior. Ella se acercó de nuevo para besarle.

Eric pasó la mano por dentro del abrigo de A. J. para rodear la cintura y atraerla hasta él, pero ella no le dejó que se recreara en ese beso o no se irían.

—Vámonos —susurró en su boca mientras le agarraba del chaquetón, tirando de él hacia la puerta.

Montaron en la camioneta de Eric. Él le abrió la puerta para que subiera, luego rodeó el vehículo para entrar.

Era negra, grande y nueva.

—¡Vaya! Sí que te van bien las cosas —apreció la chica, acomodándose en los cómodos asientos. No la había visto hasta el momento porque en el rancho siempre se movían con los caballos. Llegaban más lejos que cualquier vehículo.

—Me la regaló tu madre —explicó, mirándola antes de arrancar.

—¿Mi madre? —preguntó sorprendida.

—Al principio pensé que quería que fuese para el rancho, pero me dijo que no pusiera el logo. Era para mí. No quería aceptarla, pero me dijo que era su regalo por haber mantenido Liberty como el rancho de caballos que su familia creó, y no me pude negar.

A. J. sonrió al escucharlo.

—Mamá sabía lo que te gusta esta tierra y los caballos. Hizo muy bien. Espero que también te subiera el sueldo.

—Lo hizo —confirmó, girando el volante ligeramente para salir al camino y de Liberty.

Condujo con cuidado, sobre todo al pasar por la zona del accidente de la madre de A. J.

Cuando pasaron ese tramo, ella encendió la radio. Quería saber qué música llevaba en el coche.

I'm not alone de Calvin Harris fue inesperado.

—Madre mía, hacía años que no la escuchaba —susurró la chica, incrédula—. Pensé que escuchabas otra música.

—Soy una caja de sorpresas.

—Desde luego que sí. Esperaba ese rollo *country* decadente —contestó mirándole, encantada con ello.

—¡Oye! Un respeto por la música *country*.

—Lo tengo, pero me aburre —confesó mientras ambos reían.

El camino fue muy ameno descubriendo más sorpresas musicales de Eric.

Entraron al pueblo y fue directo a la calle principal. Era donde estaba toda la animación del pueblo.

—¿Dónde vamos? —preguntó curiosa.

—Vamos a Casa Beni. He llamado y tiene una mesa preparada.

—Me encanta ese sitio y hace mucho que no voy.

—Siento no poder llevarte a un sitio con mejor comida italiana, pero lo haré —prometió mirándola un instante, dejando de lado la atención a la carretera.

—Tranquilo, Casa Beni es perfecto. Pero podrías venirte a Italia conmigo alguna vez. Es un lugar especial.

Eric asintió feliz. No estaba seguro de querer salir de Oregón otra vez, pero con ella sería diferente.

En cuanto entraron por la puerta, el dueño del restaurante se deshizo en atenciones con ellos.

Pasta, pescado, vino y postres hechos con mucho cariño.

Intentaron no hablar del rancho ni de lo que estaba pasando. Eric quería que no pensara en nada de lo que envolvía su vida presente y le preguntó por su trabajo en San Diego.

A. J. le contó sus clases, cómo intentaba que los alumnos se sumergieran en la historia del arte cuando estaban en su clase y lo

mucho que lo disfrutaban.

Se interesó por sus viajes a Europa. No habían tenido oportunidad aún de hablar de todo eso, porque, las últimas veces que había venido a Lake, los motivos no daban lugar a disfrutar de una conversación como sea.

Ella quiso saber sobre sus caballos, sus métodos con los últimos ejemplares y anécdotas del trabajo tan dinámico que hacía.

—Lo bueno de esto es que no todos los días son iguales, aunque desde fuera parezca que sí. Es verdad que los animales tienen una rutina que no nos podemos saltar en sus cuidados, pero en el adiestramiento, o en la recuperación, dos y dos no siempre son cuatro. A veces hay que pensar de otra forma para llegar a un punto en el que el animal esté cómodo y se deje guiar. Es muy satisfactorio cuando se consigue.

—No creo que se te haya resistido ninguno.

—Aunque no lo creas, sí ha pasado. Por suerte ha sido con algún *mustang*, no con un caballo externo.

—¿Se te ha rebelado algún *mustang*? —preguntó, asombrada por la confesión.

—Claro que sí. Hay almas salvajes imposibles de domesticar.

—Brindo por ellas —dijo la chica, sintiendo que no lo decía solo por los caballos.

—Y yo —contestó, chocando su copa con la de A. J.—. El mundo necesita almas salvajes.

Sus miradas se engancharon unos segundos, hasta que él se acercó a su boca y la besó.

El ambiente no podía ser mejor. Habían conseguido estar tranquilos sin pensar en nada más que en ellos.

Después de un postre compartido y más complicidad, Eric se levantó a pagar a Beni, recogió los abrigos y salieron del local.

Montaron en el coche y condujo unos pocos metros hasta Hollys.

Era el único local nocturno del pueblo. Desde hacía años, variaban la música y el ambiente para que todo el mundo tuviera algún día en el que se sintiera más a gusto.

Cuando entraron, A. J. se quedó boquiabierta. Era la noche universitaria y la música de baile inundaba el local.

Toda la gente joven de Lake City y alrededores estaba allí.

—¡Dichosos los ojos! —gritaron junto a Amelia.

—¡Lily! —saludó, alegre, a la hermana de Eric.

—Me alegro de que hayáis venido. Ya era hora de que salierais de allí.

A. J. la miró, sorprendida por el comentario.

—No entiendo —le dijo para ver si le contaba algo más.

—Le dije a Eric que era la fiesta universitaria esta noche y le sugerí que bajaseis a divertiros un rato. Me ha hecho caso y me alegro mucho.

—No me lo había dicho —confesé en su oído.

—¿Y te extraña? A él este ambiente no le va mucho. Prefiere venir el día de partido o cuando hay música *country* triste y melancólica, pero por ti vendría hasta disfrazado. Sabe que echas de menos San Diego y quiere que estés bien. —A. J. apretó los labios y asintió, comprendiendo—. Él te quiere más que a nada en el mundo y va a intentarlo todo hasta el final. No le hagas sufrir mucho, por fa.

—Gracias, Lily —contestó la mujer con un nudo en la garganta, antes de darle un cariñoso beso en la mejilla a la chica. Lo sabía, sabía que él siempre estaba para ella en todos los sentidos imaginables, pero se estaba dando cuenta de que no lo estaba valorando como debía. Estaba cegada por la rabia que le provocaba el rancho. Ser libre le estaba aclarando muchas cosas.

A. J. miró alrededor buscando a Eric. Lo vio en la barra saludando al camarero.

Cuando le vio venir con una botella de cerveza en cada mano, solo tenía ganas de besarlo.

En cuanto llegó a su lado, no lo dudó.

—Vaya. Me encanta este bar —declaró en su boca, contento con el recibimiento.

—Gracias por traerme. No me lo esperaba.

—De nada —contestó ofreciéndole una cerveza—. Espero que así no eches tanto de menos San Diego.

A. J. asintió con media sonrisa.

—¿Sabes una cosa?

—Sé muchas, pero quiero que me cuentes esta —contestó juguetón.

—Hace muchos días que no echo de menos San Diego —susurró en su oído mientras pasaba su mano por la cintura para abrazarlo.

Eric pegó el oído a sus labios, dejando que acariciaran su piel, mientras la abrazaba envolviéndola con sus brazos—. Y, desde que vine la última vez, a quien echaba de menos era a ti.

No podía hablar. Solo la abrazó. Era como si no quisiera que ella se apartara ni un milímetro por si algo la hiciese cambiar de opinión.

Siempre tenía miedo de que se alejara para no volver. Mucho más ahora que estaban tan compenetrados. Olió su pelo y cerró los ojos, disfrutándolo.

—¡Vamos, cuñada! Hemos traído a este DJ desde Los Ángeles. ¡Hay que disfrutar! Solo estará una noche —gritó Lily deshaciendo el abrazo.

Entre risas la apartó de Eric. A quien, aunque molesto porque su hermana le hubiese roto ese momento que estaba disfrutando tanto, también le gustaba verlas divertirse.

A. J. se giró para mirarle. Él sonrió, levantando la cerveza en señal de que se lo pasara bien.

Fue entrar a la pista de baile y el principio de *You & Me* de Disclosure sonó haciendo que todo el mundo cantara.

Enseguida la música cambió a *Need U (100 %)*, un clásico de Duke Dumont, haciendo que todos se volvieran locos bailando sin parar. Después vino *Wish you were mine* de Philip George y muchas más.

Toda la pista bailaba menos Eric, que desde la barra disfrutaba mirando a A. J. bailar, recordando cuando se la llevaba en secreto porque su madre no la dejaba salir y bailaba toda la noche, feliz. A veces en la fiesta de la casa de algún amigo, otras en los bailes del instituto, otras con el coche y una radio.

Sonrió por los recuerdos y por lo que veía.

Ojalá el mundo fuera aquel local convertido en discoteca. Todo sería más fácil.

A ratos charlaba con su amigo Brad, que trabajaba en el bar esa noche. Sus padres eran los dueños y él les había comprado la mitad del negocio para preparar aquellas fiestas, pensadas para que la gente joven no se fuera de Lake a disfrutar de la noche.

Cuando comenzó a sonar *Lovers in a past life* de Calvin Harris, el local se volvió loco, pero Eric solo miraba como A. J. lo miraba. Sin duda había deseo. Eso le volvía loco.

Le cantaba la canción a él. Parecía que la letra estaba hecha para ellos.

A. J. se acercó hasta él sin dejar de bailar ni cantar.

Lo cogió de la cintura mientras lo miraba de forma sensual y él, que estaba deseando irse de allí con ella, aguantó sus impulsos disfrutando del momento.

Las amigas de su hermana volvieron a por A. J. y se la volvieron a quitar de entre los brazos. Él sonrió de nuevo. Era paciente, esperaría su momento.

La música fue cambiando y el DJ anunció el final de la noche.

Para cerrar, sonó la típica canción lenta para las parejas. *(ready)*
Un-thinkable
I'm
, de Alicia Keys, fue la elegida para esta ocasión.

Ahora fue él quien se acercó a A. J. La cogió de la cintura y bailó con ella.

La mujer le abrazó mirándole a los ojos, contenta de compartir ese momento juntos.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó, aunque sabía que sí.

—Gracias por traerme. Ha sido increíble y lo necesitaba —susurró en su oído, apretándose contra él.

—De nada. Espero que haya muchas más —confesó envolviéndola con sus brazos.

—Yo también.

La pareja se miró un instante, asimilando sus intenciones para con el otro antes de besarse.

Sin despedirse de nadie, cogieron sus cosas y salieron del local, directos al coche.

Eric estaba nervioso como un universitario más ante una cita importante.

A. J. buscó una emisora de radio con música calmada y, sin parar de mirarse cada poco, él condujo por la carretera intentando estar tranquilo.

—¿Estás bien? —preguntó A. J. viendo su inquietud.

—Sí.

—¿Seguro? ¿He hecho algo mal? ¿Ha pasado algo de lo que no me he enterado?

Eric rio mientras se mordía el labio.

—No pasa nada, A. J., es solo que llevo toda la noche esperando estar solos por fin y no veo el momento de llegar a casa —confesó, mirándola un par de segundos al acabar la frase. Iba conduciendo y no podía despistarse. El interior del coche estaba oscuro, pero ya empezaba a despuntar el amanecer y podía ver sus ojos verdes brillantes.

—No tenemos que llegar a casa —dijo con un tono de voz sensual que le desarmó.

La miró de nuevo y, al instante siguiente, giró el volante por un camino que salía de la carretera principal. Conocía bien la zona.

Metió la camioneta en el campo, se alejó del paso y aparcó junto a unos robles tras los que no les vería nadie. Giró la llave en el contacto y apagó el coche, pero dejó la radio puesta.

—¿Te gusta aquí? —preguntó, aunque sabía que sí porque ya habían estado juntos en otras ocasiones.

—Estando tú, todos los sitios me parecen bien —contestó mientras se quitaba los botines. Después se incorporó un poco para colocarse a horcajadas sobre él.

Eric la recibió con una sonrisa muy sensual.

—Hola —le dijo a su chica mientras pasaba las manos en una caricia por las piernas.

—Hola —contestó acercándose hasta su boca, colocando las manos en su cuello, dejándose acariciar.

—Tenía tantas ganas de estar a solas contigo que no sé si ahora voy a ser capaz de hacerlo bien —confesó nervioso.

—Siempre lo haces muy bien. No tengas miedo —susurró en su oído, haciéndole sonreír.

Eric la besó con pasión mientras *Made for me* de Muni Long sonaba en la radio, pensando que ojalá esa noche durase toda la vida.

—Quédate conmigo, A. J. —pidió con la voz rota por el deseo, antes de que los arrasara a los dos. Tenía que decírselo. Lo necesitaba.

Ella lo miró un instante.

Si algo le había enseñado el diario de Jane y todo lo que estaba pasando con Liberty era que ese sitio las había salvado a todas. De una forma u otra aquel rancho era su salvavidas, aunque también

las destrozara en algunos momentos de sus vidas.

Antes no lo entendía, pensaba en ello como un lastre, y por eso no podía comprometerse con Eric más allá de la relación que tenían. Aquel lugar le causaba rechazo, por eso buscaba personas que no tuvieran nada que ver con él en un intento de tener una buena excusa para alejarse. Era un error, siempre lo había sido.

Ahora que lo conocía mejor, comprendía muchas cosas de su familia y de aquella tierra. Lo veía de otra forma y estaba dispuesta a intentarlo.

—Me quedo contigo, Eric Cassidy —confesó antes de besarlo con pasión.

Capítulo 49

Eric aparcó el coche en la puerta de su cabaña cuando ya había amanecido. A. J. venía sentada a su lado, con la cabeza sobre su pecho, y él abrazándola con el brazo libre. Llevaba el abrigo como única prenda de ropa, bien abrochado, y él los vaqueros y su marinera azul.

Se besaron en cuanto paró el vehículo, como si no hubiesen tenido suficiente. La realidad es que, en las últimas semanas, nunca tenían suficiente.

—¿Dormimos o nos vamos a trabajar? —preguntó Eric, apartándose lo justo de ella para hablar, deseando que eligiera la primera opción.

—Señor Cassidy, voy a tener que llamarle al orden si mantiene esta actitud en el trabajo —dijo, divertida, jugando con su posición de jefa.

—Si quiere podemos discutirlo en una reunión privada —continuó con el juego.

La pareja rio, juguetona, entre más besos y caricias.

Unos toques de nudillos en el cristal de Eric los interrumpió. El señor Cassidy esperaba a que bajase la ventanilla con mala cara.

—¿Se puede saber dónde estabas? Estamos en el siglo XXI y hay móviles para algo.

Eric pulsó el elevalunas y lo bajó.

—¿Qué pasa? —preguntó sin rodeos ni excusas.

—Ayer sacaron al ganado a pastar al prado norte y anoche algunas reses empezaron a enfermar. Se han intoxicado. Hemos llamado al veterinario.

—¿Cómo? —preguntó A. J. sin comprender—. Hemos repasado los prados y todo estaba bien.

—*Estaba* bien —recalcó el hombre la apreciación de mala gana.

—Vamos enseguida, papá. Danos unos minutos.

El hombre se marchó molesto, sin contestar a la petición.

Eric y A. J. cruzaron una mirada preocupada.

—Ha empezado —susurró la mujer, pensando en lo que su madre le había advertido y también Jane en su diario.

—Tengo que ir a verlo —dijo él quitando la llave del contacto.

—Voy contigo.

La pareja bajó del coche. A. J. descalza, con los zapatos y la ropa entre los brazos. Él recogió su parte también.

Entraron a la cabaña, se pusieron ropa para montar y salieron rápido a los establos.

El padre de Eric les tenía preparados los caballos.

Montaron y se alejaron de los establos con Diamante y Sunset galopando todo lo que daban sus patas.

Tardaron veinte minutos en llegar.

El paisaje fue desolador.

Había al menos quince reses tendidas en el suelo.

Los vaqueros habían cercado al resto por grupos manejables en zonas que habían inspeccionado, y a simple vista no tenían nada que las hiciera daño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó A. J. llegando hasta ellos.

—No lo sabemos. Este pasto estaba revisado y no había nada. No sabemos, señorita McQueen.

A. J. asintió frustrada y fue a ver a otros.

—Empezaron a vomitar y después se desplomaron —contaron en ese grupo, más cercano a los muertos.

—¿Han bebido del río? —preguntó, recordando lo que le sucedió a su abuela.

—Creo que algunas reses, sí.

—Gracias —contestó A. J., galopando ya en dirección a Eric.

Estaba agachado junto a uno de los animales. A. J. observó sus movimientos sobre Diamante.

—Tus hombres dicen que algunas han bebido del río.

Eric levantó la vista para mirarla tras escuchar la noticia.

—Tenemos que revisar las orillas del río.

—No podemos juntar las reses —dijo A. J. mirando a los animales—. Propongo bajarlas hasta el prado principal, cerrarlas

allí y esperar a ver qué pasa. Asegurarnos de que están bien antes de juntarlas con otras.

—Me parece lo más sensato —confirmó el plan levantándose—. Vamos a guiarlas hasta casa y luego volveremos a inspeccionar esto.

—Que se queden un par de hombres y vigilen que nadie toca nada. Yo bajaré con vosotros a los animales.

—Lo que mande, jefa —contestó Eric, tirando de las riendas para ir a hablar con dos de sus mejores hombres, los de más confianza.

A. J. miró a su alrededor mientras pensaba en sus antepasadas.

Aquel debía ser uno de los tantos retos vitales que le tocaba a cada generación. Le hubiese gustado que sucediese más adelante, pero ya no tenía miedo. Se sentía segura en su tierra y con la gente que trabajaba con ella. El diario de Jane le había hecho comprender muchas cosas y Eric también.

Se aproximó hasta el ganado y los hombres.

—Vamos a bajarlos hasta el pasto principal y los vamos a aislar allí. Los vigilaremos de cerca hasta que el veterinario nos diga que no hay peligro. Después vendremos a buscar lo que les ha afectado. Hasta que lo averigüemos, nada de agua del río.

—A sus órdenes, señorita McQueen.

—Vamos entonces. Eric nos coge ahora. —Dio la orden para que comenzara el traslado.

Se repartieron a los lados del ganado guiándolo con cuidado, observando a cada ejemplar.

Les costaba. Estaban dispersas, nerviosas, y algunas iban demasiado lentas.

Eric observó cómo A. J. se movía en el caballo bailando con él para cortar el paso a alguna res, guiándola al grupo y vuelta a empezar.

Se unió a ellos entre silbidos y gritos.

A. J. sonrió a pesar de la situación delicada del ganado. Le gustaba verle así.

Se miraron unos segundos. Ella pensando que estaba en paz con esa vida ahora que la presión había desaparecido. Él pensando que, si era cierto lo que se habían dicho horas antes en la noche tan especial que habían compartido, cumpliría su sueño más preciado.

Llegaron a Liberty al tiempo que el veterinario.

Sin demora, le guiaron hasta el pasto donde todo había sucedido, dejando el resto del ganado en manos de los vaqueros.

—Señor Garrison, ¿puede ser el agua? —preguntó Eric, preocupado por el río.

—No lo sé aún. Buscad alguna planta en la orilla o algún animal muerto más arriba. Mientras tanto, yo examinaré a todas.

La pareja así lo hizo y, junto con los hombres que habían dejado allí, se dividieron para buscar el motivo del envenenamiento.

Subieron río arriba buscando, sin dejar que los caballos se acercaran al agua demasiado para que no bebieran ni pudiesen arrancar ningún hierbajo que les envenenara también.

Eric lo tuvo claro en cuanto vio unas ramas de cicuta caídas.

No estaban allí cuando revisaron los pastos. Siempre estaban en continua vigilancia del cauce del río. Sin el río, el rancho no tenía vida.

Bajó del caballo para que no se acercara más.

Se acuclilló para confirmar lo que se temía.

Miró a A. J.

—Cicuta. ¿Te suena?

La mujer se irguió en su caballo, debatiéndose entre la calma de saber el motivo del envenenamiento y el enfado por confirmar que alguien había atentado contra su propiedad y sus animales.

—Tenemos que volver. Hay que contárselo al señor Madison. Necesito que acelere la lectura de ese precontrato para tener una reunión con Dawson inmediatamente. —Era la única persona que podría hacer algo así.

Eric agudizó la vista y arrugó el ceño.

—El guante de látex sigue aquí —contó mientras cogía un palo de madera para recuperarlo sin tocarlo. Podía tener restos del veneno. Procedió de igual forma con las ramas de cicuta que llevarían como prueba.

Uno de sus hombres cabalgó hasta el veterinario y el hombre, diligente, le facilitó un par de bolsas y guantes de látex.

Todos se bajaron de los caballos y fueron milímetro a milímetro del río a pie, sacando la cicuta que encontraron estancada en las orillas.

—Vigilad si hay semillas esparcidas. No quiero que se regenere o estaremos perdidos —dijo A. J. mientras se metía en el agua para

sacar un par de ramas encalladas en unas rocas.

Juntos en equipo, dejaron limpio aquel tramo del río, pero Eric dio orden a sus hombres de revisar todo el cauce hasta más allá del final de las tierras.

Ellos bajaron con el veterinario al rancho.

En cuanto lo comunicaron a los hombres, todos comprendieron que alguien quería hacer daño a Liberty.

—No os voy a engañar. Hay un problema en el rancho más allá de este veneno —contó A. J. bajo la atención de todos sus vaqueros —. Alguien ha venido a verme con unos documentos que mi madre supuestamente firmó antes de morir. En ellos se comprometía a la venta total del rancho. —Un murmullo preocupado se escuchó entre los trabajadores—. No creo que mi madre firmase nada así. Creo que nos intentan quitar el rancho, y esto que ha pasado hoy es una de las tantas cosas que nos pueden sobrevenir cada temporada. Pero provocada, no de forma natural. Ese tipo me advirtió de que firmara la venta pronto, como estaba planeada, porque podía pasar algún contratiempo que restara valor a la propiedad. No es casualidad que hayamos encontrado ramas de cicuta esparcidas por la linde del río, e incluso un guante de quien lo haya colocado allí. —Los hombres la miraban, asombrados por la confesión. Ella hizo una pausa y los miró unos segundos—. Sé que nadie pensaba que yo sabría encargarme de Liberty, pero que no haya estado implicada hasta ahora no significa que no sepa hacerlo. Sé todo sobre esta tierra y también sé que ya nos han atacado antes. Esta tierra es próspera, este rancho funciona y tendrá una larga vida. Pero estamos en la zona más fértil, más virgen y más bonita de todo Oregón —dijo con un sentimiento nuevo que no había sentido antes, pero le gustó—. Bueno, quizá de todo Oregón es un poco exagerado, pero de todo el condado de Lake sí —corrigió haciendo sonreír a todos—. Ahora en serio. Este valle es el más preciado de la zona desde que mi familia se estableció aquí. Somos ganaderos, nos dedicamos a las reses y los caballos, y no tenemos más intereses. Pero hay gente que quiere abrir la tierra y buscar piedras de sol o petróleo, incluso probar suerte con el oro. Pero aquí y ahora os digo que, mientras yo pueda evitarlo, lo haré. Igual que ha hecho mi familia durante estos más de ciento cincuenta años desde que se fundó Liberty en mil ochocientos sesenta y siete.

—¡Así se habla! —dijo uno de los vaqueros, al fondo del establo.

—No sé si lo lograré, pero quiero que sepáis que voy a luchar porque todo se quede como está hasta el final. Lucharé por mi casa, pero también por vuestros trabajos. Espero que me ayudéis a conseguirlo.

—¡Cuenta con nosotros! —gritó otro hombre.

A. J. miró a Eric. Estaba callado a un lado de los hombres, escuchando con atención.

—De momento, quiero que todos estéis atentos, muy atentos a nuestro alrededor, a cualquier cosa que notéis fuera de lo normal. Que se vigilen las tierras y el ganado veinticuatro horas hasta que lo solucione y estemos seguros. Espero no tardar mucho.

—Tranquila, así lo haremos. Nos organizaremos ahora mismo —intervino Eric.

—Gracias a todos. Liberty no es nada sin vosotros. Gracias —agradeció emocionada.

Eric dio un paso al frente y empezó a ordenar la vigilancia y los turnos mientras ella escuchaba, atenta y emocionada, cómo todos querían colaborar.

Cuando acabó, ambos se marcharon deprisa a la casa. Tenían que llamar al gestor y contarle lo que estaba pasando.

La situación era muy grave.

Capítulo 50

A. J. consiguió contactar con su abogado y acelerar la reunión con Peter Dawson. Le había pedido que fuese en el rancho.

Estaba nerviosa junto a Eric y el señor Madison, esperando que llegase aquel tipo.

Según había averiguado, no existía ningún contrato ni precontrato firmado por su madre. No se había registrado ningún movimiento en el registro mercantil ni en el de la propiedad. No había ni rastro de ese movimiento en Liberty.

Nerviosa, escuchó cómo un coche entraba en la propiedad y se acercaba por el camino a casa.

Eric la miró, intentando transmitir tranquilidad, pero no estaba seguro de conseguirlo.

Llamaron a la puerta.

A. J. fue a abrir. Allí estaba ese hombre que supuestamente era su padre, pero estaba claro que no tenía ningún buen sentimiento hacia ella si quería arrebatarle lo más preciado de su familia, lo quisiera ella o no.

—Buenas tardes, señor Dawson. Gracias por acudir tan rápido —dijo dándole paso en tono cortés. Tenía que mantenerlo así hasta el final, aunque le costaba.

Pasaron al salón como en la reunión anterior.

—Buenas tardes, señor Cassidy —saludó a Eric, estrechándole la mano.

—Este es el señor Madison, mi abogado —presentó A. J.

—Sí. Mucho gusto.

Todos tomaron asiento, dejando a A. J. y aquel tipo en el centro de la conversación.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Eric.

—No, gracias. Con un poco de agua es suficiente.

A. J. se levantó de su asiento y se fue a la cocina. No era lo que estaba hablado. Eric la siguió.

—¿Qué haces? —Se le notaba preocupado.

—Solo necesitaba respirar. Tengo un nudo en el estómago —confesó respirando profundo.

—Tranquila. Todo saldrá bien. Respira y vuelve al salón. Yo me ocupo.

Eric le dio un suave beso en los labios y la obligó a volver.

A. J. se sentó de nuevo junto a aquel hombre.

—Señor Dawson, le hemos llamado porque ya tenemos respuesta a su propuesta —dijo A. J., intentando controlar su voz para que no se notaran los nervios.

—Me agrada saberlo. Díganme.

—Señor Dawson… —habló el abogado de la familia McQueen—, he analizado la documentación que me ha enviado, pero tengo un problema. Verá, no encuentro la copia correspondiente del contrato de la señora Amelia McQueen, que en paz descanse. Este documento que me aporta tampoco está registrado y ella nunca consultó la solvencia de la propuesta. En definitiva, no hay rastro ninguno de que la señora Amelia McQueen quisiera vender Liberty. De hecho, si así hubiese sido, se lo habría comunicado a su hija, que es la heredera directa del rancho. Y tampoco lo hizo.

—Bueno, como usted comprenderá, no tengo por qué saber qué hizo la señora McQueen con los documentos que firmó ni tampoco por qué no le comunicó a nadie sus intenciones. Estos aspectos del negocio no me incumben, y tengo la prueba con la firma de su puño y letra.

—Señor Dawson, supongamos que es así, que mi madre quería venderle Liberty. ¿Por qué a usted? —preguntó saliéndose del guion.

—Porque le hice una propuesta que no podía rechazar.

—Ya…, y… ¿Dónde podemos comprobar su solvencia de cara a una posible venta? No hemos sido capaces de confirmarla.

—Eso me ofende, señorita McQueen. Su madre rechazó el adelanto que le ofrecí y ella aceptó la solvencia al firmar este precontrato. Está en el epígrafe catorce.

A. J. lo miró unos segundos, antes de seguir:

—Bien, entonces, ¿para qué quiere Liberty? ¿Continuará con nuestro negocio o, por el contrario, lo destinará a otras actividades? —preguntó con picardía. Aquel hombre no dejaba de mirar el anillo de su tatarabuela Jane, que se había puesto para la ocasión.

—Resolví esto con su madre y ella estaba de acuerdo en que se explotara la finca con dos actividades: la minería para las tierras más apartadas, y rentabilizar los edificios como complejo turístico para que se pudiera disfrutar de unas vacaciones conociendo la verdadera vida de un rancho del lejano Oeste.

Eric entraba con la bandeja de agua y cruzó una mirada cómplice con A. J. Amelia, en su carta, ya había advertido de la posibilidad de que quisiera crear una mina para buscar piedras de sol, por eso ella se había puesto el anillo familiar. Llamaba la atención y era posible que lo distrajese.

—¿Una mina? —preguntó A. J., haciéndose la sorprendida. Arrugó el ceño y miró a su abogado y a Eric como si no comprendiera.

—Sabemos que en este terreno de Lake City hay una mina de piedra de sol sin explotar, y estamos interesados en hacerlo.

—¿Quiénes? —preguntó el abogado mientras movía las hojas de la documentación que le habían mandado como si buscara algo.

Aquel hombre se empezó a poner nervioso.

—Perdonen, pero si no entendí mal… Según su llamada querían cerrar el trato, ¿verdad? No entiendo por qué me hacen preguntas que ya resolví con la señora McQueen. —Intentó escapar de la pregunta.

—Señor Dawson, creo que no nos entendió bien. Le dije que mi cliente quería resolver la situación, no que quisiera cerrar ningún trato —contestó el señor Madison, muy tranquilo.

—Pues sí, debí entenderlo mal. Si es así, les aplazo a otra cita para la resolución final. Si no tiene firmados los papeles de la venta para mañana, tendré que reclamar la indemnización de un tercio del valor del rancho. Es decir, un millón de dólares. Epígrafe veintidós. Espero su llamada.

El hombre se levantó, dispuesto a marcharse.

—¿No quiere el agua? —preguntó Eric.

—No, gracias. Ya me marcho.

—Es una pena. La he hecho traer para usted en exclusiva desde

la orilla del río del pasto norte de mis tierras —dijo A. J., cerrándole el paso para que no se pudiera marchar.

—¿Disculpe? No sé qué quiere decir, señorita McQueen. Creo que está afectada por el *shock* que le supone esta venta, pero no se lo tendré en cuenta. Lo entiendo.

Estaba dispuesto a continuar su camino, pero ella se interpuso más mientras Eric acercaba la bandeja.

—¿No sabe qué quiero decir? Entonces beba un buen vaso de agua fresca. Espero que le guste la decoración. Son flores traídas también del margen de mi río.

Eric, con la mano envuelta en un guante de látex, le tendió el vaso de agua en la bandeja con la ramita de cicuta.

El hombre no quiso ni estar cerca.

Miró a A. J. con media sonrisa, como si se estuviera divirtiendo.

Ella ya no podía más con esa farsa.

—Mire, señor Dawson, solo se lo voy a decir una vez. Este rancho es mío y de nadie más. No está en venta y sé que tampoco se lo vendió mi madre —declaró con contundencia—. También sé que usted es mi padre biológico y extorsionó a mi madre para que le pagase medio millón de dólares a nombre de la empresa Golden Tree Company. —El gesto de sorpresa de su rostro lo delató. Pensó que no se lo había contado a nadie, pero aguantó—. Lo que no entiendo es por qué ha vuelto creando esta documentación falsa fácil de detectar y por qué ha envenenado a mi ganado si aún no tenía una respuesta negativa.

El tipo ni se inmutó con todo lo que le decía. Solo la miró unos segundos con mucho odio.

—Vaya, pues sí que eres lista y sí que estás puesta al día para no querer saber nada de este sitio —contestó en tono tranquilo. Ella no movió ni un músculo, escuchando—. Pero, bueno, no me extraña que reniegues de esto. Todas las mujeres de la familia sois iguales, despreciando a los hombres que pasan por vuestras vidas. Solo valéis vosotras.

—Sigue sin explicar nada —lo acució para que hablara más. Sabía que ya lo tenía.

—Tu madre no quería nada de mí. No quiso ni el apellido. Solo te quiso a ti, aunque se lo pensó, ¿sabes? —A. J. no movió ni un músculo de su cara. No quería darle ventaja. Se engañaba si decía

que no le había dolido escucharlo. En otro momento de su vida, probablemente lo creería, pero no después de haber leído el diario de Jane y los pasajes donde su madre hablaba de ella y su nacimiento. Sabía que ese hombre mentía. Viendo que no decía nada, continuó—: No me dejó participar de tu vida ni de este sitio. Me echó de aquí sin miramientos y no me dejó conocerte ni ser tu padre. Llevo veintiocho años esperando el momento de arrebatárselo solo por el placer de hacerlo.

—Ya lo he comprobado. También que mi madre era muy inteligente y te echó antes de que pudieses estropear nuestro legado familiar y el suyo particular. Es decir, a mí.

—¿Pero a ti qué más te da? No quieres esto. Llevas media vida huyendo de aquí. Si no fuera por este vaquero, llevarías mucho tiempo despegada de este rancho y lo venderías sin mirar.

—No sabes nada de mí, papá, y mucho menos de quién y cómo era mi madre. Será mejor que te vayas y no vuelvas nunca más. Porque, como una más de mis reses enferme, le pase algo a un animal de mi rancho o a alguna de las personas que trabajan aquí, te buscaré y te acusaré de ello, sea lo que sea. Espero que no se estropee ni un milímetro de valla porque te la haré pagar. No quiero verte en cien kilómetros a la redonda. No quiero ningún negocio a tu nombre ni al de ninguna empresa ligada a ti en esa distancia, o te juro que te buscaré hasta que te encuentre y lo pagarás —lo amenazó con tal contundencia que Eric se puso a su lado para que frenase un poco.

—No puedes hacer eso —dijo riéndose.

—En realidad sí puede —intervino el abogado—. Podemos denunciarle ahora mismo al *sheriff* de Lake por intento de estafa y falsificación documental. Si prefiere que esto quede entre nosotros, no se acerque a cien kilómetros a la redonda.

La cara de Peter se fue transformando hasta pasar de la plena seguridad inicial a la del enfado.

—No pueden demostrar nada —replicó alterado.

—Solo espero que el accidente de mi madre lo fuera de verdad y no hayas tenido que ver. Porque, si fuiste tú, te juro que te iré a buscar, te mataré y te tiraré a uno de esos desfiladeros donde nadie puede encontrarte —lo amenazó sin control.

—Creo que ya es suficiente —intervino Eric para calmar la

situación—. Señor Dawson, destruya aquí y ahora toda la documentación falsa que tenga en esa carpeta y márchese. Espero que no vuelva a intentar engañarnos ni hacernos daño.

—Tú deberías alejarte de aquí o te hará lo mismo —aconsejó mientras rompía la documentación.

—A. J. no es su madre ni ninguna de las otras mujeres McQueen. Pero, si así fuera, yo elijo dónde quiero estar y con quién. Que a usted no le saliera bien no es mi problema. Hizo bien en alejarle de su hija y de este rancho. Esta maldad con la que actúa no se aprende, se tiene innata.

—Vete —ordenó A. J. con firmeza a su padre biológico—. Y no vuelvas más por aquí.

Entre los tres le acompañaron hasta la puerta y allí vigilaron que se montara en el coche.

Bajó la ventanilla antes de arrancar el coche.

—Adiós, hija. Nos volveremos a ver.

—No soy tu hija y no te volveré a ver jamás. Vete de mis tierras.

El hombre arrancó el coche y se marchó en dirección a la salida del rancho.

A. J. se relajó un poco. Por fin habían echado de allí a aquella escoria.

El señor Madison, que había asistido prudente a la escena, les reunió de nuevo en el salón.

—Amelia Jane, toda la documentación está destruida y ya no te puede reclamar nada. Pero, aun así, estaré atento a los registros por si apareciera algo más.

—Gracias, señor Madison.

—En cuanto llegue la documentación de Liberty a tu nombre, que firmamos al recibir la herencia, te avisaré. Quiero que todo quede en orden lo antes posible.

—Estoy de acuerdo.

—Tranquila, cielo, todo está bien. Espero que el ganado se recupere pronto y puedas retomar el negocio a pleno rendimiento.

—Yo también lo espero —susurró, convencida de que en cuanto todo volviera a la normalidad olvidaría el mal trago.

—Lo has hecho muy bien con este tipo y lo estás haciendo muy bien aquí. Sigue así, McQueen. Lo llevas en la sangre —le dijo antes de despedirse.

A. J. no pudo contestar, solo le estrechó la mano, emocionada.

Capítulo 51

En cuanto el abogado de A. J. se marchó, se fue junto a Eric a ver al ganado y los caballos. Quería asegurarse de que todo estuviera bien.

Contó a los hombres lo que había sucedido, así como que había conseguido parar la venta fraudulenta, pero les pidió un esfuerzo para vigilar Liberty durante un tiempo, hasta que se asegurasen de que nadie les iba a boicotear.

Todos aceptaron voluntariamente. Era su trabajo y lo querían conservar.

Eric, que había estado viendo lo nerviosa que había estado durante todo el día, le propuso ir a la casa principal. Tenía un plan.

—¿Te acuerdas de lo que leímos sobre los cimientos de esta casa?

A. J. asintió. Lo había olvidado.

—El tesoro —susurró recobrando la ilusión.

—He traído esto. —Sacó de una bolsa un par de linternas frontales para poder tener las manos libres y un par de faroles de luz que se podían dejar sobre la arena para iluminar mejor—. Podemos bajar ahora y buscarlo si quieres. He pensado que te gustaría saber lo que hay ahí abajo y, si te sirve para estar más segura frente a tipos como Dawson, creo que puede ser importante buscarlo.

Le sonrió, asintiendo mientras cogía las luces para la frente.

Se colocó una y cogió un farol.

—Estoy lista —confirmó su disposición.

Eric levantó el pulgar en señal de que él también lo estaba y los dos salieron por la puerta de atrás en busca del tesoro de la familia McQueen.

Entraron por el mismo hueco que la vez anterior y se arrastraron

por la arena, pero en esta ocasión de forma lateral.

—Empecemos por aquí —susurró, dejando un farol junto al primer cimiento y comenzando a cavar.

A los pocos minutos, Eric tiró de un pequeño saco de tela. Se le rompió un poco y tuvo que excavar más.

Cuando lo consiguió desenterrar entero, lo sacó.

Ambos lo miraron, nerviosos y llenos de ilusión.

Allí estaba el dinero de la familia McQueen. Billetes y monedas de 1895, 1898, 1900…

Aquel saco no fue el único, los habían repartido por los cimientos. Encontraron alguna joya y doce sacos llenos.

—Madre mía, Eric. Este dinero tiene más de ciento veinte años y está aquí desde que Tom y Jane lo enterraron.

—Así es —confirmó, aún sentado en la arena bajo la casa con todo eso delante.

—No creo que valga mucho, pero para mí es un tesoro porque mi familia lo dejó aquí.

—Es dinero muy antiguo, A. J. Hay que llevarlo a un anticuario. No sabemos si aún se puede usar, si tiene más valor del que tenía entonces o solo serán recuerdos.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que ir a un tasador especialista en monedas y billetes.

—Buscaremos al mejor y se lo consultaremos.

La pareja salió del escondite con su tesoro, entró a la casa y lo guardó todo en una caja de madera de la despensa.

Sacaron algunas monedas y billetes, le hicieron fotografías con el móvil y lo subieron a la habitación de Jane. Lo dejaron en el armario, oculto entre la ropa.

Eric, que conocía a un amigo que había llevado alguna antigüedad familiar a un especialista, le preguntó por teléfono. Enseguida le dio el contacto. A. J. llamó. Enviaron las fotografías por

e-mail

. Ahora les tocaba esperar.

Se fueron a la cabaña, necesitaban descansar.

—Creo que dormiría una semana entera —dijo A. J., tumbándose en la cama tras la ducha reparadora.

—Yo también —contestó Eric estrechándola entre sus brazos, ya

aseado y cambiado.

Ella suspiró entre sus brazos, tranquila por fin.

—Amelia —la llamó en un susurro.

—Uummm —contestó porque no tenía fuerzas para hablar.

—¿Iba en serio lo que me dijiste anoche? ¿Te quedarás conmigo? —preguntó en un susurro. No dudaba de ello, pero el encontronazo con aquel estafador y que habían bebido mucho no ayudaba.

Necesitaba saber lo que iba a pasar a partir de ahora.

A. J. abrió los ojos de golpe. La pregunta era seria. Él tenía dudas.

Se incorporó para poder mirarlo.

—Lo que te dije ayer es lo que siento, Eric. Ahora que nadie me obliga a estar aquí es cuando estoy disfrutando de Liberty y de verdad quiero quedarme, cuidar de mis tierras y vivir tranquila de mi herencia. —Vio cómo la cara del hombre se relajaba poco a poco al escucharla—. Era cierto lo que te dije de que te echaba mucho de menos antes del accidente de mamá. Hace mucho tiempo que sé que mi vida contigo será buena. No sé si perfecta, pero al menos feliz y quiero quedarme a comprobarlo. No sé si de vez en cuando tendré que irme de viaje a Europa para cargar pilas o quizá a San Diego a ver a mis compañeros o mis alumnos, pero me gustaría que, cuando eso pase, vinieras conmigo.

—Lo haré —contestó emocionado.

—Pensaba hablarlo de forma más formal, pero supongo que entre nosotros no hace falta —contó sus intenciones—. Quería proponerte llevar conmigo Liberty, que tuvieras una participación mayor en los beneficios de los caballos, que sea más justa.

—A. J.… —intentó hablar, pero la emoción no le dejaba.

—Espera. Quiero que pensemos en explotar *mustangs* como hacía Luke y pensar en volver a competir como lo hacían antes en mi familia. Creo que podrías ser un gran entrenador y me gustaría intentarlo.

—Pero yo no tengo tanto dinero para poder invertir en todo esto —murmuró, sorprendido por lo que le proponía.

—No lo necesitas. Quiero hacerlo y no tendrás que invertir nada. Si sale bien, los dos cobramos. Si sale mal, no cobramos ninguno.

—Acepto —contestó con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Por último, quería pedirte otra cosa.

—Dime —le pidió sorprendido. ¿Qué más podía haber?

—Creo que nos debemos mudar a la casa grande. Me encanta esta cabaña, pero me gustaría vivir en mi casa contigo.

Eric asintió feliz mientras la estrechaba entre sus brazos.

—No creo que pueda ser más feliz que ahora mismo —susurró en su boca, a punto de besarla.

—Me alegro de que por fin lo podamos ser los dos —contestó antes de recorrer la pequeña distancia que los separaba para darse un apasionado beso.

El teléfono de A. J. sonó, interrumpiendo el momento.

Eric se levantó a cogerlo. Se lo pasó señalando la pantalla.

—Es el anticuario.

A. J. lo cogió nerviosa.

Escuchó al interlocutor con atención bajo la atenta mirada de Eric. No hizo ningún gesto, ni gesticuló nada.

Estaba poniéndole muy nervioso.

De repente se despidió de aquel tipo y colgó.

—¿Qué ha pasado? —apremió.

—No estoy segura del todo, pero entre el dinero de Jane hay monedas de antes de la guerra de Secesión en perfecto estado y por lo visto son muy difíciles de encontrar. Me ha dicho que los billetes valen aún más. Calcula que cada billete de dólar valdrá mil en la actualidad, pero, como están tan bien conservados, puede que tripliquen su valor.

—¿Qué?

—Dice que los billetes mayores tienen más valor aún.

—A. J.… —susurró Eric acercándose a ella—. Eso significa que ese dinero ahora tiene un valor incalculable, tanto que no saben cómo tasar algunos billetes. Eso es increíble.

—No sé qué decir —confesó, abrumada por las circunstancias.

—No digas nada, solo disfruta del momento.

—Lo voy a hacer —declaró feliz, lanzándose a sus brazos para que la besara.

Epílogo

Junio de 2023, día del recuento y marcado

Eric galopaba por el prado de Liberty guiando a las reses desde el pasto más alejado para el marcado y recuento.

El rancho era una fiesta y quería que fuese especial. Era la primera vez que A. J. lo vivía como anfitriona.

Lejos de quedarse quieta en casa, había dejado todos los preparativos a Emily y ella participaba de la guía de las reses.

La miró desde el punto más alto, cabalgando en su flanco derecho. Estaba preciosa con su sombrero de vaquero, los pantalones de montar, su camisa sin mangas entallada, el pañuelo al cuello y la destreza en el trabajo.

A. J. recuperó una de las pequeñas reses que quería escapar, haciendo que Diamante corriera al galope en una competición junto al animal, hasta que le fue obligando a volver sin darse cuenta.

En cuanto llegó al grupo, ella sonrió por el trabajo bien hecho.

Le sonrió mientras caminaba lento con su caballo, vigilando que no se le escapara otra.

El padre de Eric se puso al lado de su hijo.

—Se ha adaptado muy bien —comentó mirando en la misma dirección.

—Ella siempre ha estado preparada.

—Me alegra saber que todo seguirá como antes y os habéis arreglado.

Eric miró a su padre. Comprendía ese comentario, ya que no sabía cómo era A. J. ni cómo pensaba, pero él sí.

—Papá, ella siempre ha querido que Liberty fuese así. Sobre nosotros, en realidad siempre hemos estado bien. Lo que sucediese

era cosa nuestra. No teníamos que dar explicaciones, ni ahora tampoco.

—Lo sé, hijo. Tienes razón, solo quería decirte que soy muy feliz de ver que tú lo eres. Estoy orgulloso de lo que queréis hacer con el rancho.

Eric le sonrió.

—Gracias, papá.

El hombre dio un tirón a las riendas de su caballo y se marchó, mientras que A. J. se acercaba a él.

—Madre mía, están rebeldes estas pequeñajas —le dijo refiriéndose a las crías.

—Sí. Es como si supieran lo que va a pasar.

—Sí —contestó colocándose a su lado.

La pareja observó el ganado desde aquel sitio privilegiado. La vista del rancho al fondo con los animales en el pasto era el sueño de cualquier vaquero.

—Tengo que contarte una cosa —le dijo en tono misterioso.

—Soy todo oídos.

—He pagado el crédito. No hará falta esperar al otoño. Somos libres. No tenemos de qué preocuparnos.

Eric enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo lo has hecho? —Sabía que no tenía saldo suficiente si no vendía algo.

—Me llamó el tasador. Un coleccionista ofreció un millón y medio de dólares por el lote de las monedas y billetes de la guerra, y acepté.

—¡A. J.! ¡Eso es fantástico!

—Sí que lo es. Al final el tesoro de Jane y Tom servirá para que Liberty sea aún mejor.

—Y para que sus descendientes vivan la vida tranquila que ellos no tuvieron.

—Ojalá. Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

—Y yo te ayudaré.

Eric se acercó hasta ella, la cogió por la cintura y la pasó a su caballo, montándola delante.

A. J. rio por el movimiento repentino.

—Estás loco —confesó, dejando que le pasase los brazos por los lados de su cintura para coger las riendas, acercándola a su cuerpo.

—No, solo quiero disfrutar de mi chica y que todos se enteren —susurró en su oído.

Sus miradas se cruzaron un instante hasta que no pudieron aguantar el beso que deseaban.

Por fin una pareja era plenamente feliz en Liberty.

Al menos de momento.

Epílogo II

Liberty, junio de 2023
El diario de Jane

Soy Amelia Jane McQueen, hija de Amelia segunda McQueen, nieta de Jane segunda McQueen, biznieta de Amelia McQueen y tataranieta de Jane McQueen.

Hoy escribo en este diario para dejar mi huella en la historia de mi familia. Mamá murió en febrero y ahora soy la heredera de Liberty.

Mi madre tenía razón; Eric Cassidy era mi ancla con esta tierra, y así sigue siendo. Estamos juntos, sin bodas, solo nosotros con nuestro personal compromiso.

Hoy hemos ido al roble del columpio al atardecer y allí nos hemos prometido amor y respeto, como hicieron Jane y Luke, sin más que nuestro amor sincero.

Llevo el anillo de la tatarabuela Jane junto con el que él me ha regalado. Quiero que así representen mi compromiso con él y con esta tierra.

Espero que seamos muy felices el tiempo que la vida nos deje.

Seguimos dedicándonos a los caballos y a los *mustangs*, como Luke. Eric es un gran adiestrador y estoy muy orgullosa de él.

También tengo ganado, como hacía el abuelo Tom. Creo que esta tierra ha vuelto a su esencia y espero que así prevalezca.

No sé si habrá otra generación McQueen, el tiempo y Dios lo dirán. Pero intentaré que, en lo que esté en mi mano, el apellido McQueen siga siendo respetado y represente los valores que siempre hemos defendido.

Agradecimientos

Como siempre hago al acabar una novela, agradezco la confianza a mi editorial una vez más. Gracias por la paciencia. Sois los mejores.

También agradecer a mi familia por apoyarme siempre. En especial a mi marido y a mi hijo, Dani, que están día a día en mi lucha para hacerlo lo mejor posible en cada título.

Quiero dar las gracias a mi padre por todas las películas del Oeste que he visto a lo largo de mi vida en el cine y la televisión junto a él. Es un cinéfilo que me ha transmitido el amor por las películas y así es muy fácil imaginar cada frase de la historia de Jane. Gracias, papá. Espero que te guste.

También quiero mencionar a mis otros dos vaqueros en la vida. Mi abuelo Luis y mi suegro Raimundo, con los que también he compartido este género y ya no están entre nosotros. Habéis estado presentes y aquí quiero dejarlo por escrito.

A vosotros, lectores, por confiar en mi historia una vez más. De corazón, gracias, porque sin vosotros mis libros no existirían.

Gracias a todas las personas que escriben una reseña, una opinión, me mandan mensajes contándome qué les ha parecido la novela. Gracias por dedicar unos minutos para hacerlo.

Para finalizar, daros las gracias por llegar hasta aquí. Sigo trabajando para aprender y buscar con qué sorprenderos la próxima vez.

Buscadme en redes sociales (@marvaquerizo) y escribidme para contarme qué os ha parecido. Me hace mucha ilusión leeros y charlar un ratito.

¡Nos vemos pronto!

¡Cuidaos mucho!

Mil besos.

MAR VAQUERIZO es una escritora madrileña que, tras sufrir un accidente doméstico en 2008, comenzó a tomarse en serio su *hobby*: escribir. Aquella dolorosa y prolongada baja derivó en varias obras aún inéditas, como *El guardián de tormentas* y *Más de ti*.

Tras ellas llegaron pequeñas colaboraciones como relatos en diferentes antologías, revistas y concursos, hasta que en mayo de 2014 publicó su primera novela corta, *Lady Shadow*, que quedó en segundo lugar como mejor novela de suspense 2014 en la web RNR. Tras ella, *Mi vida en tus manos*, en octubre del mismo año, y finalmente, en febrero de 2015, *Todo lo que desees*, obra que recibió el premio Dama 2015 a la mejor novela de suspense de Club Romántica.